



DESAYUNO CON
CRUASANES

• SHIRIN KLAUS •

zafiro♥



DESAYUNO CON

CRUASANES

· SHIRIN KLAUS ·

zafiro♥

Índice

[Portada](#)

[Sinopsis](#)

[Portadilla](#)

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[11](#)

[12](#)

[13](#)

[14](#)

[15](#)

[16](#)

[17](#)

[18](#)

[19](#)

[20](#)

[21](#)

[22](#)

[23](#)

[24](#)

[25](#)

[26](#)

[27](#)

[28](#)

[29](#)

[30](#)

[31](#)

[32](#)

[33](#)

[34](#)

[35](#)

[36](#)

[37](#)

[38](#)

[39](#)

[40](#)

[41](#)

[42](#)

[43](#)

[44](#)

[45](#)

[46](#)

[47](#)

[48](#)

[49](#)

[50](#)

[51](#)

[52](#)

[53](#)

[54](#)

[55](#)

[Agradecimientos](#)

[Biografía](#)

[Referencias de las canciones](#)

[Créditos](#)

PlanetadeLibros



Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una
nueva forma de disfrutar de la lectura

[¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!](#)

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

Comparte tu opinión en la ficha del libro

y en nuestras redes sociales:

Explora Descubre Comparte

Sinopsis

Sergio se ha encaprichado de una misteriosa rubia que se niega a desvelarle su identidad y que le propone que en cada cita interpreten el papel de una persona

distinta. Ni siquiera sabe su nombre real, pero a Sergio le encantan los juegos y

está dispuesto a seguir quedando con ella e ir descubriendo poco a poco sus secretos.

Él no busca amor ni compromisos, y Violeta, Eva, ¿o era María?, parece perfecta para seguir con su tranquila y feliz vida de soltero mientras comparten experiencias inolvidables en la cama.

¿Pero y si la escurridiza rubia fuera de verdad perfecta para él? ¿Y si lo que se

esconde tras las mentiras fuera muy pero que muy tentador? Ambos están a punto de descubrirlo y, una vez caigan las máscaras, no habrá vuelta atrás.

zafiro 

DESAYUNO CON CRUASANES

Shirin Klaus

1

La primera vez que la vio, se encontraban rodeados de personas. Cuerpos desnudos, jadeantes, excitados, obscenos, sensuales.

Estaba en plena orgía, con una desconocida devorándole el pene y otra adorándolo con las manos. Por sus ansias, parecía que la mujer nunca había tocado una carne tan dura y apetecible; sobre todo le gustaban sus marcados abdominales, que recorría sin parar con sus dedos y su boca.

Y, aun con toda aquella dedicación femenina, ella llamó su atención en cuanto entró en la sala. Sus ojos se clavaron en su figura, cubierta por un albornoz, y la siguieron, observando cómo contemplaba el espectáculo de sexo que se desplegaba ante sus ojos.

Parecía una cría. De no haber sido por los estrictos controles del local, hubiese considerado que no era mayor de edad. ¿Qué hacía en un lugar como aquél alguien como ella? Iban a comérsela viva. Literalmente.

Había entrado en la estancia de la mano de un hombre y se preguntó si sería su pareja, aunque lo dudaba. No pegaban ni con cola. De hecho, aquella joven difícilmente pegaría con alguno de los presentes. Era guapísima y su pelo rubio

hacía que se le antojara un pequeño ángel. Era una joya de las que se dejaban ver

poco en sitios como aquél, haciendo que todos los afortunados que coincidían con ella se frotasen las manos.

El tipo con el que había entrado le susurró algo al oído y, ante la sonrisa de ella, procedió a quitarle el albornoz que todavía llevaba puesto.

Sergio notó que su erección se endurecía cuando el cuerpo femenino quedó expuesto ante sus ojos. Más que una asidua a los clubs de intercambio de pareja,

se la imaginó como una prostituta de lujo. Desde luego, valdría para un trabajo como ése. Joder, incluso él, que jamás había pagado por estar con una fémica, aceptaría alquilarla por una noche si, como su imaginación le susurraba, era una

señorita de compañía.

Oyó que la mujer que le estaba haciendo la mamada gemía, emocionada al pensar que el súbito endurecimiento de su miembro se debía a sus caricias.

Sergio le acarició la cabeza, animándola, aunque sus ojos estaban fijos en el cuerpo situado al otro lado de la sala, en el monte de Venus de aquella rubia que

no mediría más de metro sesenta y que tenía unos pechos pequeños y

respingones. Se concentró en el escaso vello que cubría su sexo, casi invisible por ser rubio, y se imaginó sumergiéndose en ella y acariciando sus pechos. Casi

pudo sentirlos en las manos.

La luz carmesí de la sala provocaba que su cabello pareciera del color del fuego y su piel también había adquirido una tonalidad rojiza, oscureciéndose en

sus pezones y allí donde se proyectaban sombras: bajo la mandíbula, debajo de

los pechos, en el ombligo.

La mujer que no dejaba de acariciarlo y besarle el torso ascendió por su cuello, provocándole sensaciones muy agradables y excitantes mientras él seguía

mirando a la joven cual *voyeur*. A Sergio no le quedó más remedio que desviar la vista hacia su entregada amante cuando ésta se lo quedó mirando al llegar a la altura de su rostro.

—¿Puedo besarte en la boca? —preguntó ella.

Sergio le dedicó una sonrisa que la mujer sintió directamente entre sus piernas.

—Claro.

Se besaron con energía, de forma sucia y húmeda. Demasiada lengua para el gusto de Sergio, que prefería el uso de aquel órgano para otros menesteres más al

sur, aunque intentó obviar que aquel beso le resultaba más bien mediocre. Ella,

en cambio, estaba totalmente entregada. Parecía hambrienta y con intención de devorarlo. Un carraspeo intentó interrumpirlos, pero tuvo que repetirse, un poco

más fuerte, para que le prestaran atención. Sergio rompió con dificultad el beso y

miró a su derecha, donde un hombre los miraba fijamente.

—¿En qué habíamos quedado?

Antes de que pudiera responder que no tenía ni idea de qué le hablaba, la mujer respondió.

—Lo siento, cariño.

—No vuelvas a besarlo.

—No, cariño.

El tipo se giró y volvió a centrarse en una chica a la que tenía al lado para seguir con lo que estaban haciendo: masturbarse mutuamente.

—Mi marido —le explicó a Sergio la mujer, dedicándole una mirada de disculpa—. Nada de besos.

Sonaba realmente apenada.

—¿Sólo en la boca o en cualquier sitio?

—Sólo en la boca —replicó ella con una sonrisa lasciva antes de volver a besar, lamer y mordisquear la tableta de chocolate con la que Sergio derretía a todas las féminas.

Con la cara libre de nuevo, giró el cuello para buscar a la exótica rubia que

había llamado su atención. ¿Sería extranjera? Quizá era una rusa de esas a las que les gustaba que les diesen duro, o tal vez una alemana con carácter a la que

le encantaba mandar en la cama. ¿Y si era una dulce e inocente holandesa que se

dejaba hacer de todo? Desde luego, lo último le pegaba más a su delicada apariencia, aunque su presencia en un local *swinger* descartaba por completo lo de que fuera inocente.

Le costó encontrarla, porque, como era de esperar, alguien como ella había llamado la atención de los presentes y estaba rodeada de hombres que la

acariciaban y luchaban por captar su interés. Se imaginó acercándose y

apartándolos a todos. Ella se fijaría en él y lo invitaría a hacerle lo que quisiera.

Lo reconocería también como el premio gordo de esa noche, igual que Sergio la

había reconocido a ella como la estrella femenina de la orgía.

Cuando la gente se imagina un club de sexo como ése, en su cabeza siempre aparecen personas guapísimas... como una película porno de calidad pasando

ante sus ojos, pero lo cierto es que en un club *swinger* hay de todo y lo más frecuente es toparse con gente normal y corriente. Gente del montón, aunque

suene feo decirlo; gente como tu vecina, la dependienta que te atiende cada día en el súper o el mensajero que te sube los paquetes a casa.

Ella, en cambio, jugaba en otra liga. Parecía salida de una cuenta de

Instagram, de esas que tienen un millón de suscriptores, o de un desfile de Victoria's Secret. Cuando alguien como ella se ofrecía a aquellos juegos, a los presentes les brillaban los ojos como si acabaran de hallar una forma de acceder

al tesoro que tan bien custodia el dragón. Y, modestia aparte, lo mismo ocurría con él. Estaba mejor que la media de hombres que visitaban aquel sitio, así que

siempre podía tener a la mujer que quería.

O casi siempre. Esa noche parecía que ella se le iba a escapar. Tenía ya demasiados admiradores y éstos habían pasado a la acción. La habían tumbado

sobre la cómoda cama redonda y uno de ellos se colaba entre sus piernas mientras ella masturbaba a otros dos, uno a cada lado. Sergio resopló al mirar fijamente sus manos, subiendo y bajando, fabulando que se lo hacía a él.

Observó entonces su boca y deseó ir hasta allí y unirse, ocupar ese último puesto, el de honor.

No era el único que pensaba en aquello y, antes de que Sergio pudiera

levantarse, un tipo se había acercado a la cara de la joven, dispuesto a ponerle la

erección en la boca, pero ella negó con la cabeza.

Vaya, vaya, ¿a la princesa no le gustaba el sexo oral? Una pena, aunque en aquel momento Sergio se alegraba de ello, ya que él no habría sido el elegido para disfrutar de aquellos labios.

Puesto que había hecho el amago de levantarse, la mujer que tenía arrodillada

frente a él había detenido su trabajo y lo miraba, expectante por saber qué venía

a continuación. Sergio decidió aprovechar la oportunidad.

—Ponte a cuatro patas —dijo y, señalando hacia el grupo de la rubia, añadió

—: Mirando hacia allí.

Así podría tener una visión directa de lo que pasaba. A su alrededor había más

personas practicando sexo, en parejas, tríos y grupos, pero él sólo tenía ojos para

ver lo que le hacían al ángel de Victoria's Secret.

Penetró a la desconocida con la vista fija en la rubia y resolló cuando, de pronto, sus miradas se encontraron en la distancia. Por unos segundos que se

hicieron eternos, ella lo observó. Juraría que tenía los ojos claros, pero con aquella luz era imposible saber si era su imaginación o pura realidad.

Lamentablemente, ella no tardó en apartar la mirada, pues se le acumulaba el trabajo... y a Sergio le pasaba lo mismo, ya que otra mujer se había colocado a cuatro patas al lado de la que ya estaba penetrando. Lo miraba por encima del hombro de forma expectante. Sergio le acarició el trasero.

—¿Quieres que te dé a ti también?

Ella asintió con la cabeza a la vez que se mordía el labio. Un sonido, no obstante, atrajo la atención de Sergio, y es que el hombre que penetraba a la rubia acababa de correrse y, por los ruidos que hacía, debía de haber alcanzado el

séptimo cielo. Sus ojos buscaron el rostro de la joven, para ver si ella estaba igual de satisfecha, pero no, parecía que la cosa no iba con ella.

Sergio salió de la mujer en la que estaba y se hundió en la que se había puesto de rodillas al lado, clavando sus dedos en la cintura femenina.

Frente a él, a tan sólo dos metros, otro hombre había ocupado el lugar del afortunado que se había corrido penetrando a la rubia. Empezó a entrar y salir de

ella de forma rítmica mientras el tercero que quedaba acercaba su erección al rostro de la chica y, esta vez sí, ella lo aceptaba.

Sergio no perdió detalle del espectáculo hasta que sus ojos quedaron

hechizados por el hipnótico rebote de sus pequeños pechos, que subían y bajaban

con cada penetración. Murmuró un «joder» con dientes apretados cuando ella agarró con ambas manos el pene que tenía en la boca, como si quisiera

exprimirlo. Al final sí iban a gustarle las pollas, y aquella simple idea lo volvía

loco.

Muy a su pesar, las mujeres que tenía junto a él atrajeron su atención.

—Yo lo vi antes.

—Esto es un todos con todos, guapa —contestó la otra, falta de aliento por el placer de las penetraciones.

—Pero me lo has quitado. Y encima cuando ya estaba a punto.

—Yo no te he quitado nada, sólo me he puesto aquí y él me ha visto. Y, tranquila, que yo también estoy a punto. Te lo devuelvo enseguida.

—Pero yo se la he chupado —contestó la otra, frustrada.

—¿Y a mí qué? Espero que hayas disfrutado comiéndosela.

—Tiene razón —intervino Sergio, haciendo que ambas se girasen para mirarlo por encima del hombro—. Sé buena chica y córrete ya —ordenó

palmeándole el trasero a la que gozaba de su erección—. Tú, mientras —le dijo a

la otra—, tócate. Quiero verte. Estoy contigo enseguida. Hay suficiente hombre

para las dos.

—Si quieres que me corra, vas a tener que darle fuerte.

—¿Así?

—Ahhhh, perfecto, pero más seguido. Dale, dale. ¡Joder!

Sí, eso pensaba Sergio: «¡Joder!» Le iba a costar no correrse con el ritmo que exigía aquella mujer. Demasiada fricción y profundidad para su aguante, y más

si miraba a la rubia y, de pronto, se daba cuenta de que aún conservaba los tacones puestos. Dios mío, quería follársela y en su imaginación ya lo estaba haciendo.

Apretó los dientes y apartó la mirada, fijándola en la mujer casada que se masajeaba el clítoris a su lado, tal y cómo él le había pedido. Así consiguió controlarse lo justo como para no correrse cuando la vagina de la otra intentó atrapar su erección a base de espasmos.

Salió de ella, sintiendo que le temblaba todo el cuerpo por el esfuerzo y la necesidad de correrse, y se acercó a la otra.

—Ponte a cuatro patas.

—Así mejor —contestó ella, sonriendo con expectación y levantando con admirable flexibilidad las piernas.

—Necesito que sea a cuatro patas.

La mujer hizo un puchero, pero obedeció. Con aquel hombre, cualquier postura llevaba al nirvana.

No es que Sergio tuviese un fetiche con la postura del perrito ni nada por el estilo, sólo quería poder correrse mientras miraba al ángel de Victoria's Secret que esa noche se había colado en aquella sórdida sesión de sexo en grupo.

Y la suerte estuvo de su lado, pues le había llegado el turno al tercer hombre y éste se había decantado por la misma postura que él. Ahora tenía a la rubia frente

a él, mirándolo a cuatro patas y con una carita que iba a hacer que Sergio fuera incapaz de aguantar más de tres o cuatro penetraciones.

—Agárrame del pelo —le pidió la mujer a la que penetraba, y él obedeció,

sintiendo que el corazón se le aceleraba todavía más cuando la rubia oyó la petición y los miró, curiosa.

Sabiendo que tenía toda su atención, que en ese momento era ella la que admiraba el espectáculo, Sergio abandonó toda precaución y comenzó a embestir

a la mujer como si no hubiera un mañana. Ésta gritó de placer con cada ataque y

a Sergio el sonido le supo a gloria, pero, cuando la rubia también empezó a gemir próxima al clímax, deseó poder amordazar a la otra para así oír sólo los sonidos de placer que emitía el ángel... ese ángel que lo miraba fijamente, como

si, en lugar de estar rodeados de sudor, carne y sexo, estuvieran solos, devorándose el uno al otro.

2

Lo que ocurre después de una orgía dice mucho de las personas... o, más bien, de

cuál es su estado emocional en ese momento.

Hay quien se queda tumbado, descansado y recuperándose de la intensidad de las sensaciones; algunos incluso echan una pequeña cabezadita, de tan relajados

que se han quedado. También hay personas que se quedan buscando cariño, soñando con la intimidad que el sexo suele ofrecer en las relaciones convencionales. En cambio, otros desaparecen rápidamente: apenas se han recuperado del orgasmo cuando deciden poner pies en polvorosa, algunos porque

se sienten incómodos, otros porque, echado el polvo, ¿para qué seguir ahí?

Sergio, según el día, era de los primeros, de los segundos o de los terceros.

Con frecuencia aprovechaba para estar un buen rato tumbado en la cama, en el

sofá o donde hubiera tenido la suerte de acabar. A veces, al quedarse, alguna mujer lo acariciaba y le dedicaba miradas como las que intercambian dos

amantes tras el sexo. Había días en que esas miradas le gustaban y las recibía con gusto. En otras ocasiones, sin embargo, lo hacían sentir solo y vacío y las rehuía, escapando de la sala rápidamente.

La desconocida parecía formar parte de ese último grupo, el de los

escurridizos. Se quedó en la cama lo justo para acompasar su respiración, todavía bocabajo, y después se dio la vuelta y miró a su alrededor. Tras estudiar

durante un instante la sala, se puso de pie en la cama y fue pisando entre los cuerpos hasta llegar al borde. Se bajó con cuidado para no tropezar con los tacones y fue a buscar su albornoz, que seguía en el suelo allí donde lo había dejado. Se cubrió con él y, tras echar una última ojeada a la estancia, se dirigió a la salida.

Sergio se deshizo rápidamente del preservativo que llevaba puesto y se apresuró a seguirla, pues era el momento perfecto para interceptarla y descubrir

un poco más sobre ella. Su nombre, al menos, y, con un poco de suerte, también

su teléfono.

Sus tacones resonaban sobre el suelo de madera mientras se dirigía hacia los

baños. ¿Qué se propondría? ¿Recoger sus cosas y marcharse, o quizá darse un solitario baño en el *jacuzzi*, aprovechando que los demás seguían recuperando fuerzas en la sala de la cama redonda?

El baño era unisex y se dividía en varias zonas. La primera eran unas duchas acristaladas en las que uno podía ducharse quedando a la vista de los demás.

Más allá estaba el amplio *jacuzzi* y al fondo había unas duchas más privadas junto con las taquillas.

El ángel de Victoria's Secret se detuvo en las primeras duchas, las acristaladas

que daban al pasillo, y se quitó los tacones junto a la puerta. Abrió el grifo del agua y esperó a que comenzara a salir caliente.

Conforme se acercaba a ella, Sergio se dio cuenta de que era muy pequeñita.

Sin tacones y en las distancias cortas, apenas si le llegaba al pecho. Observó su

delicada mano, cómo se movía debajo del chorro de agua, esperando a que alcanzara la temperatura que quería.

—¿Puedo acompañarte?

La joven dio un saltito, sobresaltada.

—¡Qué susto!

—Lo siento. Pensaba que me habrías oído acercarme.

—Con el ruido del agua, imposible.

La vio llevarse una mano al pecho, donde el corazón le latía acelerado, y con sus palabras le bastó para saber que era española. No había acento extranjero en

su voz, así que debía descartar sus fantasías exóticas. Aunque debía admitir

que

las abandonaba sin pena tras ver aquella carita de ángel más de cerca.

—¿Puedo acompañarte? —insistió Sergio.

—Sólo voy a ducharme.

—Lo sé. Podemos hacerlo juntos.

La joven, sorprendida, lo evaluó con la mirada y él ni se inmutó cuando, inevitablemente al ir desnudo, los ojos femeninos recorrieron su trabajado cuerpo y su generosa entrepierna.

—Todo sea por el planeta —aceptó ella.

—¿Por el planeta?

—Claro, por ahorrar agua y tal.

Sergio la siguió al interior de la ducha con una sonrisa. En la pared donde estaba el grifo del agua, junto a la balda donde reposaba una bonita botella de gel, había una bandeja con preservativos. En aquel lugar, los dueños tenían el detalle de dejar siempre condones a mano. En otros sitios sólo los dejaban en las

taquillas, pero allí, en Inferno, prácticamente podías despreocuparte de ellos, pues, cuando llegara la hora de dar rienda suelta al deseo, casi seguro que encontrarías una goma cerca.

—Me llamo Sergio, por cierto.

—Yo, Violeta.

—¿Violeta? Sergio es mi nombre real.

—Y yo me llamo Violeta de verdad.

—No te creo.

—Ah, ¿no? ¿Y cómo me llamo?

—No sé, pero no tienes cara de Violeta.

—¿Y qué cara tienen las Violetas?

Sergio no pudo responder porque lo distrajo la temperatura del agua.

—Me cago en la puta. Está que pela.

—Vaya lengua. ¿No te gusta caliente?

—Esto no es caliente, esto es un tratamiento para matar gérmenes. ¡Dios!

—La bajo, espera. ¿Así mejor?

—Sí.

—Menos mal, porque, si la hubieses querido más fría, te hubiese dicho que podíais irte a otra ducha. Salvar el planeta es importante, pero todos tenemos nuestras líneas rojas.

Se recogió el pelo con una goma para que no se le mojara y dejó que el agua impactara libremente sobre su cuerpo. Sergio observó hipnotizado cómo el líquido transparente se deslizaba por su piel, acariciándola y trazando la forma perfecta de su culo respingón.

Ella se giró para que el agua le impactara en la espalda y lo observó.

—¿Sueles acosar en la ducha a muchas mujeres?

—No te estoy acosando.

—Pues tampoco te estás duchando.

—¿Es una invitación?

—Tú mismo te has autoinvitado a esta ducha, Sergio.

Le gustó que recordase su nombre, aunque se lo hubiese dicho hacía tan sólo un instante.

—De acuerdo —aceptó y, con un movimiento rápido, se pegó a ella, quedando debajo del chorro.

—¡Pero...! ¡Mi pelo!

La había hecho retroceder tan sólo un paso, pero había sido suficiente como para que el agua le cayera directamente en la cabeza.

—No quería mojármelo —protestó.

—Déjame.

Extendió las manos y le deshizo el recogido.

—Vaya, sí, gracias, ¡qué útil!

Sergio se inclinó hacia delante, dejando su torso a escasamente un centímetro del rostro de Violeta. El movimiento la dejó muda de golpe y él sonrió. Sabiendo

que sería bien recibido, le acarició la espalda con la palma abierta, desde el cuello a la curcusilla. La sintió estremecerse y su sonrisa se ensanchó.

—¿Me dejas que te compense?

—¿Y cómo vas a hacerlo?

—Mójate más el pelo.

—¿Más?

—Ya no tiene remedio, ¿por qué no mojarlo un poco más?

Ella suspiró y se colocó bajo el chorro. Cerró los ojos y se llevó las manos a la cara y al pelo. Ese simple movimiento hizo que sus pequeños y tentadores pechos se pusieran más respingones todavía. Sergio los miró con avidez, deseando ser el agua que los recorría.

—¿Y bien? —preguntó ella, haciendo que Sergio alzase la mirada.

Vio anhelo en sus ojos. Lo deseaba, estaba claro. Era una pena que él ya no tuviera veinte años y no pudiera reponerse de una orgía en un visto y no visto.

Tendría que entretenerla mientras recuperaba fuerzas y, por suerte, tenía un plan

para eso.

Al inclinarse hacia delante, había llegado al dispensador de champú que había fijado en la pared y se había llenado la mano de un aromático jabón transparente.

Llevó sus dedos hasta la cabeza de la joven y empezó a masajearla. Ella necesitó unos segundos para comprender lo que hacía, justo el tiempo que tardó

el olor floral del champú en llegar a sus fosas nasales. Cuando lo entendió, lo miró con sorpresa.

Sergio le respondió con una sonrisa y le masajear la cabeza con más energía,

extendiendo el champú y haciendo que ella entrecerrara los ojos de placer. Se recreó en el momento y fue generoso con el masaje, disfrutando al ver los pequeños cambios de su expresión, todos ellos de placer. Cuando finalmente

dejó de acariciarle la cabeza y la colocó bajo el chorro para aclararle toda la espuma que había generado, ella protestó con un ruidito.

—¿Acaso quieres más?

—Podría pasarme toda la noche así.

—Ah, ¿sí?

—Ufff, sí.

—Bueno, pues vamos a por la segunda ronda.

Volvió a inclinarse hacia delante, pero en aquella ocasión, en lugar de pulsar sobre el dispensador de champú, cogió un poco de gel.

—Ven aquí.

La pegó a él y comenzó a frotarle la espada. De nuevo, fue generoso y empezó con un masaje real de cuello y hombros. Sintió cómo ella se relajaba bajo sus manos. Después, no obstante, sus dedos fueron bajando hasta llegar a su

culo y lo enjabonó hasta dejarlo reluciente. Cuando le apretó una nalga con fuerza, ella gimió y se agarró a él, y Sergio se animó a explorar el profundo valle

que creaban sus cachetes. La sintió tensarse como la cuerda de una guitarra, e incluso se puso un poco de puntillas, cuando su dedo tocó la entrada de su ano.

—¿Te gusta anal? —susurró, inclinándose para quedar cerca de su oreja—.

Dime que sí, por Dios.

—Depende.

—¿De qué?

Violeta apartó apenas unos centímetros sus cuerpos para poder mirarlo al decir:

—De quién me lo haga. ¿Eres de los que lo hacen bien o de los que lo hacen mal?

Sergio gruñó y se echó hacia delante. La agarró por las piernas y la alzó en peso, obligándola a rodearle la cintura con ellas. La sujetó entonces por el trasero, masajeando con más energía los cachetes para después, con un dedo, volver a buscar su entrada, que en ese momento estaba más expuesta.

—¿Me creerías si te dijera que soy buenísimo?

—Siempre he sido más científica que crédula.

—Así que necesitas pruebas.

—Ajá.

La última vocal quedó suspendida entre ambos cuando ella se quedó con la boca entreabierta y la mirada un poco perdida. Sergio se había aventurado apenas un centímetro en su interior, pero era suficiente.

—¿Estás bien? —interrogó con voz socarrona—. Tu cara es todo un poema.

Como la tenía subida a él, sus rostros quedaban casi a la misma altura y podía deleitarse observando sus labios. Eran el fiel reflejo de su placer y le encantaba

mirarlos. Le hablaban sin decir palabras. Le bastaba con verlos entreabrirse, apretarse, crisparse, para saber que sus caricias conseguían alterar a aquella pequeña tentación en cuerpo de mujer.

Ella debió de darse cuenta de que su boca lo atraía, pues acercó todavía más

sus rostros. Sergio se preparó para el beso, pero en el último momento Violeta sacó la lengua y, en lugar de unir sus bocas, le pasó la húmeda punta por los labios de forma picarona. Como castigo, Sergio hizo fuerza con el dedo y éste se

hundió un poco más en ella, que se dejó de juegos, alejándose de su boca con un

jadeo.

—¿Qué pasa? —preguntó él con una sonrisa burlona.

—¿Qué va a pasar?

—Nada, pero es que, cada vez que hago esto —apretó un poco más y sintió las uñas de ella en sus bíceps—, te pones más tiesa que mi polla al verte.

Sus crudas palabras la excitaron y Violeta tomó el relevo con aquel juego de desafío que se traían entre ambos.

—¿Se te pone dura al verme? Porque no sé ahora, pero, hasta hace un minuto, no lo parecía.

—Es que la pobre está descansando, pero puedes preguntarle a las mujeres con las que he estado en la orgía cómo la tenía de grande.

—Por ellas.

—Por ti.

—¿Por mí?

—Por verte.

—¿Te gustaba mirar mientras esos hombres me follaban?

—Ni te imaginas... aunque más me hubiera gustado hacértelo yo mismo.

—¿Y a qué esperas?

—A que me invites.

—Tienes medio dedo metido en mi culo, ¿de verdad necesitas más invitación que eso?

—Me gusta hacer suplicar.

—Ah, ¿sí? Pues no soy de éstas.

—¿No? Porque mira que yo soy experto en hacer que las chicas me supliquen.

—Pues buena suerte conmigo, porque soy yo la que es maestra poniendo a los hombres a sus pies.

—No te conozco mucho, pero te creo. ¡Qué pena!

Sacó el dedo que tenía dentro de ella y, con un sonoro suspiro, forzó las piernas femeninas a que le liberaran la cintura, aunque ella no parecía muy dispuesta.

Violeta lo miró sin entender nada, de nuevo con los pies sobre el suelo de baldosines.

—¿Qué haces?

—No hay nada que hacer —dijo él con un derrotismo exagerado—, hemos encontrado la horma de nuestro zapato el uno en el otro. A mí me gusta hacer suplicar, a ti que te supliquen... somos incompatibles.

—Pero...

—No, no digas nada. Lo nuestro es imposible. Mejor nos damos una ducha tranquilitos, como buenos amigos, y ya está.

La apartó, cortándola a media palabra de protesta, y se acercó al dispensador de gel, donde se llenó con generosidad la mano para después empezar a

enjabonarse con premeditada lentitud. Se centró sobre todo en sus pectorales y sus abdominales sin mirarla. Se moría por alzar los ojos y clavarlos en ella, pero

se contuvo. Podía verla en la periferia de su visión y sabía que seguía de pie justo donde la había dejado, esperaba que sin perderse detalle del espectáculo.

Cuando se hubo sacado brillo suficiente a los abdominales y a los pectorales,

echó la cabeza atrás y dejó que el agua le cayera libremente por la cara y el cuerpo. Una vez más, deslizó las manos de forma provocadora por su torso, pero

esta vez con un claro objetivo: el de llegar a su pene para acariciar la erección

que al fin había conseguido resurgir. Apenas sí le había dado tiempo a agarrar la

base de su miembro, cuando notó que otra mano la rodeaba.

Sobresaltado, miró hacia delante en busca de Violeta, pero no la encontró.

Bajó la mirada y la halló de rodillas ante él, mirándolo fijamente. En cuanto sus

ojos se encontraron, la joven se metió la erección en la boca.

—¡Jo... der!

Sergio extendió ambos brazos para sujetarse en las paredes acristaladas de la

ducha, pues sentía que se iba a caer.

Violeta engulló un par de veces su polla. Lo hizo de forma tan lenta que lo puso en tensión y le provocó estremecimientos. Después, se la sacó de la boca y,

mientras seguía arriba y abajo con su mano, le dijo muy seria:

—Yo siempre consigo lo que quiero, porque voy tras lo que deseo. No hay nada que se me resista. Ni nadie.

—Desde luego, eres una mujer que coge el toro por los cuernos.

Ella volvió a meterse el pene en la boca y Sergio sintió que el abdomen se le ponía durísimo. Estaba tan tenso que hasta sentía el cuello cargado.

Un movimiento en la periferia de su visión llamó su atención y alzó un poco la cabeza para ver cómo dos mujeres y un hombre pasaban por el pasillo frente a ellos sin perder detalle de lo que ocurría en el interior de la ducha. El hombre se

masajeó la entrepierna, una de las mujeres se mordió el labio inferior y otra se apretó los senos, como si la escena le provocara dolor ahí. Sergio les sonrió a la

vez que colocaba su mano sobre la cabeza rubia de Violeta y, cuando al fin los tres *voyeurs* siguieron su camino, volvió a mirar a la joven.

Se dio cuenta entonces de que no estaba arrodillada, sino acuclillada. Era demasiado bajita, o él demasiado alto, para poder ponerse de rodillas y llegar a

su erección con comodidad.

Decidió que había llegado el momento de cambiar de posición.

—Debes de estar incómoda, levántate.

Ella obedeció y le preguntó:

—¿Te preocupas por mí?

—Por supuesto, no soy un cerdo egoísta. Soy el mejor de los amantes.

—¿Te has otorgado tú mismo el título?

—No, lo gané en una reñida competición. ¿Por qué? ¿No me crees?

—Sinceramente, no creo nada que venga de la boca de un hombre.

—Ah, ¿no? El placer también puede venir de la boca de un hombre, ¿tampoco te lo crees cuando te lo dan?

—Ya te he dicho que soy más científica que crédula. Ver para creer.

—Eso está hecho.

Sergio se inclinó y metió sus brazos entre las piernas de Violeta, pero, no contento con alzarla en peso, lo que hizo fue subirla a horcajadas sobre sus hombros, con su sexo abierto ante él. La apoyó contra la pared de cristal y se puso en pie, levantándola casi metro ochenta del suelo. Asustada, ella se agarró a

su cabeza.

—¡Pero ¿qué haces?!

—Llévate al séptimo cielo.

—Creo que no se refieren a esto cuando dicen eso.

—En mi caso, sí. Agárrate arriba.

Violeta miró a su alrededor y se percató de que la pared acristalada se

terminaba a la altura de sus hombros. Con cierto miedo, soltó la cabeza de Sergio y pasó los brazos por encima del borde.

—¿Esta pared aguantará?

—Claro.

—¿Lo has hecho antes?

—No.

—¡Entonces, ¿cómo dices que claro?! Yo no me fio, ¿eh? Esto está muy alto e igual se rompe. ¡Sólo se agarra a la pared por un lado y a la puerta por el otro!

¡La vamos a tirar!

—Tú sólo disfruta —replicó Sergio, acomodando mejor los muslos sobre sus hombros para que el sexo femenino quedara a su alcance.

—¡Pero ¿cómo voy a disfrutar, si no puedo concen...?! ¡Mierda! ¡Ah!

Sergio había conseguido acallarla metiéndole un dedo en el ano. Y su

exclamación no había sido precisamente de sufrimiento. Empezó a besar, lamer

y acariciar su sexo sin abandonar su puerta trasera, y ella no fue capaz de seguir

replicando. En lugar de su voz, comenzó a oír su respiración acelerada y sus gemidos. De vez en cuando, se le escapaba alguna palabrota que animaba

todavía más a Sergio.

Él, tras el primer orgasmo de la noche, tardaba un poco en recuperarse, pero

luego podía aguantar muchísimo y las segundas veces solían ser sesiones

maratonianas de sexo. Ella, en cambio, no parecía que fuera a durar mucho en aquel segundo asalto. Pese a sus reticencias iniciales, había conseguido toda su

atención y en ese instante estaba entregadísima y a punto. Sergio esperaba que también estuviera lista para un tercer *round*, porque la idea de que se la estaba follando con la boca y con el dedo a la vez lo estaba volviendo loco y, en cuanto

ella terminara, pensaba hundir su polla en el primer agujero que se le pusiera a tiro. Estaba claro que ella iba a pasarlo bomba con cualquiera de las dos opciones.

Supo que Violeta estaba llegando al orgasmo no sólo por sus gemidos, sino también porque se olvidó de toda precaución y comenzó a mover las caderas sobre su boca y su mano.

—¡Dios! ¡Dios! Dioossss.

Sergio fue deteniendo sus movimientos conforme ella frenaba los vaivenes de sus caderas y, cuando sintió que se quedaba totalmente quieta, la ayudó a descolgarse de la pared, haciendo que sus muslos se deslizaran de sus hombros a

su cintura y, finalmente, a sus caderas, donde su erección se coló con habilidad en ella.

—Vale —confesó ella, un poco grogui—, sí me has llevado al séptimo cielo.

—Te lo dije. —Sergio sonrió, henchido de orgullo, mientras se deslizaba con lentitud fuera y dentro—. Mejor el segundo orgasmo que el primero, ¿a que sí? Aunque no puedo prometerte que el tercero vaya a ser igual de bestial.

—Lo cierto es que ha sido el primer orgasmo de la noche. ¿Eso quiere decir

que viene uno aún mejor?

—¿Cómo? —Sergio estaba desconcertado—. Pero antes... en la orgía...

—Nada.

—Te oí. Te vi.

—Lo fingí.

—¿Por qué?

—Porque todos estabais terminando y yo... No sé, simplemente pensé que lo mejor era acabar cuanto antes.

—¿No disfrutaste?

—Sí, me ha gustado, pero... no sé... Era mucho trabajo, tenía la atención dividida en muchas cosas y...

—¿Y?

—El último la tenía pequeña y no sé si es que estaba muy dilatada por el anterior, por la situación o qué, pero sabía que no iba a llegar, y decidí que lo mejor era terminar el asunto.

—Tendrías que habérmelo dicho. Yo te habría llenado.

—Claro, «Oye, tú, el de la polla gorda, móntame que éste la tiene pequeña».

—Así que admites que la tengo grande.

Violeta contestó con una sonrisa picarona al gesto triunfal de Sergio.

—Si te digo que casi no me cabía en la boca, ¿me darás ese segundo orgasmo que me has prometido?

—Sólo si lo dices en serio.

—Muy en serio. La tienes enorme y me alegro de que no hayas intentando hacérmelo anal, porque creo que me destrozarías.

Sergio gruñó ante la idea.

—¿Te destrozaría? —susurró—. Pero si sería muy delicado.

—Pero hay un problema: no me gusta lo delicado.

—¿No?

Ella negó con la cabeza y volvió a acercar sus labios como si fuera a besarlos, aunque dejó a Sergio de nuevo con las ganas y lo que hizo fue murmurarle tan cerca que él notó su aliento sobre la lengua y los labios entreabiertos.

—Me gusta fuerte. Házmelo fuerte, Sergio.

—Al final he conseguido que supliques.

—No es una súplica.

—Pues, entonces, si quieres que te lo haga fuerte, suplicámelo.

¿Había dicho que en los segundos asaltos duraba mucho? Pues en aquella ocasión no iba a ser verdad. Aquella conversación y aquella mujer lo estaban acercando de forma peligrosa al orgasmo.

—No lo entiendes.

—¿Qué, no entiendo?

—Que yo no pido, ordeno. ¡Fóllame fuerte, Sergio! Hazme gritar otra vez.

¡Ya!

—Te vas a salir con la tuya, pero sólo hoy.

—Ni que fuéramos a vernos más —lo desafió ella.

—Claro que sí, y porque tú lo suplicarás.

Sergio la bajó al suelo, le hizo darse la vuelta y, con el culo hacia su erección, se adentró en su ano a sabiendas.

—¡Ah! —gritó ella, y en aquella ocasión su voz sí tuvo un matiz de dolor.

Con los dientes muy apretados, Sergio empujó un poco más, manteniéndola bien agarrada por las caderas. Su interior ejercía resistencia, pero a la vez se abría a su paso poco a poco, permitiendo conquistarla. Llevaba preparándose para él toda la noche, dilatándose en otras manos para ser su premio final.

Centímetro a centímetro, fue ganando terreno hasta conseguir hundirse entero en ella. Violeta estaba muy quieta y apretaba la cara contra el cristal. De hecho,

Sergio casi la tenía aplastada contra la vidriera. Se imaginó verla desde el otro lado, con las tetas aplastadas contra el vidrio; verlos a ambos. Dios, estaba a punto de explotar.

La agarró por el pelo y le giró un poco la cabeza para observarle la cara. Ella soltó el aliento sobre el cristal, que se empañó.

—La tienes entera dentro. Joder. Entera.

De nuevo, un jadeo llenó de vaho el cristal.

—¿No dices nada?

Ella negó apenas con la cabeza.

—Pues busca las palabras, porque quiero que me supliques. Que salga o que te folle, es tu elección.

Ella movió la cintura lo poco que pudo por el peso que la atrapaba contra el cristal. Sergio la agarró más fuerte por el pelo, obligándola a parar y haciendo que soltara un quejido sorprendido.

—Me has dicho que te gustaba duro, es hora de que lo demuestres.

Suplícame.

—Fóllame —logró al fin articular Violeta.

—Por favor —le recordó Sergio, aunque sabía que jugaba con fuego. Apenas si podía controlar sus caderas, que le pedían a gritos que diera rienda suelta a su deseo.

Ella, obstinada, replicó:

—Fóllame.

—Di por favor.

—No. Obedéceme tú y fóllame de una vez —soltó con los dientes muy apretados.

Sergio la presionó más contra la pared como castigo, pero lo que consiguió fue clavarse aún más en ella. Aquello arrancó un gemido de la garganta

femenina y oírla fue su perdición. El animal que llevaba dentro tomó el poder y

sus caderas comenzaron a moverse por voluntad propia. Mientras se la follaba

por el culo, la agarró fuerte del pelo para hacerle pagar su insumisión. Ella había

ganado esa batalla, pero no la guerra.

Porque iba a haber guerra, él se encargaría de ello.

3

Cada vez que sonaba el móvil, Sergio pensaba en ella y cogía el aparato con avidez, deseando que fuera un número desconocido que le dejara un mensaje a nombre de Violeta.

Tras su tórrido y algo salvaje encuentro en la ducha de Inferno, habían terminado de ducharse juntos e incluso habían salido a la zona pública del local

para tomarse una copa.

—¿Tienes hambre? —le había preguntado él—. Sé de un sitio donde hacen unos filetes de rechupete.

—¿Filetes?

—De rechupete —insistió él.

—¿A las dos de la madrugada?

—Humm... tienes razón. La noche y el buen sexo me confunden. Pues... —meditó—, aunque suene menos glamuroso, cerca de aquí hay un McDonald's veinticuatro horas. No son filetes, pero te puedo invitar a una sabrosa hamburguesa. ¿Te apetece una?

—Soy vegetariana.

—¿En serio? No lo aparentas.

—¿Igual que tampoco aparento llamarme Violeta?

—No, lo de tu nombre es una corazonada. De esto tengo pruebas; pruebas que niegan de forma fehaciente lo que dices.

—Oh, fehaciente. ¿Sabes lo que significa eso? ¿Qué eres, abogado?

—Y tú, una mentirosa. No eres vegetariana.

—Te digo que sí.

—¿Y la salchicha que te has comido antes?

—¿Qué salchicha me he comi...? ¡Oh, por favor! —Violeta resopló al darse cuenta de que se refería a su pene—. Qué infantil.

—Pero he conseguido que te rías.

Ella escondió la sonrisa tras su copa.

—Así que vegetariana, ¿eh? Da igual, en el McDonald's también hay ensaladas.

—Claro, porque los vegetarianos sólo tomamos ensaladas, ¿no?

—No, también tomáis tofu y cosas de ésas, que estoy muy puesto en comida bio.

—Ya veo... ¿y dónde me invitarías a cenar, sabiendo que soy vegetariana?

—¿Es una pregunta trampa?

—¿Trampa?

—Como cuando en una entrevista de trabajo te hacen una pregunta de esas raras para evaluar qué clase de persona eres. Por ejemplo, hay un incendio en tu

casa y sólo puedes salvar a un miembro de tu familia, ¿a quién elegirías?

—¿A qué clase de entrevistas de trabajo has ido tú?

—De hecho, me lo preguntó una chica en una cita.

—Anda ya.

—En serio.

—¿Y qué contestaste?

—¿Qué crees que contesté?

—Pues... —Lo evaluó con la mirada—. Que tú eres un macho alfa y que podrías salvarlos a todos.

—Hubiera estado bien, sí.

—Si no fue eso, entonces, ¿qué respondiste?

—Te lo diré si me dices dónde quieres que te invite a cenar.

—¿Quién ha dicho que quiera que me invites a cenar a ningún sitio?

—Tú misma: me has preguntado que a dónde te llevaría.

—Pero, como has dicho, era una prueba. No quiero cenar contigo.

—¿No?

—No.

—¿Por qué?

—Porque eres mala persona.

—¿Yo?

—No te hagas el inocente ahora.

—¿De qué hablas?

—Has tenido que pensar a quién intentarías salvar de tu familia en caso de incendio. ¿Qué clase de monstruo eres?

—No puedes juzgarme sin saber cuál fue mi respuesta.

—¿Qué respuesta podría compensar una barbaridad como ésta?

—Que salvaría a mi perrito.

—¿A tu perrito?

—Claro. A mi perro *Toto*. Lo salvaría a él porque es la criatura más inocente y cariñosa de toda la casa.

—¿Tienes un perro llamado *Toto*, como el de Dorothy?

—No, pero algo sorprendente tenía que decir para ligarme a la chica, ¿no?

Sabía que trabajaba en una protectora de animales y mi querido perro imaginario

me permitió encontrar la respuesta de oro a una pregunta sin contestación correcta posible.

—Eres hábil.

—Muy hábil.

—Pero yo lo soy más —respondió ella con una sonrisa triunfal que le hizo ponerse alerta.

—Ah, ¿sí?

—Sí, me has contestado a la pregunta sin necesidad de que yo te diga a qué restaurante deberías llevarme.

—¡Qué retorcida!

—Y ni te has dado cuenta, punto para mí —replicó con suficiencia, sorbiendo de nuevo de su copa.

—¿Me das tu teléfono? —cambió él bruscamente de tema.

—¡No!

—¿Por qué?

—Si te lo doy, me quedo yo sin teléfono.

—Qué graciosa.

—¿A que sí?

—¿Me das tu número de teléfono? —especificó.

—Dame tú el tuyo.

Sergio alzó la mano para llamar a la camarera que atendía la barra y que se apresuró a ir hasta ellos.

—¿Sí, Sergio? —interrogó con tono meloso.

Se llamaba Marta, era la hija de la dueña y Sergio se había acostado con ella un par de veces. Por cómo los miraba, parecía creer que iban a invitarla a algún

jueguito, al que accedería encantada cuando terminara su turno, pero en

aquella ocasión Sergio iba a desilusionarla un poco. Otra vez sería.

—¿Me dejas un boli?

—Sí, claro. Toma.

Se sacó un bolígrafo del bolsillo trasero del pantalón y se lo tendió a Sergio, quien, intentando que los dejara de nuevo a solas, añadió:

—Gracias, ahora te busco y te lo devuelvo, ¿vale?

—Claro. —Ella sonrió, soñadora.

Sergio cogió una servilleta y anotó su número de teléfono. Hacía mucho tiempo que no hacía eso, pero en aquel local los móviles no estaban permitidos,

así que no le quedó más remedio que volver a los viejos modos de ligar.

—¿La camarera te mira así porque ya te has acostado con ella y sabe lo que puedes darle, o porque no lo has hecho todavía y está deseando descubrirlo?

Terminó de escribir su teléfono y, con el trozo de papel entre los dedos índice y corazón, se giró hacia Violeta.

—Me mira como lo harás tú el próximo fin de semana cuando quedemos.

—Ah, que eres vidente. ¿Y cómo se supone que te miraré?

—Muriéndote de ganas por repetir lo de esta noche. Y me suplicarás.

—Yo jamás suplico, ya te lo he dicho.

Violeta fue a coger la servilleta de entre los dedos de Sergio, pero éste la retiró justo en el momento en el que cerraba sus dedos en torno a ella. La

joven

frunció ligeramente el ceño y miró a Sergio a los ojos, que sonrió y volvió a acercarle la servilleta. Lo intentó de nuevo y él volvió a apartarle la nota,

riéndose. Aquello consiguió que Violeta se pusiera en pie muy altiva y, subida a sus altísimos tacones, se dirigiera hacia la salida.

—Mujer, que era broma —se carcajeó él, yendo tras ella. Logró colocarse con facilidad delante de ella porque sus zancadas eran mucho más grandes—. Toma,

cógelo.

—Es que no sé si me interesa, la verdad.

—Qué orgullosa que eres. Cógelo, venga.

Se miraron a los ojos largamente, ella muy seria y Sergio sin poder evitar sonreír, con un brillo juguetón en los ojos. Tras el duelo, ella tendió la mano para cogerle la servilleta... y Sergio volvió a retirarla.

—Que te jodan —le espetó Violeta y, esquivándolo, echó a andar hacia la salida de nuevo.

No llegó muy lejos, los brazos de Sergio no tardaron en rodearla. La envolvió entera con su enorme y duro cuerpo, y se agachó hasta que su boca quedó a la altura de su oreja.

—Si eres tú la que me jode, por mí, encantado.

Una de sus manos, grande y masculina, se posó sobre su sexo por encima del vestido que llevaba y Violeta contuvo la respiración. Los dedos treparon por su

cuerpo hasta su bajo vientre, después hasta su ombligo y llegaron hasta su escote, donde colaron la nota entre sus pequeños senos.

—Llámame —ronroneó en su oreja.

—Ya veremos.

—Lo harás. Ambos lo sabemos.

Todavía a su espalda, su mano siguió subiendo hasta alcanzar su barbilla y le giró el rostro para tener su boca al alcance. La besó de forma voraz,

prometiéndole mil y un placeres. Cuando se separaron, hasta él se sentía un poco

mareado y perdido por aquella deliciosa caricia a la que ella había respondido sin demora.

—Ya veremos —repitió Violeta, deshaciéndose de su boca y de sus brazos, y dirigiéndose con elegancia y buen porte hasta la puerta.

De eso habían pasado ya casi dos semanas y Sergio no había recibido noticias. La primera semana no había pensado mucho en ella, aunque su mente, de vez en cuando, había evocado la tórrida escena de la ducha. Volvía a ponerse duro sólo con recordar lo prieto y duro que había sentido su culo, hundido totalmente en ella.

No obstante, cuando pasó el primer fin de semana y siguió sin saber de

Violeta, empezó a molestarse un poco. Había estado seguro de que lo llamaría durante el fin de semana para repetir, pero nada. De hecho, se pasó por el *Inferno* para ver si la encontraba, pero no estaba allí. Y eso que esperó toda la noche, atento a ver si veía al ángel de Victoria's Secret por algún sitio. Ni rastro. Acabó montando un trío con un matrimonio que buscaba añadir algo de morbo a su relación tras quince años de haber pasado por el altar. La mujer

estaba

encantada, pero al hombre no parecía hacerle demasiada gracia estar allí.

—Fue idea tuya —le gruñó su esposa.

—¡Pero es que... es que...! —Miró a Sergio, después a su esposa y de nuevo a Sergio, esta vez recorriéndolo con la mirada—. Es que... —Seguía sin saber cómo completar la frase.

—Es que, ¿qué? —exigió saber ella y, al ver que su marido era incapaz de continuar, soltó—: Creías que sólo ibas a disfrutar tú, ¿no? Dos tías para ti. O tres, ya que estamos. O cuatro, como en esa película que me hiciste ver el otro día, ¿no? ¡Pues si quieres eso, primero me toca a mí!

—¡Joder, pero es que está demasiado bueno! —exclamó el marido, señalando a Sergio.

—Hombre, pues no, iba a elegir a alguien normal —replicó ella—. Para eso ya te tengo a ti.

—Creo que... —empezó a decir Sergio y, cuando las miradas del matrimonio se centraron en él, prosiguió—... mejor me voy y os dejo aclarar si de verdad es

esto lo que queréis o no.

—¡Pues claro que es lo que queremos! —lo retuvo la mujer, sujetándolo por el amplio bíceps—. Es mi fantasía, Carlos, y me toca. Luego tú cumplirás las tuyas.

Carlos. El nombre le había recordado a su amiga Carla, e irremediablemente

evocó las sesiones de sexo con ella y con Sebastián. Aquélla sí había sido una buena época. Gracias a Sebastián, no sólo frecuentaba locales como aquél, sino

que en su agenda no dejaba de anotar fiestas privadas de corte erótico a las que los invitaban. Si intentaba rememorar sus mejores polvos, los memorables,

muchos pertenecían a aquella época. Tras la muerte de Sebastián, sin embargo, se había alejado un poco de ese mundo. No del todo, como sí había hecho Carla,

pero se acabaron las fiestas privadas día sí, día también y los fines de semana maratonianos en locales como el Infierno.

La edad, que no perdona. Y el trabajo, tampoco.

Al final había acabado montándoselo con el matrimonio indeciso y, aunque se corrió, le supo a poco. Mientras bebía en la barra, pensó que ojalá Violeta estuviera allí para poder saciarse de verdad. Ya la había probado por el culo, la

próxima vez se hundiría en su coño. La mera idea provocó que su miembro diera

un respingo, y eso que hacía tan sólo cinco minutos que había llegado al clímax.

—¿Recuerdas a la chica con la que me tomé una copa el otro día? —le preguntó a Marta, la camarera.

—¿La rubia pequeñita y mona?

—¿Mona? —interrogó Sergio con una media sonrisa. Intuía cierta envidia.

—Cada cual tiene sus gustos. —Dicho esto, se encogió de hombros.

—¿La has visto esta noche por aquí? O algún otro día.

—No, no la he vuelto a ver.

—¿Y había estado aquí antes?

—No me sonaba de nada. ¿Por qué? ¿No te ha llamado? Oh, ¡qué pena!

—Sí, se te ve muy apenada —se rio él.

—Debe de ser un duro golpe para tu ego.

—Ahora sé lo que sienten el resto de los hombres —le siguió él el juego.

—Bienvenido al mundo real.

—¿Me avisarás si la ves? —preguntó él, a punto de terminarse la copa.

—Sabes que no puedo hacer eso.

—Nadie se enteraría.

—No puedo. Aquí tenemos una política muy estricta de privacidad.

—Venga, sería como favor a un amigo.

—Tú no eres mi amigo.

—Ah, ¿no?

—No sé nada de ti, salvo que estás bien bueno y que follas de puta madre.

—¿Y qué hay más importante que eso? —Sergio le dedicó una mirada seductora.

Marta lo miró durante unos largos segundos y después lanzó una mirada a un lado y a otro, asegurándose de que no había oídos indiscretos que pudieran captar sus palabras. Se inclinó y apoyó los codos sobre la barra, haciendo que

su

escote se mostrara en todo su esplendor.

—En media hora me sustituye mi madre. ¿Me esperas en la pecera?

—¿Hoy estás exhibicionista? —demandó él en tono juguetón.

Ella se encogió de hombros de forma inocente.

—Un amigo haría todo lo que estuviera en su mano para hacerme feliz —lo incitó.

—Da gusto ser tu amigo.

—¿Eso es un sí?

—¿Media hora has dicho?

—Sí.

—Pues allí estaré.

Qué sacrificios tenía que hacer para volver a encontrarse con el ángel de Victoria's Secrets...

4

Cuando al fin su teléfono sonó con un mensaje de un número desconocido, se encontraba reunido por un tema importante, un proyecto de exportación a Asia

que sólo había salido adelante por su cabezonería. La empresa familiar se dedicaba a transportar productos fuera del país desde hacía casi cinco décadas, pero lo hacían por tierra, a Francia, Alemania, Inglaterra y otros países europeos.

Su padre lo había tachado de loco cuando le dijo que quería exportar a China el

vino de uno de sus clientes.

—¿Tú sabes lo complicado que es eso? Es un papeleo totalmente distinto al que nosotros hacemos, requerimientos totalmente diferentes. ¡Por amor de Dios,

si escriben con esos dibujitos raros! No entenderías nada.

—Tampoco entendemos alemán y no es que nos vaya mal por tierras germanas.

—Pero, al menos, el alemán puedes intentar pronunciarlo, no como el chino.

—Creo que sería una oportunidad —insistió Sergio—. Ver cómo funciona el tema y saber si hay mercado para nosotros.

—Pues claro que hay mercado. ¡Es China! Pero a la empresa le va bien como está y te necesitamos para que siga así. Si te metes ahora con eso, seguro que tus

otras exportaciones se resienten.

—Te prometo que no. Lo haré fuera de mi horario laboral, si es necesario.

Luis también está dispuesto a hacer un esfuerzo extra; sabe que esto se sale de lo

que solemos hacer, pero confía en nosotros.

Ricardo, su padre, lo miró muy serio durante unos segundos. Luis y su hijo eran los herederos de dos negocios que ya funcionaban, y entendía que la juventud quisiese innovar, intentar abrir nuevas puertas. Además, se enorgullecía

de que su hijo quisiera labrarse su propio futuro, que no se conformara con lo

que le habían dado. Sus inquietudes lo hacían parecerse a él, quien, con sólo veinticinco años y viniendo de una familia de clase baja, había decidido montar

su propio negocio y lo había hecho con éxito.

Suspiró y señaló a su hijo con un dedo, advirtiéndolo.

—No quiero que tu trabajo aquí se resienta.

—No, lo prometo. Pero sí que necesito algo.

—Lo sabía. Si no necesitas algo, no me habrías pedido permiso, lo habrías hecho y ya está.

—Voy a tener que pagarle a alguien para que nos guíe un poco y nos explique cómo es todo el proceso.

—No.

—Si tengo que empezar de cero, ¡nos llevará siglos y acabaremos gastando más dinero por mis errores! No tenemos por qué contratarlo, puede ser un *freelance* o algo así.

—Me refiero a que no será necesario, puedes consultarle todo lo que necesitas a Enrique. Antes de entrar aquí, trabajaba para una empresa de exportaciones a

Asia. Te dirá todo lo que necesitas saber.

Y ahí estaba en ese instante, con Enrique a su izquierda y Luis, el proveedor del vino, al otro lado de la mesa. Estaban hablando sobre cantidades, precios, seguros, días de travesía y un sinfín de cosas más que había que tener en cuenta.

Habían pasado veinte días desde que había mantenido esa conversación con su padre y desde entonces ya habían conseguido un comprador en China para el vino, pero ahora les tocaba negociar con Luis, pues el importador no quería pagar tanto por la primera remesa.

—Debes entender que tu vino no es conocido, Luis. Quieren probarlo y ver si funciona. Entonces, comprarán más.

—Ya, ¿y si después no adquieren más? Habré vendido por cuatro duros lo que en Francia vendería a buen precio.

—Ambos sabemos que Francia ahora mismo tampoco paga bien el vino español —replicó Sergio—. El precio chino está bastante bien para ser la primera remesa.

—Pero yo creía que ganaría más. Además, ¿por qué quieren tan poco?

Pensaba que a China se exportaba por contenedores. Al final va a resultar que mi

padre tenía razón y meterse en estos berenjenales era una mala idea.

Luis estaba en plena crisis, dudando del proyecto, de la idea de negocio que los había llevado hasta esa mesa. Sergio no podía culparlo, él también había sopesado tirar la toalla varias veces. China era un mundo totalmente distinto para

las exportaciones. El papeleo era abrumador; las restricciones, exageradas; las negociaciones, complicadas; el idioma, incomprensible, pero cuando a Sergio lo

dominaban las dudas, cerraba el ordenador, se iba a su casa, al gimnasio, a echar

un polvo, a comer o a lo que fuera necesario para despejar su mente, y volvía más relajado y sin nervios.

Tendría que haber dicho algo para tranquilizar a Luis, prometerle que todo iba a salir bien, hablarle de cifras y del futuro, pero entonces su teléfono vibró y, al bajar la vista hacia la mesa, vio que la pantalla se había iluminado con un wasap

procedente de un número desconocido que rezaba: «¿Mañana irás al Infierno?».

Sintió que se le aceleraba el pulso. ¡Al fin se ponía en contacto con él! Cogió el teléfono y abrió el mensaje para ver si añadía algo más, pero sólo ponía eso.

La foto de perfil tampoco era muy reveladora y, aunque hubiese apostado cualquier cosa a que se trataba de ella, ¿y si resultaba que no era así? Había varias personas que frecuentaban el local y que tenían su número. Tenía que asegurarse primero de con quién hablaba.

«¿Quién eres?» tecleó, dándole a «Enviar» al instante.

Fue incapaz de separar la mirada del teléfono, pues tan sólo un segundo después de que el mensaje se marcara como enviado y leído, ella se mostró en línea y apareció como «escribiendo». Aguantó la respiración, aunque tuvo que rendirse y respirar porque ella parecía que estaba escribiendo la Biblia...

Tras unos larguísimos segundos, le llegó un mensaje que sólo decía:

«Violeta».

¿Casi un minuto escribiendo para eso? Ni que no supiera escribir su nombre.

—Sergio —llamó su atención Enrique con tono de reproche.

—¿Qué? —interrogó, alzando rápidamente la mirada. Se sorprendió al ver que sus dos acompañantes lo miraban fijamente.

—Luis te ha hecho una pregunta.

—Sí, sí, disculpa. Es que... era un mensaje importante, lo siento. —Se obligó a dejar el teléfono sobre la mesa y centró su atención en su cliente—. Dime.

Tuvo que esperar casi veinte minutos para que terminara la reunión y, cuando al fin concluyó, se escabulló rápidamente para ir hasta su despacho, donde se encerró. Cogió el móvil y, mientras daba vueltas por el espacio que quedaba libre

delante del escritorio, tecleó su respuesta. Sin embargo, no daba con las palabras

correctas y no dejaba de releer y borrar. Finalmente, dejó el mensaje en blanco y,

en su lugar, lo que hizo fue llamar al número de Violeta, aprovechando que lo tenía.

—¿Sí?

Su voz le sonó insegura y se preguntó si sería por la sorpresa o porque estaba nerviosa. Él, sorprendentemente, lo estaba. Sentía las manos sudadas y el estómago inquieto. Además, sólo con aquel «¿sí?» pronunciado por la sedosa voz de aquella rubia, ya estaba excitado, pues sabía perfectamente que aquella conversación acabaría en un nuevo encuentro y no podía esperar para saborearla

de nuevo.

—Hola —saludó Sergio, intentando sonar todo lo seductor que pudo.

—¿Por qué me llamas?

—¿No puedo llamarte?

—Me gustan más los mensajes.

—¿No te gusta hablar por teléfono? A mí me encanta.

—Lo hago todo el día por trabajo y ya me cansa.

—¿En qué trabajas?

—En una línea erótica.

A Sergio se le escapó un gruñido ante la idea de oírla decir todo tipo de guarradas.

—¿Me vas a cobrar extra si te pregunto qué llevas puesto?

—Te cobraré extra por la paja que te vas a hacer cuando te diga que me has pillado metida en la bañera, desnuda y con una copa de vino en la mano.

De nuevo, él gruñó. Al otro lado del cristal de su despacho, pudo ver el movimiento de sus trabajadores y compañeros, y decidió cambiarse de sitio. Se

refugió tras su escritorio y se sentó en su cómoda silla, dándole la espalda a la cristalera. Se sentó con las piernas bien abiertas y se masajeó un poco la entrepierna.

—¿Y por qué me llamas desnuda y con una copa de vino?

—Yo no te he llamado, lo has hecho tú.

—Pero tú me has escrito, desnuda y en la bañera.

—De hecho, te escribí hace media hora. No es culpa mía que hayas tardado

tanto en contestarme.

—No, no es culpa de nadie. Es más, me arriesgaría a decir que ha sido cosa de la buena fortuna... ¿Y la bañera tiene espuma?

—Pues... sí y no. Debe de ser que me he quedado corta con los geles de baño, porque la espuma no da para cubrirme entera.

—¿Y qué te deja ver?

—Mis pies.

Impaciente, Sergio echó una ojeada por encima de su hombro. Todos en la oficina parecían seguir a lo suyo.

—¿Sólo tus pies? Ésta debe de ser una línea erótica muy mala.

—También veo mi mano.

—¿Y qué más?

—¿No quieres saber dónde está mi mano?

Su tono hizo que a Sergio se le secase la boca.

—¿Dónde está tu mano?

—Entre mis piernas.

—¿Y qué hace ahí?

—Pensar en ti y en que eres el culpable de que no haya podido sentarme bien durante una semana.

¡A la mierda! No le importaba si estaba en su puesto de trabajo, rodeado de

personas que podrían llamar a su puerta en cualquier momento. Echó una última

ojeada por encima de la silla de oficina y, sujetando el teléfono entre su oreja y

su hombro, se desabrochó el cinturón y se bajó la bragueta. Apartó los calzoncillos lo suficiente como para liberar su erección.

—¿Eso ha sido un cinturón? —interrogó la voz de Violeta en su oreja.

—Yo también he pensado mucho en tu culo estos días.

—¿Sí?

—Y en tu coño —soltó, masajeándose y entornando los ojos.

—Ése no lo has probado todavía.

—¿No? Yo diría que lo he saboreado... y muy bien.

—Pero esa que tienes entre manos todavía no le ha dicho hola.

—Espero que pronto cambiemos eso. ¿Te gustaría?

—Me encantaría. —Y a aquella afirmación le siguió un gemido.

—¿Qué te haces?

—Imaginarte dentro, aunque mis dedos no te hacen justicia. Tu polla me llenaría por completo, me haría pensar que voy a explotar. Llegarías al fondo y yo gritaría y me agarraría a tus hombros, clavándote las uñas.

—Joder.

Sergio podía imaginarse perfectamente la escena. Podía sentirla. Se masajeó

la cabeza del pene con energía.

—Y te correrías, y yo, aún no saciado, te pondría mi polla en la boca.

—Humm, aún recuerdo su sabor.

Sintió que los huevos le iban a explotar.

—Y cómo me llenaba la boca —continuó ella—. Qué rica. ¿Dónde te correrías?

Sergio apretó los labios, demasiado cerca del clímax al imaginarse dónde estallaría.

—¿En mi boca? —planteó Violeta y, al obtener la respiración agitada de

Sergio como respuesta, continuó—. ¿En mi lengua? —Él gruñó—. ¿En mi cara?

—¡Ah! ¡Joder!

Sergio estalló y su simiente salió lanzada hacia delante, aterrizando sobre un archivador que tenía frente a él.

—Dios —se quejó, pero no por el estropicio, sino por el cuerpo de gelatina que se le había quedado.

Iba a preguntar algo, pero, por cómo ella respiraba al otro lado de la línea, también estaba llegando al orgasmo, y Sergio se embebió de todos los sonidos,

de cada uno de los jadeos, de los ruiditos de placer que hacía con la garganta.

Al final, ella soltó un prolongado suspiro de satisfacción.

—¿Podemos vernos esta noche? —propuso Sergio tras unos segundos.

—Mañana.

—¿No puedes hacerme un hueco esta noche? Esto me ha sabido a poco.

—¿A poco? No lo aparentaba hace un momento.

—Nada como el cuerpo a cuerpo.

—Tiene que ser mañana, hoy no puedo. ¿Nos vemos en Inferno?

—No, tengo otro sitio pensado.

—¿Cuál?

—Ya lo verás. Si quieres te lo digo esta noche, cuando nos veamos.

—En serio, no puedo, no estoy en el país.

—¿Estás en el extranjero? ¿Dónde?

—No te preocupes, no te va a costar más la llamada.

—No es eso lo que me preocupa, simplemente siento curiosidad.

Ella pareció dudar un instante y después dijo:

—Estoy en Londres.

—¿Y qué haces ahí?

—Trabajo.

—Claro, tiene sentido. Seguro que allí son más caras las líneas calientes y sacas más dinero.

—Efectivamente. Nos vemos mañana.

5

Lo siento, pero me es imposible lo de esta noche. ¿Nos vemos

otro día?

Sergio leyó el mensaje varias veces antes de dejar el teléfono sobre la mesa de su

despacho e intentar olvidarlo ahí, pero le resultaba imposible. Mira, igual que a

ella lo de quedar. Imposible.

Lo que más le fastidiaba era que había pospuesto la cita de forma indefinida.

De haber querido, podría haber dicho de verse al día siguiente, pero no, había escrito: «¿Nos vemos otro día?»; eso quería decir que no tenía muchas ganas.

Justo lo contrario que él, que se había despertado esa mañana pensando en el sexo que iba a disfrutar esa noche.

Irritado ante la idea de quedarse sin acción esa velada, cogió su móvil y, en lugar de escribir un mensaje, llamó a Violeta.

—¿Sergio? —se extrañó ella.

—Así me llaman, sí.

—¿Tienes algo en contra de los mensajes de móvil?

—No. ¿Tú tienes algo en contra de las llamadas de teléfono?

—Pues... es que es un poco raro.

—Así soy yo, un poco raro.

—¿Qué quieres? ¿Has leído mi mensaje?

—Sí, y quería saber por qué.

—Por qué, ¿qué?

—¿Por qué no quieres quedar conmigo?

—No es que no quiera, ya te he dicho que me es imposible.

—¿Y en lugar de decirme de quedar mañana o pasado, me dices: «Bueno, pues ya nos veremos»?

—¡Yo no he dicho eso!

—Algo muy parecido.

—He escrito... a ver... —Su voz sonó un poco más lejana—. He preguntado, y leo textualmente, si quedábamos otro día, no «Bueno, pues ya nos veremos», y menos con ese tono que tú le has puesto.

—Podrías haber propuesto que nos viéramos mañana o yo qué sé, pero lo de «¿Quedamos otro día?» es como cuando te cruzas con un viejo conocido y le dices: «Tenemos que quedar para tomar unas cervezas», que ni cervezas, ni quedar, ni nada de nada.

—Madre mía, ¿acosas a todas las mujeres hasta que aceptan tener una cita contigo? Porque esto de tener que dar explicaciones de qué he querido decir con

«¿Quedamos otro día?» me parece muy fuerte.

—Normalmente son las mujeres las que me acosan a mí, por eso me sé todas las estrategias que hay para dar largas, y un «¿Quedamos otro día?» es un «Adiós, muy buenas» en toda regla.

Violeta suspiró al otro lado de la línea.

—Pues si te lo has tomado así, lo siento, no era mi intención. Simplemente he

dado por supuesto que eres un hombre ocupado y no te podía decir: «Nos vemos

mañana a las diez».

—Al menos podrías haberlo intentado.

—Madre mía, ¿en serio estás tan molesto? Esto me parece surrealista. ¿Tan necesitado estás?

—¡Oye!

—Es que sueñas a desesperado. De hecho... sí, creo que sí.

—Sí, ¿qué?

—Que esto se puede considerar como que me estás suplicando una cita. Ya te dije que eran los hombres los que me suplicaban a mí.

—No te estoy suplicando.

—Sólo me has llamado para saber por qué no puedo quedar contigo esta noche.

—Eso no es suplicar. Y, ya que estamos, ¿por qué no puedes quedar conmigo esta noche?

—A ti te lo voy a decir, acosador.

—Al menos soy un acosador guapo.

—Ésos son los peores.

—Y follo bien. ¿No tienes ganas?

—Ni hablar, otra vez sexo telefónico no, que estoy en un sitio público.

Sergio se rio.

—Me refería a esta noche. Yo llevo toda la mañana tan excitado pensando en lo de esta noche que, como ahora me digas que no podemos vernos, voy a acabar

con un dolor de huevos enorme, de esos que sólo se van de una forma.

—Pues ya sabes, te haces un apaño. O te vas a Inferno y que alguien te lo haga.

—Hoy no tengo el cuerpo para orgías. Hoy mi cuerpo lleva tu nombre, Ángela.

—¿Ángela?

—Sé que no te llamas Violeta y para mí eres como un ángel de Victoria's Secret, así que Ángela te viene como anillo al dedo.

Ella se mantuvo callada durante unos segundos y Sergio quedó a la espera, dejándola pensar un instante.

—Es que esta noche voy a llegar demasiado tarde —suspiró Violeta.

—¿Llegas en avión de Londres? Puedo ir a recogerte.

—Sólo nos hemos visto una vez, Sergio.

—¿Y?

—Que esto es muy raro. ¿Sólo nos hemos visto una vez y vas a ir a recogerme al aeropuerto?

—Podemos montárnoslo en el coche, en el aparcamiento. Eso me saciaría hasta mañana. Después te dejo en tu casa y descansas del viaje tranquilamente.

De nuevo, ella se tomó varios segundos para responder.

—¿Eres un psicópata? ¿Un asesino en serie, quizá? ¿Buscas a tus víctimas en los locales de sexo libre y después te las llevas a tu coche o a tu casa y las matas?

—Oh, venga —Sergio se rio—, sólo quiero follar.

Silencio al otro lado de la línea. Se la imaginó mordiéndose el labio inferior, pensativa, aunque nunca le había visto hacer ese gesto. Cuando el mutismo se hizo demasiado largo, se animó a decir:

—Por favor.

Pensó que ella haría leña del árbol caído y se recrearía en el hecho de que le había suplicado que se vieran, pero, en lugar de eso, Violeta dijo:

—He tenido que retrasar mi vuelo y llegará a las doce. ¿En serio quieres ir a por mí?

—Allí estaré.

6

Verla de nuevo en persona fue emocionante y muy muy excitante. Mientras esperaba, se había preguntado si le costaría reconocerla porque la iluminación era totalmente diferente y ella no se bajaría del avión tan sexy y arrebatadora como se había adentrado en el *Inferno*, pero su pelo rubio y su pequeña figura atrajeron irremediablemente sus ojos en cuanto salió por la puerta de llegadas.

Violeta tardó unos segundos en dar con él y el estómago de Sergio se contrajo cuando la mirada azul de ella se clavó en la suya. Se sonrieron, y la joven redirigió sus pasos para ir a su encuentro.

Intercambiaron un saludo un poco raro, pues no sabían si darse la mano o un beso, y al final ella acabó dándole un abrazo cuando él se acercó para entrecuchar sus mejillas. Sergio no se lo pensó y, divertido por el gesto, la cogió

en peso, alzándola como si fuese una niña. En un arrebato, comenzó a dar vueltas con ella en volandas.

—¡Pero ¿quééééé haaaaaceeeees?! —Violeta se agarró con fuerza a su cuello.

Una carcajada escapó de la garganta de Sergio, que siguió girando y girando hasta que, cuando al fin volvió a dejarla en el suelo, ella se sentía tan mareada que se asió enérgica a sus bíceps para no caerse. Sergio aprovechó que estaba despistada: se inclinó sobre ella y la besó con una pasión desbordante.

—Ahhh... esto... ehhhh...

El beso parecía haberla mareado todavía más.

—Bienvenida. —Sergio sonrió.

—Ehhh, gracias.

Violeta lo miró como quien mira a un alienígena y por un instante él temió que su arrebato hubiera sido excesivo, pero entonces se dio cuenta de que los ojos de ella volvían una y otra vez a su boca, como si ésta fuera un imán que atrajera su mirada, y sonrió con satisfacción.

Con aquel gesto, consiguió atraer de nuevo la mirada de ella y, en aquella ocasión, se quedó allí fija varios segundos.

—Toma, es para ti —dijo, tendiéndole una flor.

—Mierda —soltó ella de pronto para sorpresa de Sergio.

—¿Qué ocurre?

—Pensaba que no serías tan intenso en la vida real.

—La otra vez también fue la vida real.

—Tú ya me entiendes.

—No te preocupes, todo tiene una explicación.

—¿En serio? Y no me digas que la explicación es que te ha dado la gana.

—Mujer, eso también, pero no. Ven y te lo cuento, aunque antes sonríele al hombre que tenemos a la derecha.

—¿Qué ho...?

Al girar la cabeza, no le cupo duda de que Sergio se refería a un anciano que los miraba sonriente con un ramo de flores en la mano. Éste se despidió de ellos

con un gesto y Sergio le devolvió el ademán.

—¿Ésta es tu maleta? Vamos, que la llevo yo.

Se alejaron unos metros de la puerta de llegadas y del hombre mayor, y entonces Violeta preguntó:

—¿Y este recibimiento tan... —buscó la palabra—... entusiasta?

—Te has retrasado casi veinte minutos y he tenido tiempo de conocer a Juan, el abuelo al que hemos saludado. Me ha parecido curioso ver a un tipo tan mayor

con un ramo de flores y tanta ansia en los ojos, y le he preguntado que a quién

esperaba. Resulta que aguardaba a su mujer, que se había ido a Londres a ver a

su hija y a su nieto y volvía hoy en tu mismo vuelo. Me ha contado que llevaban

cuarenta años casados y, aun así, ella se había ido sólo una semana y la había echado tanto de menos que no había podido resistirse a comprarle un ramo de flores para recibirla con media docena de rosas rojas.

Violeta miró por encima de su hombro, pero ya no encontró al anciano.

—Qué bonito.

—¿Verdad que sí?

—¿Y la flor? —interrogó alzando la rosa que le había dado a ella—. ¿Te ha inspirado?

—Lo cierto es que me la ha dado él. Ese hombre tiene un corazón enorme, en serio. Me ha preguntado que a quién venía a recoger yo y le he dicho que a una amiga. Me ha preguntado si era una amiga de verdad o una amiga de esas modernas... Vamos, que si éramos pareja, y yo me he reído. Entonces me ha echado una charla de lo más interesante sobre el amor y lo importante que son los gestos románticos, y me ha dado la rosa para que te la diera a ti. Le he dicho

que no estaba seguro de si habíamos llegado a ese punto..., pero él me ha hecho

cogerla porque «a todas las mujeres les gustan las flores». Creo que hoy el hombre dormirá tranquilo, creyéndose ayudante de Cupido, después de ver

nuestra efusividad con el abrazo y el beso... Así que lo he hecho un poco por él...

y un mucho porque me apetecía. ¿Te parece mal?

—«Mal» no es la palabra correcta. Sólo... raro. Eres muy intenso.

—Ya lo has dicho varias veces y yo te he contestado siempre lo mismo: que sí, que yo soy un poco raro. Pero, si lo piensas bien, tampoco es tan extraño: somos dos personas adultas que se atraen y que saben lo que quieren. ¿Por qué regirnos por las estúpidas normas sociales que dicen que hay que conocer a la otra persona para estar a gusto a su lado? Tú y yo somos como dos viejos amigos: no saben mucho el uno del otro porque ha pasado mucho tiempo desde la última vez que se vieron, pero a la vez los une algo importante y lo demás no importa.

—¿Y qué nos une a nosotros?

—Que juntos follamos de puta madre —contestó él con seguridad—. Y no hay nada más importante que el sexo. ¿Verdad, señora?

Violeta se giró para mirar a la mujer a la que se había dirigido Sergio. Estaba muy cerca de ellos y debía de haber oído la afirmación de Sergio de que follaban

de maravilla, porque Violeta llegó a ver cómo los miraba con la mandíbula descolgada antes de recomponer su expresión y alejarse de ellos con paso firme.

—Vas por ahí escandalizando a la gente —se rio Violeta.

—Ya te digo yo que, después, ésa es la que más cachonda se pone cuando ve un pene. Siempre que no sea el de su marido, claro, a ése le pone cara de asco.

Es por aquí.

Durante unos metros, caminaron en silencio hasta que ella preguntó:

—¿Llevas mucho tiempo metido en este tema?

—¿Qué tema?

—El de los locales *swinger* y todo eso.

—Bastante, sí. Años. Aunque tampoco es que sea un habitual. Antes iba más, pero ahora sólo voy de vez en cuando, para conocer gente y cuando me apetece

una orgía o algo así más complicado de conseguir por mi cuenta.

—Como todo el mundo, ¿no?

—Como todo el mundo, ¿qué?

—Lo de ir de vez en cuando.

—Qué va, hay gente que va varias veces al mes. Incluso varias veces a la semana. Diría que hay gente que, si pudiera, se pasaría allí todo el día. —Serio

—. Y tú, ¿qué? ¿Ando muy desencaminado si digo que te veo un poco verde en todo esto?

—Verde no, verdísima. El otro día fue mi primera vez.

Sergio se detuvo al oír eso y se giró para mirarla con asombro. Todavía sin haberse repuesto del todo de la sorpresa, siguió andando arrastrando tras él la maleta.

—¿Por qué me has mirado con esa cara? —quiso saber ella, y él volvió a detenerse y la observó muy serio desde su metro ochenta.

—¿En serio era la primera vez que ibas a un local de intercambio de parejas?

—Sí, ¿por qué?

—No, nada, es sólo que...

No podía evitar pensar que ojalá la hubiera interceptado antes de que todos aquellos hombres se la rifaran para montarla a cuatro patas. Ojalá hubiera podido

ser su compañero aquella primera noche, descubriéndole juegos vetados para la

mayoría de la población. Ojalá hubiera podido quedársela exclusivamente para él, permitiendo quizá que los demás miraran, pero siendo sólo suya.

Pero no podía expresar aquello en voz alta, ella no entendería aquel

pensamiento ni él podría explicárselo de forma coherente, así que en su lugar

dijo:

—Ahora entiendo que no te corrieras con esa panda de buitres que sólo

buscaban su placer, y que dijeras que no te podías concentrar porque era mucho

trabajo atenderlos a todos.

—Ya, acostumbrada al uno a uno, la situación me sobrepasó un poco. Menos

mal que llegaste tú para mejorar la noche, porque, si no, vaya experiencia.

—Ahí está mi coche —señaló Sergio y, al apretar el botón del mando, las luces de los intermitentes se iluminaron—. ¿Y por qué decidiste ir a un local así?

Las mujeres no suelen ir solas, lo normal es que lo hagan con pareja.

—Pues... —Violeta alargó la sílaba, sin saber muy bien qué decir, aunque finalmente contestó—: Es que en principio no iba a ir sola.

—Estás soltera y sin compromiso, ¿verdad? Que no te lo había preguntado.

No me gustan los rollos raros, yo sólo me acuesto con mujeres casadas si la pareja está de acuerdo.

—Qué educado. Y sí, estoy libre. Tú también, ¿no?

—Sí. Entonces, si no tienes pareja, ¿con quién ibas a ir? ¿Una amiga?

—No, verás... Es que me da un poco de cosa contártelo.

—¿Por qué? —Sergio abrió el maletero y colocó dentro el equipaje.

—No sé, eres casi un desconocido y yo aquí compartiendo contigo mis intimidades.

—Por eso, porque soy un desconocido, te debe resultar más fácil hablar conmigo. No te voy a juzgar, ni te recordaré dentro de diez años lo que me has contado, ni iré por ahí convirtiendo tu vida en un cotilleo. Además, sabes que me

gusta el tema y, aunque no me conoces lo suficiente como para saberlo, puedo asegurarte que es muy, pero que muy poco probable que algo de tu vida sexual me sorprenda.

—¡Oye! Que mi vida sexual es sorprendente y excitante y animada y ¡muy digna de tu sorpresa en general!

—No lo dudo —contestó Sergio con una sonrisilla—, pero probablemente lo

que a ti te da vergüenza contarme, yo ya lo habré hecho un millón de veces.

—¿Y si todo esto es un farol? ¿Y si también fue tu primera vez en un local *swinger*? —lo retó ella.

—No lo fue, te lo aseguro.

—¿Y tengo que creer a un desconocido?

—Un desconocido con el que te vas a montar en el coche.

—No me lo recuerdes. Aún podrías ser un perturbado que busca víctimas entre las personas con gustos sexuales peculiares.

—Bueno, de ser así, ya te habría descartado como mi víctima, porque me has demostrado que tu nivel de perversión es más bien escaso: era la primera vez que

ibas a un local de intercambio de parejas, te da vergüenza contarme cómo acabaste en el Infierno... —Fue enumerando con los dedos y dejó la frase

suspendida para ver si ella lo interrumpía, pues se había quedado sin más argumentos, pero Violeta lo miró expectante, sabiendo perfectamente lo que le pasaba.

—¿Qué más? Porque, si mal no recuerdo, la primera vez que me viste me lo estaba montando con un grupo de hombres y, a continuación, me enrollé contigo

en una ducha transparente con gente pasando justo al lado. Si eso no es tener una

vida sexual emocionante...

—Pfff —rebufó Sergio, divertido. Se inclinó hacia ella hasta que sus caras quedaron muy cerca y entonces susurró—: Eso, cariño, no es nada.

Violeta tragó saliva con dificultad, impresionada por la proximidad de él, por el aroma que de pronto había invadido su nariz, por el calor que irradiaba. Sergio

pudo oír su respiración acelerada y sonrió lobuno, dejándose también embriagar

por la excitación de tenerla tan cerca y hablando de un tema tan candente.

—¿Has aparcado tan lejos de la entrada a la terminal para que podamos tener un poco de intimidad en el coche? —planteó de pronto Violeta, mirando a su alrededor.

Sergio la imitó y contempló el aparcamiento, repleto de huecos vacíos. Había aparcado bajo un techado y la luz de las farolas proyectaba un sinfín de sombras

en todos sitios. Sin duda, era un buen sitio para buscar intimidad, aunque lo cierto era que había estacionado allí porque al llegar estaba todo lleno.

—Claro —mintió y, posando su mano en la espalda baja de ella, la atrajo hasta que sus cuerpos se tocaron—. ¿No era en eso en lo que habíamos quedado?

Aunque, si lo prefieres, podemos ir a tu casa o a la mía.

—No hace falta. Precisamente me he puesto vestido para poder hacerlo ya mismo.

—Ah, ¿sí?

Ella no contestó; en cambio, se giró, haciendo que su vaporoso vestido azul volara a su alrededor, y se encaminó hacia la puerta de atrás del coche. La abrió

a la vez que le dedicaba una mirada provocativa a Sergio y después se montó en

el vehículo. Al agachar el cuerpo para entrar, el dobladillo de la prenda que llevaba trepó un poco por el cuerpo, invitador.

Sergio la siguió al interior y cerró la puerta tras de sí. Gracias a Dios, su nuevo coche era bastante amplio y cómodo, pues el anterior tenía unos asientos

de atrás que parecían una lata de sardinas.

—¿Tienes ganas de que te folle? —interrogó sumergido en la oscuridad que los rodeaba.

Sus ojos tenían que acostumbrarse a la escasa luz, aunque, en lugar de confiar en su vista, decidió poner en acción sus otros sentidos cuanto antes. Se acercó a

ella y, posando una mano sobre su muslo, le acarició la aterciopelada piel en un

camino ascendente que iba retirando la tela que la cubría. También inhaló, aprovechando que en aquel espacio el dulce aroma a flores de la colonia de ella

era mucho más perceptible.

—Muchas. No sé qué tienes, pero me haces perder la cabeza. Me has mirado antes y... ¡uf!

—¡Uf! —repitió él, y cazó su boca en un beso húmedo y voraz que logró subir la temperatura del ambiente dentro del coche unos cuantos grados.

Su mano siguió ascendiendo por su muslo y, al llegar a su culo, sintió que la

emergente erección daba un respingo al palpar que no llevaba bragas, sino tanga.

—Grrrr, me gustan los tangas.

Sí, le gustaban mucho... pero mucho mucho.

Acarició con la mano abierta las nalgas de ella, que se levantó un poco para permitirle un mejor acceso a aquella área. Él aprovechó para guiar sus movimientos y animarla a sentarse a horcajadas sobre él, sobre su erección cubierta por los vaqueros.

—He echado de menos tu culo —susurró, y acompañó su frase de una caricia sobre su ano.

—Él no te ha echado de menos a ti. Necesitó unas vacaciones después de tu última visita.

—Eso me has dicho, pero si crees que eso me desanima, estás muy equivocada.

Movió sus caderas para que ella notara su verga.

—Te excita romper culos —dijo Violeta en tono guasón.

Pero lo cierto era que Sergio ya no estaba para bromas.

—Me excita cualquier cosa que implique llenarte a rebosar. Déjame un momento que me desabroche los pantalones y me ponga un preservativo, que no

aguanto más. Tú también me excitas un montón, y yo sí sé qué tienes.

—Ah, ¿sí? ¿Y qué tengo?

—Te diré qué tienes cuando tú me digas qué tengo yo para que ya estés tan húmeda. Tengo la mano empapada.

Sergio acompañó sus palabras de una incursión de su dedo en la vagina de ella, que se puso tensa y soltó un jadeo.

—No puedes pedirme que me aparte si estás haciendo eso.

—Pues no me hagas caso —contestó Sergio, olvidándose por un momento de su propia premura por liberar su erección.

Sentir cómo Violeta se ponía en tensión, oír su respiración entrecortada, notar cómo su interior apretaba su dedo... ¡Joder! Se moría por penetrarla, pero a la vez era incapaz de detener aquello. Metió otro dedo en su interior y con el pulgar

aprovechó para acariciar los labios vaginales. Ella, en respuesta, se mordió el labio superior.

—¿Te gusta así?

—Me gusta demasiado —jadeó ella.

—Nunca es demasiado —aseveró, y después comentó—: Parece que tengas un manantial entre las piernas de lo húmeda que estás.

—Yo... lo siento.

—No lo sientas, me pone. Me imagino dentro de ti, sintiendo toda esa humedad resbaladiza y caliente a mi alrededor y...

Violeta se incorporó de golpe, haciendo que la mano de él saliese de su

interior.

—¿Qué? —soltó Sergio, sorprendido.

—Que yo también me lo imagino y lo quiero. Ya. Pantalones fuera y preservativo puesto en medio segundo.

—A sus órdenes, mi generala.

Ella se apartó un poco más para que Sergio pudiera desabrocharse el pantalón y bajarlo por sus fuertes piernas. Lo acompañaron los calzoncillos y su erección

quedó expuesta, magníficamente enhiesta.

—Yo lo hago.

Violeta le quitó el envoltorio al preservativo en cuanto él lo hubo roto y lo sacó. Para sorpresa de Sergio, se lo llevó a la boca y se lo puso entre los labios.

Sergio comenzó a respirar tan rápido que su pecho no dejaba de subir y bajar.

¡Le iba a poner el condón con la boca! Para resistir el impulso de tocarla, echó

los brazos hacia atrás, abrazando los reposacabezas. Cuando Violeta comenzó a

deslizarle el preservativo sobre la piel, perfilando su miembro con la boca, Sergio aguantó la respiración y hundió tan fuerte las manos en la tapicería que después los dedos le dolerían.

El preservativo llegó hasta aproximadamente la mitad de la erección, que era hasta donde la boca de Violeta podía alcanzar, y entonces ella terminó de extenderlo con los dedos. Después, sin mediar palabra y con una urgencia que

compartían, se sentó sobre él. La lubricación del condón y los generosos fluidos

de ella permitieron que Sergio se hundiera por completo en su interior, para éxtasis de ambos, que se agarraron el uno al otro con fuerza.

Sólo con penetrarla, Sergio había conseguido que Violeta jadeara como si intentara recuperar aire después del orgasmo, y ciertamente su respiración no era

mucho mejor. Ambos debían haber estado aguantando el aliento mientras disfrutaban de la deliciosa sensación de la profunda penetración.

Ella comenzó entonces a mover las caderas de forma ondulante y Sergio no tardó en agarrarla por la cintura. No le marcó ningún ritmo, pero con las manos

allí sentía que tenía más control de la situación y conseguía mantener a raya el clímax, que estaba amenazadoramente cerca. No podía durar tan poco, no otra vez... o Violeta iba a pensar que estaba con un adolescente, en lugar de con un hombre curtido en aquel tema.

Pero ella no parecía estar pensando precisamente en eso y comenzó a cabalgarlo con tanto brío que a Sergio no le quedó otra que refrenar sus movimientos.

—Si te mueves a ese ritmo, acabo en medio minuto.

—Perfecto, porque yo me corro ya —jadeó ella, apartando las manos de él para volver a imponer su frenético vaivén, que hizo que Sergio no durara medio

minuto, sino diez segundos, los que le llevó a ella a llegar al orgasmo y

comenzar a estrecharle el pene con sus espasmos—. Dios —dijo Violeta a la vez

que, satisfecha y exhausta, se dejaba caer sobre su pecho y acomodaba la cabeza

en su hombro.

—Me llamo Sergio, pero si me quieres llamar así...

Aquello consiguió que ella se riera y Sergio sintió su risa haciendo vibrar todo su cuerpo. La estrechó entre sus brazos hasta que Violeta se apartó un poco

de él y lo miró a los ojos. A esas alturas, sus pupilas ya se habían adaptado y podían verse bastante bien en la oscuridad.

—¿Sería raro si te dijese que me apetece besarte? —preguntó dubitativa.

—Ya te he dicho que soy raro.

La atrajo hacia sí y sus labios intercambiaron una tranquila y dulce caricia.

—Me gustan los besos cuando saben darse —susurró él cuando se separaron

—. ¿A ti no?

—Sí.

—Pues entonces no nos privemos de ellos.

Y volvió a besarla para saborearla una vez más.

Poco después, emprendían el camino de regreso hacia el centro de la ciudad, donde Violeta fue dándole indicaciones hasta que llegaron a su barrio.

—Puedes parar aquí, si quieres —indicó ella.

—Voy a buscar aparcamiento.

—No, tú te vas a tu casa. Por hoy estoy más que satisfecha.

—Mujer, pero quiero ayudarte a subir la maleta.

—Ya, claro. Y, de paso, te invito a una copa y acabamos dando vueltas en la cama hasta las seis de la mañana.

—Qué bien suena ese plan.

Violeta lo miró y su expresión la derritió. Se debatió durante unos segundos.

Sergio sabía que estaba a punto de rendirse, veía su indecisión, la tentación que

sentía. Se inclinó un poco más hacia ella.

—Si no quieres dar vueltas, puedo estar arriba todo el rato.

Ella apretó los labios, como si intentara mantenerlos a raya y que no actuaran por su cuenta, y, tras un instante de duda, se apartó.

—De verdad, estoy muy cansada y mañana tengo trabajo.

—¿Domingo?

—El trabajo nunca descansa.

—Es verdad. De hecho, en las líneas eróticas, cuando más trabajo debe de haber probablemente sea el domingo.

Ella se rio.

—¿Así que sigues empeñado en que trabajo en una línea caliente?

—La verdad es que se te da muy bien. Nunca me había puesto tan cachondo

hablando por teléfono.

—Yo tampoco —confesó ella con un suspiro, evocando la conversación.

Se miraron a los ojos durante unos largos segundos, hasta que él volvió a la carga.

—Venga, déjame subir, sólo un rato.

—No —se plantó y, para marcar más su decisión, abrió la puerta—. De hecho, quiero que, en cuanto baje la maleta, te vayas. No te quedes a ver si

a mi portal o no.

—¿Por qué? Es pura cortesía.

—Porque no quiero que sepas dónde vivo.

—¡Venga ya!

—Lo digo muy en serio.

—Pero si me has traído a tu calle. Mañana me bastaría con montar guardia durante unas horas y, *voilà!*, sabría exactamente cuál es tu edificio.

—Si hicieras eso, serías un acosador total. Además, mañana no sé si saldré siquiera: trabajaré desde casa todo el día.

Sergio soltó un teatral suspiro.

—No puedo estar tantas horas aquí plantado sin saber si te voy a ver o no. Yo también tengo cosas que hacer. Venga, ¿qué te parece? Yo no te acoso mañana y

tú aceptas cenar conmigo por la noche.

—¿Mañana noche?

—Sí.

—¿Y has dicho «cenar»?

—He hecho mis deberes y ya sé dónde puedo llevar a cenar a una vegetariana.

—Menos mal que eso, al menos, sí te lo has creído.

—Por supuesto, Ángela. —Le guiñó un ojo—. Sé muy bien distinguir qué es verdad y qué no. Tengo un radar para las mentiras.

—Pues si me vas a llamar como te plazca, mañana por la noche quiero ser Victoria.

—¿Victoria?

—Sí, por seguir con lo de los ángeles de Victoria's Secret. ¡Espera! ¿Qué haces?

Sergio se bajó del coche pese a sus protestas y rodeó el vehículo hasta llegar al maletero.

—Ser un caballero. Y lo sería más, pero no me dejas subirte la maleta a casa, así que... su equipaje, señorita. Nos vemos mañana. Paso a recogerte.

—Mejor mándame la dirección del sitio.

—Como quieras, no voy a seguir peleando. Necesito un respiro, que esta guerra verbal que nos traemos me deja agotado.

—¿Y aun así quieres cenar conmigo mañana?

—Por supuesto. El caso es que me encanta, sólo que tengo que recargar un poco las pilas para estar hábil con la lengua.

Violeta hizo un ruidito, como si fuera un gato ronroneando.

—Para hablar y defenderme de tus ataques, malpensada.

—¿Y para otras cosas no?

—Para ésas siempre está dispuesta —contestó él, y atrayéndola hacia sí, volvió a sumergirse en su boca.

Se entregó al máximo en ese beso, vertiendo en él promesas de placer que lograron que a Violeta, Ángela, Victoria o como le apeteciese llamarse, le temblaran las piernas.

7

Tras mucho buscar en Internet, su elección había sido un elegante hindú que tenía toda una sección de la carta dedicada a platos vegetarianos. Le había echado el ojo hacía ya casi dos semanas y, por suerte, cuando se sentaron en una

de las mesas pudo leer en los ojos de Victoria su aprobación. Y sí, como ya le había dicho la noche anterior, esa velada su acompañante decía llamarse

Victoria. Se había presentado como tal cuando se saludaron con dos besos en la

puerta del restaurante.

—¿Y tú eres...?

—Yo sigo siendo Sergio —contestó él—. Aunque, como te dije ayer, también puedes llamarme «Dios» cuando la situación lo requiera.

Ya en el interior del local, y aun viendo que ella miraba hacia todos lados,

admirada, preguntó:

—¿Te gusta el sitio?

—Me encanta. Hacía muchísimo que no tomaba comida india.

Cogió el menú y lo ojeó con avidez hasta que, de pronto, se dio cuenta de que Sergio la miraba a ella fijamente en lugar de estar seleccionando su cena.

—¿Ya sabes qué vas a pedir? —preguntó alzando el rostro hacia él.

—De hecho, quiero que pidas por los dos. Si no, acabaré pidiendo algo con carne.

—No me importa que pidas algo con carne. En realidad, estoy acostumbrada a tener carne en mi propio plato e ir apartándola.

—Pero es que no quiero comer carne esta noche. Al menos no ese tipo de carne —aclaró cuando ella le dedicó una mirada jocosa—. Sorpréndeme.

—De acuerdo, pues...

En un intento de demostrarle que los vegetarianos no sólo comían ensalada, pidió un poco de todo: quesos especiados, verduras rebozadas, tortas de harina de lentejas, *samosas*, que eran una especie de empanadillas triangulares rellenas de verduras, y *aloo tikki*, que el menú traducía al español como «hamburguesas de patata, verduras al curry, pan indio y arroz frito con verduras».

Los camareros llenaron la mesa de platos, haciendo que rebose color.

—Todavía queda por pedir el postre, pero, si te quedas con hambre, puedes pedir algo más.

—¿Con todo esto me voy a quedar con hambre? Sí que cunde poco la comida vegetariana...

—Hombre, yo no me voy a quedar con hambre, pero tú... no sé, te veo así muy...

—¿Muy...?

—Hombretón.

—¡Hombretón! —se rio Sergio.

—Sí, no sé... Una vez tuve un novio deportista y el tío comía como una lima.

Tú, que también estás cruasán, seguro que no te quedas atrás.

—¿Acabas de decir que estoy cruasán?

—Menudos brazos tienes, amigo.

Sergio se los miró, como si no los tuviera pegados al cuerpo ni se los viera cada día, y después dijo:

—Me lo tomaré como un halago.

—Lo es.

—No siempre se dice como tal —añadió Sergio, y no pudo evitar sonreír al recordar cómo había conocido su amiga Carla a su actual pareja. También entonces había habido un cruasán involucrado.

—Pues, en este caso, sí, lo prometo.

—¿Te gustan los hombres musculosos?

—¿Qué clase de pregunta es ésta?

—Una de esas preguntas que llevan un interrogante delante y otro detrás.

—Me refiero a... ¿a quién no le gustan los tíos cachas? No hablo de

culturistas, que esos dan un poco de grima, ni los que parece que se hayan metido en el cuerpo un tarro de esteroides para engordar los brazos pero se han olvidado de que el torso debe guardar proporción con el tamaño de su cabeza...

Pero ¿qué mujer en su sano juicio diría que no a una tableta de chocolate bien marcadita como la tuya? A nadie le amarga un dulce.

Sergio sonrió con bastante orgullo y después, mirando todos los platos que había sobre la mesa, planteó:

—¿Eso quiere decir que, para mantener mi cuerpo tal y como está, me cedés al menos tres cuartas partes de toda esta comida?

—¡Aquí comerá más el que trague más rápido!

—¿Desde cuándo eres vegetariana? —inquirió Sergio un rato después, cuando ya habían probado un poco de cada cosa.

—Desde los dieciocho.

—¿Y por qué?

—Porque fue cuando empecé a cocinar yo. —Se rio—. Antes mi madre no me permitía serlo, decía que me faltarían proteínas y me quedaría anoréxica. Y no es que mi constitución delgada me ayudase a hacerle entender que por comer

sólo verduras no iba a quedarme flaca.

—Me refería a que por qué te hiciste vegetariana.

—¡Ah! Pues... todo se remonta a cuando tenía dieciséis años e hice un

intercambio en Inglaterra. Fui a un pequeño pueblo del sur en el que la familia tenía una preciosa casa con patio trasero en el que, ¡oh, sorpresa!, vivía un conejo. Bueno, lo cierto es que el animalito vivía en toda la casa. Pasaba la mayor parte del día en el patio, pero por la noche se metía en las camas con las

niñas. Incluso durmió conmigo una de las noches. Y yo tan contenta antes de volver, diciéndole a mi madre por teléfono que quería un conejo. Cuando regresé, efectivamente tenía un conejo... pero en el arroz. Se me quedó una cara

cuando me di cuenta de que la paella incluía a un primo hermano de ese encantador conejito con el que había dormido...

—Madre mía. Me imagino perfectamente tu cara.

—¡No te rías! Es muy triste. Me dan mucha pena los animales. ¿Has ido alguna vez a una carnicería? Tienen ahí conejos despellejados, con los ojos grisáceos. —Victoria se estremeció—. Y cabezas de cordero, y sesos y... ¡puaj!

—Entonces, ¿desde los dieciocho no has probado nada de carne? ¿Nada, nada?

—Nada.

—¿Ni un poquito de jamón? ¿Ni una salchicha? ¿Ni una pizza con jamón de york?

—No, y no lo echo de menos.

—Te admiro. Yo no podría vivir sin carne.

—Claro que podrías hacerlo, pero la verdad es que a veces es difícil, sobre todo si sales fuera a comer. En muchos restaurantes no hay opciones

vegetarianas, salvo que optes por la ensalada, ¡y eso cuando no les da por echarle

jamón de york o atún! A veces se hace cuesta arriba salir con amigos.

Un rato después, cuando ya habían apurado todos los platos y esperaban el postre, Sergio quiso saber:

—Al final ayer no me dijiste cómo acabaste en el Infierno.

—¿Por qué te interesa tanto?

—Siento curiosidad; si te da vergüenza, seguro que es muy interesante.

Victoria suspiró.

—No me da vergüenza. Bueno, sí, un poco. No me da reparo cómo acabé ahí,

pero sí contarlo. Pero si tanto te interesa... —Tomó aire, se inclinó hacia delante

y le explicó—: En un bar conocí a un chico y me senté con él y sus amigos a tomarme unas cervezas. Estuvimos bastante rato hablando y estaba claro que al

chico le gustaba yo, pero a mí me llamaba más la atención uno de sus amigos.

No me preguntes cómo, pero al final acabamos los tres a las dos de la mañana

dándonos un baño en la playa y de ahí nos fuimos a la casa que compartían. El

chico intentaba entrarme, pero yo me resistía, porque seguía prefiriendo al amigo... Y de pronto me dijeron: «¿Has hecho alguna vez un trío?». Casi me caigo de culo.

—¿Lo habías hecho? —se interesó Sergio.

Ella negó con la cabeza y después sonrió, bajando un poco la cabeza a la vez

que sus pómulos adquirirían un encantador color rosado.

—¿Te estás sonrojando? Qué adorable.

Victoria intentó reponerse rápidamente al sentir que había quedado en evidencia.

—¿Qué hicisteis? —planteó Sergio en un susurro, inclinándose hacia ella.

—Se fueron turnando.

—¿Y ya está? —Su voz dejó traslucir decepción.

—No. Al final propusieron hacerlo a la vez.

—¿Felación y penetración o...?

—Uno por delante y otro por detrás.

Sergio se removió en su silla, excitado.

—¿Te corriste?

—Sí.

La miró con los ojos cargados de deseo. Se la comería enterita allí mismo.

Parecía inocente, inexperta y vergonzosa, y le encantaba, porque sabía que, a la

hora de la verdad, se volvía toda una sargento, una *femme fatale* en toda regla.

—¿Y cómo pasaste de ahí al Infierno?

—Espera, que tengo que ir al baño antes.

Sergio se echó hacia atrás en su silla, frustrado. No le gustaban las pausas publicitarias cuando ante sus ojos pasaba una interesante película.

—Vuelve pronto —pidió—, me dejas con los dientes largos.

—¿Sí?

Ella se levantó con elegancia y, al pasar por su lado, dejó caer sobre el plato limpio que Sergio tenía justo delante algo negro. Con la mano, acarició el brazo

de Sergio hasta su hombro y éste la siguió con la mirada antes de coger la tela que le había dejado sobre la mesa. Escondió rápidamente el regalo al darse cuenta de que lo que Victoria le había dado, lo que había dejado de forma descarada sobre la delicada vajilla, era un tanga de encaje negro. Se giró rápidamente para mirarla y vio cómo ella le devolvía el gesto, junto con una sonrisa provocadora, desde la puerta del baño.

Sergio respiraba acelerado. Miró disimuladamente la tela que tenía entre las manos y contó hasta diez antes de dirigirse hacia la zona del aseo. Si unas bragas

sobre su plato no eran una invitación al postre, no sabía qué eran.

Abrió con cuidado la puerta del aseo de chicas y se asomó. Victoria lo esperaba revisándose el peinado y le sonrió a través del espejo.

—¿Cuándo te lo has quitado? —preguntó Sergio, mostrándole la ropa interior.

—¿No te has dado cuenta?

—No.

—Soy muy hábil deshaciéndome de la ropa innecesaria. Echa el pestillo.

Sergio se giró y vio que la puerta del baño podía cerrarse con pasador.

Estaban de suerte, pues lo frecuente era que sólo los retretes tuvieran pestillos.

Podrían montárselo allí, sobre el lavabo.

Cuando volvió a mirar a Violeta, ésta se estaba pintando los labios de un intenso color rojo.

—Si haces eso, no voy a poder besarte —protestó, acercándose a ella.

—Hoy mis labios están prohibidos.

Sergio sintió que se endurecía bajo el pantalón del vaquero. Ya volvía a estar ahí la mandona, la que ponía reglas, la que marcaba las pautas, la que siempre conseguía lo que quería.

Se pegó a su espalda y posó una mano sobre su muslo. A la vez que le iba levantando el vestido, le preguntó al oído:

—¿Siempre que lleves vestido debo entender que quieres hacerlo en sitios públicos, rápido y de extranjis, o es casualidad que lo llevaras en el coche y ahora también aquí?

Llegar a su monte de Venus y sentir la caricia del escaso vello que tenía allí fue un gesto muy erógeno, sobre todo al acompañarlo de la visión de ambos, vestidos frente al espejo. Parecían tan serios y respetables ahí parados... y a él,

con un movimiento de su dedo corazón, le bastó para recorrer su ranura y alcanzar un punto húmedo. Comenzó a hacer círculos con el dedo a la vez que

besaba el cuello de Violeta, que no tardó en comenzar a respirar acelerada. Le atrapó un pecho por encima de la tela y le pellizcó un pezón hasta que éste se marcó incluso a través del sujetador.

Se aventuró un poco más e introdujo un dedo en su vagina. Ella le respondió restregando su culo contra la erección y Sergio repitió el movimiento, recibiendo

el mismo premio. Con cierta dificultad, se desabrochó el pantalón con una sola

mano y dejó que cayera al suelo. Cuando Violeta volvió a frotar su culo contra él, sintió mucho más la caricia y le dio un bocadito en el cuello al que ella respondió agarrándolo del pelo y pegándole un tirón.

—No seas malo y no me marques.

Se inclinó entonces hacia delante y buscó algo en su pequeño bolso. Sergio aprovechó su posición para levantarle el vestido hasta las caderas y, agarrándola

por la cintura, restregar contra el culo su erección todavía cubierta por los calzoncillos. Violeta le tendió a Sergio un preservativo por encima de su hombro.

—Ve abriéndolo —le pidió él, y deshaciéndose al fin de los bóxers, liberó su pene.

Lo movió sobre su culo, igual que había hecho antes con la ropa interior puesta, sólo que en ese momento su miembro buscaba el valle que dibujaba su bonito trasero. Sergio le pidió a Violeta que se inclinara hacia delante y, abriéndole un poco los cachetes, hizo un poco más de espacio para él. Ella lo miraba fijamente a través del espejo, excitada con su cara de concentración, que

no perdía de vista el lento movimiento que hacía recorriendo su culo, deslizando

desde la punta hasta los testículos.

—¡Cuidado! —dijo ella, poniéndose tensa de golpe cuando notó que la erección había encontrado la entrada a su ano. Fue sólo un segundo, antes de que

la cabeza resbalara y siguiera su camino por el valle.

—¿Cuidado? Si te encanta que te folle por el culo.

—Pero con preservativo.

Sergio le dedicó una sonrisa lobuna a través del espejo y repitió el movimiento un par de veces más, con lentitud y parsimonia, disfrutando al notar cómo ella se ponía tensa cada vez que su glande se atrancaba un segundo en la entrada de su vagina o de su culo.

—Dame ya el condón.

Se retiró un instante para ponérselo y después se hundió en ella por delante.

Estaba más prieta de lo que esperaba, menos húmeda que las veces anteriores, pero aquello, en lugar de refrenarlo, lo que consiguió fue que la sensación fuera

mil veces más intensa y tuviera que apretar los dientes mientras se adentraba en

ella.

—Eres preciosa —le dijo mirando su reflejo.

Sus ojos azules también lo escrutaron, ligeramente entrecerrados por el placer, y su boquita rojo carmín sonrió.

—Muévete tú sola —pidió él entonces, y detuvo sus embestidas para que ella pudiera demostrarle lo que era capaz de hacer.

Cuando Violeta no sólo continuó con el movimiento, sino que recrudesció las penetraciones, sonrió satisfecho y, cerrando los ojos, se llevó las manos a la

nuca. No obstante, un cambio en el movimiento lo obligó a mirarla de nuevo.

—La hostia...

Pero ¿qué cojones era aquello?

—¿Te gusta el *twerking*? —interrogó ella, con la respiración acelerada.

Fuera lo que fuese, a su polla le encantaba.

Fue a agarrarla por la cintura de nuevo, pero ella le dio un manotazo.

—Yo sola.

Sergio respiraba con dificultad y no sabía qué hacer con las manos. Sólo atinaba a mirar cómo se movía contra su entrepierna aquel culito respingón. No

veía apenas su propia erección, estaba dentro de ella y apenas si salía, pero no era necesario; con los movimientos que ella hacía, en su interior estaban todas las sensaciones del mundo.

Necesitaba sujetarla de algún sitio, así que optó por el pelo. Se lo agarró y tiró

un poco de él, haciendo que ella levantara la barbilla y lo mirara con intensidad a

través del espejo. Se aguantaron la mirada durante unos segundos hasta que él dijo:

—Joder.

—Dale tú, no aguanto más.

No necesitó que se lo pidieran dos veces. La agarró por la cintura, hundiendo

los dedos en su piel, y comenzó a embestirla con fiereza. Ella gritó y él también,

olvidándose en el orgasmo de dónde estaban, hasta que acabaron, sudorosos y tambaleantes, apoyados contra la encimera del lavabo.

—Cada día me sorprendes más —le confesó Sergio al oído, todavía con la respiración entrecortada—. ¿Tienes más movimientos por ahí guardados?

—Muchos, muchos más.

8

Dormir poco y al día siguiente tener una reunión importante era de las peores cosas que le podían pasar a Sergio, pues le costaba mucho concentrarse con falta

de sueño y, además, solía entrarle mal humor. Pero había merecido la pena. Oh,

sí. Y aunque tan sólo había dormido tres horas, una sonrisa lo acompañó al trabajo aquel día.

Tras cenar en el restaurante, habían acabado en un hotel por insistencia de ella, que se negaba a ir a casa de Sergio o llevarlo a la suya. Él había intentado

por todos los medios convencerla de que alquilar una habitación cuando ambos

tenían casa en la ciudad y estaban solteros era una soberana estupidez, pero Victoria no había dado su brazo a torcer y finalmente habían acabado en un hotel

cualquiera que, por suerte, había resultado ser un establecimiento de diseño con

unas camas muy resistentes. Los muelles no chirriaron ni una sola vez, y eso que

le dieron más caña de la que probablemente habían visto en toda su vida.

Victoria, Violeta, Ángela o como se llamase en realidad, más que un ángel de Victoria's Secret era la hija de Lucifer. ¡Qué manera de moverse, por Dios! La mente de Sergio no dejaba de volver una y otra vez a cómo se movía sobre él, aplicando el *twerking* del baño también a la posición horizontal sobre la cama.

Santo cielo, hacía mucho tiempo que no estaba con alguien que tuviera esa habilidad con su cuerpo, y la última, si no recordaba mal, había sido una cimbreante y exuberante bailarina puertorriqueña. Quién se iba a esperar algo así

de esa pequeña rubia que, a ojos vista, no tenía ni un poco de sangre latina.

—¿Quieres concentrarte o qué? —lo conmino Enrique.

—Sí, sí.

Si ya le resultaba difícil centrar la mente con tres horas de sueño, el hecho de no poder dejar de pensar en la sesión de sexo de la noche anterior no ayudaba en nada a su atención.

—Como te estaba diciendo, al final hemos negociado con el comprador que el primer envío se hará de forma urgente, mediante mensajero en lugar de por barco. El precio que va a pagar por la mercancía es más bajo de lo que queríamos. Luis casi me deja sordo por teléfono cuando se lo he comunicado, pero hemos conseguido rebajar el número de unidades para este pedido de tanteo

y ya hemos fijado por contrato el precio que tendrán las siguientes remesas.

—Si al final no hace un segundo pedido...

—Lo hará —aseveró Enrique—. Mis contactos me han dicho que es de fiar.

Siempre hace lo mismo: exige el primer envío más barato y después, si el

producto le convence, compra más a buen precio.

—Pensaba que eran los chinos los que daban gato por liebre, y no nosotros.

Parece que desconfíe.

—Hombre, es chino, no tonto. Yo, tal y como está el mundo, no me fio ni de mi sombra.

—No te fíes, pero crees que este hombre que está al otro lado del mundo no se va a aprovechar de que somos novatos en este tema y estamos desesperados por encontrar comprador allí en China.

Cuando estaban frente a Luis, tenían que mostrarse como un equipo unido, sin brechas ni dudas, pero, en reuniones como aquélla, Sergio se podía dar el gusto de verbalizar todas sus dudas. La experiencia le estaba resultando muy interesante, pero también bastante estresante, pues el comercio intercontinental era mucho más complicado que el transporte por tierra a Europa.

Su teléfono sonó y ambos miraron la pantalla, iluminada sobre la mesa. En ella, se podía leer claramente el nombre de Carla, acompañado de una foto entre

sexy y chistosa de su amiga.

Enrique soltó un fuerte suspiro.

—¿Cuántas mujeres te llaman a cabo del día?

—No tantas como me gustaría —se rio Sergio, que silenció la llamada—.

¿Qué más queda?

—Nada que no pueda esperar. Contesta, si quieres.

—Da igual, la llamaré más tarde.

—Contesta, de verdad. Yo voy a ver si me tomo un café, que me has puesto de mal humor con tantas dudas. Maldita la hora en que dije que sí quería trabajar en este proyecto.

Enrique se levantó, gruñendo como un viejo cascarrabias, y Sergio aprovechó para descolgar y llevarse el teléfono a la oreja.

—¿Carla? —interrogó, temiendo que ella hubiera colgado después de tantos tonos de espera.

—¡Ya pensaba que no ibas a contestarme!

—Siempre tengo hueco para ti —le dijo, zalamero como era su costumbre.

—Hummm, eso me gusta, porque es hueco precisamente lo que necesito.

—¿Qué quieres decir?

—¡Dentro de un mes Álex y yo vamos a Barcelona! ¿A que podemos quedarnos en tu casa?

—Por supuesto.

—Te has enterado de lo de «Ninja Warrior», ¿verdad?

Sergio se sintió momentáneamente confundido por el brusco cambio de tema.

—¡Claro, lo de «Ninja Warrior»! —exclamó con el mismo entusiasmo que ella para después confesar con un tono normal—. La verdad es que no tengo ni idea de qué es eso.

—¿Cómo que no?

—Hombre, sé lo que es un ninja y *warrior* es guerrero, pero...

—¡El programa de televisión! —lo interrumpió ella.

—Ni idea, no me suena.

—¡Sí, hombre! El programa japonés en el que hay un circuito de habilidad por el que hay que pasar.

—¿«Humor amarillo»?

—Nooooo. Ése es de humor. ¿Cómo puedes no saber lo que es «Ninja Warrior»? ¡Si eres un tío!

—Salvo que sea porno, dudo yo que todos los hombres del planeta sepan de qué programa estás hablando.

Carla suspiró.

—¿Tienes un ordenador cerca?

—Sí, estoy en mi mesa. ¿Qué tengo que buscar?

—«Ninja Warrior» en YouTube.

—Vale. ¿A qué vídeo le doy?

—Pues al que tú quieras; serán todos bastante parecidos, sólo que con gente distinta y con pruebas diferentes.

Durante los segundos siguientes, Sergio se mantuvo callado, observando las pruebas de fuerza, resistencia y habilidad que se desarrollaban frente a sus ojos.

Como Carla le había dicho, se trataba de un circuito que se completaba de forma

individual y no se parecía ni remotamente a «Humor amarillo». En éste, los concursantes tenían que estar realmente fuertes si querían pasar las pruebas, pues, si no lograban alcanzar la siguiente plataforma o agarrarse a la red, caían a

una piscina y una luz roja anunciaba que habían fracasado.

—¿Qué estás viendo? —interrogó Carla cuando no pudo aguantar más callada.

—Cómo un tío que parece Spiderman pasa las pruebas sin despeinarse.

—¿Te gusta?

—¿Spiderman o el programa?

—¡El programa! Este año van a hacer la primera edición en España y los *castings* son en un mes.

—Ah.

—En Barcelona.

—¡Ah!, por eso venís.

—¡Te ha costado pillarlo! —se burló Carla.

—Sí, es que hoy estoy un poco espeso, disculpa. ¿Así que vais a salir en el programa?

—Primero, a ver si pasamos las pruebas del *casting*. Tú te apuntas, ¿no?

—¿Al *casting*? —preguntó con tono incrédulo—. No. Paso de que me graben

dándome la panzotada en una de esas piscinas.

—He estado investigando y en el *casting* no hay piscinas.

—Entonces, ¿qué hay que hacer? ¿Contar tu vida delante de las cámaras?

Paso también.

—No. Son pruebas más normales que se pueden hacer en casi cualquier sitio: correr unos metros y hacer flexiones, saltar, hacer dominadas... ¡Yo creo que tú pasarías las pruebas sin problemas!

—No te creas, llevo unos meses que sólo voy al gimnasio tres días a la semana.

—Suficiente.

—Sí, el señor Spiderman este seguro que empezó a prepararse un mes antes para el circuito —comentó Sergio, que había silenciado el vídeo, pero seguía viendo cómo el hombre se enfrentaba a las pruebas.

—Pues entrenas este mes, si quieres llegar al *casting* más preparado.

—¿Y cómo narices se entrena para esto? ¿Me voy a la selva y me paseo entre lianas? ¿A un río y salto entre las piedras? Porque madre mía...

—No, tú sólo entrena normal. Si esto, con estar fuerte... Además, tú tranquilo, que más ridículo que yo no vas a poder hacer.

—¿Tú también te vas a presentar a las pruebas de selección?

—Pues claro, ya que voy... Y tú igual: ya que vas a venir a acompañarnos a nosotros, te quedas y haces las pruebas. ¿O piensas dejarnos tirados en

Barcelona?

—Tirados, no, pero os meto en un taxi para que os lleve a las pruebas y así no tengo que ir con vosotros.

—¡Tú te vienes sí o sí!

—Bueno, me lo pensaré.

—Sí vas a pasar las pruebas con los ojos cerrados. Estás *to* fuerte.

—¿Y para qué quiero pasarlas? ¿Para que me llamen y tenga que ir a la tele para que un millón de personas me vean darme planchazos en el agua?

—No, para que un montón de chicas te vean y piensen que estás cañón.

¡Ponte tu número de teléfono en la camiseta y tendrás ligues de aquí a un año!

—¡Ah!, que para eso va Álex... —bromeó Sergio.

—Sí, pero en su caso le pondré mi número para, así, ser yo la que se encargue de filtrar a las chicas... o chicos —le siguió ella la coña—. Oye, tengo que irme,

que está a punto de acabarse el recreo y ni siquiera me he tomado el café. En un

mes nos vemos; te llamaré antes para concretar, pero tú, mientras, ve poniéndote fuerte.

—Ya veremos.

9

Tres semanas después, Sergio pensaba que no se iba a poner fuerte, sino que iba

a acabar como Hulk. Y no precisamente por el gimnasio, sino por las sesiones de

sexo que disfrutaba con Violeta.

Sí, seguía llamándola por aquel nombre que creía inventado. Aunque, según el día, también se refería a ella como Ángela o Victoria. La chica se negaba a decirle su nombre real, igual que ir a su casa o a la de Sergio estaba terminantemente prohibido.

La verdad es que era una mujer un poco rara. En su siguiente cita, le había dicho que quería que en cada encuentro fueran personas distintas.

—¿A qué te refieres?

—Yo hoy soy Violeta. Soy una *influencer* con cien mil seguidores en Instagram.

—Humm... vale...

—¿Y tú quién eres?

—Sergio.

—Invéntate un nombre.

—¿Para qué? Si tú sí sabes cómo me llamo.

—Vale, pues invéntate una profesión.

—Pues... ¿millonario?

—Qué profesión más interesante.

—Y aficionado al *bondage* —añadió él—. ¿Te he dicho que me llamaba Sergio? Es mentira, me llamo Grey.

—Grey es tu apellido.

—¿Sabré yo cómo me llamo?

—Sí, claro, perdón. Así que te llamas Grey y eres millonario. ¿Y qué haces en tus ratos libres?

—Vivo en un rato libre continuo, porque mi empresa es tan eficiente que no tengo ni que ir a trabajar para ganar dinero, así que me dedico a conducir mi Lamborghini, ligar con chicas y comer caviar. ¡Aaah!, y también me gustan los deportes de riesgo.

—¿Qué es lo último que has hecho?

—Salto en paracaídas. Sin paracaídas.

—Hazlo creíble —protestó ella.

—¡Pero es que esto es ridículo!

—Es como un juego de rol.

—Y hoy toca el millonario y la *influencer*.

—Exacto.

—Había oído de gente que lo hacía durante el sexo, pero ¿en serio tengo que fingir toda la noche que soy quien no soy? No es por cortarte el rollo ni nada

—

se apresuró a decir Sergio al ver la cara de ella—, pero es que... no es mi estilo ni por asomo.

Violeta suspiró suavemente y bajó la mirada, jugueteando con la servilleta de tela que les habían puesto en el elegante restaurante. Durante unos segundos, no

dijo nada, pero, cuando volvió a alzar los ojos y los fijó en Sergio, éste sólo vio

determinación en ellos.

—No quiero saber quién eres —le soltó.

Él se quedó un instante callado, asimilando aquellas palabras, y cuando creyó que ella no iba a añadir nada más, formuló un titubeante «vale», pero entonces Violeta continuó hablando.

—Eres demasiado bueno para ser real. Simpático, atento, guapo, divertido...

Sé que escondes algo. Tienes algo oculto, un secreto.

—Te has tomado demasiado a pecho lo de que me llamo Grey. No tengo traumas como el de la película.

—Hablando con propiedad, Christian Grey sale de un libro.

—Eso da igual. En mi caso, lo que ves es lo que hay.

—Pues lo que veo me parece muy peligroso para mí.

—¿Por qué?

—Tú te mueves con soltura en este mundo del sexo sin pareja. Yo no. Tiendo a ser... ¿enamorado? No, ésa no es la palabra, pero, cuando salgo con alguien,

me implico mucho. No sé si me entiendes.

—Creo que sí. Soy la primera persona con la que te acuestas sin que haya una relación más allá.

—No. Me he acostado con tíos que no eran mis novios, pero eres la primera persona con la que, según parece, me voy a acostar de forma repetida sin tener una relación real. Además, que me invites a cenar y que seas tan encantador no me ayuda a tener las cosas claras. No me malinterpretes, me encanta que no seas

el típico hombre que va a lo que va. Me gusta que te curres las citas, que no me

veas sólo como un trozo de carne al que te puedes follar, sino también como una

persona que come y puede mantener una charla. Me encanta, de verdad, pero me

conozco y sé que, si seguimos tu plan, probablemente me enamore de ti. No me mires como si estuviera diciendo tonterías. Seguro que te ha pasado si siempre actúas así con las chicas.

—No siempre actúo así con las chicas.

—Y las veces que sí has actuado así, ¿cómo ha acabado la cosa?

Él prefirió no contestar.

—Quien calla, otorga —sentenció ella, y volvió a ataque—. No quiero

conocerte, Sergio, porque, si no te conozco, no puedo enamorarme realmente de

ti. Así que, para protegerme, vamos a jugar a ser cada día una persona distinta.

Será divertido y a la vez interpondrá una distancia entre nosotros más que necesaria.

—No estoy de acuerdo contigo.

—Pues, entonces, me temo que vamos a tener que dejar de vernos.

—No, estoy dispuesto a hacer lo de los roles, si es lo que quieres. Me refiero a que no estoy de acuerdo con tu teoría. No creo que puedas evitar enamorarte de

alguien sólo por no saber su nombre ni a qué se dedica.

—¿Y de qué te enamoras entonces? ¿De su físico, de su porte, de su voz? Qué superficial.

Él se encogió de hombros y sonrió de forma enigmática; después le tendió la mano por encima de la mesa y dijo:

—Soy Paolo, italiano, millonario y, como te he dicho, aficionado a los deportes de riesgo. Me suena tu cara, ¿por casualidad te sigo en Instagram?

Durante las semanas siguientes, dijo llamarse Serguéi, James y Richard. No sabía por qué, pero le gustaban los nombres extranjeros. Había sido disc-jockey,

cantante y jugador de fútbol. Por soñar, que no quedase. Ella tampoco se quedaba corta; una de las noches le había contado que era gimnasta profesional y

que había sido campeona de España, y en otra fue una importante empresaria. El

rol solía durarles el fin de semana completo, pues, aunque entre semana no se veían, aprovechaban viernes y sábados para quedar y quemar unos cuantos miles

de calorías en sesiones maratónicas de sexo. Hacía mucho que Sergio no

disfrutaba tanto con alguien en la cama y su deseo le pedía más y más.

Además, le obligó a currarse mucho las citas y ser muy imaginativo, no ya por el tema de los roles, sino porque ella quería que cada noche fuera distinta, una aventura. Ocurrió en su cuarta o quinta cita. Habían cenado en un

restaurante especializado en quesos y después se habían acercado hasta el hotel

donde había reservado Sergio. Habían empezado a besarse y desnudarse, cuando

ella lo apartó un poco y preguntó:

—¿Cuál es tu plan?

—Follarte hasta dejarte sin voz.

—¿Sólo eso?

Él se apartó un poco para mirarla y, con el ceño fruncido, interrogó:

—¿Sólo eso? ¿Te parece poco?

—Quiero probar algo nuevo.

—¿Como qué?

—Pues verás... —Lo hizo a un lado y, poniéndose en pie, se acercó hasta su bolso. Aquella noche llevaba uno bastante grande—. He comprado esto por Internet y he pensado que podríamos probarlo.

—¿Qué es?

Había esperado que sacara del bolso el típico consolador u otro tipo de juguete, pero en su lugar apareció una amplia bolsa blanca.

—Arte.

—¿Arte?

—Tenemos que apartar la cama, ¿quizá levantarla? Así tendremos el espacio suficiente.

—¿Para qué?

—Tenemos que extender un plástico en el suelo y mide como de ahí a ahí.

—¿Qué es, como un juego de Twister en versión erótica?

—No. Es... —Lo miró un poco nerviosa—. Dime que vamos a hacerlo.

—¡Pero si no me has dicho qué!

—Tú dime que sí antes.

—A ver, yo siempre digo que sí a todo lo que tiene que ver con sexo... pero me estás asustando un poco. ¿Para qué necesitamos apartar la cama y poner un plástico? La sangre no me pone mucho.

—No va a haber sangre, sólo pintura. Es un *kit* de pintura sexual. —Violeta abrió la bolsa y empezó a sacar cosas y a ponerlas sobre la mesa—. Tres tubos

de pintura, el plástico para no manchar, unas zapatillas para no resbalarnos, una

esponja de ducha y el lienzo para poner encima.

Sergio se acercó a mirar todos los objetos.

—¿Quieres que nos embadurnemos de pintura y lo hagamos sobre la tela de

un cuadro?

—Sí, a ver qué sale. Aunque, según he leído, no hay que embadurnarse. Te echas un poco del color que te gusta y después, si quieres, vas añadiendo más o

quitando un poco durante la sesión. O incluso se puede echar sobre el lienzo directamente para después ponerte tú encima.

Sergio cogió los tres tubos: uno rojo, otro amarillo y, el último, verde.

Después miró el resto de objetos y finalmente observó a su acompañante, que lo

miraba expectante, sin saber si iba a decirle que sí o que no.

—Confirmado, no te llamas Violeta.

Su afirmación, en aquel momento, confundió a la rubia.

—¿Por qué?

—Habrías elegido un color violeta de llamarte así.

—Entonces, ¿quieres hacerlo o no?

—Por supuesto que sí.

Fue un sexo muy peculiar. Las risas empezaron desde el minuto uno, cuando comenzaron a echarse la pintura. Él eligió la roja, ella la verde, y el color amarillo lo usaron directamente como base sobre el lienzo. Fue irremediable que

los colores acabaran mezclándose sobre sus pieles conforme empezaron a probar

distintas posturas, alternándose arriba y abajo, de cara o de espalda, de lado, sentados... Fue sexy, divertido e incluso romántico. Sergio tuvo la extraña sensación de conocer a Violeta desde mucho tiempo atrás, pues la complicidad

que había entre ambos aquella noche no podía haberse fraguado con tan sólo unas citas.

Fue único e inolvidable, y retozaron juntos en la ducha mientras los restos de pintura se escurrían por el sumidero. Tras lavarse y secarse, analizaron con ojo

crítico el cuadro. Era arte abstracto, pues no se podían adivinar ni manos ni otras

partes del cuerpo. Sus pieles habían extendido la pintura de forma caótica, con salpicaduras aquí y allá, gotas solitarias de verde sobre el rojo, grandes extensiones de amarillo cubiertas de verde, y zonas de verde a las que el rojo les

comía espacio.

Una explosión de colores en puro caos. Como el sexo.

A ambos les gustó, así que, tras debatirlo, decidieron cortarlo por la mitad para que cada uno tuviera un trozo del cuadro. Sergio prometió enmarcarlo y Violeta se rio ante la idea, aunque era lo que animaban a hacer desde la tienda

online donde se vendía el *kit*.

Después de aquella experiencia, Sergio supo que tenía que currárselo mucho para que ella no volviera a decirle: «¿Sólo eso?». Tenía que sorprenderla en cada

cita.

El fin de semana siguiente, nada más entrar en el restaurante donde iban a cenar, le pidió que fueran al baño. Ella lo miró llena de lujuria, creyendo saber

perfectamente qué iba a ocurrir, cuando él la abrazó frente al espejo, por la espalda, y comenzó a acariciarla y besarle el cuello. Bajó la mano hasta su

vagina y, tras notarla húmeda, se sacó del bolsillo trasero el juguete que había comprado. Violeta jadeó al notar que le metía algo que no eran sus dedos.

—¿Qué...?

—Hoy vamos a jugar a un juego —anunció él, empujando el objeto más profundo—. Vas a cenar con esto dentro.

—¿Qué son? ¿Bolas chinas?

—Parecido. Tú sé buena chica y mantenlo ahí, ¿sí?

Sacó el dedo de su interior y le dio unas palmaditas sobre el monte de Venus.

—¿Crees que podrás?

—Sí, pero ahora estoy cachonda perdida. Pensaba que íbamos a hacerlo y me dejas así, con eso dentro.

—Tú aguanta. Serás recompensada.

—Grrr... Me has dicho que te llamas James, pero suenas más bien como Grey.

Como respuesta, él le dio un azote en el culo con la mano.

—Vamos a cenar, rubia.

La recompensa llegó más pronto que tarde. En plena cena, de hecho. Sergio había pedido un reservado; menos mal, porque, de pronto, con el tenedor a medio camino de su boca, Eva comenzó a notar que lo que Sergio le había metido comenzaba a vibrar en su interior.

—¡Oh, Dios mío!

—Ah, sí, no te lo había comentado, pero tengo esto... —Le mostró un

aparato blanco con un botón en rosa. Lo pulsó y el movimiento dentro de Eva cambió, provocando que se agarrase a la mesa—. Lo controla de forma remota.

Más intensidad, menos... ¿te gusta así?

Ella sólo pudo resoplar.

—¿Eso es un no?

Le dio al botón y Eva cambió de postura, agarrándose más fuerte a la mesa.

—Era un sí —murmuró.

—Creo que, cada vez que le doy, lo notas más fuerte, ¿no? —Al no obtener respuesta, le dio otra vez—. ¿No?

—Sí... sí.

—¿Que si quieres que le dé más? Venga.

—Oh, por Dios. —Casi tira una copa.

—Me encanta que me llames así. ¿Pruebo uno más a ver qué tal?

—¡Ahhhh! ¿A cuánto llega eso?

—Creo que está a tope.

—Dios.

Eva se llevó una mano allí, pero él exigió:

—No, no te toques.

—Pero...

Le dio otra vez al botón y Eva pudo respirar de nuevo, al volver a la

intensidad uno. La primera vez aquella velocidad la había sorprendido, pero ahora que sabía lo que venía después...

—Vamos a volver a probarlos todos, ¿vale? A ver cuál te gusta más.

Sergio, duro como una piedra de sólo mirarla, llegó a la conclusión de que ya a partir del cinco a Eva le costaba incluso seguir la conversación y nada cerca de

sus manos estaba a salvo: retorció la servilleta, tiró una copa y clavó sus dedos

en la mesa al sujetarse más y más fuerte conforme él seguía subiendo la intensidad.

Le dio un nuevo respiro al volver al uno, aunque ella ya estaba sudando y temblando.

—¿Qué pasaría si te dejara mucho rato en el máximo?

—Déjame que me toque —respondió ella.

—No.

—Voy a tocarme.

—No —negó tajante.

—¿Y qué quieres? ¿Tenerme así toda la noche?

—No.

Sergio se coló bajo la mesa y le abrió las piernas, no sin antes aprovechar para

quitarle el tanga con un poco de ayuda femenina. La atrajo hacia sí, haciendo que su sexo quedara al borde de la silla, y, con el mando en una mano y su boca

pegada a su sexo, fue jugando con la intensidad, con su lengua y sus labios hasta

que ella explotó con un grito que debieron de oír en todo el restaurante.

Violeta no volvió a preguntarle «¿sólo eso?», ni esa semana ni las siguientes.

Un viernes, ella le dijo que era bailarina de *pole dance*.

—Y eso, ¿qué es?

—Baile en barra.

—¿Bailas sobre barras?

—¿En serio no sabes lo que es?

—Ahora mismo no caigo.

—No me lo puedo creer. Lo que hacen las *stripper* con una barra metálica, que dan vueltas y tal. ¿Te suena?

—¿Eres una *stripper*?!

—No. Hago *pole dance*, pero sin desnudarme. El baile en barra, como su nombre indica, es un tipo de baile, no necesita que se haga desnuda.

—¿Dónde?

—Dónde, ¿qué?

—Dónde lo haces.

—En discotecas y sitios así.

—O sea, que eres una gogó.

—Supongo.

—¿Supones? Te estás saliendo de tu papel —la pinchó, como ella había hecho muchas veces cuando él se desviaba un poco de su personaje.

Le gustaba la idea de que ella fuera una bailarina de discoteca y de verdad que quería aferrarse a aquella fantasía, así que no dudó en obligarla a que mantuviera su rol al ciento por ciento. Para su sorpresa, ella dijo:

—No es un papel, lo digo en serio. Hago *pole dance* de verdad.

—¿Te refieres a de verdad de la buena? ¿A que lo haces tú y no tu personaje?

—Sí.

—No me lo creo —soltó Sergio—. Si lo fueras, cuando más trabajarías sería los viernes y sábados por la noche, y estas últimas semanas te he mantenido muy

ocupada esos días a esas horas, así que... lo siento, pero tonto no soy. Cíñete a tu papel y no me hagas salir de la fantasía, que ésta me gusta especialmente.

—Lo sé, te lo veo en los ojos, y por eso te digo que es cierto.

Sergio la miró durante unos segundos, evaluándola, y después dijo:

—No te creeré salvo que me lo demuestres.

—Puedo hacerlo.

—¿Cuándo y dónde? —Él se mostró más que receptivo.

—Necesito hablar con alguien para confirmar una cosa. Mañana por la mañana te mando un mensaje.

—No, habla ahora con quien tengas que hablar. Esto no voy a dejarlo escapar.

—Te prometo que mañana por la mañana te escribiré con un lugar y una hora.

Sergio había tenido que ceder muy a su pesar. Dudaba seriamente de que ella fuera a cumplir su palabra. Al día siguiente diría ser otra persona y la excitación

que le provocaba aquel rol se le habría escapado entre las manos como si fuese

simple humo.

Para su sorpresa, a la mañana siguiente, a eso del mediodía, recibió un mensaje con una hora y un nombre; no necesitó buscar en Internet para saber que

se trataba de una de las discotecas más de moda de la ciudad.

A Sergio se le secó la boca mientras leía otra vez el mensaje. ¿De verdad hacía *pole dance*? ¿En serio iba a verla bailar sobre un escenario aquella noche?

—¿Todo bien? —le preguntó Carlos, el dueño del gimnasio en el que entrenaba, al verlo parado como un pasmarote.

—Sí, sí.

Dejó el móvil a un lado y comenzó a hacer los siguientes ejercicios de la tabla que tenía para ese sábado.

—¿Seguro que estás bien? Tienes cara de... o de que haya pasado algo muy bueno, o algo muy muy malo.

—Estoy bien, sólo... sorprendido por algo que acaban de decirme. Oye, Carlos, ¿tú conoces «Ninja Warrior»?

—¡Claro! ¿Por qué? ¿Vas a presentarte a las pruebas?

—Eso parece, que me van a obligar a presentarme.

El entrenador se rio.

—Pues déjate obligar, te lo pasarás bien. Yo voy a ir, pero no sólo a probar suerte.

Había bajado la voz para decir lo último y Sergio se sintió intrigado.

—¿Y eso?

Carlos se sentó frente a él en un banco de trabajo.

—Tú te dedicabas al comercio, ¿no?

—Al transporte de mercancías, sí.

—No estás interesado en abrirte camino en el mundillo del deporte, ¿verdad?

—Tengo demasiado trabajo con lo mío, gracias. El deporte es para mis ratos libres.

—Bien, pues no se lo digas a nadie, pero si «Ninja Warrior» ha llegado a España, es el momento de ser listo e innovar. Tenía pensado renovar máquinas en breve, pero lo que voy a hacer va a ser apostar por un circuito como el del programa de televisión.

—Hombre... No sé yo si eso no se te va a ir un poco del presupuesto, ¿eh?

Que las piscinas cuesta mucho mantenerlas.

—No, me he expresado mal. No quiero reproducir aquí el circuito, lo que quiero hacer es que la gente pueda entrenar aquí los ejercicios. Será como un minicircuito con las pruebas de «Ninja Warrior», pero sobre tierra firme.

—Vas a necesitar bastante superficie para eso.

—No te creas. He estado mirando en Internet, porque en Estados Unidos es bastante frecuente, incluso los hay al aire libre, y, si me lo monto bien, sólo necesitaré el bajo de al lado. Ya estoy negociando con su dueño a ver si me lo alquila.

—¿Y lo tendrías listo para las pruebas de este año?

—Ufff, no creo. Pero, si todo va bien, sí estará listo para cuando se emita el programa este verano. Será cuando la gente se interese de verdad. Ahora, los que

querrían apuntarse serían sólo aquellos muy metidos en el tema del deporte y éstos ya tienen sus gimnasios y métodos de entrenamiento. La verdadera

oportunidad de negocio llega luego, cuando el programa se emite y cientos de miles de personas lo ven y les llama la atención.

—Me parece una idea estupenda, la verdad. ¡Adelante! Pero a mí no me quites mis máquinas, ¿eh?

—Claro que no, es muy importante también poder entrenar el cardio y la fuerza.

Le llegó un nuevo mensaje al móvil y, al mirar la pantalla desde la distancia, vio que era de Violeta. Lo cogió con avidez.

Pilla sitio junto a la barandilla que da acceso a la zona VIP para tener las mejores vistas.

Acompañaba el mensaje con el icono de una bailadora flamenca y unos

grandes ojos.

Con esa frase le bastó a Sergio para olvidarse por completo de los proyectos empresariales que el dueño de su gimnasio tenía en mente.

10

Cuando llegó a la discoteca, el ambiente estaba bastante animado y se alegró de

haber decidido ir antes porque así tuvo la oportunidad de pedir en la barra una copa y pillar sitio justo donde Violeta le había indicado, en una zona elevada que

permitía atisbar sobre las cabezas del resto de personas. Lo primero que hizo al

entrar en el local fue fijarse en dónde estaba la zona de baile para las gogós y le

costó encontrarla. Ya había varias mujeres bailando en tarimas altas, incluso había una bailando en una jaula que colgaba del techo, pero ninguna de ellas tenía la barra metálica que Violeta necesitaba para hacer su baile. Al final, y tras dejarse los ojos en aquel ambiente oscuro con haces de luces que iban cambiado

de color, consiguió dar con la zona en la que Violeta bailarían, pero estaba casi en

la otra punta de la sala.

¿Por qué le había dicho que se pusiera allí, junto a la zona VIP, si resultaba

que su escenario estaba lejísimos? Vale que desde allí podía ver sobre el resto de

cabezas con facilidad, pero él, a diferencia de Violeta, era bastante alto y no

necesitaba subirse a nada para ver más allá. Quizá le había dado el consejo de ponerse en aquella área desde su perspectiva de una mujer que siempre tiene que

ponerse en primera fila si quiere salir en las fotos y que en los conciertos tiene que pedir a un amigo que la suba a hombros si quiere verles la cara a los músicos.

Tras debatirse durante un buen rato, decidió no hacerle caso y acercarse al escenario donde estaba la barra metálica. Él no quería tener buenas vistas panorámicas, quería un primer plano del espectáculo.

Miró su elegante reloj de pulsera mientras se acercaba al escenario y vio que ya pasaban dos minutos de la hora a la que ella lo había citado. El *show* debía de

estar a punto de empezar. Las gogós habían desaparecido de sus plataformas, incluida la que quedaba cerca de la zona VIP, y la música había cambiado a una

un poco más tranquila. Sergio sintió un cosquilleo de anticipación, pues estaba convencido de que estaban dando un momento de descanso a los asistentes antes

de bombardearlos con el siguiente espectáculo.

No se equivocaba y pronto las luces disminuyeron para que unos focos

vertieran su potente luz sobre el escenario en el que estaba la barra metálica. Se

acercó todavía más, ansioso, y por los altavoces oyó una voz que anunciaba el próximo *show*. El hombre al micrófono pidió un gran aplauso para Lady Fire.

Sergio fue el primero en empezar a aplaudir, con tanto brío que las manos le escocieron. Sin embargo, sus palmadas se detuvieron en cuanto la mujer puso

un

pie en el escenario.

No era Violeta. De hecho, no se parecía ni remotamente a ella, pues no sólo era morena, sino que además tenía una constitución totalmente diferente a la suya. Era alta y mucho más exuberante que la chica a la que había ido a ver. Su escote rebosaba tanto que parecía pedir a gritos billetes de cinco euros, como si

de una hucha se tratase. Sergio no estaba seguro de si un gesto como aquél estaría bien visto allí, pues no era un local de *striptease*, sino una discoteca.

Aquella mujer no se desnudaba (¿o sí?), sino que bailaba en la barra, e intentar

meterle un billete entre las tetas podría resultar de lo más ofensivo... o no.

Suponía que dependería de la chica.

La morena saltó al escenario con gran determinación, dando largas zancadas sobre sus tacones de más de quince centímetros. Se agarró a la barra y, de forma

sensual, dio una vuelta, caminando con una radiante sonrisa. Todos los ojos de la

discoteca estaban puestos en ella y se notaba que le encantaba.

Como Sergio estaba en primerísima fila, la desconocida le guiñó un ojo y le lanzó un beso.

La música comenzó y Lady Fire empezó su espectáculo.

Sergio lo habría disfrutado mucho de no haberse sentido terriblemente

estafado. ¿Por qué Violeta lo había hecho ir hasta allí si no iba a actuar? Había llevado su fantasía demasiado lejos. Vale que durante las cenas pudieran ser quienes quisieran, pero había hecho creer a Sergio que de verdad bailaba.

Haberlo hecho ir hasta allí era muy cruel, y más sabiendo que a Sergio le gustaba aquella idea.

Lady Fire se contoneó con gran habilidad sobre la barra, dando vueltas imposibles y casi temerarias. Llegó a subir a lo alto de la barra, hasta rozar el techo, y allí se puso boca abajo y dio vueltas, despertando la admiración de todos. Más que una bailarina parecía una gimnasta y algunos de los movimientos

que hacía requerían de unos abdominales y oblicuos de acero.

Aquel espectáculo era tan vivo y enérgico que estaba claro que la mujer no aguantaría mucho más. Ya se la veía sudar, con el pecho perlado de gotitas. Si resistía otra canción como aquélla sería porque antes de salir se había puesto hasta las cejas de alguna droga.

Y Sergio no iba muy desencaminado. Terminó la canción y las luces se apagaron de golpe, sumiéndolos en la oscuridad. La gente comenzó a vitorear y a silbar, y después, tras unos segundos, fueron encendiéndose de forma ruidosa distintos focos de la sala, iluminando los pódiums que se extendían a lo largo y ancho del local.

Sergio miró a su alrededor y se dio cuenta de que allí donde antes sólo había un espacio en blanco en el que las mujeres bailaban en una posición elevada, ahora había barras metálicas a las que se agarraban fémias en posturas muy sexys. Una por cada pódium.

Tardó unos segundos en darse cuenta de lo que pasaba y, cuando se giró para mirar la zona VIP, la sexy figura de una pequeña rubia ya comenzaba su provocativo baile. Se abrió paso como pudo entre la gente, aunque no fue capaz

de llegar hasta la primera fila, pues, conforme se acercaba a Violeta, el número

de personas aumentaba. Por suerte, y aunque tuvo que quedarse varias filas por

detrás, su altura le permitía ver muchos de los movimientos de Violeta, aunque, a

diferencia de la otra mujer, ella no subía tanto en la barra y, para su frustración, se perdió muchos de sus contoneos de cintura.

Era la única que llevaba un antifaz puesto para ocultar su rostro, aunque su melena y su cuerpo, bastante exóticos en un lugar como España, clamaban a gritos su identidad para aquel que la conociera. Sergio se la comía con la mirada,

viéndola bailar con una habilidad que nada tenía que ver con su serio aspecto de

rusa. Las rusas no bailaban así, ¿verdad? Aquellos movimientos se corresponderían más con los de una latina. Aquella pequeña diablesa tenía el ritmo metido en el cuerpo. Ojalá aquello sí hubiera sido un local de *striptease*, a poder ser reservado sólo para él, pues el tentador pantaloncito y el sexy *top* que ella llevaba no hubieran tardado en caer, desvelando todos sus secretos y ofreciendo un espectáculo mucho más jugoso. De todos modos, Sergio debía

admitir que le bastaba con verla bailar, aunque fuera con ropa, para ponerse muy

pero que muy cachondo.

Era buena y sus movimientos se quedaron grabados en su mente, dispuestos a alimentar cualquier fantasía futura que tuviese. En el almacén de su memoria, estaban justo al lado de la caja fuerte en la que guardaba los movimientos de *twerking*, que también lo acompañarían en todas las ensoñaciones calientes del resto de su vida.

Sus movimientos le parecieron mucho más sensuales que los de su compañera y la miró hipnotizado. La primera chica había sido una explosión de fuerza, habilidad y vitalidad; un espectáculo digno casi del Circo del Sol. En cambio, Violeta se movía de forma más lánguida y calmada, ondulando su cuerpo y manejando cada centímetro de su piel con tranquila habilidad. Ella sí podría aguantar más de una canción, amenizando la discoteca sin ser el centro absoluto de atención, y así sucedió.

Tras una canción en la que los focos siguieron centrándose en las chicas y dejando en tinieblas el resto de la sala, otra melodía comenzó y las luces de las

plataformas bajaron un poco de intensidad, cediendo parte de su protagonismo.

La gente a su alrededor comenzó a bailar y, poco a poco, el muro de personas que se había formado en torno a Violeta se fue deshaciendo, de tal forma que Sergio pudo abrirse paso y acercarse más, hasta que prácticamente estuvo en la

base de la plataforma. La miró embelesado y buscó sus ojos, deseando que supiera que la estaba viendo, que la observaba, que se la comía con la mirada.

Ella tardó en darse cuenta de su presencia, pues su mirada no dejaba de ir hacia el lado contrario, hacia la zona VIP, pero al fin, en una de las vueltas que

dio, lo vio y sus ojos lo buscaron en el siguiente giro.

Sergio le sonrió y en el gesto vertió todas las sensaciones y sentimientos que el baile le provocaba, incapaz de esconder el deseo y la excitación. Ella llevaba máscara, pero su bonita boca quedaba al descubierto y ésta le dedicó la más provocadora de las sonrisas.

Se produjo un cambio en el baile a partir de que Violeta lo viera, ¡y menudo cambio! La temperatura empezó a subir hasta casi hacer explotar el termómetro

cuando, ante sus voraces ojos, Violeta empezó a hacerle un pase privado de *pole*

dance. O al menos a Sergio le pareció una sesión privada, pues, en cuanto la chica empezó a moverse de aquella forma tan provocadora, dirigiendo todos y cada uno de sus gestos hacia él, se olvidó de todo y para él sólo existió ella.

En un momento dado, Violeta descendió con la espalda apoyada en la barra, abriéndose de piernas sensualmente. Le dedicó una sonrisa de lo más seductora y

se chupó un dedo de forma provocativa, sin perderlo de vista. Sergio se encendió

todavía más, imaginándose que lo que su lengua acariciaba no era un dedo, sino

su propio pene.

La música cambió entonces y Violeta aprovechó para caer de rodillas al suelo, donde empezó a gatear hacia él como si fuese una tigresa; una tigresa muy muy juguetona.

Sergio se la comía con los ojos y estaba deseando que llegase hasta él, que extendiese uno de sus brazos y le acariciara el pecho con una mano, trazando un

camino en sentido descendente, hacia su pantalón. Él se tomaría el gesto como una promesa de cómo iba a terminar la noche.

Pero de pronto una mano que no era la de Sergio ni tampoco de Violeta entró en su campo de visión y acarició a la joven, que giró la cabeza sorprendida.

Sergio también se quedó durante un instante pasmado, pues por un instante (¿o ya habían pasado varios minutos?) había olvidado que estaban en medio de una

discoteca. Resultaba muy fácil evadirse de todo cuando tenía delante a una mujer

como aquélla bailando para él.

No supo con certeza quién de todos los presentes la había tocado, pues había demasiados hombres observando el espectáculo en primera fila y, para cuando logró reaccionar, la mano había desaparecido entre el gentío. Ella, además, debía

de estar acostumbrada a que la gente tuviese la mano larga, pues tras apartar al desconocido volvió a centrarse en Sergio y continuó avanzando hacia él, aunque había perdido su sonrisa.

De nuevo una mano apareció, adelantándose al resto de cuerpos, y esta vez, en lugar de acariciarla, le dio un azote en el culo. Violeta se enderezó de golpe,

llevándose una mano al trasero allí donde le habían dado. Lo que la recibió al

girarse fueron las caras lascivas de un grupo de jóvenes, de no más de treinta años, que le sonreían pendencieros.

—Venga, guapa, baila —la animó uno de ellos con chulería después de que

Violeta se los quedara mirando fijamente, intentando adivinar cuál de todos se había atrevido a tocarla—. Para eso te pagan, ¿no?

Sergio apretó los puños con fuerza, molesto por el tono y las palabras de aquel tipejo. Se notaba que los cuatro tíos que Violeta tenía delante eran amigos,

una peña, y en aquellos momentos parecían actuar en bloque, respaldándose

unos a otros. Había sido uno el que había alargado la mano y la había tocado, pero todos estaban disfrutando de su reacción, como si molestar a la chica fuera

un entretenimiento en grupo.

Violeta se puso en pie, abandonado su propósito de gatear hasta alcanzar a Sergio, y regresó a la barra, donde dio elegantes vueltas, exhibiendo su cuerpo para entretenimiento de los presentes. Sin embargo, los niños con los que había

tenido el rifirrafe no parecían dispuestos a dejarla trabajar tranquila.

—¡Qué buena que estás, coño! —le gritó uno de ellos.

—¿Nos haces un privado luego? Te pagaremos bien.

—Sí, te prometemos que disfrutarás de lo lindo con los cuatro.

—Te follaremos con la máscara, así será más excitante. ¿A que sí, chicos?

Hablaban lo suficientemente alto como para oírse no sólo entre ellos, sino también para hacerse escuchar por todos los que estaban a su alrededor, incluida

Violeta, que intentaba ignorarlos como podía.

Sergio, sin embargo, no era capaz de evitar alternar la mirada entre la chica y aquellos gilipollas, y perdió los nervios cuando los buitres se acercaron todavía

más a ella, prácticamente rodeando la base entre los cuatro, y empezaron a gritarle:

—Vamos, guapa, ¡quítatelo todo!

—¡Sí, desnúdate!

—Te queremos ver las tetas.

—¡Y ese conejito bonito que tienes!

—Te vamos a hacer un hijo.

—¡Sí, entre todos! —jaleó uno de ellos, riéndose como una hiena.

—¿Queréis dejarla en paz? —explotó Sergio, y su voz grave y rotunda consiguió que la pandilla de amigos lo mirara.

Aun siendo cuatro, su gesto serio, su metro ochenta y su complexión fuerte los disuadió en un primer momento de ponerse chulos con él.

—Pero si a ella no le importa, ¿no ves que está aquí para entretenernos? —le dijo con camaradería el que estaba más cerca.

—Para entretenernos, sí, pero viéndola bailar, no atosigándola con vuestras caras de imbéciles y vuestras fanfarronadas machistas. No es un trozo de carne,

¿sabéis?

Sus insultos no les habían hecho ni pizca de gracia y el grupo se puso alerta.

Sergio era grande y fuerte, sí, pero ellos eran más. Estaban seguros de poder con

él si aquel estúpido seguía haciéndose el héroe.

—¿No es un trozo de carne? Yo diría que sí —soltó uno de ellos, plantándole cara—. Un bulto sexy de carne, con unas tetas y un culo muy bonito, que está aquí para que nos divirtamos con él.

—Sergio, por favor, déjalo.

Violeta se bajó de la plataforma, apoyándose en él para no despeñarse desde aquella altura y más con los tacones que llevaba. Una vez en el suelo, lo agarró

por los brazos e intentó empujarlo, pero era imposible moverlo si él no se dejaba,

y Sergio no tenía intención de retroceder, porque lo que dijeron aquellos imbéciles al verla junto a él fue:

—Andaaaa, que es tu putita. Ahora lo entiendo. Por eso te has puesto así, ¿no? Porque, si no, una conejita como ella no merece la pena.

—Si no te gusta compartir, en mal sitio te gusta meter la polla —continuó otro—. Con la cara de viciosa que tiene, está claro que le encantaría montárselo con nosotros cuatro. ¿Qué te parece el plan? Puedes mirar, si quieres. A nosotros

sí nos gusta la idea, ¿verdad, chicos?

Todos asintieron, riéndose.

—¿Y qué os parece mi plan? Os pego una hostia a cada uno y así os vais calentitos a casa.

—¿Tú contra todos nosotros? Prueba si quieres, Superman.

—Sergio, por favor —pidió Violeta, que seguía pegada a él y en todo momento le daba la espalda a aquellos imbéciles—. No quiero problemas.

—No soy yo el que está dando problemas.

—Lo sé —le susurró, poniéndose de puntillas y agarrando su cara hasta que lo obligó a mirarla—. Por eso te pido a ti, que eres el bueno, que nos vayamos.

Por favor, Sergio.

—Sí, por favor, Sergio —dijo uno de los chicos poniendo voz de falsete—.

Vámonos de aquí que son demasiados hombres para mí. Prefiero quedarme contigo, que eres una nenaza.

Violeta se giró hacia ellos con rabia y se arrancó el antifaz que le cubría la cara.

—¿Demasiados gilipollas? —soltó—. Sin duda. ¿Demasiados hombres? Aquí sólo veo uno, los demás sois un atajo de imbéciles que os crecéis intimidando a

las mujeres y tratándolas mal. ¿Así os sentís más hombres por las noches?
Pues

ya os aviso yo de que vais por mal camino.

Ante su encendido discurso, la respuesta de la pandilla fue... echarse a reír.

—Una puta feminista, ¿qué os parece?

Sergio temblaba por la rabia contenida y quería abalanzarse sobre aquel

imbécil y partirle la cara, pero de pronto oyó que Violeta se echaba a reír.

—¿Sabes qué? Me dais pena.

—¿Y eso?

La rubia dio un paso adelante, acercándose al que había llevado la voz cantante en la trifulca.

—Soñáis con lo que alguien como yo podría haceros. Se os pone dura al verme bailar. Desearíais que vuestras novias os hicieran todas y cada una de las

guarradas que yo sé hacer... —Se pegó al joven y, para sorpresa de Sergio y excitación de los demás, le recorrió el mentón con un dedo hasta llegar a su boca

y hacerle entreabrir los labios—. Me deseas, ¿verdad? Pagarías por acostarte conmigo. Seguro que ya le has pagado a alguna compañera mía para que te permita hacerle todo lo que no te atreves a hacerle a tus novias. Yo me dejaría.

Sergio vio que Violeta se ponía de nuevo de puntillas hasta casi alcanzar la oreja del chico con su boca. Él se inclinó un poco para oírla mejor y lo que le susurró al oído le hizo sonreír con excitación.

Hasta que de pronto su gesto se tornó en uno de dolor cuando Violeta le clavó la rodilla en la entrepierna con todas sus fuerzas. Después, con el joven sobrepasado por el dolor, lo empujó con energía y éste cayó al suelo de culo y allí se quedó, hecho un ovillo sobre el sucio parquet.

Antes de que sus amigos pudieran reaccionar, Violeta ya se había girado hacia Sergio y, cogiéndolo de la mano, tiró de él para llevárselo lejos de aquella panda

de idiotas. En aquella ocasión, él se dejó arrastrar, aunque mientras se alejaban

no dejaba de mirar por encima de su hombro para asegurarse de que no los seguían.

No se detuvieron hasta llegar al exterior, donde Violeta se paró bruscamente al notar el frío en su cuerpo casi desnudo. Se soltó de la mano de Sergio y se abrazó a sí misma, intentando ignorar las miradas que le lanzaron algunas de las

personas que fumaban en la puerta del local.

—Joder, qué frío.

Sergio no llevaba chaqueta, por lo que no podía dársela cual galán de una película de cine. Para compensar, se acercó a ella y la arropó con su cuerpo, intentando darle calor.

—¿Así mejor?

—Sí, ha refrescado mucho, ¿eh? Este mediodía hacía un tiempo estupendo y ahora...

¿En serio estaban hablando del tiempo? ¿Después de lo que había pasado? Él prefirió no alargar la conversación intrascendente y en su lugar dijo, separando

sus torsos para poder mirarla a la cara:

—¿Te encuentras bien?

—Sí. Son sólo unos imbéciles.

—Sí, lo son.

—Gracias por intentar defenderme.

Él se encogió de hombros.

—Por lo que veo, se te da bastante bien a ti solita.

No obstante, por la forma en que volvió a abrazarse a él, dedujo que podía saber defenderse físicamente muy bien, pero en su interior todo aquello la afectaba. Sergio lo captó por cómo se refugió en su pecho, por cómo sus brazos

lo rodearon buscando cariño.

No pudo evitar preguntar:

—¿Te suele pasar esto mucho?

—No.

—No me mientas.

—Te juro que jamás me había pasado esto —contestó contra su pecho y, después, soltó un largo suspiro.

—Pues me alegro de que hasta ahora te hayan tratado bien. Y me alegro más todavía de que, aun siendo la primera vez, hayas sabido defenderte de esa manera.

—Estaba cagada de miedo —confesó ella, y Sergio le acarició el pelo, recorriendo un mechón desde la coronilla hasta media espalda.

—No lo aparentabas.

—Eres lo que quieres que vean de ti —murmuró Violeta, y él se quedó

callado durante un instante, todavía rodeándola con los brazos, pues en aquel

momento el ángel se mostraba totalmente vulnerable ante él, y la notaba frágil y sin corazas.

Bajó la cabeza y le dio un suave beso en la cabeza, deseando que aquello la reconfortara, y su gesto se vio premiado con un ligero cambio en su cuerpo, que

pareció dejarse caer todavía más sobre él.

Pero su relax sólo duró unos segundos, tras los que Violeta se separó y anunció:

—Tengo que volver a entrar.

—¿Quieres bailar otra vez?

—No, ni de coña —contestó rotunda—, pero necesito mis cosas. Voy casi desnuda —añadió mirando hacia abajo e intentando taparse sin mucho éxito, pues sus manos no daban abasto.

—Te acompaño dentro por si hubiera problemas.

—No creo que los haya; voy a entrar por la puerta de atrás, así no doy pie a encontrarme otra vez con esos tíos. ¿Vienes conmigo de todos modos?

—Sí, claro.

El acceso de atrás estaba vigilado por un portero que los dejó pasar sin problemas en cuanto Violeta le dijo que era una de las chicas de Lady Fire y que

necesitaba entrar a por sus cosas. Sergio nunca había estado en la parte privada

de una discoteca, la zona reservada para camareros y otros trabajadores, pero tampoco se había perdido mucho. Los vestuarios estaban al lado del almacén y

Violeta lo dejó entrar porque en aquel momento, con todas las chicas actuando, estaba vacío. Tenía pequeñas taquillas donde los trabajadores podían dejar sus cosas y Violeta sacó de una de ellas todas sus pertenencias. Se vistió con rapidez

sin molestarse en ocultarse, pues se puso la ropa de calle sobre la escasa vestimenta que había usado para el espectáculo. Sergio, por su parte, se dedicó a

observar a su alrededor y pensó que aquel sitio era un poco deprimente. Había esperado unos camerinos en los que las chicas pudieran arreglarse, con espejos y

luces para verse bien, barras de ropa con multitud de opciones para vestirse...

pero no, aquel sitio sólo tenía una potente luz blanca que caía desde arriba y, además, la sala era estrecha y estaba atestada de materiales dispuestos por aquí y

por allá sin orden alguno. Incluso había unas cajas de pizza sobre uno de los tocadores, con restos de borde olvidados. No había nada glamuroso allí.

Sergio miró a Violeta, que en aquel momento tecleaba algo en su móvil a toda velocidad.

—¿Y ganas mucho con esto?

—¿Cómo? —inquirió ella, alzando la mirada.

—Que si pagan bien.

—¿Estás pensando en ponerte un tanga y lucirte en un podio?

—Si pagan lo suficiente... —Se rio.

—Pues esta noche iba a cobrar sesenta euros, pero habiendo tenido que cortar a mitad del espectáculo... En fin, el rodillazo ha valido todo lo que vayan a quitarme.

—¿Y llevas mucho tiempo trabajando en esto?

—Pues... a ver qué hora es... dos horas.

—¿Cómo has dicho?

—Sí, que llevo dos horas metida en el mundo de la noche y, ¿sabes qué?, me ha bastado para saber que me gusta tan poco como a ti.

—Yo no he dicho...

—Te veo en la cara cómo miras todo esto. No te gusta, y a mí tampoco.

—No es que no me guste, es que... esperaba otra cosa.

—Ya, parece ser que el espectáculo se queda todo lo bonito de este mundo y no queda ni pizca para el mundo entre bambalinas.

—Pero espera... ¿Has dicho que sólo llevas dos horas en esto?

—Sí.

—Pero si bailas genial.

—Gracias. El baile en barra llevo haciéndolo algo más de un año, si es a lo que te refieres. Lo que nunca había hecho hasta ahora es bailar delante de una marabunta de tíos salidos.

—Pero entonces... No entiendo nada.

Violeta suspiró.

—Es muy sencillo: te comenté así en broma que me dedicaba a esto, vi que te gustó la idea y me animé a pedirle a mi monitora de *pole dance* que me permitiera bailar en uno de sus espectáculos. Ya me lo había propuesto en varias

ocasiones, porque dice que soy su mejor alumna y es una forma de ganar dinero

extra, ya...

Pero no pudo continuar, pues de pronto la puerta se abrió y la mismísima Lady Fire entró en los vestuarios con una fuerza arrolladora.

—¡Eva! ¿Te encuentras bien?

Así que el nombre real de Violeta era Eva. La bailarina se acercó

directamente a ella, con tanta urgencia que incluso se le pasó por alto la presencia de Sergio.

—Mica, hola. Sí, sí, estoy bien. Siento muchísimo no haber terminado el *show*.

—No digas bobadas, la que siente lo que ha pasado soy yo. ¿Te han molestado mucho esos tíos?

—¿Cómo sabes que...?

—Le pedí a David que te echara un ojo. Me ha dicho que te ha dado el follón una panda de tíos, ¿no? Imbéciles. Se sienten superiores cuando van en grupo y después son una mierda pinchada en un palo si los pillas solos.

—Ya. Actúan como en manada, los muy cerdos.

—Sí. Me ha dicho David que no ha intervenido porque parecías tenerlo todo bajo control y que había otro hombre ayudándote al que parecías conocer. ¿Es cierto o tengo que cortarle las pelotas por no haber hecho nada?

—No, no, tenía razón. He podido con ellos sola. Bueno, sola y con la ayuda de mi amigo Sergio.

Hizo un gesto hacia él y Lady Fire se giró para observarlo con interés.

—Vaya, vaya, vaya —fue su veredicto, y después, acercándose a él, añadió con una sonrisa—: Yo también me dejo proteger, si es necesario.

—Violeta, digo... Eva ha sabido defenderse ella solita. Ha puesto a los tíos en su sitio con palabras y con un buen rodillazo.

—¿¡Le has pegado un rodillazo en sus partes!?! —exclamó la mujer, girándose para mirar a la rubia.

—Yo... pues... sí. ¿Puede traernos problemas?

Lady Fire se echó a reír con ganas.

—A nosotras, no. A él, espero que sí. Ya sabes, algo así como que sus testículos dejen de producir espermatozoides y no pueda tener descendencia. Eso

libraría a la humanidad de una buena carga.

Violeta, es decir, Eva, pareció respirar más tranquila y Mica volvió a centrar su atención en Sergio.

—¿Eres su novio?

—No, sólo somos amigos.

—Llevo cuatro meses proponiéndole que baile en mis espectáculos y siempre me ha dicho que no, hasta que la otra noche me escribió para decirme si tenía algo para este fin de semana, y va y te trae a ti para disfrutar del espectáculo...

Mucha casualidad todo.

—No es casualidad —negó Sergio, tranquilo—, supongo que me ha traído aquí como caballería.

—O, tal vez, quería que disfrutaras del *show* —apostilló ella sonriendo con picardía y lanzándole una mirada a Eva. Volvió a centrar su atención en Sergio,

al que le arregló el cuello de la camisa de forma coqueta—. Aunque, claro, supongo que no tuvo en cuenta que no sólo la mirarían esos ojitos bonitos tuyos.

Para la próxima, Eva, sólo tienes que pedirme que te preste una de las barras portátiles. Ya sabes cómo funcionan. Y tú —de nuevo se dirigió a él—, ya sabes

también cómo funciona: ella pone su cuerpo y su arte, y tú la admiración y una copa de champán.

—¿Y no puedo poner también un poco de nata?

—¡Oh, pero qué pillín que es tu amigo, Eva! ¡Qué descarado! —Le dio un golpecito en la mejilla—. Diría que aquí, a la señorita Eva, le gustaría más el chocolate que la nata, pero no me hagas mucho caso, quizá tú la conozcas mejor

que yo.

—No te creas, tendré muy en cuenta lo del chocolate.

—Bien. —Le sonrió con aprobación y al fin lo soltó, girándose hacia su alumna—. Ya puedes estar largándote de aquí con este bombonazo. No quiero volver a verte en la disco salvo que sea para tomarte algo.

—No te preocupes, nos vamos ya. Te estaba mandando un mensaje para explicártelo todo, pero como ya estás aquí..., estoy lista para irnos.

—¡A disfrutar!, que la noche es joven.

—Son casi las tres de la mañana —se rio Eva.

—Pues os quiero disfrutando hasta que amanezca, y entonces os iréis a tomaros unos churros con chocolate. ¿Está claro, Sergio?

—Clarísimo.

—Pues ale, a disfrutar follando mucho.

—¡Mica!

—¿He dicho llorando? Quería decir follando.

—Has dicho lo segundo, tranquila.

—Ah, como te has escandalizado...

Sergio se rio entre dientes mientras la veía alejarse en dirección de nuevo a la discoteca.

11

—Así que te llamas Eva.

—Así me llama Mica.

—¿Eso qué quiere decir?

—Eso quiere decir que puede que me llame Eva o puede que no. No te voy a desvelar mi gran misterio.

—Toda tú eres un gran interrogante, así que no creo que importase mucho que me dijeras tu nombre real.

—Lo siento, te quedarás con la intriga.

—Y, entonces, ¿ahora cómo te llamo? ¿Eva? ¿Violeta? ¿Ángela? Me voy a volver loco.

—Como tú quieras llamarme, cariño.

Puesto que no quedaban muchas horas para que amaneciera, Sergio había decidido no buscar un hotel, sino ir a un *after* a hacer tiempo hasta que pudieran tomarse tranquilamente unos churros. Cuando se lo había dicho a Violeta, ella se

había reído.

—No tienes por qué hacerle caso a Lady Fire.

—Se lo he prometido.

—Le has dicho «clarísimo», no «te lo prometo», así que podemos ahorrarnos los churros.

—¿No te gustan?

—¡Me encantan! Pero me duelen los pies y no me quejaría si pudiera pillar una cama.

Sergio se había bajado entonces del taburete en el que estaban sentados y, arrodillándose, le había quitado los zapatos de tacón con delicadeza, dejándolos

en el suelo. Masajeó los pies de Violeta y la oyó ronronear.

—¿Te gusta? —interrogó con voz provocadora.

—Una cama. En serio. Ya.

—¿Para que pueda masajearte durante toda la noche?

— *Oh, yeah.*

Él se rio y se puso de pie. Se sentó frente a ella y bebió de su vaso de whisky.

Ella lo imitó, pues se había pedido lo mismo que él, pero en su caso la bebida bajó acompañada de muecas horribles.

—No sé cómo te puede gustar esto.

—Uno se acostumbra.

—Aggg, mi garganta. ¡Y mi estómago! Mañana me levantaré con un agujero.

—Si es que el whisky no es una bebida de mujeres.

—¿Discuuuulpa?

—Sé que me has oído perfectamente y que sólo me estás dando una segunda oportunidad de decir algo que te guste, pero no me voy a retractar. Lo pienso de

verdad. Las mujeres sois más de Cosmopolitan, Manhattan, daiquiris, mojitos...

—¡Oh, por favor! Las mujeres bebemos lo que nos da la gana.

—Pero casi todas preferís ese tipo de cócteles a bebidas a palo seco, como el whisky o el vodka.

—Perdona, pero beber vodka a palo seco es de ruso o borracho. Además, mejor cierra la boca, porque me estás defraudando. Esta noche eras el hombre perfecto, diciéndoles a esos cerdos que estaba trabajando y que debían respetarme, y ahora vas y la cagas con un comentario machista como ése.

—¡Decir que no os gusta el whisky no es un comentario machista!

—Claro que sí.

Sergio resopló.

—Veis comentarios machistas en todos sitios. Es como si tú me dijeras que a todos los hombres nos gusta el fútbol y yo te dijera que eres una feminista por pensar eso, ya que a mí no me gusta el fútbol y me ofende que me metas en el mismo saco que al resto de los futboleros. Pero no, antes de que hables, tranquila

porque en verdad yo no te consideraría feminista por decir eso, ya que sé que tu

afirmación se basa en que, estadísticamente, a un alto porcentaje de la población

masculina le gusta el fútbol, igual que a un gran número de la población femenina no le va el whisky ni las bebidas fuertes.

Violeta se quedó callada, mirándolo fijamente durante varios segundos después de su parrafada.

—Me das miedo —confesó Sergio—. ¿Por qué me miras así?

Ella no replicó. En cambio, alzó el brazo para llamar al camarero y, cuando éste se acercó a ellos, se inclinó sobre la barra, apoyándose en el reposapiés del

taburete para estirarse todo lo que pudo y hablarle en voz baja al oído.

—Sí, claro que tenemos —contestó el camarero.

—Pues ponnos dos.

—Marchando.

—¿Qué has pedido? —se interesó Sergio, divertido, cuando Violeta volvió a sentarse—. Miedo me da si se supone que va a demostrarme que a las mujeres os

gustan las bebidas fuertes.

—He pedido una bebida que fue mi gran amiga durante la universidad. Los primeros viernes del mes empezábamos la fiesta con un chupito como el que van

a servirnos ahora.

—Insisto: miedo me da.

El camarero no tardó en volver. Les puso delante dos pequeños vasos de chupito y los llenó hasta el borde con un líquido de revelador color verde.

—¿Absenta? ¿En serio?

—¿Quién es ahora el valiente?

—Si el whisky te iba a perforar el estómago, estos chupitos van a hacer que

directamente explote.

—Es que el whisky me sienta mal, la absenta no tanto.

—No tanto —repitió Sergio, dedicándole un cabeceo de agradecimiento al camarero cuando éste empujó los chupitos hacia ellos—. ¿Qué quiere decir «no tanto»?

—Pues quiere decir que mañana me voy a levantar con una resaca de aúpa y que a partir de ahora la noche se va a volver muuuucho más divertida.

Riendo, Violeta cogió su chupito y, con cuidado de no derramar nada, lo alzó en el aire.

—Brindemos.

—¿Por qué? —preguntó él haciéndose también con su vasito.

—Por nosotros.

—Me gusta.

El choque entre los vasos hizo que se vertieran algunas gotas, pero aun así la mayor parte del contenido acabó en sus estómagos tras bajar quemando sus gargantas.

—Dios —protestó Sergio, tosiendo.

Violeta, por su parte, alzó los brazos al cielo y gritó eufórica.

—Pues sí que te gusta esta mierda.

—Será que es una bebida de chicas —se burló ella.

—Oye, he estado pensando... la semana que viene vienen unos amigos a pasar el fin de semana y quizá podríamos hacer algo juntos.

—¿A cenar o algo así?

—O algo así, sí.

Violeta lo miró fijamente durante unos segundos y, al darse cuenta de que hablaba en serio, interrogó:

—Cuando hablas de amigos, ¿te refieres a un grupo de amigos todos hombres y de al menos metro ochenta de altura, con tu complexión, tu pelazo y tatuajes como tú?

—No. A una pareja.

Ella entrecerró los ojos, evaluándolo.

—No sé si la absenta me ha subido demasiado de prisa, pero ¿me estás proponiendo una cita doble? ¿Una cita de parejas?

—¿Tan descabellado te parece?

—Pues ¡sí! Esto... lo nuestro —hizo un gesto con la mano para abarcarlos a los dos en un círculo—, no va de citas dobles ni de cenas de pareja.

—Casi siempre cenamos juntos.

—Pero no así. Sabes a lo que me refiero.

—Oh, espera. Quizá se me ha olvidado decirte que a mis amigos les gustan los intercambios de pareja, el sexo en grupo y todo eso.

Violeta no pudo evitar que los ojos se le abrieran ligeramente por la sorpresa.

—Oh. —Y cuando la información terminó de calar en ella—: Ohhh.

—¿Te tienta más la idea?

—Sí, supongo. No sé, me has pillado un poco por sorpresa. ¿Qué se supone que haríamos?

—Pues lo que surja.

—¡Oh, venga! Sé más explícito.

—Es que no puedo, no sé qué pasará. Si te dijese algo, serían elucubraciones mías.

—Más que elucubraciones, sería lo que esperas que pase, lo que te gustaría que hiciéramos. —Con una sonrisilla, apoyó un codo en la barra y lo miró—. Y

eso quiero saberlo.

—Pues podría pasar de todo. Todas las combinaciones son posibles: tú con Carla, tú con Álex, tú y yo...

—¿Tú y Alex?

—Todo podría ser —se rio él.

—¿En serio?

—Claro, ¿por qué no? Álex no está mal.

—¿No está mal? —repitió ella—. A ver si me vas a endosar al amigo feo.

—Hombre, feo, feo...

—Me estás asustando.

—Sólo es de belleza rebuscada.

—¡Sergio!

Él se echó a reír.

—Que no, que está muy bien.

—¿De verdad?

—Claro; si fuese mujer, me acostaría con él.

—¿Lo dices en serio o sólo por tranquilizarme?

—Estoy seguro de que te gustará. Aunque no te emociones mucho, porque ahora Álex y Carla están en una relación seria y no sé hasta qué punto querrán llegar. Ya sabes, él a veces se pone celoso con estas cosas, sobre todo cuando su

chica va a estar con alguien tan guapo y atractivo como yo.

Se rieron juntos, pero entonces ella se puso seria para plantear con curiosidad:

—¿Te has acostado con ellos más veces?

—Sí. Con Álex sólo una vez, pero con Carla muchas veces. Lleva siendo mi amiga muchos años.

—Amiga —dijo Violeta con tonillo.

—Amiga —insistió él, más serio—. Una buena amiga. Era la novia de mi mejor amigo.

—¿No te han dicho que no debes estar con las ex de tus amigos?

Sergio levantó ambas manos en señal de inocencia.

—Me invitaron a su cama antes de que lo suyo terminara, yo no tengo la culpa.

—¿Y la sigues viendo después de que su relación se rompiera?

Él apartó la mirada un instante y levantó la mano para pedirle al camarero otra copa. El whisky y el chupito de absenta ya habían empezado a hacerle efecto, pero ahora sentía que no le importaría estar un poco más borracho para

hablar de aquellos temas. Tras pedir la bebida, removi6 con su dedo los frutos secos que había en el platillo que tenían delante, en busca de unos panchitos.

—Lo siento —dijo Violeta—, no he debido preguntar. No es de mi incumbencia.

—No, no, está bien. Soy yo el que ha propuesto que nos veamos con ellos y es normal que tengas curiosidad por nuestra historia. Sebastián, el novio de Carla

y amigo mío, murió hace ya unos años.

—Oh, Sergio, lo siento mucho. No hace falta que me cuentes más.

—Tranquila, quiero hacerlo. No hablo lo suficiente de esto, ¿sabes? De hecho, sólo lo he hablado con Carla y... bueno, creo que hablar de Sebastián con

más normalidad seguro que me vendría bien.

Violeta le pasó la mano por el brazo y de pronto confesó:

—Mi padre también murió hace unos años. Aún me resulta duro hablar de él, pero supongo que es normal. Y lo cierto es que, aunque me cueste, después de hablar de él me siento mejor, porque es como si materializara sus recuerdos, como si darme cuenta de que no lo he olvidado me reconfortara. Nuestra

relación no fue sencilla mientras estuvo con vida, ¿sabes?, pero me da miedo olvidarme de cosas, incluso de cómo gritaba.

Se rio con tristeza y, cuando el camarero dejó delante de Sergio lo que había pedido, Violeta se le adelantó y cogió el vaso ancho, dándole un largo trago.

—Pero si no te gusta el whisky.

—Tampoco me gusta ponerme triste, y mírame: aquí pasando de hablar de sexo en grupo a esto. Y contigo.

—¿Qué pasa con que sea conmigo?

—Pues que no quería llevar nuestra relación a un nivel más personal y fíjate.

—Hombre, he empezado la noche descubriendo que tu nombre real es Eva, era de esperar que acabara saliendo a la luz algo más sobre ti. Pero tranquila, que

tu identidad sigue a buen recaudo, ahora sólo sé que eres humana y tienes una vida real más allá de estos encuentros.

—¿Y qué te pensabas que era antes?

—Pues créeme que he barajado que fueras un androide creado especialmente para cubrir mis necesidades sexuales.

—Ya, claro.

—¿Qué quieres que te diga? Eres demasiado buena.

Violeta se echó a reír.

—Supongo que gracias.

Sergio cabeceó ligeramente y después bebió de la copa que acababa de

recuperar.

—Volviendo a lo de antes, después de lo que le pasó a Sebastián, Carla se marchó de Barcelona y no volvimos a hablar durante varios años. Después, supongo que cuando estuvo preparada, volvió a llamarme y recuperamos nuestra

amistad. Además, yo la ayudé a meter a su chico en el mundillo este del sexo abierto.

—¿Y puedo preguntar cómo lo hiciste?

—Pues Carla lo obligó a que nos acostáramos los tres juntos.

—¿Has dicho que lo obligó?

—Hombre, no le puso una pistola en la cabeza, pero sí que lo puso entre la espada y la pared: o se acostaba con nosotros o adiós.

—Qué maja, tu amiga.

—Sí, no fue muy fina, pero, oye, al menos su historia tuvo final feliz.

—¿Literalmente?

—Conociendo a Carla, por supuesto.

—¿Te puedo hacer una pregunta personal?

El tono que usó Eva para plantearlo hizo que Sergio se pusiera un poco alerta.

—Claro. Pero sólo hoy, ¿eh?

—¿Alguna vez has sentido algo por Carla?

—Por supuesto, es una de mis mejores amigas.

—Me refiero a algo romántico.

—No, nunca.

—Lo dices con mucha seguridad.

—Porque es la verdad.

—¿Nunca, jamás, has pensado en ella de forma romántica?

—Le tengo mucho cariño, si es lo que me estás preguntado. Y sí, en alguna ocasión imaginé cómo sería que fuera mi novia, pero la idea me horrorizó, así que decidí olvidarla.

—¿Te horrorizó? Pensaba que te caía bien.

—Y lo hace. Estupendamente. Pero como amigos. No aguantaríamos como pareja ni una semana. ¿Por qué te interesa este tema en particular?

—No sé, mantener una relación como amigos con derecho a roce durante mucho tiempo sin llegar a involucrarse emocionalmente me parece... complicado.

Sergio la miró por el rabillo del ojo, preocupado de pronto. ¿Hablaban de ellos? Prefirió no insistir y evitar aquel tema en la medida de lo posible.

—¿Quieres ver una foto de Álex y Carla para ver si confirmo lo de la cena?

—Ah, pero ¿entonces vamos a cenar juntos de verdad?

—Claro. Para que os conozcáis un poco. ¿O qué quieres, empezar a follar así a palo seco? Si es lo que deseas, os presento ya desnudos.

—No, no, supongo que conocerse un poco antes está bien. A ver esa foto.

Sergio buscó en su móvil y le bastó con entrar en WhatsApp y cargar la foto

de perfil de Carla para poder enseñarle a Violeta una foto de los dos juntos en una boda.

—Pues no están nada mal. ¿Alguna foto menos arreglados tienes?

—A ver... mierda, me cuesta enfocar un poco.

—¡Menos mal! Ya pensaba que eras inmune incluso a la absenta. Yo aquí con la lengua suelta por culpa del alcohol y tú tan normal.

—Yo también te veo normal a ti.

—Entonces creo que necesitamos otros chupitos de absenta.

Levantó la mano para llamar al camarero, pero él la retuvo.

—Yo creo que con algo que tenga menos de cincuenta grados también me conformo.

—¿Quién no aguanta ahora las bebidas fuertes, las de hombres?

—Mi estómago, que debe de ser que es mujer.

—Idiota —se rio Violeta, y cuando el camarero llegó a su lado, pues había visto su gesto antes de que Sergio le bajara el brazo, pidió algo más ligero para

ambos.

—Mira, en esta foto salen en la playa, para que puedas estudiar la mercancía a gusto.

Violeta cogió el teléfono y examinó la imagen con detenimiento.

—¿Es el alcohol que me afecta a la vista o este tío está *mazao*? —Sergio se rio tanto de su comentario que ella añadió—: ¿Qué?

—Nada, es sólo que me he acordado de la historia de cómo se conocieron.

—¿Y cómo fue?

—Pues todo empezó porque ella dijo que parecía un cruasán, tan *mazao* que no podía ni bajar los brazos.

12

Cuando Sergio abrió los ojos y vio que Violeta dormía plácidamente a su lado, sonrió satisfecho. Le gustaba levantarse con una mujer en su cama. O varias, no

iba a protestar por eso. No era de los que echaba un polvo y se largaba; prefería

un trato más cercano, más cariñoso con sus amantes, y aunque hasta ahora con Violeta (¿o debía empezar a llamarla Eva?) no había podido darse el gusto de aquel tipo de intimidad, la fiesta hasta casi el amanecer del día anterior había hecho que acabara en su cama, en su casa, y ahí siguiera a las diez de la mañana.

Sergio le retiró con delicadeza un mechón de pelo que le cubría el rostro y después perfiló con sus dedos el contorno de su cuerpo. Dormía de lado, y con

sus yemas resiguió la línea de su brazo, de su costado y de su culo. Volvió a ascender y, al llegar a la altura del ombligo, ella debió de sentir cosquillas, pues se removió, girándose hasta quedar boca arriba. Sus pechos quedaron expuestos

y los dedos masculinos siguieron su camino hasta llegar a la curvatura de sus senos, donde hizo cumbre y disfrutó del tacto rugoso en las areolas y suave en el

pezón.

Admiró su rostro durante un segundo, intentando adivinar si estaba cerca de despertar o no. Ella no parecía ser consciente de su presencia y, aun a riesgo de

que al levantarse no le agradase encontrarse en la cama de Sergio, éste no pudo

contenerse. Quería despertarla y sabía cuál era el mejor método para hacerlo: con besos. Antes de ponerse manos a la obra, buscó un preservativo en el cajón

de la mesita y se lo puso sobre la erección mañanera y, una vez protegido, posó

sus labios sobre los pechos que había acariciado y fue subiendo, besándola en la

clavícula, el cuello, la base de la oreja, la mejilla...

Para cuando llegó a su boca, Violeta ya estaba despierta y, aun algo

soñolienta, lo aceptó en su boca de forma lánguida. Sergio se colocó sobre ella, haciéndose hueco entre sus piernas, y, mientras se besaban con calma, la penetró

lentamente, sumergiéndose en su calor y deleitándose al notar cómo su cuerpo se

arqueaba y tensaba al recibirlo.

Siempre le había gustado el sexo mañanero... tranquilo, pausado, largo y muy muy placentero. No había mejor forma de empezar el día.

En un momento dado, Sergio giró y puso a Violeta encima, animándola a que lo cabalgara. Le encantaba verla así, sobre él, desnuda, ondulando sus caderas y

con el pelo suelto cayéndole alborotado. Era todo un regalo para la vista.

Ella tampoco parecía buscar el sexo salvaje al que estaban acostumbrados y, en lugar de erguirse sobre él, pegó sus pechos, buscando su boca. Sergio la rodeó

con los brazos, aprisionándola conforme el placer crecía. Le apretó el culo, le recorrió la espalda con la mano abierta, le acarició el pelo que le hacía cosquillas en las mejillas y en el cuello. Sus respiraciones se fueron acelerando a la vez y

los movimientos de ella se hicieron más marcados y profundos. Sergio saboreó

el orgasmo en su boca cuando al fin la oyó gemir contra sus labios. Se dejó ir para acompañarla y ella también se bebió el placer de su clímax a través de su respiración.

Agotada, Violeta se dejó caer sobre la cama, con un brazo a cada lado y una sonrisa satisfecha.

—Buenos días. —Sergio sonrió, todavía con la respiración acelerada.

—Muy pero que muy buenos días.

La sonrisa masculina se acentuó todavía más ante el tono y las palabras de la joven.

—¿Puedo contratarte como despertador? Levantarme por las mañanas sería mucho más fácil así.

Él rio.

—No sé yo, ¿eh? Yo ahora mismo no le diría que no a una siestecilla.

Se quedaron callados, disfrutando de la tranquilidad y la laxitud de sus cuerpos, hasta que un ruido extraño hizo que Violeta alzase la cabeza un poco.

—¿Qué es eso?

—¿El qué? —Sergio se había quedado un poco dormido y la miró desconcertado.

—Eso, ¿no lo oyes?

—Ah, sí. Es *Luci*.

— ¿*Luci*?

—Sí.

Sergio hizo un esfuerzo por ponerse en pie y se dirigió a la puerta cerrada de la habitación. El sonido se detuvo y, en su lugar, se oyó un agudo y corto ladrido.

Abrió el acceso y, aunque Violeta no vio a nadie al otro lado, oyó unas ligeras y emocionadas pisadas.

—Buenos días, *Luci*. ¿Me has echado de menos? Sí, ¿verdad que sí? —

Violeta se sentó en la cama, alucinada al oír cómo Sergio empleaba la voz con la

que se les solía hablar a los bebés—. Pero es que eres una pervertida y te gusta

mirar e incluso meter el morro, así que tengo que dejarte fuera. Buenos días, buenos días.

Sergio se agachó para coger algo del suelo y, cuando se enderezó y se dio media vuelta, Violeta tuvo que parpadear para asimilar lo que sus ojos estaban viendo.

Tenía ante ella a un tiarrón de casi metro ochenta, totalmente desnudo y con un perro en la mano. Y sí, literalmente el animal estaba en su mano, pues la palma de Sergio bastaba para abarcar toda la panza de la tal *Luci*, una perrita yorkshire terrier que la miraba curiosa, meneando el rabo de un lado a otro.

Sergio se sentó en la cama, donde una anonadada Violeta seguía observando la escena, perpleja.

—Violeta, te presento a *Luci*. *Luci*, ésta es mi amiga Violeta.

Al dejarla sobre las sábanas revueltas, la perrita empezó a dar saltitos a la vez que meneaba el rabo a toda velocidad. Como Violeta no la acarició, le soltó un

ladrido a la vez que se echaba hacia atrás, juguetona.

La chica, tras reponerse de la sorpresa, miró a su alrededor.

—¿Estamos en tu casa?

—Sí —asintió Sergio con toda la tranquilidad del mundo, a la vez que se tumbaba sobre la cama y acariciaba el lomo de la perrita.

—Dijimos que...

—Eran las seis de la mañana, íbamos superborrachos y no me iba a poner a buscar hotel. Si ya tuvimos suerte de que pudiera darle las indicaciones necesarias al taxista para que nos llevara a la gasolinera y luego aquí.

—¿A la gasolinera?

—Pasamos por una gasolinera a comprar unas cosas, ¿no te acuerdas?

—Pues ahora que lo dices... sí, vagamente. —Violeta achicó los ojos, intentando hacer memoria—. Fuimos a comprar... ¿churros? Pero en las gasolineras no hacen churros.

—Pero algunas sí venden churros congelados. Que, hablando de eso, deben de estar en la cocina, ¿te apetece desayunar ya?

—Yo... —titubeó un momento, mirando a su alrededor, y después se quejó—: ¡Uf! Ha sido muy mala idea venir a tu casa.

—Mujer, no es para tanto. No mires en los cajones ni curioses mis cosas y saldrás de aquí sabiendo lo mismo de mí que ayer. Además, te he presentado a mi perra, no a mi madre. Nuestra relación no ha pasado al siguiente nivel ni nada

por el estilo. Voy a hacer esos churros, ¡no se hable más!

Se puso de pie con energía y fue a la cómoda que tenía en un lateral de la habitación, junto a la puerta. Sacó una muda de ropa interior y unos pantalones cortos de deporte y se los puso. Después, se dirigió a la puerta y, a la vez que salía, dijo:

—Vamos, *Luci*.

La perra enderezó el rabo y salió flechada, saltado de la cama y aterrizando en el suelo con una habilidad pasmosa para medir apenas un palmo de alto.

Al llegar a la cocina, Sergio buscó a su alrededor la bolsa de la gasolinera en

la que había dejado la caja de churros congelados, pero no la vio. Ojeó el pasillo

a ver si la había dejado por allí y tampoco tuvo suerte, así que se dirigió a la entrada, por si la hubiese abandonado en el recibidor, pero allí tampoco había ni

rastros. Se decidió entonces a ir al salón. No recordaba haber entrado allí la noche

anterior, pero el alcohol a veces juega malas pasadas y, además, los churros no se

podían haber ido solos de su casa: si habían llegado, allí tenían que seguir, en algún lugar todavía por determinar.

Al aparecer en el salón, descubrió un delatador reguero de trozos de cartón en el suelo y, al seguirlo, éste lo llevó directamente hasta la cama de *Luci*, una gruesa colchoneta de llamativos colores dispuesta junto al sofá.

—¡Perra mala! —la regañó Sergio al ver sobre el cojín del animal una caja de condones destrozada, varios envoltorios mordisqueados y algún que otro condón

agujereado—. Perra muy muy mala.

Luci se había quedado atrás, mirando su estropicio desde la puerta y sin ánimo de seguir a su dueño para vivir la reprimenda desde más cerca.

Sergio cogió de entre todo el destrozo un envoltorio que parecía haber sobrevivido pero que, al ponerlo al trasluz, desveló un agujero.

—¿Tú sabes lo peligroso que es esto? —Sergio siguió llamándole la atención a la perra, aunque, como había suavizado un poco el tono, *Luci* ya empezaba a mover el rabo, más animada—. Parece que quieras hacerme papá, pinchando

los

preservativos. Y tú podrías haberte ahogado con el plástico si llegas a comértelo.

Perra mala. ¿Y qué has hecho con los churros?

Había ido a la gasolinera sólo con intención de comprar el desayuno, pero, una vez allí, la extensa sección de preservativos le había llamado la atención.

Recordaba haber bromeado durante un buen rato con Violeta viendo las frases que decoraban los paquetes. Habían intercambiado más de una palabra subida de

tono en relación con una caja que anunciaba que era tamaño XXXL y otra que vendía condones con un surtido de sabores. «Esto es como las grageas de todos

los sabores de Harry Potter, a ver qué te toca con cada mamada», se había carcajeado Violeta.

El dependiente de la gasolinera veinticuatro horas debía de haber flipado con su visita.

Había acabado comprando dos cajas, aunque en su casa tenía surtido más que de sobra para esa noche. De hecho, si llegase un apocalipsis zombi, su almacén

de condones le permitiría seguir follando de forma segura y continua durante al

menos un mes.

—¿Qué has hecho con los churros? —murmuró, buscando a su alrededor.

Los restos que había sobre la cama de la perra eran todos de los condones, ni

rastros de la otra caja. No habría sido capaz de comerse también el cartón de los

churros, ¿verdad? Aquellos dulces estaban a medio hacer; tal y como estaban, debían saber fatal.

Un lloriqueo de *Luci* lo hizo mirar por encima de su hombro y la vio acercarse a él con la cabeza gacha y arrastrando entre los dientes una bolsa de plástico blanca.

—Pequeña pirata —dijo Sergio a la vez que cogía la bolsa. También estaba agujereada y, por uno de los huecos, había visto la caja de los churros—. ¿Dónde

te habías guardado este botín?

Sacó la caja de la bolsa y comprobó que estaba asombrosamente intacta.

Debía tener razón al pensar que, al estar sólo medio hechos, la masa no había llamado la atención de su perra. Aunque, claro, aquella trituradora andante sí se

había divertido de lo lindo con los condones, y éstos tampoco es que supieran especialmente bien. Que su desayuno se hubiera salvado era un auténtico milagro.

Dejó el cartón sobre la mesa del comedor y en la bolsa metió como pudo los restos del destrozo. Algunos preservativos parecían estar bien todavía, pero *Luci* tenía los dientes finos y no se fiaba, así que los tiró todos. Una vez recogido el

estropicio, recuperó la caja de churros y se dirigió a la cocina, donde puso al fuego una sartén y la llenó de aceite.

Luci se quedó en la entrada, sentada tranquilamente, intentando pasar desapercibida hasta que su atentado contra la caja de preservativos se hubiera olvidado.

—Veamos... se recomienda freidora —leyó Sergio en la caja—. Pues yo sólo tengo sartén, así que se siente. Y... freír los churros sin descongelar. Pues la hemos jodido.

Abrió la caja, que ya llevaba varias horas fuera del congelador, y, al retirar el plástico que cubría los churros, vio que tenían un aspecto un poco fofo. Los palpó y comprobó que del congelado ya no les quedaba nada.

—Bah, que sea lo que Dios quiera —soltó en voz alta, y puso el primer trozo de masa en el aceite, que chisporroteó un poco.

Para cuando fue a meter el último churro que le cabía en la sartén, el fuego ya estaba a punto porque le había dado a la máxima potencia. Miró cómo las pequeñas burbujas rodeaban la masa, cociéndola.

—Vaaaale.

Sergio se giró al oír la voz de Violeta y la contempló ya vestida con los vaqueros y la camiseta que se había puesto en la discoteca. Deseó que se hubiese

tomado la libertad de coger una camiseta suya para ir por su casa sin ropa interior, pero no dijo nada. Sabía perfectamente que a ella le incomodaba estar allí, aunque no entendía muy bien por qué.

—Vale, ¿qué? —quiso saber.

—Pareces sacado de un tablero de Pinterest; el de *relationships goals*, por ejemplo.

Él se miró de arriba abajo: descalzo, con un pantalón de deporte, sin camiseta y con una espátula de cocina en la mano. La miró sin entender, pero, antes de que pudiera preguntar nada, ella dijo:

—No tienes ni idea de lo que te estoy hablando, pero mejor. Así ninguno de los dos piensa en ello. ¿Te puedo ayudar en algo?

—Pues, si quieres, puedes empezar a preparar el chocolate. Lo tienes ahí.

Le señaló un armario a su derecha y, cuando Violeta lo abrió, supuso que lo utilizaba como despensa. Le bastó un vistazo rápido para ver que el tarro de cacao en polvo que buscaba se encontraba en uno de los estantes más altos.

Alargó la mano y no llegó, pero, sin rendirse, volvió a estirarse y se puso de puntillas, aunque sólo consiguió rozar el bote y meterlo un poco más en la estantería.

—Mierda —murmuró, y, sin claudicar, miró a su alrededor en busca de una silla.

Aquella cocina estaba pensada para un gigante. En su casa lo tenía todo a mano y, cuando necesitaba llegar a los sitios más altos, esos donde guardaba lo

que casi nunca usaba, utilizaba una pequeña y práctica escalera de madera que se

había comprado hacía ya varios años. Sin embargo, en aquella cocina, por no haber, no había ni sillas, pues la mesa situada en un lateral era tan alta que necesitaba unos taburetes como de bar.

—Yo te lo bajo.

La voz de Sergio le llegó desde su espalda a la vez que sus cuerpos entraron

en contacto. Él se había puesto muy muy cerca, aunque con su brazo y su envergadura podría haber alcanzado el bote desde casi un metro más allá. Al bajar el tarro y dejarlo sobre la encimera frente a ella, Sergio colocó, de forma en apariencia casual, ambas manos sobre la piedra, rodeándola con su cuerpo.

Violeta sintió sobre su oreja la respiración de él cuando Sergio se inclinó ligeramente. Contuvo el aliento, expectante, pero, tras unos segundos, el cuerpo

masculino se apartó sin decir nada, dejando una sensación de frío allí donde se

habían rozado.

—Si no me equivoco, las instrucciones están en el tarro. La leche la tienes en el frigo y los vasos y las cucharas están aquí. El microondas no creo que tengas

problemas para entenderlo.

—Vale, gracias —articuló Violeta, aunque le falló ligeramente la voz.

Trabajaron en silencio durante un rato y, cuando Violeta tuvo los vasos con leche y cacao metidos en el microondas, se apoyó en la encimera y miró a Sergio, que la observó y se dio cuenta de que estaba un poco incómoda,

probablemente sin saber qué hacer o decir.

Mientras sacaba un churro de la sartén y lo colocaba sobre un plato con una servilleta de papel, Sergio le preguntó:

—Entonces, ¿haces *pole dance* por entretenimiento, como quien va a correr?

—Sí. Es divertido.

—¿Y cómo empezaste?

—Mica también da clases de bailes de salón y para la boda de mi hermana tuve que aprender. Descubrí que también daba *pole dance* en su gimnasio, probé una semana y ahí sigo. Aunque no lo parezca, es una disciplina muy exigente. Se

necesita fuerza y mucha habilidad. Estoy segura de que Mica podría tumbarte incluso a ti.

Una melodía que sonó algo lejana evitó que Sergio pudiera replicar.

—Es mi móvil, ¿puedes encargarte tú de esto un momento para que vaya a ver si es importante?

—Sí, claro.

Violeta se puso al mando de la sartén y Sergio desapareció por el pasillo, seguido de cerca por *Luci*. Apenas había pasado medio minuto cuando regresó con el teléfono pegado a la oreja y una sonrisa que hizo que la cocinera lo mirara fijamente, suspicaz.

—La tengo delante —le dijo Sergio al teléfono y después, alejándose de la oreja, puso el manos libres y dejó el móvil sobre la encimera.

—¿Y está buena? —interrogó una voz femenina.

Sergio se rio ante la cara de pasmada con la que Violeta lo miró.

—Te está oyendo —avisó él.

—Vale. Chica misteriosa, ¿estás buena?

Violeta miró a Sergio, que contenía la risa, pero no abría la boca.

—¿Hola? ¿Hay alguien ahí?

—Sí —asintió finalmente la joven al darse cuenta de que Sergio no pensaba intervenir—. Hola.

—Hola, soy Carla.

—Yo... —titubeó—. Yo soy Violeta.

—Qué nombre más sexy. Me ha contado Sergio que a lo mejor quedamos para cenar el próximo finde, cuando vayamos a Barcelona.

—Ah, sí... —asintió ella, agradecida de ubicarse un poco más en aquella conversación—. También me ha comentado algo a mí.

—Puede que lo pasemos bien. Me gusta tu voz. ¿Sergio me oye?

—Sí.

—Sergio, ¿crees que le gustará a Álex? Es que últimamente está un poco tontorrón y le cuesta mucho meterse en los juegos. Yo no me quejo, no me importa una fase más íntima de pareja, pero... —Suspiró—. Joder, no me gustaría hacerme ilusiones y que al final no se pudiera hacer.

Sergio, que se había acodado en la encimera y tenía la barbilla reposando sobre su mano, miró a Violeta fijamente al decir:

—A Álex le encantará.

Vio cómo Violeta era incapaz de aguantarle más la mirada y se sonrojaba ligeramente. Le entusiasmó su reacción.

—Aunque, ya sabes —siguió él—, ven sin expectativas, pensando sólo en una cena de amigos y, si surge algo, eso que te llevas. Sabes que a lo mejor después no hay química y las cosas es mejor no forzarlas.

—Ya, ya, pero ahora ¿quién me quita a mí este calentón? Porque si dices que a Álex le encantará, a mí... ¡uf! Voy a colgar ya y a darle una alegría a mi chico; creo que aún lo pillo en la ducha. Luego te llamo para ultimar los detalles.

—¡Adiós! Y no pienses demasiado en mí mientras te follas a Álex.

—Lo intentaré, pero no prometo nada —le siguió ella la broma.

Sergio colgó y durante unos segundos no se oyó nada en la cocina, salvo el chisporrotear del aceite.

—Creo que ya están hechos —comentó entonces él, señalando la sartén.

Violeta dio un respingo al bajar la mirada y darse cuenta de que los últimos churros que quedaban haciéndose estaban adquiriendo un color muy oscuro. Se

apresuró a apagar el fuego y sacar el desayuno de las abrasadoras garras del aceite que quería quitarles la comida. Sergio, tras asegurarse de que todo estaba

controlado, fue hasta el microondas y extrajo los dos vasos de chocolate caliente.

Le bastó remover un poco para comprobar que tenían la densidad perfecta. En silencio, sacó una amplia bandeja de un armario bajo y colocó sobre ella los vasos, el plato con los churros, unas cucharas, una botella de agua y unas servilletas.

—Vamos, lo tomaremos en el balcón —anunció, y echó a andar hacia el salón, donde un amplio ventanal daba paso a un generoso espacio.

Lo impresionante de aquel lugar eran, sin duda, las vistas, pues daban a un parque con altos árboles. La mesa y las sillas estaban dispuestas cerca de la baranda para poder disfrutar todavía mejor del entorno, y a Sergio le gustaba sentarse allí a leer las noticias en su *tablet* o a tomarse el café de la mañana los fines de semana.

Violeta, en cambio, apenas si apreció las vistas y, en su lugar, lo que vio fue todo el espacio vacío.

—Madre mía, lo que haría yo con un balcón así.

—¿Qué? —preguntó Sergio con curiosidad—. ¿Poner unas tumbonas y una barbacoa? No te creas que no lo haya pensado. El vecino de al lado la tiene así:

si te subes a esa silla de ahí, podrás ver su patio.

—Qué cotilla, subiéndote a una silla para ver el balcón de tu vecino.

—El anuncio de Ikea de «amigos de las terrazas» hizo mucho daño.

—Yo no pondría tumbonas ni nada por el estilo, sino que lo usaría para poner un huerto urbano. Hay millones de ideas en Pinterest, estoy enamorada de eso.

Me encantaría poder cultivar mis propias verduras.

—Sólo comes vegetales, creo que con un huerto de este tamaño te faltaría.

—Me da igual, lo quiero aunque sólo sea de forma testimonial y no para el autoconsumo real. Si me mudo, pondré como requisito indispensable que la casa

o piso tenga jardín, patio o un balcón como éste.

—Me alegro de que te guste.

—Hombre, la verdad es que está un poco desangelado —comentó Violeta, mirando a su alrededor y viendo por primera vez la realidad y no lo que su imaginación le proponía—. Tú sí que podrías poner lo que has dicho: unas tumbonas, una barbacoa o algo por el estilo. ¿Quizá un balancín?

Sergio resopló.

—Un balancín, vaya mariconada.

—Seguro que, si lo pusiera tu vecino, te daría envidia. Que por cierto... —

Violeta se acercó hasta la silla que Sergio le habían indicado y se subió a ella, pero no era lo suficientemente alta como para ver por encima del muro, así que

tuvo que agarrarse al borde y alzarse con la fuerza de sus brazos.

—¿No me has dicho que era un cotilla por hacer eso? Y qué fuerte estás, ¿no?

—Has hecho que me pique la curiosidad —contestó ella, todavía encaramada.

Tras unos segundos espiando por encima de la pared, se dejó caer de nuevo sobre la silla y se bajó de un salto, tras lo que se encogió de hombros—: Tampoco es para tanto. De hecho, si tengo que elegir, prefiero el toque

minimalista de ésta a todo lo que tiene él. Un poco más y no se puede menear de

tantas cosas.

—Anda, siéntate, que los churros y el chocolate se enfrían.

Tomaron asiento uno al lado del otro y durante un momento se mantuvieron callados, degustando el desayuno que, milagrosamente, estaba bastante bueno.

—¿Te apetece que hagamos algo juntos hoy? —planteó Sergio tras dudarlo un instante.

El humor de ella había mejorado considerablemente y ya no parecía

molestarle que hubieran roto la norma de no ir a casa del otro, así que probó suerte con aquella propuesta. No tenía muy claro qué le estaba proponiendo:

¿Pasarse el día en la cama metidos en faena? ¿Ir a comer fuera? ¿Una sesión de

cine? Tal y como había formulado la pregunta, podía abarcar casi cualquier

actividad y se arrepintió de no haber sido más específico para no asustarla, pero

no le dio tiempo a aclarar lo que quería decir, pues ella contestó rápidamente.

—Lo cierto es que tengo cosas que hacer.

Sergio se llenó la boca con parte del desayuno, sintiéndose como un estúpido.

¿Por qué había tenido que proponerle eso? Sabía perfectamente que en aquella relación ella quería poner unos límites bastantes claros y, con esa pregunta, los

había sobrepasado todos. Si quizá ya la había cagado llevándola a su casa, en ese

momento encima hacía esa sugerencia, que era sin duda la guinda del pastel.

No obstante, y pese a lo rápido y tajante que había respondido Violeta, a los pocos segundos añadió:

—Además, mi gato estará preocupado por mí. Seguro que se pregunta dónde estoy. Estará a punto de organizar una partida de búsqueda.

Sergio la miró sorprendido, con los carrillos llenos y los ojos un poco agrandados.

—Ya sabes, como los gatos son tan dependientes... —añadió ella, como si tuviera que explicar el chiste—. Bah, déjalo.

Él tragó todo lo que tenía en la boca de golpe y se limpió los labios con una servilleta después de toser por las prisas con las que había engullido.

—¿Tienes un gato?

—Sí.

—Así que eres una chica de gatos. Con lo ariscos que son.

—No soy una chica de gatos. También me gustan los perros, sólo que tengo un gato y no un perro. Los gatos dan menos trabajo, y no son ariscos, son supercariñosos y están siempre a tu alrededor, restregándose y...

—Sentándose en tu teclado cuando quieres ponerte con el portátil, tirando las cosas de las mesas, huyendo de ti cuando se cansan de tus mimos...

—Vaya, vaya, tú sí que eres un chico de perros.

—Perros a muerte. Donde esté un perro, que se quiten todos los gatos del mundo.

—Eso es porque no has tenido un gato.

—Tuve varios gatos cuando era pequeño. Arañan, muerden y no te quieren.

—¡Claro que te quieren! Lo que pasa es que tú estás acostumbrado a tener esclavos en lugar de animales de compañía —dijo Violeta señalando hacia sus pies.

Luci estaba tumbada en el suelo, casi encima de los pies de Sergio, y se mantenía muy atenta a ellos por si le caía comida en cualquier momento.

—No es mi esclava —se indignó él—, pero me quiere mucho, ¿a que sí, renacuaja? Claro que sí.

La acarició mientras ella movía el rabo a toda velocidad al saberse el centro de atención.

—¿Por qué se llama *Luci*?

—De Lucía.

—¿Por qué un nombre tan humano para un perro?

Sergio dejó de acariciar al animal y se limpió de nuevo la boca con la servilleta, aunque en aquella ocasión no tenía motivos.

—Porque así se llamaba quien me la regaló.

—¿Y en su honor le pusiste su nombre? Curioso.

—Más que honor, fue un poco por venganza. O más bien, lo hice como recordatorio y aviso para mí mismo.

Violeta lo miró sin comprender y sin atreverse a preguntar, pero Sergio tuvo la delicadeza de explicarlo un poco más al ver su expresión interrogante.

—No puedes volver a echarte una novia que se llame Lucía si tu perra también se llama así. Sería muy raro, ¿no te parece?

Ella lo miró con curiosidad y sorpresa, intentando adivinar qué había más allá de aquellas palabras, pero Sergio estaba seguro de que jamás podría imaginarse

la historia que se escondía detrás, al menos no en detalle. Aguardó un instante para comprobar si ella se atrevía a preguntar algo más sobre el tema, pero, cuando Violeta volvió a hablar, lo que planteó fue:

—¿Y qué edad tiene?

—Ocho años.

—¡Toma ya! Pero si es una abuelita.

—No lo parece, ¿verdad? Con la energía que tiene, cansaría hasta a un

cachorro.

Sergio miró a la perrita, que seguía tumbada en el suelo, muy atenta a ellos porque era lo suficientemente lista como para saber que hablaban de ella. De forma irremediable, recordó a la humana que había hecho que bautizara así al animal. Ella también era una polvorilla, aunque la perra no había podido heredar

el culo inquieto de la mujer, porque apenas si habían compartido tiempo juntas.

De hecho, Lucía sólo había sido la dueña de *Luci* durante media hora: los quince minutos que había de trayecto entre la tienda de animales y su casa, y los quince

minutos de discusión antes de que rompieran entre gritos porque Lucía no había

comprado al animal para ellos dos, sino con idea de que fuera de los tres: de ella,

de Sergio y de Luis Carlos, un hombre con el que compartían cama de forma ocasional y del que, al parecer, Lucía se había enamorado.

—Pero también te quiero a ti, Sergio. Os amo a los dos. Tú me entiendes,

¿verdad, cariño? Tú me conoces, sabes que mi amor es tuyo, que en mi corazón

hay espacio para los dos.

No, Sergio no lo había entendido. Ni por asomo. ¿Desear a más de una

persona? Por supuesto. ¿Sentir pasión por alguien que no era su novia? Desde luego que sí. Pero ¿amar? ¿AMAR? Él no amaba a otra que no fuera ella.

Como venganza, se quedó con el animal, al que llamó como ella por

despecho, y resultó que aquella perrita, a la que al principio odió, se había

convertido en el único ser vivo que había conseguido hacerse un hueco en lo profundo de su corazón después de todos aquellos años. El cariño de Sergio tenía

muchas capas, muchísimas, y la gran mayoría de ellas las compartía con

generosidad: deseo, pasión, amistad, cariño, respeto... Pero ¿amor? ¿Amor de verdad, amor del auténtico, amor como el que él había sentido por Lucía antes de

que aquel sentimiento se volviera veneno? Con nadie. Nunca más. Se había

montado una vida lo suficientemente divertida sin tener que arriesgar su corazón.

13

Sergio se había cogido el viernes libre porque Carla y Álex llegaban ese día a la

ciudad, pero, como su tren estaba previsto para las doce del mediodía, se acercó

a la oficina para terminar unas gestiones. Cuando vio a través de la cristalera de

su despacho que Enrique se dirigía hacia allí, le bastó con observar un instante

su cara para saber que no traía buenas noticias. ¿Qué más podía pasar con todo

aquel tema de la exportación a China? Cada día se arrepentía más de haber querido meterse en ese sector sólo con la ayuda de Enrique, pues en ese momento le resultaba obvio que el asunto les quedaba grande por todos lados.

—¿Qué pasa ahora? —preguntó Sergio en cuanto el otro abrió la puerta—.

¿Las botellas de vino han explotado misteriosamente? ¿La empresa con la que vamos a mandar el paquete ha ido a la quiebra? ¿Ha atacado el almacén del

comprador una guerrilla de conejos gigantes? Ya me lo creo todo.

—No, peor.

—¿Cómo va a ser peor?

—Mucho mucho peor.

—Venga, dispara y deja de hacerte el misterioso.

Enrique tomó aire antes de soltar:

—Los transportistas se van a poner en huelga el próximo lunes.

—¿Cómo?

—Los que se encargan de transportar la mercancía.

—Sé lo que son los transportistas, gracias. Me refiero a... ¿por qué?, ¿cuánto tiempo?

—No se sabe por cuánto tiempo, supongo que depende del Gobierno. Quieren mejoras laborales.

—Cabrones.

—Yo también me voy a poner en huelga cuando consigamos quitarnos este marrón de encima —soltó Enrique, dejándose caer en el sofá—, porque me voy

a quedar calvo con esta idea loca tuya.

—Lo cierto es que... —Dudó un instante, pero después añadió—: He pensado que podríamos asociarnos con una empresa que ya trabaje la exportación marítima con China. Me he dado cuenta de que fue una temeridad lanzarnos a

exportar directamente nosotros y he pensado que podríamos empezar trabajando

con alguien que ya maneje con soltura todos esos temas. Me equivoqué al querer

lanzar esta idea con coste cero, abusando de tus horas de trabajo y arriesgándome a hacer una auténtica chapuza.

—Creo que tienes razón —aceptó Enrique—. La idea de la exportación puede venirle de maravilla a la empresa, pero necesitas más ayuda de la que puede darte un viejo como yo.

—No he querido decir...

—No has dicho nada, lo digo yo. Estoy viejo para estos trotes, Sergio, y las cosas han cambiado mucho desde que me dedicaba a las exportaciones marítimas, y he cometido errores por dar por supuesto que siguen vigentes las normas anteriores, cuando resulta que la normativa ha cambiado de cabo a rabo.

No me atrevía a decírtelo, porque sabía que estabas muy ilusionado con esto, pero sinceramente me parece una idea estupenda externalizar parte del proceso.

Puedo ponerme en contacto con la empresa con la que yo trabajaba antes, ¿qué te parece? Que ellos se encarguen del pedido de Luis; seguro que pueden meter

nuestro envío en otro camión en Valencia, o conseguir que salgan los primeros aun con los servicios mínimos. Trabajaremos un tiempo con ellos y

aprenderemos cómo se hace ahora, incluso podemos conseguir sus contactos en

China y, casi más importante, en los puertos. Será muy beneficioso para nosotros

y en unos meses o un año puedes intentar saltar de nuevo al mercado asiático por

tu cuenta. Eres listo y con TranSolutions podrás aprender de los mejores.

—¿TranSolutions es la compañía para la que trabajabas antes?

—El siglo pasado, sí.

—También el milenio pasado —se rio Sergio.

—Qué lejos queda ya 1999, ¿eh?

—Sí. Entonces llámalos cuanto antes y, si puedes, intenta tantearlos sobre la huelga. Quizá podamos completar por nosotros mismos este nuevo envío, aunque, si ves que al final la mercancía se va a quedar en puerto por tiempo indefinido, cancela con el transportista el grupaje.

—De acuerdo, me pongo ya a ello.

—Yo tengo que salir ahora, pero, si me necesitas para cualquier cosa, llámame por teléfono.

—Vale. —Enrique se puso en pie y, cuando ya estaba llegando a la puerta, Sergio lo llamó—. ¿Sí?

—No vuelvas a decir que estás viejo para estas cosas. Te quiero en primera línea de fuego para explicarme en palabras que entienda todo lo que tus amigos

de TranSolutions nos digan.

—Claro, jefe.

Sergio se quedó un momento meditando, barajando seriamente la posibilidad, pese a sus palabras, de abandonar el proyecto. Harían el envío de Luis, pues se

habían comprometido a ello y no le gustaba dejar las cosas a medias, pero una huida a tiempo es una batalla ganada y quizá, más que aprender de la antigua empresa de Enrique, lo que tenían que hacer era derivarles todas las propuestas

de exportación a Asia que recibieran. Total, como su padre le había dicho, con el

mercado europeo les iba más que bien.

Miró su reloj de pulsera y se dio cuenta de que tenía que ponerse ya en marcha si quería llegar a tiempo a la estación. Se despidió de todos en la oficina

y puso la música bien alta en el coche para intentar olvidar todos sus problemas

laborales y llegar animado a por Carla.

Hacía bastantes meses que no la veía en persona, aunque habían hablado

bastante por teléfono, especialmente mediante mensajes de WhatsApp. Le hacía

bastante ilusión volver a tenerla allí y poder abrazarla y, cuando echaba la vista

atrás, no era capaz de entender cómo había podido pasar varios años sin

intercambiar con ella ni una sola palabra. La muerte de Sebastián sin duda los había marcado, pero por suerte habían conseguido encontrar un poco de paz en

aquel tema cuando compartieron un momento de lo más emotivo y privado

hablando sobre él, sobre su muerte, sobre su forma de ser. Se habían gritado, habían llorado, Carla incluso había huido de su casa, pero al final la

conversación les sentó muy bien a ambos.

—¡Pero qué guapa estás, Nin! —exclamó Sergio cuando vio a su amiga bajar del tren. Ésta se lanzó a sus brazos y él le dio vueltas en el aire, evocando en su

mente una escena similar que había protagonizado con Violeta en el aeropuerto.

—¡Y tú, qué fuerte! Veo que has estado entrenando para el «Ninja Warrior».

Sergio se rio, pero no confesó que podía contar con los dedos de una sola mano las veces que se había acordado de aquel dichoso programa durante aquellas semanas.

—¡Hola, Álex!

—Sergio.

Se estrecharon la mano. Álex, que acababa de bajar del tren arrastrando la maleta de ambos, estaba casi como lo recordaba. Sólo había cambiado su corte

de pelo y... ¿estaba un poco menos musculoso? No se lo podía creer. Pensaba que, con la ilusión que le hacía el «Ninja Warrior», vería bajar del tren al hermano gemelo de Hulk.

Carla debió de darse cuenta de que lo miraba más de lo normal, pues

interrogó a la vez que le palpaba los marcados antebrazos:

—¿Has visto qué fuerte se ha puesto mi chico? Más músculo y menos aire.

Ahora está fuerte de verdad.

—Antes estaba fuerte de mentira —apostilló Álex a la vez que ponía cara de «no le hagas caso a esta loca».

—La verdad es que yo también te noto... no sé, ¿más apretadito? —Había elegido esa palabra porque no quería decir que estaba menos musculoso y en su

cabeza «apretadito» había sonado bien, pero, en cuanto se oyó decirla en voz alta, se arrepintió—. Me refiero a... Dejémoslo, que creo que me voy a meter en

un jardín.

Fueron hasta su casa para dejar la maleta y que descansaran un poco, pero, cuando Sergio les preguntó qué querían hacer esa tarde, Carla, que todavía lidiaba con una *Luci* emocionada por tener a aquella humana de nuevo en casa

después de tanto tiempo, se enderezó y dijo:

—Lo cierto es que nos gustaría ir antes de comer a un gimnasio que hay aquí en Barcelona.

—¿A un gimnasio?

—Sí, a uno que tiene las pruebas del circuito de «Ninja Warrior».

Sergio pensó en Carlos, el propietario de su gimnasio, que soñaba con renovar su local adaptándolo a los amantes de aquel programa de televisión. Al parecer

ya llegaba tarde.

—Ah, ¿hay de eso aquí?

—Sí, en una nave a las afueras, en un parque industrial. A Álex le gustaría poder hacer algunas de las pruebas antes de ir mañana al *casting*.

—Vale, yo me había preparado para contároslo todo sobre la Sagrada Familia, las Ramblas y el Parque Güell, pero supongo que este plan tampoco está mal.

Adaptarse o morir.

—¡Así me gusta! Vamos allá.

Carlos podía despedirse de su proyecto de crear su circuito de «Ninja

Warrior», porque el gimnasio al que lo llevaron Carla y Álex no sólo era el sueño de todo deportista por la variedad de instalaciones, sino que, además, era

enorme, moderno y luminoso. Carlos sólo podría competir con aquel sitio

porque era más céntrico, pero es que... ¡incluso había piscinas con las pruebas del programa televisivo! Con cuadrados de gomaespuma en vez de agua para

evitar los golpes, pero aun así... ¡eran piscinas! Sergio las había mirado con una

mezcla de escepticismo y guasa al verlas, pensando que eran una gilipollez pensada para niños, pero lo cierto fue que, cuando empezó con las pruebas animado por Álex y Carla, acabó sudoroso y riéndose a carcajadas.

—Esto es ¡¡¡imposible!!!

El tiempo se les pasó bastante rápido. No eran los únicos haciendo el circuito

y Sergio y Álex acabaron picándose con otros tres hombres, así que, para cuando

Carla anunció que era la hora de comer y que tenían que irse, ambos miraron sorprendidos sus relojes.

—Joder, llevamos una hora con esto. Mañana nos va a pasar factura.

—Qué va, hombre. —Álex le dio una palmada en el brazo y alzó una botella

de agua, de la que se bebió al menos la mitad de un solo trago—. Esta tarde nos

la tomamos con tranquilidad y, después del sueño reparador de esta noche, mañana estamos listos para dejar a los del *casting* con la boca abierta.

Le dio la razón con la cabeza, deseando más que creyendo que aquello fuera cierto. Cogió la botella de agua que Carla le tendía y fue a beber, pero algo llamó

su atención cuando levantó la cara hacia el techo. Bajó la botella sin haber probado ni gota y entrecerró los ojos un poco, intentando enfocar bien.

No podía ser.

Cerró la botella y se acercó al rocódromo que se alzaba unos metros más allá.

Había varias personas encaramadas en lo más alto y una de ellas... Sonrió ampliamente.

—¡Reconocería ese culo en cualquier sitio!

Tenía que hablar bastante alto si quería que ella lo oyera, pues estaba bastante por encima de él, pero no esperaba que su voz fuese a resonar de aquella manera.

De hecho, vociferó tanto que a su alrededor se hizo el silencio, sólo roto por la

exclamación de Violeta cuando su voz la pilló en pleno salto para alcanzar un punto de apoyo para su mano derecha y, desconcentrada, falló el agarre y cayó varios metros.

A Sergio se le pusieron los huevos de corbata hasta que se dio cuenta de que un hombre que no debía superar los treinta la aseguraba desde abajo y, al verla

caer, le había bastado con tensar la cuerda para frenar su descenso.

El susodicho, cuando supo que Violeta estaba segura, lo miró de forma admonitoria, para después centrarse en terminar de descolgarla.

—¿Estás bien? —le preguntó el chico cuando ella tuvo los dos pies en el suelo.

—Sí —contestó Violeta, aunque sin mirarlo, pues su atención estaba centrada en Sergio.

—¿Seguro? ¿Qué te pasa en la mano?

—Nada —afirmó ella, mirándose un momento los dedos, que tenía encogidos. Alzó entonces la vista hasta su asegurador y le sonrió—. Sólo me he

hecho un poco de daño al fallar el dinámico, pero no te preocupes.

Sergio, que se había animado a acercarse a ellos, fue recibido con mala cara por el joven. Violeta, por su parte, lo miraba con cara de póquer.

—Hola. Siento haberte asustado.

—No puedes gritarle así a alguien cuando está en un punto tan complicado —intervino el otro, de mal humor—. Y encima lo que le has gritado... Aquí no toleramos esas cosas.

Bueno, bueno, ¡qué humos tenía aquel tío! ¿Y encima se había puesto en postura defensiva, ligeramente por delante de Violeta? Vaya, vaya, que a lo mejor el ángel de Victoria's Secret lo miraba con aquella cara de no alegrarse de

verlo porque la había pillado acompañada por... ¿otro amante?

Sergio le sonrió y se apresuró a calmar las cosas. A él no le importaba con quién estuviera o dejara de estar Violeta, pero resultaba evidente que al otro sí..., lo cual, la verdad, le resultaba de lo más gracioso si pensaba en todo lo que él y

Violeta habían hecho en la intimidad.

—Perdón —dijo, alzando las manos a modo de disculpa—, pero es que, desde donde estaba, era casi lo único que veía de ella. Seguro que disfrutas de tu trabajo aquí abajo con la cuerda y sin poder perderla de vista ni un segundo.

Lo había dicho con un tono de camaradería, pero el otro se puso más serio todavía, si es que aquello era posible. Dio un paso hacia él en un intento de ser

intimidante y Sergio perdió la sonrisa.

—¿Qué estás insinuando?

Era un poco más bajo que él, y más joven, pero su cuerpo estaba muy bien formado y podría ser un rival problemático si se daba el caso de llegar al cuerpo

a cuerpo, lo cual no era tan descabellado con la costumbre que tenía aquel chico

de acercarse tanto a los demás para ver si los achantaba.

Por suerte, Violeta intervino, agarrando al joven por el brazo y diciendo:

—Tranquilo, Joan, no pasa nada. Es amigo mío y tiene un humor peculiar, no ha querido decir nada raro. ¿Verdad que no, Sergio?

La mirada centelleante que le lanzó la chica le dejó claro que debía

disculparse, y Sergio, que en ningún momento había buscado problemas, cedió a

la exigencia de sus ojos.

—Por supuesto que no. Lo siento, amigo, si he dicho algo inapropiado.

El tal Joan lo miró y, aunque no dijo nada, su expresión fue suficiente como para dejar claro que sí, que había dicho muchas cosas que lo habían molestado.

—Creo que por hoy hemos terminado —intervino Violeta, intentando atraer la atención de su compañero—. Voy a hablar con Sergio y ahora lo recojo todo, ¿vale?

—Yo lo recojo, no te preocupes —replicó Joan—. ¿Tu mano seguro que está bien?

—Sí, gracias. Nos vemos el próximo día.

Y tras aquello, echó a andar haciéndole a Sergio un gesto con la cabeza para que la siguiera. Se alejaron bastantes pasos, hasta que Violeta se giró hacia él e

interrogó con tono exigente:

—¿Qué haces aquí?

—Lo mismo que tú, entrenar.

—¿Cómo sabías...?

—¿Que estabas aquí? No tenía ni idea. Estaba a punto de irme y de pronto te he reconocido por... bueno, por el culo. Es así —se disculpó con un

encogimiento de hombros— y, si a tu amigo le molesta, que se joda.

Ella lo cogió por el brazo y lo arrastró unos pocos pasos más allá, como si tuviera miedo de que Joan los oyera. Bajó la voz al decirle con enfado:

—Es el dueño de esto, no puedes decirle que se dedica a mirar el culo de las clientas y encima querer que te ría la gracia.

—¿Es el dueño? Pero si es superjoven.

—El sitio es de él y de su hermano, sí. —Frunció ligeramente el ceño,

cayendo en la cuenta de algo—. Si me haces esa pregunta, es que no vienes mucho por aquí.

—Qué va, es la primera vez. He venido con... —Sergio miró a su alrededor y

vio a Álex y Carla a no mucha distancia; les hizo una seña para que se acercaran

sabiendo que lo verían enseguida, pues conocía a Carla y ésta estaba atenta a ellos, aunque fingiendo que no les prestaba atención para no interrumpir—. Te presento a Álex y Carla, los amigos que te dije que venían de visita este fin de semana.

Violeta se giró hacia ellos y Sergio no apartó la mirada de ella, disfrutando al

ver su expresión de desconcierto. Abrió la boca, la cerró, volvió a abrirla y después tendió la mano para saludar a Carla, pero ésta a su vez se acercó a darle

dos besos y al final no intercambiaron ni el apretón ni los besos, pues la mano de Violeta acabó tocando por accidente el pecho de Carla.

Violeta enrojeció y pidió perdón, pero entonces la otra exclamó:

—¡Qué directa eres! Con ganas de meternos en faena, ¿eh?

Y para sorpresa de los tres, extendió el brazo y le devolvió el gesto a Violeta, tocándole un pecho como si fuera una bocina. Incluso hizo un ruidito de pito con

la boca y, ante aquello, todos estallaron en carcajadas.

—Dios mío, lo siento mucho —se disculpó una vez más Violeta cuando las risas se calmaron.

—No te preocupes, así hemos roto el hielo. Como te ha dicho Sergio, yo soy Carla y éste es mi novio Álex. Álex, dale dos besos o tócale una teta, lo que quieras.

Todos se rieron, aunque Violeta con cierto nerviosismo, porque no estaba segura de si era una broma o no. Por suerte, Álex se limitó a acercarse a ella para

plantarle un beso en cada mejilla.

—Encantado.

—Igualmente.

—Bueno, pues esto no estaba planeado así —dijo Sergio—, pero íbamos a cambiarnos y a comer; si quieres, vente y así charlamos y os conocéis un poco más.

Todos observaron a Violeta en espera de su respuesta y ésta les devolvió la mirada un poco azorada.

—Lo cierto es que tengo que volver al trabajo enseguida. Mejor nos vemos esta noche como habíamos quedado. Que, por cierto, no me has dicho dónde va

a ser.

—En mi casa.

Durante unos segundos, Violeta y Sergio mantuvieron un duelo de miradas.

Sabía que ella no estaba a gusto yendo a su casa, pero ya había ido una vez, ¿qué

más daba si iba otra? Y la rubia debió de pensar algo parecido, pues al final asintió:

—De acuerdo. A las nueve, ¿no?

—Sí.

—Ponte elegante —intervino de pronto Carla, sorprendiéndolos a los tres—.

Iremos todos guapos, ¿no es así, chicos?

Se despidieron poco después y Sergio no tardó en recibir un mensaje de

Violeta en el que le preguntaba:

¿Ponerse elegante es algún código para ir desnudo o algo así, o de verdad quiere decir ir elegante?

Con una sonrisa, tecleó la respuesta:

Al parecer voy a tener que llevar corbata, así que elegante es elegante.

14

—Guau —fue el veredicto de Sergio cuando abrió la puerta y vio a Violeta al otro lado.

—¿Suficientemente elegante?

—Espectacular.

Le asió una mano y se la besó como un auténtico caballero antes de cogerle el abrigo que ella se había quitado en el pasillo y dejarlo en el armario que había tras la puerta. La invitó a adentrarse en la casa y, mientras avanzaba, Violeta oyó ruidos de cacharros.

—¿Estáis haciendo vosotros la comida? Pensaba que la encargaríais o algo así.

—Yo también —afirmó Sergio—, pero resulta que al final nos hemos recogido supertemprano porque Álex quería descansar y, con tanto tiempo libre, pues he conseguido convencer a Carla para hacer juntos la cena. Nada espectacular, no te creas, pero sí... diferente.

—Huele estupendamente —admitió ella—. Yo he traído algo también.

—No tendrías que haberte molestado.

—La verdad es que ya es costumbre, porque a veces la gente se olvida de que soy vegetariana y prefiero llevarme un plato de casa porque así quedo de lujo y me aseguro de que siempre haya algo que yo pueda comer.

—Chica lista, pero yo sí que me he acordado de que eres vegetariana.

Violeta sufrió un escalofrío al notar el aliento de Sergio acariciándole la oreja y el cuello, pues se había inclinado hasta quedar a su altura y poder susurrarle aquellas palabras desde atrás.

En aquel momento salió Álex de la cocina cargado con una bandeja con copas y una botella de vino.

—Hola, Violeta.

—Hola.

—Nosotros hemos cocinado, así que Álex se encarga de poner la mesa —le explicó Sergio mientras el otro se alejaba por el pasillo—. Carla se está terminando de arreglar en la habitación. Pasa y siéntate, voy a sacar lo último que queda.

La cena «nada espectacular, pero sí diferente» de Sergio resultó ser unas crepes saladas que estaban de auténtico rechupete. Violeta comió con verdadero

placer sin darse cuenta de las caras que estaba poniendo hasta que vio cómo la miraban los demás.

—Lo siento, pero es que está buenísimo.

—¿Lo sientes? —soltó Carla—. No lo sientas, pero el postre quiero que lo tomes en la cama. Grrrr.

Se rieron juntos y Violeta le dio otro generoso sorbo a su copa de vino. Era la segunda que llevaba y sentía que necesitaba el alcohol para soltarse un poco en

aquella situación, aunque, hasta ese instante, había resultado una velada de lo más normal, salvo por algún que otro comentario que habían dejado caer Sergio

y Carla.

—Bueno, ¿y cómo os conocisteis? —preguntó Carla después de que ella les

hubiera relatado su historia de amor.

—En un local.

—Uhhh —dijo emocionada, sabiendo que se refería a un local de intercambio de parejas—. ¿Ibais ya desnudos?

—Yo sí.

—Entonces lo tenías ya todo ganado. ¿Y ella?

—Con un albornoz y unos tacones de infarto.

Violeta bebió de su copa, incapaz de decir nada.

—No se quitó los tacones en toda la sesión, sólo al llegar a la ducha. Muy muy sexy.

—¿Y a qué jugasteis?

—Al principio, a mirarnos, porque estábamos en una orgía y estábamos ocupados con otras personas. Yo estaba con dos mujeres y ella tenía un grupo de admiradores que se fueron turnando para follársela.

¿Era ella o la temperatura de la sala había subido de repente muchos grados?

Oír hablar a Sergio con tanta naturalidad y crudeza de aquello era excitante e inquietante a la vez. Bebió otra vez de la copa que Sergio acababa de rellenarle.

—Eso, tú bebe, bebe —se guaseó Carla.

—Es nueva en esto, es normal que esté nerviosa —intervino Sergio por ella.

—¿Nueva? Si os conocéis de hace más de un mes, seguro que ya te ha dado tiempo a pervertirla de todas las formas posibles.

—Sí... y no. Ella ya venía de casa pervertida en el tema del sexo en general, créeme.

Violeta casi entra en combustión espontánea al ser el blanco de la mirada de Sergio mientras decía aquellas palabras. Se contuvo a duras penas de darle otro

trago a su copa para que Carla no tuviera más motivos para llamarla borracha.

—Pero aquélla fue su primera y única vez en un local así. Y tampoco hemos tenido sexo en grupo en el tiempo que nos conocemos. O eso creo. —Se giró hacia ella con la curiosidad pintada en la cara—. ¿Tú has hecho algo por tu cuenta?

Violeta negó con la cabeza.

—Y, si se puede preguntar, ¿con quién ibas esa primera vez al local *swinger*?

—quiso saber Álex, que no había intervenido hasta entonces desde que habían empezado a hablar de sexo.

—Sola.

—¿Sola? —se sorprendió Carla—. ¡Qué valiente!

—Lo cierto es que... bueno, había quedado allí con unos chicos a los que había conocido el día anterior, pero al final se rajaron y, después de mucho pensarlo, me decidí a entrar y probar, aunque fuera sola.

—¡Así me gusta! —exclamó la otra—. Mujer valiente y fuerte.

—Por suerte, coincidió conmigo. Si no, una experiencia para el olvido.

—Creído.

Violeta sonrió cuando fue Carla la que le dijo a Sergio exactamente lo mismo

que ella tenía en la punta de la lengua. Aunque debía reconocer que tenía su parte de razón, pues esa noche había mejorado considerablemente cuando la siguió hasta la ducha.

—¿Y has estado con alguna chica? —se interesó Carla.

—¿Que si me he acostado con alguna chica? —La otra asintió ante su pregunta—. No, pero sí besé a una amiga de la universidad.

—¿Y te llamaría la atención hacerlo? Acostarte con una chica, digo.

Violeta tragó saliva y después se encogió de hombros.

—Todo es probar, ¿no? ¿O una vez empezamos no se puede parar?

—Claro que sí, mujer. Podrás decir que no en cualquier momento y, si vemos que la cosa no funciona, yo misma seré la que pare. Si lo hacemos, no te importará que ellos miren, ¿no?

De nuevo, Violeta necesitó unos segundos para procesar aquello. Giró la cabeza hacia los dos hombres. Se encendió al ver cómo la miraban, sobre todo Sergio.

—No, está bien.

—¿Y por qué hablamos tanto, en vez de probar? —dijo él—. Hablándolo suena un poco frío y no me extrañaría que se asustase.

—Pues...

Ambos miraron a Carla, que parecía un poco cortada. Ésta le lanzó una mirada a Álex y él se enderezó en la silla, afirmando simplemente:

—Se hará mañana.

—¿Y por qué no hoy? —Sergio fue incapaz de ocultar su decepción.

—Quiero estar descansado para mañana.

—¡Anda ya!

—Lo digo muy en serio.

—¿Vas a rechazar a estas dos chicas por esa tontería?

—No las estoy rechazando, mañana nos divertiremos. Y esa «tontería» es importante para mí.

Sergio resopló y se apartó un poco de la mesa, lanzando la servilleta sobre el plato vacío.

—No me lo puedo creer.

—¿Para qué necesitas estar descansado mañana? —interrogó Violeta cuando el silencio se hizo tan denso que se podía cortar.

Álex la miró con ilusión.

—Vamos a ir a las pruebas de «Ninja Warrior». Llevo viendo ese programa años; en Estados Unidos es superfamoso y ahora ha llegado a España.

—Qué emocionante —comentó Violeta, sonriendo.

Sergio resopló, poniéndose en pie.

—Voy a por el postre. Postre que, por cierto, parece ser que nos tomaremos en la mesa y no en la cama.

Nadie le respondió y Violeta añadió:

—Todos en mi gimnasio están como locos con las pruebas. Creo que mañana estarán allí al menos la mitad.

—No me extraña; tenéis el único circuito que hay en Barcelona, así que todos los que estén interesados seguro que entrenan en tu gimnasio.

—¿Por eso estabais allí hoy?

—Sí.

—¿Y tú te vas a presentar?

Sergio, que lo oía todo desde la cocina mientras cogía la fruta partida en trozos, dejó de poder escucharlos durante un momento cuando metió en el microondas el plato con chocolate. Regresó poco después, con la fruta en una mano y el cuenco con dulce puesto sobre un calentaplatos.

—Sergio, estamos intentando convencer a Violeta para que se venga mañana

—le comentó Carla cuando lo vio llegar.

—Apúntate, será divertido —contestó él sin mucha emoción. Lo de que no fueran a tener sexo esa noche lo había dejado bastante molesto.

—Sí, vente —insistió Álex.

—Qué va, paso de hacer el ridículo allí. No he probado a hacer ninguna de las pruebas.

—Eres escaladora, ¿verdad? A los que se dedican a eso se les suele dar muy bien «Ninja Warrior».

—Es sólo un *hobby*.

—¡Anímate, podrías tener suerte y entrar en el concurso!

—Yo...

—Dejadla en paz —soltó Sergio, que era el único que prestaba atención al postre y ya se había llevado dos trozos de fruta bañada en chocolate a la boca —.

¿No veis que no quiere ir? Además, no tiene ni la más remota posibilidad.

Se hizo el más sepulcral de los silencios y, cuando alzó la mirada para ver qué ocurría, se encontró con tres pares de ojos mirándolo fijamente.

—¿Qué?

—¿Por qué se supone que no tengo ni la más remota posibilidad? —interrogó Violeta, visiblemente enfadada.

—¿Tú has probado el circuito que hay en tu gimnasio?

—No.

—Pues, si lo probaras, te darías cuenta de que no es para ti.

—¿Por qué? ¿Porque no soy un tío?

—No, claro que no.

—¿Entonces?

—Pues porque eres muy poquita cosa.

—Lo estás apañando —murmuró Carla a la vez que Violeta retiraba la silla de la mesa y se giraba para poder quedar frente a frente con Sergio.

—¿Cómo has dicho? —planteó muy seria—. Que soy, ¿qué?

—Me refería a que eres muy baja para las pruebas. ¿O me vais a decir que no?

—Buscó apoyo en sus amigos, pero éstos no se atrevieron a abrir la boca.

—Soy fuerte.

—Yo no estoy diciendo lo contrario, pero se necesita algo más que fuerza para estas pruebas.

—Un pene.

—¡Arg! ¡Que no! Qué manía con malinterpretar mis palabras y llevarlas

siempre al terreno machista. ¡Eres muy pequeña! Extiende los brazos. Venga, hazlo —insistió al ver que ella no parecía muy dispuesta a ello. Él alargó los suyos, haciendo de espejo con ella—. ¡Te saco dos palmos por cada lado y a mí

me costaba pasar de una anilla a otra! Y ya de altura, ni hablamos, aunque, si quieres, me pongo de pie y te lo demuestro. ¡Si con los tacones no me llegas ni

al hombro, imagina en deportivas! Además, no entiendo por qué te cabreas: para

ser guardia civil también piden una altura mínima, ¿te parece eso injusto?

—¡Evidentemente sí!

—Pues sus motivos tendrán y en esto igual: el diseño de las pruebas está pensado para gente alta. Si ya sólo para empezar hay que dar unas zancadas de la

hostia; tú te quedarías a medio camino.

—Vale, muy bien. —Violeta terminó de separar la silla de la mesa y se puso en pie—. Estaba todo delicioso, pero creo que he de irme ya a casa.

—¡Oh, vamos! ¿En serio te vas a cabrear por esto? Venga, olvida lo que te he dicho. Seguro que ganarías el concurso. ¡Lo tendrías chupado!

—No será fácil —contradijo Violeta—, pero mañana te voy a demostrar que puedo hacerlo igual o mejor que tú. Y ahora me voy a mi casa porque Álex tiene

razón y tenemos que estar descansados. Mándame la dirección del *casting* y la hora. Mañana nos vemos allí.

Mudos de asombro, observaron cómo ella, muy digna, volvía a poner la silla en su sitio y se alejaba hacia la puerta del salón. Ya la había traspasado cuando

Sergio reaccionó y se puso en pie, yendo tras ella.

—Venga, no te enfades, ¡lo siento! Ha sido una tontería. Quédate.

—Nos vemos mañana —se despidió ella, alzando la mano sin tan siquiera girarse hacia él antes de cerrar la puerta.

Sergio regresó refunfuñando al salón.

—¡No me lo puedo creer! Será cabezona y orgullosa... ¡y encima sólo le he dicho la verdad! ¿Y vosotros por qué no habéis intervenido? Me habéis hecho quedar a mí como el malo de la película.

—Hay una mujer en Estados Unidos que medirá como ella y que llegó a las finales, quedando la mejor de su región, y era un grupo mixto, como todos los de

«Ninja Warrior» —le explicó Álex—. Kacy... no me acuerdo del apellido, pero

es bastante famosa. Puedes buscar «Ninja Warrior mujer» y seguro que te sale ella. Sus vídeos son alucinantes.

Carla se giró hacia su novio.

—¿Y por qué no lo has dicho antes?

Él se encogió de hombros.

—No sabía si iba a mejorar o a empeorar la conversación.

—¡Mejorarla! —exclamó ella emocionada—. Ahora soy *team* Violeta. ¡Ojalá os dé una paliza a los dos, ya que yo no puedo!

15

Para Álex parecía haber llegado el día de los Reyes Magos. Se había levantado

de la cama de un salto nada más sonar el despertador y logró que los otros abrieran los ojos a base de gritar: «¡Vamos, dormilones!» y «¡Ha llegado el gran

día!», cuando se dio cuenta de que sus compañeros se hacían los remolones.

Las pruebas se realizaban en el centro de escalada de Montjuic, en la otra punta de la ciudad, y, pese a que habían madrugado bastante, para cuando llegaron ya había cola. Álex daba saltitos a su lado, un poco por la emoción que

sentía y otro poco por el frío que hacía.

Violeta llegó pocos minutos después que ellos y se unió al grupo. Sergio no sabía cómo se iba a comportar con él después de cómo había acabado la noche

anterior, pero los saludó a todos con una sonrisa que remató con un:

—¿Listos para morder el polvo?

Y a la vez que lanzaba aquel desafío, comenzó a dar saltitos y a estirar los brazos, calentando.

—Eso ya lo veremos —respondió Sergio desafiante y contento porque la chica se hubiera tomado aquello como un reto y no como una ofensa.

—Yo voy a hacer las pruebas, pero sé que no tengo ninguna oportunidad — declaró Carla—, pero, eso sí, ¡tienes todo mi apoyo!

Se abrió el chaquetón que llevaba y dejó a la vista una camiseta básica blanca en la que había escrito con rotulador permanente: «¡ *Team* Violeta!» y, debajo, «¡Las chicas al poder!».

—¡Vaya! Muchísimas gracias.

—¡Pero si ni tan siquiera se llama Violeta de verdad! —exclamó Sergio.

—Ah, ¿no? —Carla la miró muy sorprendida.

—No pasa nada, puedes llamarme Violeta. Y a él no le hagas caso, que es un envidioso. Y no te preocupes: si paso las pruebas, al programa iré vestida de morado, ¿qué te parece? ¡ *Team* violeta! —exclamó alzando un brazo.

—¡Sí! Y yo iré del mismo color para apoyaros desde abajo o desde las gradas,

porque estoy segura de que pasaréis los tres.

—¿Y de mí no te has hecho camiseta? —preguntó Álex, poniendo cara triste

—. Vaya novia.

—Claro que sí, cariño.

Se acabó de quitar el chaquetón y les mostró la espalda, en la que se veía el dibujo hecho a mano de un cruasán con ojos y dos musculosos brazos.

Acompañaba a la imagen un «Mi cruasán es el n.o 1».

—¡Ésa es mi chica! —exclamó él, feliz, y la rodeó con sus brazacos, levantándola en peso.

—¿María?

Se giraron sorprendidos por la interrupción, todos menos Violeta, que sabía perfectamente que la voz la llamaba a ella.

—Hombre, Joan, ¿qué haces aquí?

Sergio lo reconoció como el joven del gimnasio, el dueño con el que había tenido el rifirrafe el día anterior. Aun así, éste los saludó a los tres con un gesto de cabeza, como si todo estuviera olvidado, antes de contestar:

—He venido a hacer las pruebas, ¿y tú?

—También.

—Pero si te lo propuse y me dijiste que ni hablar.

—Bueno, pues ya ves, al final he cambiado de opinión. ¿Has venido tú solo?

—¡Qué va! Me he traído a toda la *troupe*. —Señaló hacia un punto por detrás

de la cola, que había crecido desde que ellos habían llegado, y varias personas saludaron a Violeta antes de seguir a lo suyo—. Bueno, pues mucha suerte, ya me dirás qué tal. Y si te cogen, ya sabes quién te puede entrenar.

—¡Gracias! Y mucha suerte para ti también, aunque sé que no la necesitas.

—¡Todo el mundo necesita suerte en este concurso! —exclamó el otro.

—¿Todos éstos son de tu gimnasio? —interrogó Álex cuando Joan estuvo lo bastante lejos.

—Sí. A algunos no los conozco, pero supongo que porque irán a otras horas. Él resopló e intensificó sus saltos, añadiendo estiramientos de los hombros y los brazos.

—¿Qué pasa? —quiso saber su novia.

—Pues que, como haya cupo por ciudades, a lo mejor no deberíamos haber venido a Barcelona.

—No creo que haya cupo por ciudades; cogerán a los mejores de toda España y listo.

Álex pareció quedarse más tranquilo, pero Sergio comentó en voz baja:

—No sé si eso es mejor o peor.

Después, aprovechando que la pareja estaba distraída hablando entre sí, Sergio se acercó a Violeta y le dijo:

—¿Me lo ha parecido o el del gimnasio te ha llamado María?

Ella no respondió.

—Cuando ya creía que había descubierto tu verdadero nombre y te llamabas Eva, vas y me sorprendes con esto. ¿A todo el mundo le das nombres falsos?

¿Quién eres, una agente doble? ¿Una espía? ¿Estás bajo protección de testigos?

—Claro que sí, guapi.

Álex no tendría por qué haber empezado a calentar tan pronto, pues desde la propia organización los avisaban, llegado el momento, de que fueran preparándose. Antes, no obstante, tenían que rellenar un formulario con datos personales, como nombre, teléfono, profesión y edad, y preguntas más personales como «¿Cuáles han sido tus mayores logros?», «¿Por qué quieres participar en el programa?»; además, pedían datos relevantes sobre la persona: habilidades especiales, cosas que los hacía únicos...

—Disculpa, no me queda claro qué tenemos que poner aquí —le dijo Carla al chico que entregaba los papeles.

—Pues todo lo que creáis que puede ser interesante sobre vosotros. Por ejemplo, alguien de más adelante ha puesto que es especialista en películas de acción y una chica ha escrito que es campeona nacional de *pole dance*.

Sergio le dio un codazo a Violeta.

—Se te han adelantado.

—¿Y esto tiene mucha relevancia a la hora de entrar en el concurso?

El chico se encogió de hombros.

—Hombre... Si tenéis algo especial con lo que podáis dar un poco de espectáculo, siempre le viene bien al programa.

Se concentraron en sus formularios durante casi un minuto hasta que Sergio, al llegar a la parte de atributos especiales, no supo qué poner. No se le ocurría nada de él que pudiera interesar a la audiencia de «Ninja Warrior», salvo quizá

que era aficionado a las orgías y al sexo en grupo, y eso, en un programa apto para todos los públicos, no le llevaría a ningún sitio.

Al mirar a Violeta, se percató de que era su oportunidad para desvelar al fin el misterio de su nombre y se acercó a ella disimuladamente. Miró por encima de su hombro y... ¡mierda! Había doblado la hoja para escribir con mayor comodidad sobre la poca superficie que tenía y en aquel momento sólo podía ver

el apartado de por qué quería entrar en el programa. Lo leyó por curiosidad.

—¡No puedes escribir eso! —gritó horrorizado, haciendo que la chica diera un bote, sobresaltada.

—¡Es la verdad! —aseveró ella tras reponerse del susto.

—¡Has puesto que el cromañón que te acompaña te ha dicho que no serías capaz de superar las pruebas! ¡¡Literalmente!!

—¿Y? ¿No fue eso lo que me dijiste ayer?

—¡Me has llamado «cromañón»!

La gente a su alrededor los miraba. Violeta, muy digna, soltó:

—Es mi inscripción, pongo lo que me da la gana.

Y se giró con tanto brío que su rubia coleta voló a su alrededor, golpeando a Sergio en la cara como si incluso su pelo estuviera indignado y lo abofetease.

Quería estrangularla y apretó los puños con fuerza, intentando calmar su rabia. Se volteó hacia Álex y Carla, que estaban justo detrás.

—Esto es increíble.

—Pues yo soy más fan todavía —sentenció Carla—. ¡ *Team Violeta!*

Sergio puso los ojos en blanco. Carla estaba casi irreconocible. ¡Y pensar que en su vida real era una seria profesora! Cualquiera que la viese últimamente la catalogaría más como una *groupie* o una cabeza loca.

Tras cumplimentar las hojas, les entregaron unos dorsales y tuvieron que hacer un poco más de cola. Desde donde estaban podían ver cómo los que

estaban más avanzados hacían las dos primeras pruebas, y Álex, Carla y Violeta,

junto con el resto de gente que tenían cerca, fueron poniéndose visiblemente nerviosos. Sergio, todavía molesto, mantenía su rostro impertérrito mientras contemplaba los dos desafíos que había a la vista. El primero consistía en hacer

veinte *sprints* entre dos conos y, al llegar a cada extremo, hacer una flexión. El segundo, saltar entre tres plataformas inclinadas hasta aterrizar en una cruz pintada en el suelo. Las dos pruebas eran eliminatorias, así que, si no las hacías

bien o no las hacías dentro del tiempo asignado, no te dejaban llevar a cabo el resto de los retos. Bastaba con ver cómo gente muy entrenada terminaba en el suelo tras la flexión número veinte para saber que muchas personas no pasarían

de ahí. ¿Sería Violeta una de ellas? Quizá no, pero Sergio estaba convencido de

que caería en las plataformas. Había mucha distancia entre una y otra y, por ello,

incluso hombres de gran envergadura se quedaban cortos con la zancada y pisaban el suelo, quedando eliminados. De ahí no pasaría y a él le sabría a

gloria

el «Te lo dije», ¿o tal vez sería mejor callárselo y decirle en su lugar: «Has hecho lo que has podido» junto con una palmadita en el hombro? Sí, seguro que eso la

picaba más.

Álex y Sergio fueron los primeros en realizar la prueba de los conos y las flexiones. Empezaron con mucha fuerza y llegaron al final con el corazón a punto de salirseles por la boca. Veinte *sprints* dejaban sin aliento y, a partir de la flexión número quince, los brazos de Sergio comenzaron a sufrir un poco.

Álex

terminó unos segundos antes que él, pero por suerte ambos lo hicieron dentro de

tiempo estipulado.

Les tocó el turno a Violeta y Carla, que se pusieron en sus puestos.

—¡Venga, chicas! —las animó Álex.

Sergio no dijo nada, pues en su fuero interno estaba deseando ver caer a Violeta en esa prueba.

Se quedó con las ganas, pues la joven completó los *sprints* con sus veinte flexiones. Lo hizo un poco más despacio que ellos, pero a un ritmo constante, y apenas se la vio sufrir, como sí habían hechos ellos al empezar tan fuerte.

—¡Venga, María! —la animó y aplaudió alguien cuando sólo le quedaban dos conos más.

Sergio alzó la mirada y vio que se trataba de Joan, quien, junto con sus otros compañeros de gimnasio, rompieron en vítores cuando la chica completó la prueba con éxito y se quedó tumbada boca abajo en el suelo durante unos

segundos, recuperando el aliento.

Carla no había tenido tanta suerte. Se había ido quedando por detrás de

Violeta y le costaba horrores subir el culo en las flexiones, sobre todo cuando la

mujer de la organización que cronometraba la prueba le dijo: «Intenta bajar un poco más». A la décima, se rindió.

—Eres nuestra última esperanza —le dijo a su compañera.

Sergio contempló brevemente a Violeta, que miraba muy seria las

plataformas. Sabía tan bien como él que los apoyos estaban demasiado lejos. Iba

a caer y Sergio se mentalizó de no mostrar su satisfacción cuando la viera tocar

el suelo con los pies. Sería un triunfo para él, pero estaría feo regodearse en su

fracaso, así que se guardaría sus frases insidiosas para luego y se mostraría apenado porque no pudiera continuar con el *casting*.

De su grupo, Álex fue primero y saltó encaramándose a cada plataforma para

ir con seguridad. La presión de que aquella prueba era eliminatoria se notaba, pues, hasta entonces, Sergio no había visto a nadie que se atreviera a intentar saltar apoyando sólo un pie en los apoyos, que, para más inri, estaban inclinados.

Álex completó la prueba con éxito y Sergio lo siguió también triunfal, aunque

se le pusieron los huevos de corbata cuando, al hacer el tercer salto, no calculó

que la tarima estaba más lejos que las demás y su pie derecho casi tocó el

suelo.

¡No podía caer en esa prueba! Tenía que, por lo menos, llegar un poco más lejos

que Violeta.

Por suerte, aterrizó limpiamente en la cruz que marcaba el final del ejercicio y pudo respirar tranquilo.

Carla, que ya no podía seguir haciendo el circuito, pero los alentaba desde un lateral, animó a Violeta cuando ésta se puso en posición, muy concentrada. Joan,

unos metros más allá, también le infundió ánimo. «Éste se la quiere follar si no lo ha hecho ya», pensó Sergio, con los brazos cruzados sobre el pecho.

Un pito marcó la salida de Violeta, que saltó hasta la primera plataforma.

Afianzó su posición en ella y giró el cuerpo para encarar la siguiente, al igual que habían estado haciendo el resto de participantes. Saltó con todas sus fuerzas

y la zancada la llevó al siguiente podio, donde apoyó mal el pie y estuvo a punto

de rebotar. Se habría caído de no haberse agarrado con las manos a la parte superior.

—¡Venga, María, tú puedes! —gritó Joan dando unas palmadas.

Sergio no perdía de vista a la chica. Había llegado al salto más largo. Algunos hombres de más de metro setenta llegaban justos; otros muchos habían caído.

¿Cómo iba ella a superarla? Imposible.

La vio tomar aire, flexionar las piernas, saltar... y aterrizar en la otra plataforma. Lo hizo por los pelos. Su deportiva izquierda quedó a apenas un dedo del borde, pero lo había logrado.

Con una sonrisa de triunfo, se propulsó una última vez hasta aterrizar en la casilla que marcaba el final de la prueba.

—¡Toma! —exclamó, alzando los brazos hacia el cielo. Y después los bajó y lo señaló a él—. ¡Toma!

Sergio, muy a su pesar, no pudo evitar que su boca esbozase una ligera sonrisa. Contuvo el gesto para decir:

—No está mal.

El resto de las pruebas se hacían en el interior del centro de escalada y tenían que entrar en grupos de cinco. Consiguieron que Carla pudiera acompañarlos, pero sólo como espectadora, así que pasaron al interior junto con dos hombres a

los que no conocían. Uno de ellos era aficionado al ciclismo de montaña y otro

era entrenador personal y tenía un canal de YouTube, así que le pidió a Carla si

podía grabar de forma disimulada sus pruebas para después subirlas a Internet.

El siguiente desafío consistía en agarrarse a una barra, balancearse y, con el vaivén, saltar e intentar llegar lo más lejos posible. Sergio y Álex no tuvieron problemas con esa prueba, pero Violeta llegó por los pelos a encaramarse a la barra. A eso se refería Sergio cuando decía que aquel concurso no estaba pensado para gente como ella. Sin embargo, los dejó a todos impresionados y a

Sergio casi sin habla cuando, una vez agarrada, comenzó a balancearse con

tanta

habilidad que, al soltarse, el impulso no sólo le permitió llegar hasta la marca de Sergio, sino también superarlo por unos centímetros.

¡Aquella mujer volaba!

El cuarto reto sí que la puso en apuros sin remedio. Consistía en correr hacia una pared, apoyar el pie y saltar para intentar llegar lo más alto posible y tocar con la mano unas marcas que habían puesto. Había cinco en total y, aunque ninguno de los cuatro chicos del grupo consiguió llegar a la última, todos lograron rozar entre la segunda y la cuarta.

Violeta había dejado pasar a sus compañeros para ser la última y miraba con aprensión la pared. Si para Sergio las marcas estaban muy altas, para ella debían de parecer inalcanzables.

Se hizo el silencio cuando se preparó para correr hacia la pared y todos contuvieron la respiración mientras la veían apoyar el pie en la pared, saltar y...

no llegar a ninguna de las marcas.

—¡Mierda! —exclamó Violeta al aterrizar en el suelo—. ¡Joder!

No se volvió para mirar a su audiencia, sino que se quedó cabizbaja de espaldas a ellos.

Alguien empezó a aplaudir y Sergio vio que se trataba de uno de los hombres a los que habían metido en su grupo. Enseguida se le unió el otro y pronto todos

estuvieron aplaudiendo menos él mismo y los jueces.

Violeta se giró hacia ellos para agradecerles el gesto, pero en su cara Sergio vio perfectamente la frustración que sentía. Y la decepción.

—¿Puede intentarlo otra vez? —les preguntó Sergio a los jueces para sorpresa de todos, sobre todo de Violeta.

Los responsables intercambiaron una mirada.

—Normalmente...

—Esta prueba no es eliminatoria —insistió él—, y estoy seguro de que a ninguno nos importa que vuelva a intentarlo.

Miró a sus compañeros y éstos negaron con la cabeza. Los dos miembros del equipo se juntaron y hablaron algo entre susurros hasta que la mujer le preguntó

a Violeta:

—¿Te gustaría probar de nuevo?

—Sí, por favor.

La joven volvió al punto de salida y relajó piernas y brazos. Sergio aprovechó para acercarse a ella y susurrarle:

—Imagina que mi cara está ahí arriba y que, si llegas, podrás arañar a este cromañón.

Ella sonrió y se puso en posición. Respiró hondo y volvió a correr contra la pared. En aquella ocasión logró un poco más de impulso y sus dedos rozaron

la

primera marca.

—¡Sí!

Fue directa a abrazar a Sergio, que la recibió contento, sabiendo que habían enterrado el hacha de guerra.

La quinta prueba fue un poco más delicada para los hombres, especialmente para Álex y Sergio, que eran los más altos del grupo. Había que colgarse de una

estructura e ir agarrándose a unos palos y unas bolas para recorrerla de una punta

a otra varias veces. En aquella ocasión, Sergio fue el primero del grupo y pensó

que sería fácil, pero la estructura era bastante baja y, para no tocar el suelo y sufrir una penalización, tenía que forzar sus brazos y mantenerse bien arriba. Si

hubiera podido descolgarse, hubiera sido mucho más fácil, pero, al tener que estar encaramado siempre en lo más alto, apenas si pudo dar tres vueltas y en mitad de la cuarta cayó.

Los otros lo hicieron un poco mejor, pero no mucho. Violeta, en cambio,

logró hacer con soltura cinco vueltas. Se le marcaban los músculos de los brazos

y Sergio recordó lo que habían comentado durante la cena de la noche anterior:

que a los escaladores solía dárselos bastante bien «Ninja Warrior». De hecho, Sergio sospechó que la joven se dejó caer al completar la quinta vuelta para devolverles a todos el favor que le habían hecho permitiéndole repetir la

prueba

de la pared.

El antepenúltimo desafío consistía en saltar sobre una especie de trampolín e intentar llegar lo más lejos posible. Ninguno tuvo muchos problemas con eso. Y

al fin llegaron a la última prueba física: hacer todas las dominadas posibles.

Sergio hizo diecinueve y Violeta llegó a trece, aunque en la última le temblaba todo el tren superior y se le notaba la tensión en el cuello. En cambio, Álex y otro de los chicos parecieron picarse y lograron hacer cuarenta y seis y cuarenta, respectivamente. Carla no dejaba de jalear a su pareja, que al final consiguió alzarse con el triunfo para satisfacción de sus tres amigos.

Para terminar el *casting*, la última prueba era hablarle a una cámara. El entrevistador hacía las mismas preguntas que habían rellenado antes en el

formulario de inscripción: «¿Por qué quieres entrar en el programa?», «¿Qué desafíos buscas?». ... Estaba claro que querían ver cómo se desenvolvía la gente

ante las cámaras, pues aquello era un concurso de fortaleza física, sí, pero no dejaba de ser un espectáculo televisivo.

Sergio se sintió un poco torpe, pues no estaba acostumbrado a hablar ante las cámaras y se notaba, sobre todo al ir detrás del entrenador *youtuber*, que parecía comerse el mundo cuando se ponía frente al objetivo.

Cuando le tocó el turno a Violeta y le preguntaron qué la había motivado a apuntarse a «Ninja Warrior», ésta miró a Sergio, que se puso tenso.

—Me dijeron que no podía hacerlo y me lo tomé como un desafío personal —

contestó simplemente.

Respiró aliviado, pero entonces el entrevistador sacó la hoja de inscripción.

—Aquí has puesto una cosa que nos ha parecido muy interesante. ¿Quieres que la lea?

—Creo que la recuerdo, gracias.

—¿No te atreves a decirlo en voz alta frente a las cámaras?

Violeta miró hacia el lateral, donde sus compañeros escuchaban la entrevista.

Tomó aire y después le dedicó su mejor sonrisa a la cámara.

—Creo que a mi cromañón ya le he cerrado la boca y, si me cogéis, haré lo mismo con todos los espectadores que piensan que «Ninja Warrior» no es para mujeres.

16

Sergio había pensado que, con el madrugón, se habrían quitado de encima lo del

casting para las doce, pero, con la cola, acabaron llegando a su casa cerca de las dos del mediodía y, puesto que tenían que ducharse antes de poder hacer

cualquier otra cosa, se decidieron a pedir comida a domicilio. Violeta, ante la insistencia de los demás, se había unido al almuerzo sin necesidad de pasar por

su casa, pues en el coche llevaba una bolsa de deporte con una muda.

La casa de Sergio tenía dos cuartos de baño: uno en el pasillo y otro dentro de la habitación principal, así que se repartieron por parejas. Sergio le explicó a

Violeta dónde estaba todo lo que iba a necesitar y se disponía a salir cuando ella

preguntó:

—¿No te apetece salvar el planeta?

Él, que le daba la espalda y tenía el pomo de la puerta en la mano, sonrió ampliamente y se giró con lentitud.

—Estaba deseando que me lo pidieras —afirmó a la vez que se quitaba la camiseta.

—Me ha puesto como una moto verte hacer las pruebas —confesó ella, comiéndose con la mirada su torso desnudo.

—¿Sí? Yo te veía muy concentrada en otras cosas.

—Al principio, sí, pero el final lo he disfrutado mucho. —Se acercó a él y le acarició el torso—. Las dominadas... Ufff.

—¿Ya no estás cabreada conmigo?

—¿Sigues pensando que soy muy poca cosa para el programa?

—Pienso que, cuando te acepten, les vas a dar *pal* pelo a todos.

La rodeó con sus brazos, acariciándole la espalda y el pecho.

—Si me aceptan.

—Cuando te acepten —insistió él—. Te cogen seguro, no sólo porque das la talla para las pruebas, sino porque el morbo de la lucha de géneros da mucho juego y tú has dejado claro con lo que has dicho en la entrevista que estás dispuesta a callar muchas bocas.

—Ahora sólo quiero callar una —replicó ella y, poniendo los brazos en torno a su cuello, le hizo inclinarse a la vez que ella misma se ponía de puntillas.

Por segunda vez aquel día, le cerró la boca a Sergio, pero esa vez a base de besos. De entre sus labios ya no volvió a salir palabra alguna, pero sí muchos jadeos y gruñidos conforme repetían la escena que habían vivido en las duchas del club *swinger*: poseyéndola por detrás y manteniéndola apresada contra los fríos azulejos de la ducha, que se fueron caldeando al mismo ritmo que Violeta ardía con la penetración y con los besos y mordiscos que Sergio le prodigaba en

el cuello, los hombros, la mejilla y la boca, enredando la mano en su cabello rubio y obligándola a girar la cara para poder tenerla justo como quería.

Cuando Sergio se corrió, la mezcla de gruñido y gemido se extendió por todo el cuerpo de Violeta, empezando en su oreja y calándole tan hondo que despertó

el orgasmo en su bajo vientre. El clímax la recorrió entera, como una ola de lava,

haciéndola jadear y llenar de vaho los azulejos rojos de la ducha contra la que estaba aplastada.

Tanto Álex como Carla habían estado antes en la ciudad, así que, después de comer, salieron a visitar Barcelona, pero de forma tranquila, sin prisas por querer

verlo todo en el poco tiempo que les quedaba antes de anochecer.

Violeta tuvo la oportunidad de conocer un poco más a Álex y Carla, que contestaban a todas sus preguntas sin tapujos y le lanzaban a ella otras muchas.

Por suerte, solían ser preguntas relacionadas con su vida sexual y no con su vida

personal, así que Violeta podía responderlas con total libertad sin sentir que desvelaba ante Sergio cosas sobre sí misma que prefería que ellos no supieran.

—¿Os habéis grabado alguna vez? —preguntó Carla cuando los cuatro estuvieron sentados en una cafetería del barrio gótico.

—Te refieres a... ¿haciéndolo?

Ella asintió con la cabeza y, Violeta y Sergio, tras intercambiar una mirada, asintieron.

—Pero no juntos —aclaró él.

A Violeta le resultaba imposible no mirar a su acompañante cada vez que

Carla les lanzaba una pregunta caliente. No sabía si era la intención de aquel paseo por Barcelona lleno de confidencias, pero lo cierto era que las cuestiones

que planteaba no hacían más que avivar las ascuas del deseo. Aquella noche bastaría con echar un palito al fuego para que prendiera, porque con las dichas

preguntas los estaba poniendo al rojo vivo.

—Aquí es que al señorito le da vergüenza —comentó Carla señalando a Álex, que hizo un sonido reprobatorio con la boca.

—No me da vergüenza. Ya te he dicho que no sería mi primera vez.

—Entonces, ¿por qué no quieres hacerlo conmigo?

—Ya hemos hablado de esto, no tenías por qué haber sacado aquí el tema.

Violeta los miró, divertida al presenciar aquella pequeña pelea de pareja. La verdad es que Álex y Carla le parecían una pareja de lo más peculiar, sobre todo

teniendo en cuenta lo que se imaginaba que hacían en la cama. No se concebía teniendo pareja seria y acudiendo a locales *swinger* como Inferno, aunque, claro, en sus esquemas mentales tampoco cuadraba demasiado la relación que mantenía con Sergio sin que él supiera siquiera su nombre real. Compartían cosas muy íntimas y a la vez no se conocían de nada. Y era por exigencia suya, pues, de haber dejado el tema en manos de Sergio, a esas alturas lo sabrían todo

el uno del otro. Pero ¿cómo se hacía para que una relación así fuera exclusivamente sexual? Violeta no lo sabía, así que había impuesto sus propias reglas para protegerse.

—Lo he sacado porque me apetece que nos grabemos, y tú, cabezota, no quieres —replicó Carla.

Álex no respondió ni pareció que tuviera intención de hacerlo. Su chica miró con cara de frustración a Sergio y a Violeta, que estaban sentados delante.

—¿Por qué no quieres grabarte, Álex? —demandó Violeta, conciliadora.

Éste tardó unos largos segundos en contestar, pero al final lo hizo.

—¿Sabéis que cuando se dispara un arma lo más normal es cerrar los ojos por el sonido de la explosión?

—Violeta te ha hecho una pregunta, Álex —lo regañó Carla, irritada.

—Y la estoy contestando. ¿Lo sabíais o no?

—No, pero tiene su lógica —apuntó Violeta.

—Bien, pues en las películas de acción, el actor nunca jamás cerrará los ojos.

Si lo hace en la grabación, se repetirá la toma. Es la magia del cine.

—¿Y eso qué tiene que ver con...? —Esa vez fue Sergio el que preguntó,

pues, al igual que las dos mujeres, no entendía por qué les estaba contando aquello.

—El porno es igual: parece real, pero no lo es.

—¡No me jodas! —exclamó Carla—. ¿Las erecciones no duran veinte tomas?

¿El pene no se pone duro como una piedra por arte de magia, sin necesidad de

excitación ninguna? ¿No miden todas las pollas al menos veinte centímetros?

¿No a todas las chicas les chifla el sexo anal? ¿No todas follamos con un kilo de

maquillaje encima? ¿No vamos hombres y mujeres sin un pelo ahí abajo? ¿No todas las mujeres parece que se vayan a morir de gusto desde el momento uno de

la penetración? ¡Dios mío! Se me ha caído un mito, ¡yo pensaba que todo era real! Ah, no, espera, que llevo una vida sexualmente activa desde hace bastantes

años y ya sé que del porno a la realidad hay un abismo.

—No me entiendes.

—La verdad es que yo tampoco —intervino Sergio—. Si con lo de que el

porno no es real no te refieres a todo lo que ha dicho Carla, entonces, ¿qué quieres decir?

—El porno casero es feo.

—¿Feo?

—Con esa luz de mierda, con esos ángulos donde no se ve nada interesante y que en la mayoría de las veces corta cabezas o enseña una habitación entera y la

pareja ahí pequeñita... Me resulta antimorbo total.

Se quedaron callados un momento, entendiendo al fin a qué se refería. Y entonces Carla soltó:

—Vamos, que con alguna de tus antiguas novias hiciste un vídeo porno, pensabas que la tenías más grande y, al vértela, te traumatizaste.

—Oh, por Dios. —A Violeta le entró tal ataque de risa que casi se ahoga—.

Lo siento, yo... —Las carcajadas volvieron—. Lo siento, lo siento... —Había empezado a llorar, así que se limpió con los dedos las mejillas.

—¿Estás bien? —Sergio, divertido, le pasó una servilleta.

—Sí, sí, lo lamento. Es sólo que me he imaginado... —Tuvo que hacer un gran esfuerzo para no volver a reírse.

—No me malinterpretes —dijo Carla—; seguro que era un efecto óptico, mi chico está muy bien dotado.

Si pensaba que con eso lo arreglaba, iba lista, pues no sólo logró que a Violeta

volviera a darle el ataque, sino que se le sumó Sergio y después, por contagio y

venciendo su malestar, Álex y la propia Carla.

Cuando al fin consiguieron controlar la risa, Violeta dijo:

—Creo que comprendo a qué te refieres, Álex, y tienes razón, el porno

amateur es mucho menos glamuroso que el profesional y, si estás acostumbrado a ese tipo de grabación en la que todo está perfecto, el encuadre, la luz, el maquillaje, la peluquería, el sonido... seguro que incluso los tíos saben en qué segundo correrse y en qué ojo deben atinar... —Sergio, que estaba bebiendo en

aquel momento de una copa de cerveza, casi se atraganta al oír aquello—. Si es

lo que esperas, pues sí, el porno casero es una mierda, pero si piensas que lo que

estás viendo es real, que es una pareja auténtica, que podrías incluso ser tú...

pues tiene su morbo, ¿no crees?

—Supongo.

No visitaron ningún monumento aquella tarde, sólo pasearon por la ciudad

tranquilamente y, cuando llegó la hora de cenar, en lugar de buscar sitio en un restaurante, pidieron por teléfono *sushi* a domicilio mientras iban a casa de Sergio. Buscaban intimidad para lo que vendría después del postre... o durante él.

Violeta no sabía muy bien cómo se iba a desarrollar la velada. ¿Cómo

pasaban de ser cuatro amigos riendo y hablando sobre temas picantes a un cuarteto de personas montándose una orgía? El local *swinger* había sido totalmente distinto, pues, cuando llegó, se encontró de pleno con la orgía y con

todos metidos en faena. Sólo había tenido que dejarse llevar.

Por suerte, algo similar ocurrió en aquella ocasión, pues para el postre alguien se había encargado de comprar unas fresas enormes y jugosas que colocaron en un cuenco en la mesa baja del salón. Carla se sentó en el sofá y palmeó el asiento

contiguo a la vez que llamaba a Violeta. Tras obedecer y sentarse, vio que Álex y

Sergio habían ocupado los sillones que quedaban a los lados de la mesa,

dejándoles el sofá a ellas, por lo que la joven sospechó que el juego iba a empezar entre ambas, como ya había insinuado Carla que harían.

—¿Te gusta la nata?

Violeta miró hacia los lados, a Álex y Sergio, pero la pregunta iba dirigida a ella. Los ojos de Carla, fijos en ella, así se lo indicaba.

—Sí.

—A mí me chifla —respondió a la vez que se inclinaba hacia la mesa y cogía el envase de nata montada que Sergio había dejado junto a las fresas.

Violeta volvió a mirar las frutas, rojas como la sangre, y estúpidamente se preguntó cuándo le había dado tiempo a Sergio a comprarlas, pues parecían frescas. Si habían pasado juntos todo el día...

El sonido que produjo el tarro de nata cuando Carla lo sacudió arriba y abajo le recordó que tenía cosas mucho más importantes en las que pensar.

La morena apretó el dosificador del envase y una nube blanca apareció en su dedo índice. Miró a Violeta a la vez que se chupaba el dedo con deleite.

—¿Quieres?

—Claro.

Extendió el brazo, alargando un dedo para que Carla echara nata en él, pero ella negó con la cabeza.

—Si quieres... —Se echó más nata sobre su propio dedo y después se lo ofreció a Violeta—... hazlo bien.

Sabía perfectamente a qué se refería con aquello de «hacerlo bien» y decidió jugar fuerte. Se acercó a Carla, abrió la boca y, después, sus labios se ciñeron en

torno al dedo, succionando con lentitud y estrechando su piel mientras miraba a

su acompañante a los ojos.

—Dios, te va a encantar —dijo Carla girándose hacia Álex.

Violeta no pudo evitar excitarse al oír el tono que había empleado, pues se notaba que Carla se encendía sólo con imaginar el placer de su pareja.

Envalentonada por el deseo que se mascaba en el ambiente, estiró el brazo para coger una fresa. Todos la siguieron con la mirada.

—Cúbrela de nata —le ordenó a Carla, que sonrió encantada de que la otra se hubiera animado tan rápido.

Obedeció, convirtiendo la fresa en un copo de nieve dulce.

—Apoya la cabeza en el sofá.

De nuevo, Carla no protestó ante la orden e hizo lo que le habían dicho.

Violeta le acercó la fresa y la otra entreabrió los labios. Al igual que antes había hecho Carla, Violeta chascó con la lengua.

—No, no, no. La nata no es para ti.

Sonriente, la morena cerró la boca y se dejó hacer. Violeta paseó la fresa por su cuerpo, dejando un reguero blanco a su paso. Empezó por los labios y después

descendió a la barbilla, donde dibujó su perfil hasta llegar a la oreja, manchando

también el lóbulo. El copo de nata fue deshaciéndose conforme bajaba por su cuello y Violeta, con habilidad, soltó los botones de la camisa de Carla con una

sola mano, exponiendo su sujetador y su ombligo. La nata dibujó formas sobre su generoso escote y después siguió descendiendo de forma lenta hasta llegar a sus pantalones, donde se detuvo.

Entonces, Violeta se llevó la fresa a la boca y se la comió de forma

provocadora, saboreándola y limpiándose con la punta de la lengua los restos de

nata que habían manchado las comisuras de sus labios.

—¿A qué esperas? —interrogó Carla, que seguía recostada contra el respaldo del sofá. Su pecho subía y bajaba con rapidez, anhelando lo que sabía que venía.

—¿Yo? —Violeta se hizo la sorprendida—. Yo no voy a limpiar ese

estropicio. —Miró a Álex—. Te he trazado un camino, síguelo sin chupar ni un

centímetro de más ni uno de menos.

La mirada de Álex era puro fuego cuando se puso en pie y se acercó a su chica, que lo esperaba con una sonrisa. Él no atacó enseguida, sino que se recreó

unos segundos mirándola, allí sobre el sofá, con la camisa desabrochada, cubierta de nata y observándolo con deseo. Carla movió las caderas, inquieta, y se mordió el labio.

—No vale que te comas lo que es mío —la riñó Álex, y al fin se lanzó sobre su boca, donde con un beso hambriento le limpió hasta el último resto de nata.

Siguió el camino que Violeta le había dibujado, haciendo desaparecer el dulce a besos húmedos a lo largo de su mandíbula, en su oreja, en el cuello, en la clavícula, en su escote. Allí se demoró especialmente, pues Violeta le había hecho todo un regalo: llenar el estrecho valle de sus senos de nata, y él tuvo que

recolectarla con su lengua de forma lenta y pausada. A esas alturas, el pecho de

Carla subía y bajaba a toda velocidad, y para cuando Álex alcanzó el dobladillo

de sus pantalones y, como un chico bueno, se retiró al terminar su misión, la mujer necesitó varios segundos para calmar su excitación. No mucho, lo justo y

necesario para poder seguir jugando en lugar de lanzarse sobre su hombre y sacarle el máximo provecho posible a aquella erección que Álex lucía.

—Vale, me ha gustado tu juego —le dijo a Violeta—, pero quiero subir la apuesta. Quítate la ropa.

La rubia miró a su alrededor. Todos seguían vestidos, incluso Carla, aunque ella llevaba la camisa abierta y no parecía con intención de cerrársela para ocultar sus senos.

—Venga —la animó ésta al notar su reticencia—. Puedes dejarte la ropa interior puesta.

Respirando con pesadez, Violeta se puso de pie y se desabrochó el pantalón vaquero. Miró brevemente a su alrededor, todos la observaban de forma abierta,

sin disimular. A fin de cuentas, estaban allí para acabar desnudos, ¿no? Era eso

lo que querían. Terminó de bajarse los pantalones y los dobló cuidadosamente para dejarlos sobre el reposabrazos del sofá.

—Eres de las que abre los regalos sin romper el papel, ¿eh? —se rio Carla—.

¡Vamos, mujer, que nos vas a provocar a todos un ataque al corazón!

Violeta se rio con ella, aunque no estaba retrasando el momento adrede. Era sólo que estaba nerviosa. Se quitó la camisa y, aunque no la dobló, sí que la dejó

extendida sobre el reposabrazos, sobre el pantalón.

—Vale, siéntate —le pidió Carla—. Sergio, mueve ese culo y ayúdame a mover para allá la mesa. Sí, perfecto. Ahora ponte de rodillas frente a ella. Aquí,

sí, perfecto. A ver, tú, Violeta, tienes que recostarte un poco más. Baja el culo hacia el borde, sí, así, estupendo. Abre las piernas...

—No sabía que querías inventar una nueva postura imposible del *Kamasutra*

—comentó Sergio ante tanta petición.

—Violeta, pon tu pierna derecha sobre el hombro de Sergio. Así. Y ahora...

Acercó el bote de nata a la pierna de Violeta y comenzó a trazar un camino blanco justo al lado de la cara de Sergio, que observó hambriento cómo su amiga

seguía pintando la piel de la rubia por dentro del muslo y por las ingles, para después crear una montaña de nata sobre su monte de Venus y su vagina.
Sergio

y Violeta intercambiaron una mirada, sabiendo lo que significaría aquello, aun con el tanga puesto.

—Humm, veo que os gusta —dijo Carla, muy satisfecha con su reacción.

No terminó en el triángulo de las Bermudas de Violeta, sino que siguió

subiendo y, al igual que había hecho con el tanga, llenó el sujetador de nata allí

donde debían de estar sus pezones. Para rematar la faena, al llegar al final, dibujó una cruz sobre la boca de la joven.

—Ale, ya tienes tu mapa del tesoro. Déjame que coja sitio en primera fila y puedes empezar.

Violeta fue consciente de cómo se sentaba a su lado, a unos palmos de distancia, pero al segundo siguiente se olvidó por completo de ella cuando Sergio comenzó a lamer y besar su cuerpo de forma lenta, mirándola a los ojos en todo momento, incluso cuando al fin llegó a su sexo y, sin reparo alguno, comenzó a follársela con la boca. Daba igual que se interpusiera la tela del tanga

entre ellos; su lengua y sus labios sabían dónde atacar y Violeta clavó los dedos

en la tapicería del sofá mientras veía desaparecer la nata y notaba un volcán en

su interior. Todo el dulce había desaparecido ya y Sergio seguía allí, castigándola

con su boca. Violeta cerró los ojos, sintiendo que el orgasmo podía llegarle en cualquier momento. No se dio cuenta de que estaba gimiendo hasta que oyó el silencio que dejó cuando Sergio abandonó su sexo para continuar con su camino.

—No —se oyó la voz de Carla—. Vuelve. Que se corra.

Sergio no protestó. Muy al contrario, regresó con avidez y, en aquella ocasión, la agarró por las piernas, tirando de ella hasta tenerla totalmente tumbada en el sofá. La pegó a su boca y siguió masturbándola hasta que Violeta,

entre gritos, se corrió ante los ojos de los tres, completamente expuesta.

Durante los siguientes segundos, los que tardó en volver del paraíso, no fue consciente de lo que ocurría a su alrededor y, para cuando lo hizo, Sergio ya había limpiado el resto de su cuerpo y la besaba en la boca de forma voraz. Su hambre también era palpable en la dura erección que Violeta sentía en el muslo.

Demostrando una gran contención, Sergio rompió el beso y se apartó de ella, dejándola perdida y fuera de juego.

—¿Estás bien? —le preguntó Carla.

—No —contestó Violeta antes de echarse a reír, cubriéndose la cara con las

manos—. Dios.

—Vamos, que ahora les toca a ellos, que después del espectáculo, me parece que están más que listos.

Les hizo a los dos hombres un gesto para que se acercaran y se pusieran de pie delante de ellas. Violeta se incorporó un poco en el sofá, sentándose correctamente.

—Manos en la nuca —ordenó Carla—. No quiero que las mováis de ahí, ¿entendido?

Los dos obedecieron y pusieron las manos detrás de la cabeza, como si la policía estuviera a punto de cachearlos. Ambos sonreían sin poder evitarlo, pues

sabían perfectamente qué venía a continuación.

Carla comenzó a desabrochar el cinturón de Álex y Violeta la imitó con el de Sergio. Al sonido de la primera cremallera le siguió la segunda y enseguida dos

potentes erecciones estuvieron expuestas ante sus ojos, enhiestas y duras.

—Al final va a ser verdad lo que se ve en el porno de que los penes se ponen como piedras sin siquiera mirarlos.

—Es que él ha estado muy atento mirándote a ti —le contestó Álex a su chica a la vez que bajaba la mano con intención de acariciarla, pero Carla lo increpó:

—¡Manos arriba! —Cuando él obedeció, interrogó—: ¿Mirándome a mí o a

la rubia cañón?

Álex sonrió de lado.

—A ambas.

—¿Te gustaría que te la chupara ella? —planteó la mujer, que ya había agarrado su miembro y comenzaba a masajearlo.

Violeta, sobresaltada por la pregunta, miró el pene de Álex y después miró el de Sergio, que seguía intacto frente a ella. Alzó la mirada y buscó los ojos de su

acompañante, que, obediente, seguía con las manos en la cabeza, observándola a

ella y lanzando miradas a la mano de Carla, que subía y bajaba lentamente por toda la extensión de Álex.

—No —negó el susodicho.

—¿No? Yo no se la chuparé a Sergio, aunque ella te la chupe a ti.

Álex miró a Violeta durante unos segundos, pero ella no fue capaz de

sostenerle la mirada. En cambio, prefirió centrarse en lo que tenía delante, pues

la erección de Sergio la aguardaba. Comenzó a masajearlo como hacía Carla.

—Sé que eres muy generosa —dijo Álex—, y que de verdad no te importaría, pero no quiero que Sergio te toque, y no soy tan egoísta como para recibir sin dar. Mirar es más que suficiente.

Violeta, sorprendida al oír que no quería que Sergio tocara a Carla, miró a los

tres para ver si había algún tipo de tensión. Una afirmación así no podía caer bien en una situación como aquella..., pero nadie parecía haberse molestado.

Sergio observaba con atención cómo la mano de Violeta subía y bajaba de forma

pausada por su miembro y Álex y Carla se miraban entre ellos, pero sin malestar

en el rostro.

—De acuerdo, pues... ¿qué os parece si jugamos al espejo?

Sergio se rio de forma perversa y su pene vibró en la mano de Violeta.

—¿Qué? —se sorprendió Carla.

—Os vamos a dar una paliza.

—¿Qué es el espejo? —preguntó con curiosidad Violeta.

—Imitar la postura de la otra pareja —explicó Sergio—, pero como a Nin

siempre le ha gustado ponerle un poco de diversión extra a todo, y aprovechando

que es relativamente flexible, solía jugar al espejo retando a la otra pareja a igualarle en la postura. Acababa haciendo las posturas más rocambolescas del *Kamasutra*. ¿Qué digo? ¡Se inventaba posturas imposibles! Pero ésta no sabe lo que yo sé.

—¿Qué no sé? —demandó Carla con el ceño fruncido.

Sergio dio un paso atrás y le tendió la mano a Violeta.

—Ponte de pie. Antes le has pedido que me pusiera la pierna en el hombro,

¿no? —le preguntó a la morena, que asintió ligeramente—. Vale, pues...

¿Violeta, serías tan amable de volver a ponerme la pierna en el hombro?

—¿Así? ¿De pie?

—Sé que puedes, te he visto abrirte de piernas. Y no me refiero a lo que hacen el resto de mujeres.

—Vale, a ver... —Violeta se cogió el pie derecho y, sujetándose a Sergio para mantener el equilibrio, lo subió por encima de su cabeza—. Para estas cosas, la

próxima vez me avisas para que caliente —comentó a la vez que movía la pierna

hasta colocarla sobre el hombro de Sergio. Tuvo que rodearle el cuello con los

brazos para poder mantenerse erguida.

—¿Calentar? Si estás que ardes.

La postura los había dejado muy muy cerca y Violeta dio un respingo al notar

la mano de Sergio sobre su sexo. Apartó la tira del tanga y sus dedos buscaron la

entrada. Estaba húmeda, así que aprovechó para meter varias falanges y después

lubricarla por fuera con sus propios jugos.

—Agárrate, que vamos.

Antes de que pudiera preguntar más, Sergio se agarró el pene y lo dirigió hacia la abertura húmeda que lo esperaba. Violeta le clavó las uñas en el cuello,

apretando los dientes mientras sentía la penetración, muy diferente a la de

otras

posturas.

—Oh, ¡joder! —exclamó cuando lo tuvo todo lo dentro que la posición les permitía.

Sergio se retiró y volvió a entrar. Él también se mordía los labios por el cúmulo de sensaciones.

—¿Seguro que no quieres probar, Álex?

Violeta, que había cerrado los ojos, los abrió sorprendida y molesta porque Sergio la estuviera ofreciendo. No sabía el porqué del resquemor, pues no lo había sentido cuando Carla le había propuesto a Álex algo parecido, pero sí que

lo notó en el pecho al oírsele decir a Sergio. Por suerte, éste sonreía de una forma peculiar al decirlo y Violeta sospechó que sabía perfectamente que Álex iba a decir que no... o eso quiso creer.

Picada por lo que Sergio había dicho e irritada consigo misma por lo que había sentido, Violeta le dijo a Álex:

—Contigo podría mejorar todavía más la postura.

Sergio, que la agarraba por las nalgas para ayudarla a mantener la posición y facilitar las penetraciones, la miró con cierta ferocidad que gustó a Violeta, que

soñaba con que su propuesta también lo hubiera molestado a él.

—¿Mejorarla?

Ella no contestó, sólo hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—¿Cómo?

—¿De verdad quieres verlo?

—Me muero por verlo.

Violeta se separó un poco de él, haciéndolo salir de sus profundidades, y bajó la pierna al suelo.

—Por ahora no mejora —protestó Sergio, que le había pillado el gusto a las nuevas sensaciones de aquella posición.

Violeta se quitó el tanga, dejándolo luego a un lado. Miró a Carla y Álex y se dio cuenta de que se habían sentado los dos en el sofá y se masturbaban mientras

los miraban con curiosidad y morbo.

—Voy a levantar otra vez la pierna y tienes que colocártela en el hombro, ¿de acuerdo? Tendrás que ayudarme tú a ponerme casi del todo vertical.

—Sí —asintió Sergio, aunque no esperaba que la joven se inclinara hacia delante hasta tocar el suelo con las manos—. ¿Qué...?

Se calló al ver que ella alzaba una pierna y miró asombrado cómo el pie femenino se colocaba casi a la altura a la que habría estado su cabeza en caso de

estar de pie.

—Ahora es cuando tienes que ayudarme —dijo ella ante su inmovilidad.

—Sí, sí, perdón.

Se acercó a ella, sujetándole el pie, y pegó sus cuerpos conforme ella iba retrocediendo con las manos, quedando más y más vertical.

—Oh, joder.

Veía perfectamente su meta, pues la tenía expuesta ante él, y guió la punta de su pene hasta la entrada de Violeta, que se detuvo un instante al notar la invasión

y después, lentamente, siguió acercando las manos hasta su pie izquierdo.

Sergio, con la misma lentitud que ella, la penetró. La extraña postura hacía que la cavidad estuviera prieta como nunca y no pudo evitar resoplar entre dientes, excitado a muerte.

—Qué raro es —murmuró clavado en ella y agarrándola tan fuerte que pensó que le dejaría los dedos marcados.

—Sí.

—¿Tú estás bien?

—Fóllame. Rápido. Duro. Entera.

Sergio recordó la primera vez que habían estado juntos, cuando había intentado que le suplicara y ella se había negado, dándole órdenes a cambio. En

aquella ocasión, había cedido porque el ansia le podía, pero mientras se la follaba se había prometido que en un futuro la haría implorar.

En ese momento, mientras se hundía en ella en esa postura imposible, enfebrecido por el deseo, sólo podía pensar en que ojalá ella siguiera ordenándole que la follara durante mucho tiempo.

Cuando Violeta despertó al día siguiente, sonrió todavía rodeada por la bruma del sueño. Estaba muy a gusto entre aquellas sábanas tan suaves, con aquel aroma dulce y delicioso a su alrededor y con aquella calidez en torno a su cuerpo. La sonrisa fue desapareciendo poco a poco conforme fue consciente de

que aquella ropa de cama no era la suya, de que el olor que tanto le gustaba provenía de una piel ajena y que el calor que tan comfortable le había resultado no era otra cosa que el que irradiaba Sergio, que la abrazaba en sueños.

Más concretamente, estaba haciendo la cucharita con aquel tiarrón de metro ochenta con el que, en teoría, sólo mantenía una relación sexual, pero que a su subconsciente le caía tan bien como para hacer que se despertase sonriendo.

Sin moverse apenas para no despertarlo, miró a su alrededor. Ya había amanecido, pero no entraba demasiada luz en la habitación porque las persianas

estaban bajadas y el sol sólo se colaba por la última hilera de agujeros. La puerta

estaba entornada y la cama, bastante revuelta, aunque el edredón conseguía cubrirlos a los dos.

Resultaba sorprendente que las sábanas no hubieran acabado en la otra punta de la habitación, teniendo en cuenta que después de la escena de sexo que habían

vivido en el salón, habían acabado una hora después allí, sobre aquella colcha, montándose cada uno con su pareja y escuchando perfectamente los gemidos

de los demás. El momento culmen de aquel segundo asalto había llegado cuando

las dos parejas habían quedado cara a cara, haciéndolo de lado. Violeta jamás habría imaginado que ver tan de cerca cómo otra mujer llegaba al orgasmo, arrastrando a su compañero con ella, le resultaría tan excitante... pero lo había sido. Ver las grandes y fuertes manos de Álex sobre los generosos pechos de

Carla; la forma en que la cara de él asomaba sobre su cuello, mirándola con las retinas vidriosas por el deseo; cómo le besaba, mordía y lamía el cuello; los ruidos que emitían a la vez que sentía cómo Sergio la penetraba a ella y la agarraba a su vez con unas manos igual de fuertes...

¡Joder! Sí, había sido muy excitante.

En ese momento, de Álex y Carla no quedaba ni rastro en la habitación,

debían de haberse ido a su propio cuarto, pero Violeta los revivía en las sábanas

y en su imaginación.

Puesto que se había despertado una vez más en la cama de Sergio, sería

cuestión de aprovechar, ¿no?, y sacarle partido a un suceso que la ponía un poco

nerviosa por lo que podría llegar a implicar para su corazón. Siempre había sido

muy enamoradiza, o ella así lo sentía, y por eso había impuesto todas aquellas reglas en la relación, normas que él parecía empeñado en saltarse para desespero

de Violeta.

Pero tras haber metido la pata, mejor seguir adelante, ¿no?, y ya, de paso, meter algo hasta el fondo que no fuera su pierna.

Cogió la mano de Sergio, que descansaba sobre su cintura, y la guio hasta su

sexo, donde comenzó a acariciarse a sí misma con la ayuda de sus gruesos y

cálidos dedos. Supo exactamente el momento en el que Sergio despertó, pues su

mano se puso tensa un instante antes de darse cuenta de lo que ocurría y comenzar a acariciarla con gestos expertos. Violeta suspiró con placer y retiró su

mano, llevándola hasta el culo de él y apretándole una nalga.

—Alguien se ha despertado con ganas de más —murmuró él con la voz todavía tomada por el sueño—. ¿Es que te quedaste ayer con ganas?

—No, pero a este ritmo me voy a volver ninfómana.

Sergio se rio al pensar en que Carla se había adjudicado el sobrenombre de Nin precisamente por eso.

—Suele pasar cuando el sexo es bueno. Y contigo es magnífico.

Violeta sonrió, dejándose llevar y mimar. Las hábiles manos de él avivaron el fuego que sus recuerdos habían conseguido encender y, conforme la excitaba a ella, su propia erección fue cogiendo dureza y vigor. La joven pudo notar cómo

crecía pegada a su nalga y, cuando oyó su propia humedad entre los juguetones dedos de Sergio, se estiró y sacó de la mesita un preservativo. Se giró y, tras romper el plástico, cubrió la erección de Sergio con la goma. Éste la miró y se dejó hacer con una sonrisa radiante en la cara y los ojos todavía de recién levantado.

—Ya sabes dónde está todo —afirmó.

—Lo dices como si te gustara.

—Me encanta si es para esto. Una mujer con ganas de más, grrrr.

Violeta se montó sobre él y Sergio le apretó las caderas conforme su erección se hundía en ella.

—Dios, me encanta —dijo, animándola a moverse—. Me despertaría así cada día, contigo encima de mí. Despeinada, llena de deseo, mía ayer y mía hoy.

La chica detuvo el vaivén de sus caderas y él, que había cerrado momentáneamente los ojos, los abrió para mirarla.

—¿Qué pasa?

Violeta no contestó. Sus palabras... Mierda, ¿qué significaba lo que había dicho? ¿Y lo que su corazón había hecho en su pecho al oír aquello? Mierda, mierda. Aquello era sólo sexo. Eran dos desconocidos. ¿Por qué Sergio tenía que

decir cosas como aquélla?

Un acceso de furia hizo que Violeta le agarrara la cara y lo obligara a mirar hacia la derecha. No quería que la mirara con aquella adoración que veía en los

ojos, fascinación que para él no significaba nada más allá del sexo y que a ella le

hacía daño. Lo cabalgó con saña, buscando sólo su propio placer y con la palma

plantada sobre la cara masculina para que aquellos ojos no pudieran clavarse en

su interior. Sólo quería una cosa de él dentro de ella. Sólo una.

Cuando terminaron, Sergio le propuso salvar el planeta con una ducha juntos, pero Violeta se negó y oyó el agua correr desde la cama, mirando el parque a través de la ventana que Sergio había abierto.

El sexo había vuelto a ser fantástico, como siempre. De una forma diferente y algo bruta, pero igual de satisfactoria y adictiva que cada uno de los encuentros

que había tenido con él.

Debía hablar seriamente con Sergio, si no quería perder eso. Habían sido claros desde el principio y ninguno de los dos quería una relación sentimental, sólo sexual. Pero Violeta necesitaba que Sergio se comportara de otro modo, menos cariñoso, menos entregado.

Sonaba mal, pero ella lo que necesitaba era a alguien que la follara y se largara a su casa. Alguien que calmara su deseo y listo. No quería que cubriera

las posibles carencias emocionales de su vida, porque, si lo hacía, se acercaría irremediabilmente a la línea que ninguno de los dos deseaba cruzar.

Violeta había impuesto todas aquellas normas, el secretismo y el anonimato por un motivo, y no era uno cualquiera. Su corazón estaba en juego. Sabía perfectamente que las relaciones de amistad con derecho a roce no solían llegar a

buen puerto porque alguno de los dos acababa involucrándose demasiado y ella

no quería caer en el amor. Pero Sergio parecía moverse como pez en el agua en

la delgada línea que separaba el sexo del amor. Actuaba como si no tuviera miedo de pisar en falso.

Ella, en cambio, necesitaba que hubiera un muro bien alto sobre aquella delgada línea. Necesitaba la Gran Muralla China. Tendría que hablar con él y aclarar las cosas. Si aquello era sólo sexo, tendrían que jugar bajo sus normas.

—Voy a pasear a *Luci* un momento —anunció Sergio tras salir de la ducha—.

Cuando suba, desayunamos.

—De hecho, debería irme a casa.

—No digas tonterías. Hoy tenemos que acabar de enseñarles Barcelona a los dos tortolitos.

—Pero si ya se la conocen de cabo a rabo y lo único que hacemos es pasear.

—Vuelvo enseguida —fue su respuesta antes de desaparecer.

Violeta suspiró y, poco después, se tomó la libertad que sabía que Sergio le otorgaba en su casa y se dio una ducha rápida. Después de eso, se vistió con la ropa del día anterior y salió a ver si había alguien más despierto.

Se encontró con Álex peleándose con la máquina de café.

—Te parecerá bonito. Métete con alguien de tu tamaño.

Éste la miró, sorprendido, y Violeta sonrió.

—No soy yo, claro, pero seguro que alguien encontrarás de tu tamaño.

—Es que no consigo que esta mierda eche café. Sergio me ha explicado cómo funcionaba en un pispás y sospecho que se ha saltado algún paso o yo lo he olvidado.

Violeta se acercó hasta el enorme chico y observó la máquina. Tras un breve

escrutinio, empujó el manubrio donde iba la cápsula y, en cuanto éste terminó de

encajar, el aparato comenzó a hacer ruiditos.

—Listo. Pon la taza que en breve sale el café.

—¡Gracias! Se nota que te conoces la máquina.

—Lo cierto es que no, pero tengo una parecida en mi oficina. Sergio y yo no nos conocemos mucho, ¿sabes? Sólo me he despertado aquí una vez aparte de hoy.

—Humm...

No sabía por qué le había contado aquello, pero, puesto que ya había empezado y él no parecía haberse sorprendido por su confesión, se atrevió a preguntar:

—¿Tú conoces mucho a Sergio?

—No demasiado. Es más amigo de Carla que mío.

Él le daba la espalda, concentrado en que el chorrillo de café que ya llenaba la

taza no hiciese saltar el recipiente.

—¿Puedo preguntarte algo? —Y al ver que el líquido de la taza se acercaba peligrosamente al borde y él sólo miraba, añadió—: Cuando tengas suficiente café, tienes que darle a ese botón. No se para solo.

—Ah, gracias. Qué máquina más rara. Seguro que cuesta un riñón y, sin embargo, no es capaz de parar sola. Nada como la cafetera de toda la vida.

Álex cogió la taza y se giró hacia Violeta, apoyándose en la encimera de forma casual.

—¿Qué quieres saber?

—¿Eh?

—Querías hacerme una pregunta.

—Ah, sí...

No era tan fácil preguntar lo que quería cuando él la miraba a la cara. Su parte cobarde habría preferido poder haber formulado sus dudas mientras Álex seguía

de espaldas, entretenido con el aparato, pero era una mujer adulta y madura. ¿No

quería saber algo? Pues debía tener las agallas de preguntar cara a cara.

—Tú y Carla estáis metidos en el tema de intercambios de pareja, pero, aun así, por lo que he visto, no te gusta que Sergio la toque. ¿Por qué?

Álex puso mala cara y Violeta temió que la pregunta no le hubiera gustado y no fuera a contestarle, pero sí lo hizo.

—Amo a Carla, a veces se me hace muy cuesta arriba compartirla con otros hombres.

Violeta rememoró la conversación telefónica entre Sergio y Carla. Si no recordaba mal, había dicho que últimamente Álex no tenía ganas de meterse en juegos de intercambio de parejas. Violeta lo entendía a la perfección, pues podía

aceptar aquel tipo de actividad sexual como algo puntual en una pareja, pero no

como una forma de vida, y menos en una pareja que realmente se quería, como podía ver que era el caso de Álex y Carla.

Ante aquella afirmación, Violeta no iba a preguntar nada más, pero entonces

Álex agregó:

—Y ya, con Sergio, se me hace especialmente cuesta arriba.

—¿Por qué?

—Pues porque no son dos desconocidos a los que sólo une la pasión. A su manera, se quieren. Sé que no se aman, que sólo son amigos, pero tienen una relación especial que a mí... bueno, sí, me fastidia un poco. No me

malinterpretes, no quiero que Carla deje de ver a Sergio ni nada por el estilo, pero me temo que ya tendría que estar yo muy muy borracho para permitir que

volviera a tocarla. Fue ella la que me metió en todo este mundo de sexo en grupo, ¿sabes? Ya lo practicaba mucho antes de conocerme, con su pareja, que también era amigo de Sergio.

Violeta cabeceó. Le habían hablado de eso.

—La primera vez que vi a Sergio estaba en casa de Carla, con ella en la ducha

y él moviéndose a sus anchas. No sabía quién era y que hubiera dormido allí un

tío como él no me hizo ni pizca de gracia, pero menos me gustó todavía descubrir lo que eran. Eran amigos, pero Sergio se conocía cada curva del cuerpo

de mi chica. Se acostaban juntos, pero no eran amantes al uso. No podía creer

lo

que me decían de que solos no harían nada porque eran amigos, pero que, si se les unía otra persona, lo harían en todas las posturas del *Kamasutra* que pudieran...

—Pero ahora sí lo crees.

—Qué remedio. Carla me obligó, esa noche, a acostarme con los dos.

—¿Te obligó?

—Me puso entre la espada y la pared. Podría haberme ido, pero la habría perdido.

—¿Y qué ocurrió?

—Pues que me gustó la experiencia. No tanto como para ser el fan número uno de la doble penetración, pero sí para darme cuenta de que, aun estando con los dos, ella seguía estando conmigo. Era sexo entre los dos con un ingrediente extra que no estropeaba el sabor de la comida. No lo hacía mejor ni peor, sólo diferente.

Violeta lo miró en silencio durante casi un minuto, asimilando todo lo que Álex acababa de explicarle. Sinceramente, no había esperado que fuese a abrirse

ante ella de la forma en que lo había hecho, contándole parte de su historia y siendo tan franco con sus sentimientos. De un tío como él, que hasta ese momento había sido bastante parco en palabras en comparación con Carla o

Sergio, no habría esperado más de una o dos frases hablando por encima sobre el

amigo de su novia.

—Tienes más preguntas, lo veo —dijo Álex—. Aprovecha que seguimos solos.

Violeta le sonrió, agradecida, y miró hacia la puerta. Puesto que él había hablado con franqueza, se decidió a hacer lo mismo. Aprovecharía para decir en

voz alta lo que hasta entonces sólo había podido meditar en su cabeza. Bajó un poco la voz al decir:

—Sergio no se comporta como creo que debería hacerlo. Se toma muchas confianzas y yo necesito más... distancia. No sé si me explico.

—Pues regul... —Álex se interrumpió en aquel instante al oír el sonido de una puerta. No sonaba como la de la calle, así que debía de ser Carla, que iba a reunirse con ellos. Se sentó rápidamente frente a Violeta y le murmuró en tono bajo—: Te diré lo que él mismo me dijo cuando tuve un problema parecido con

Carla. Háblalo con él. El secreto de este tipo de relaciones es ser claros y que cada uno diga lo que quiere y cuáles son sus límites.

Violeta lo miró un segundo. Le habría gustado decirle que ella no tenía

problemas con ese tipo de relaciones. Si su dilema hubiera sido si la noche anterior quería o no que Sergio la compartiera con Álex, todo habría sido más fácil: un «no» a tiempo y listo. Pero los límites que ella quería poner no eran físicos, sino emocionales. Tendría que ponerle un filtro a las palabras y acciones

de Sergio.

—¿Qué susurráis por aquí? —dijo Carla, entrando en la cocina.

Sólo llevaba puesta una camiseta de Álex, que por suerte le venía enorme y cubría más su cuerpo que muchos vestidos.

—Buenos días —saludaron ambos.

Carla fue hasta su pareja, que hizo atrás la silla para recibirla sobre sus muslos. En cuanto la tuvo sentada en su regazo, Álex la rodeó por la cintura y le

dio un besito en la mejilla.

—¿No vais a decirme de qué hablabais? —insistió Carla, divertida.

—De lo de anoche —contestó Álex para sorpresa de Violeta.

—Chica, ¡qué elasticidad! Todavía sigo alucinada. ¿Y de qué estabais hablando, concretamente?

Violeta no abrió la boca. Si Álex se había atrevido a sacar el tema, que lo continuara él. Por suerte, el hombre parecía tener muy claro lo que iba a decir.

—Le estaba explicando por qué no te compartí con Sergio.

Carla le rodeó el cuello con las manos.

—Sabes que no quería que me compartieras con Sergio, yo sólo te ofrecía que, si querías jugar con Violeta, lo hicieras. Sabes que a mí no me importa. De

hecho, me gusta mirar.

—Y tú sabes que a mí me gusta darte lo que a mí me das. No puedo coger lo que yo sería incapaz de darte a ti.

—Pero, a diferencia de ti, a mí me pone verte disfrutar, aunque sea otra la que

te dé placer.

—Me haces sonar tan egoísta... —protestó Álex.

—No es ésa mi intención, cariño, y lo sabes. Sólo quiero que entiendas que yo no te dejo estar con otras personas para que tú me dejes a mí. Te dejo porque me gusta.

—Y yo quiero que entiendas que a mí, con quien realmente me gusta estar, es contigo.

Violeta los miraba sin perder detalle. Parecían haberse olvidado de su presencia y le resultaban absolutamente encantadores con aquel pequeño debate.

—Lo de anoche estuvo muy bien —comentó Carla, esperando confirmación por parte de Álex, que asintió con la cabeza.

—Lo de anoche fue fantástico. Y es la prueba de que podemos jugar a cosas que nos satisfagan a los dos por igual, aunque después nos demos un capricho ocasional.

—Cómo me consientes. —Ella soltó una risita, y Violeta se preguntó qué imagen habría evocado en su cabeza lo de «capricho ocasional» para que se riera como una niña.

—Y tú cómo aguantas a este pobre celoso.

Definitivamente, se habían olvidado de que Violeta estaba allí. La forma en que comenzaron a besarse dio fe de ello. Por suerte, el sonido de la puerta de entrada les hizo despegarse y volver a la realidad. Unos pasitos acelerados

sonaron por el pasillo y *Luci* no tardó en aparecer por la puerta. Moviendo el rabo con tanta energía que parecía que fuera a descoyuntarse de la cintura para atrás, se acercó a ellos uno a uno y los olfateó.

—Ven aquí, cosita mona. —Carla cogió a la perrita en brazos y la pegó a su pecho—. Bola de pelo encantadora, pero si no debes poder ver con este flequillo.

¡Ay! Me ha mordido. Perra mala.

—No le gusta que le toquen su flequillo. Es sagrado. Sólo yo puedo hacerle el moño —dijo Sergio pasando por el pasillo.

A Violeta le extrañó que no entrara en la cocina y, en cambio, se dirigiera cargado con una bolsa de papel a su habitación.

—¿No te gusta que te toquen el flequillo? —Carla llevó un dedo al pelo que le caía sobre los ojos y la perra estuvo a punto de interceptarlo con su boca—.

¡Japuta! Casi me muerde. —Divertida, volvió a estirar el dedo y *Luci* le hizo el mismo gesto—. ¡Pero bueno!

Todos, riendo, vieron cómo Carla ponía a prueba la paciencia del animal intentando tocar su preciado flequillo.

—Déjala en paz o vas a conseguir que se enrabiete —pidió Sergio,

apareciendo en la cocina con las manos a la espalda—. No sabes lo presumida que es. El segundo año que la tuve la llevé a un peluquero canino para que la dejara peladita y lista para el verano, y pasó dos semanas escondida. No dejaba

que nadie la viera, incluso a mí me miraba desde la distancia y, casi siempre, refugiada detrás de algo.

—Vaya, vaya. Qué pija nos ha salido.

Carla no parecía con intención de dejar a la perra en el suelo, pero, al ver que Sergio la miraba fijamente, plantada frente a él, acabó por devolverla a tierra firme.

—¿Qué pasa? ¿Por qué me miras así?

—Por nada —afirmó él, pero entonces sacó una caja que tenía escondida en la espalda. Parecía la típica de una joyería—. Desayuno con...

—¿Eh?

—Desayuno con... —Y sacudió la caja que le tendía.

Carla fue a cogerla, pero él la retiró y volvió a insistir:

—Desayuno con...

—¿Diamantes? —interrogó Álex, que seguía teniendo a Carla en su regazo.

—¡Menos mal que alguien tiene un poco de cultura general! —exclamó

Sergio—. Un poco más y me toca explicar la broma. De acuerdo, una vez más y

los tres tenéis que contestarme. Desayuno con...

—¡Diamantes!

—¡Pues no, que aquí se toman cruasanes! —soltó, escondiendo la caja y

mostrándoles en su lugar la bolsa de papel, con el logotipo de una panadería, que

tenía a la espalda.

—Qué tonto —se rio Carla, arrebatándole la bolsa—. ¿Llevas mucho rato pensando en el chiste?

—Todo el paseo con la perra. Desde que Álex me preguntó si podía comprar cruasanes. Es un rollito raro entre vosotros, ¿no? Desayunar cruasanes después de una noche espectacular de sexo. ¿O lo hacéis todos los domingos?

Carla sacó un cruasán enorme y recién hecho de la bolsa. Olía de maravilla.

Le pegó un buen bocado.

—De raro no tiene nada. Me gustan los cruasanes.

—Y a los cruasanes les gustas tú —apostilló Álex.

18

El tren de regreso de Carla y Álex salía a las seis de la tarde, así que aquel día

sólo tuvieron tiempo para visitar el Parque Güell tras el relajado desayuno y después almorzar juntos en un restaurante muy *chic* donde Violeta tuvo problemas para poder comer, pues todo era muy moderno, pero no había ni un mísero plato en el menú libre de carne.

—¿Y una tortilla de patatas?

—Oh, sí, la especialidad de la casa es una tortilla de patatas rellena de jamón york y queso.

Sergio vio cómo Violeta parpadeaba repetidamente, como si la afirmación de la camarera le hubiera cortocircuitado el cerebro. Tenía muchas razones para sentirse así, la verdad, pues ¿qué era más rocambolesco, que le propusiera como

plato vegetariano una tortilla rellena de jamón de york o que alguien hubiera atentado contra la tortilla de patatas metiéndole jamón de york y queso dentro?

—Soy vegetariana —insistió la rubia.

—Oh, ¿lo dices por el jamón de york? Pero si casi no lleva carne.

—Y si no es carne, ¿qué es? ¿Vomitado de chicle espesado con gelatina? —

Sonreía de forma cínica, pero la camarera, algo descerebrada, creyó que era un

chiste y comenzó a reírse—. Ponme una tortilla francesa y ya está.

—¡Oh! Ya sé. Pueden hacerte una tortilla de atún. El atún no es carne, ¿verdad?

Violeta, sin poder creer lo que oía, miró a sus acompañantes. Sus caras de estupor le confirmaron que había oído bien.

—Mejor una tortilla francesa. Sólo con huevo —especificó, y después, cuando la camarera se hubo alejado lo suficiente, comentó—: Mira que me han pasado cosas desde que soy vegetariana, pero esta conversación ya ha rayado lo surrealista.

—Hombre, tiene razón la chica, el atún no es carne —comentó Carla aguantándose la risa.

—¿Los peces no son seres vivos?

—En Cuaresma está prohibido comer carne y el pescado está permitido.

—Sí, vaya sacrificio hacen los cristianos no comiendo carne los viernes de Cuaresma y el Miércoles de Ceniza. Dios les va a perdonar todos sus pecados por hacer un esfuerzo tan grande.

El resto de la comida transcurrió de forma normal, hasta que Álex interrogó para sorpresa de todos:

—Entonces, ¿tú no comes dulces de Navidad?

—¿Y por qué no iba a comer? —planteó Carla sorprendida, pero Violeta dibujó una amplia sonrisa en su rostro.

Álex era mucho más listo de lo que se podía pensar en un primer momento por su apariencia. Sabía que era profesor, pero no tenía muy claro de qué y en su mente se lo había imaginado como profesor de gimnasia. En ese instante, tras aquella pregunta y con la conversación que habían mantenido en casa de Sergio,

Violeta lo veía con otros ojos. Era muy inteligente.

—Hay infinidad de alimentos que llevan grasas animales —explicó la joven

—. Muchos de los polvorones y dulces de Navidad contienen manteca de cerdo.

¿Cómo lo sabías? —le planteó a Álex con sincera curiosidad—. Muy poca gente

cae en la cuenta.

—Un año, para despedir a mis alumnos por las vacaciones de Navidad, se me

ocurrió llevar una bandeja de dulces. Había una musulmana en clase y, después

de darle un bocado a uno de los dulces, vi que se le transformaba la cara y lo escupió en el envoltorio antes de salir corriendo al baño. Pensé que sería alérgica

a algún componente, a los frutos secos, por ejemplo, y salí tras ella, pero

resultó

que había ido a lavarse la boca porque se había acordado, después de probar el

dulce, de que no debía comerlos porque llevaban cerdo. No podía creérmelo, pero leí el envoltorio y, efectivamente, todos los dulces que había llevado incluían manteca de cerdo.

—¿De qué das clase, Alex? —quiso saber Violeta.

—De inglés. ¿Por qué?

—Por nada, simple curiosidad —contestó con una sonrisa, sintiéndose

estúpida por haberle adjudicado el puesto de profesor de educación física sólo por su aspecto.

¿Y después era ella la que se sentía insultada cuando la consideraban tonta por el simple hecho de ser rubia?

—Entonces, ¿comes o no comes dulces de Navidad?

—Intento leer las etiquetas y todos los que yo compro procuro que no lleven grasas animales, pero, si voy a una fiesta o a una comida, no me pongo a leer la

letra pequeña de lo que sacan. Me hago la sueca y no pienso en lo que como.

—¿Te haces la sueca o la rubia? —bromeó Sergio.

—Qué tonto.

Se rio por el chiste. Estaba más que acostumbrada a aquel tipo de chanzas sobre la rubia tonta. No obstante, la risa se le cortó al darse cuenta de que él se

dedicaba a enroscar en uno de sus dedos mechones de su pelo rubio. Cuando

él

le soltó el pelo, se echó toda la melena sobre el hombro contrario para dejarla fuera del alcance de Sergio.

¿Quién jugueteaba con el cabello de una mujer, si no era su pareja?

Tenían que hablar con urgencia y Violeta decidió en aquel instante que lo harían esa misma noche y que sería muy franca con Sergio, tal y como Álex le había recomendado.

Así lo hizo, aunque no esperó a la noche, pues, después de llevar a la pareja a la estación de trenes, Sergio le propuso tomar un chocolate caliente en un establecimiento próximo y Violeta aceptó.

—Me gustaría que volviéramos a hablar sobre lo que tenemos —comenzó a decir ella, ya con la taza de espeso cacao entre las manos.

—¿Qué tenemos? Yo sé que tengo una perrita llamada *Luci* y un coche, pero la casa lo cierto es que no es mía. Estoy de alquiler y...

—Lo nuestro —interrumpió Violeta, irritada.

—Ah, eso. ¿Y de qué te gustaría hablar en concreto?

Violeta inhaló profundamente antes de atreverse a hablar.

—Lo de este fin de semana no puede volver a repetirse.

—¿No te gustó lo que hicimos con Álex y Carla? Pensaba que...

—No me refiero a eso. Eso estuvo bien. Lo que no puede volver a repetirse es que pasemos tanto tiempo juntos, que yo me despierte en tu cama, que me invites a desayunar y a tomar un chocolate caliente.

—¿Por qué? Pensaba que... Lo hemos pasado bien, ¿no? Lo estamos pasando bien —dijo, señalando con un gesto de cabeza las tazas de chocolate, como si ellas fueran la demostración de que todo marchaba como debía.

—Te dije que quería una relación exclusivamente sexual.

—Y es lo que tenemos.

—No es cierto. Eres demasiado...

—Demasiado, ¿qué?

—Demasiado cariñoso. Demasiado bueno. Demasiado detallista. Demasiado perfecto.

—Guau. Me arriesgaría a decir que soy el primer hombre de la historia al que le echan en cara que es demasiado perfecto.

—Sergio, no puedo seguir haciendo esto si te comportas así.

—Pero ¿por qué? —interrogó él—. ¿Y qué me estás pidiendo exactamente?

¿Quieres que sea un insensible que llega, te folla y se larga? ¿Eso es lo que me estás pidiendo? Puedo hacerlo: la próxima vez no te diré ni hola, sólo que te bajes las bragas. ¿Eso es lo que quieres?

Violeta, incómoda, miró a su alrededor para ver si alguien los había oído y les prestaba atención, pero en la chocolatería no había mucha gente y todos parecían estar a lo suyo.

—Tenemos que hablar de esto, si queremos que todo esté claro. No te cabrees

—le pidió, pues sabía por su tono que estaba molesto.

—No me cabreo, es sólo que no lo entiendo.

Ella no contestó inmediatamente. Lo miró durante un largo instante, todavía calentándose las manos con la taza de chocolate, pero sin haber sorbido ni una gota.

—No quiero enamorarme de ti, Sergio.

Aquello envaró un poco a su acompañante.

—Y yo no quiero que te enamores de mí —respondió él con precaución.

—Pues es lo que con toda probabilidad va a pasar si seguimos así.

—No tiene por qué. Sólo estamos jugando, Violeta; mentalízate en ello y ya está. Es lo que yo hago.

Ella negó con la cabeza.

—Me enamoro de las personas, Sergio. Y no puedo evitarlo. Y sé lo que me vas a decir: nadie elige enamorarse y nadie es capaz de evitarlo... pero yo soy enamoradiza. Me involucro rápidamente en las relaciones, me ilusiono, me entrego... y después no es suficiente y sufro.

Sergio se quedó callado, procesando aquellas palabras y esperando a que

Violeta continuara, pero tras unos segundos se dio cuenta de que ella no tenía intención de seguir hablando.

—¿Por qué dices que no es suficiente lo que haces?

—Porque soy enamoradiza, pero no valgo para el amor.

—¿Y eso qué quiere decir? —demandó con el ceño fruncido.

Violeta sacudió la cabeza.

—Simplemente, que no estoy hecha para el amor.

Frustrado porque esquivase sus preguntas, afirmó:

—Entonces, si no estás hecha para el amor, no corres el riesgo de enamorarte de mí.

—Por supuesto que corro el riesgo. Corro un grave peligro de quererte y que después te des cuenta de que mi forma de amar no es suficiente.

—¿Y qué forma de amar es ésa? —Ella puso mala cara y Sergio insistió—:

Necesito que me ayudes con esto si quieres que lo entienda, lo acepte y te ayude

a no sucumbir a mis encantos.

No consiguió sacarle ni un atisbo de sonrisa a Violeta, que dejó la taza sobre la mesa y empezó a jugar con ella, empujándola por el asa.

—He querido a hombres, pero nunca lo suficiente.

Sergio frunció el ceño. ¿Se suponía que aquella afirmación era la respuesta reveladora que había pedido? Porque seguía igual. Por suerte, ella continuó:

—Al menos, nunca fue suficiente para ellos. Siempre querían más. Más

dedicación, más tiempo, más entrega, y yo no estaba dispuesta a dárselo. Los

quería, pero no iba a trabajar menos horas para demostrárselo. Echo muchas horas al día, es cierto, pero son las que necesito para cumplir mis objetivos.

Ni

más, ni menos. Viajo mucho, es verdad, ¡pero en un hombre no pasaría nada!

¿Por qué a mí me dicen: «Ay, es que pasas quince días fuera de casa mes sí, mes

también, ¿no va siendo hora de que sientes la cabeza?»? ¿Y por qué se espera de

mí que tenga hijos en breve? ¡No quiero hijos! Ni ahora ni en un futuro. Éste es un mundo de mierda. No quiero bebés y, si me quieres, tienes que respetarlo.

¡Tener un bebé no es una prueba de amor! Y no voy a cocinarte carne. ¡Me da asco! Además, ¿por qué se supone que tengo que cocinarte?, ¿porque soy mujer?

¡Que te den!

Sergio miró a su alrededor un poco avergonzado. Violeta había ido subiendo la voz conforme su discurso se iba encendiendo y ella iba perdiendo un poco los

papeles. Porque sí, los había perdido, pues había acabado gritándole a él cosas que otros habían hecho. Durante un instante lo había mirado como si Sergio fuera el culpable de todos sus males. De hecho, estaba seguro de que todos los

clientes de la cafetería, que en ese momento los observaban con mayor o menor

disimulo, pensaban que él era el cromañón del que Violeta hablaba. Decidió ignorarlos, ya que intentar sacarlos de su error sería como decir «No es lo que parece» después de que tu pareja te pille en la cama con otro.

—¿Ya estás más tranquila? —le preguntó cuando apreció en su rostro que la rabia se había mitigado un poco—. Te has quedado a gusto, ¿eh?

Violeta espió a su alrededor, consciente de las miradas, y después, arrepentida y avergonzada, se llevó la taza a la boca y se ocultó tras ella, bebiendo lentamente.

—Déjame decirte que has salido con unos cuantos capullos.

Ella negó con la cabeza a la vez que se relamía el bigote de chocolate que se le había quedado.

—Ya he llegado a la conclusión de que soy yo. Estoy hecha para estar sola.

Lo he asumido y no pasa nada.

—¿Y por qué exactamente estás hecha para estar sola? ¿Porque te gusta tu trabajo y le dedicas mucho tiempo? ¿Porque no te gusta cocinar carne? ¿Porque

no quieres niños? Es una gilipollez. Lo que pasa es que no has encontrado a la persona adecuada para compartir tu vida.

—Pues yo ya he dejado de buscar, porque lo veo bastante complicado, la verdad.

—Es que no debes buscarla; aparecerá y ya está. Es lo que suele ocurrir. Y es muy importante que no pienses que es por ti ni nada por el estilo. Te hará sentir

mal contigo misma. Eres perfectamente imperfecta y simplemente tienes que hallar otra pieza perfectamente imperfecta que encaje contigo.

—Hay gente que se queda sola y no pasa nada. Tengo una tía, María, que nunca ha tenido pareja formal y es la mujer más feliz y encantadora del mundo.

La idea de que todos tenemos nuestra media naranja ahí fuera es una estupidez.

No estamos incompletos solos. Podemos ser felices solos, plenos.

—Estoy totalmente de acuerdo contigo —asintió Sergio—, aunque sí que es cierto que, al menos yo, necesito algo de compañía. Sin un poco de sexo, me volvería loco. Y supongo que a ti te pasa lo mismo, si acabaste sola en un local

de intercambio de parejas.

—Eso fue más por curiosidad que por locura.

—Creo que tú y yo estamos en la misma situación —dijo él—. Yo también he dado por perdidas a las mujeres.

—¡Oye!

—¿Qué? ¿Yo tengo que quedarme callado mientras tú despotricas contra tus ex y todo el local piensa que me estás gritando esas burradas a mí, pero yo no puedo decirte que las mujeres ya no me inspiráis ni un poco de confianza?

Violeta sabía que tenía razón, así que no protestó, aunque sí dijo:

—No todas somos iguales.

—Lo mismo te digo.

—Pero mi caso es distinto: yo no desconfío de los hombres, no estoy desencantada con ellos. Simplemente he aceptado la realidad de que ellos y yo no terminamos de casar. Soy demasiado independiente.

—Y yo te digo que sí que estás desencantada con el sexo masculino, pero, a diferencia de mí, que he vertido mi frustración hacia fuera, hacia las mujeres, tú

te la has tragado todita y te odias.

—No me odio.

—Sólo piensas que vas a morir sola. Y rodeada de gatos, ¿a que sí?

—No pienso tan allá —contestó ella con la mirada un poco perdida—.

Probablemente muera por *karoshi*.

—¿Y eso qué es?

—Es como llaman los japoneses a morir de tanto trabajar.

Sergio la miró con ambas cejas levantadas. No era capaz de alzar sólo una, pero le hubiera gustado mirarla como Carlos Sobera en el programa «¿Quién quiere ser millonario?».

—Pues yo no te veo tan adicta al trabajo.

—Sólo me conoces en mis momentos de ocio.

—También sé que escalas poco después del mediodía. ¿O es que tu trabajo es escalar y pasas diez horas al día haciéndolo sin parar, dando vueltas por las paredes del gimnasio como Spiderman y el tal Joan vigilándote desde el suelo?

Al fin consiguió arrancarle una sonrisa a Violeta, que dio una bocanada de aire y sacudió ligeramente la cabeza, decidida a dejar de hablar de ella.

—¿Y cómo lo haces?

—Cómo hago, ¿qué? —preguntó Sergio, desconcertado.

—Estar con mujeres, invitarlas a cenar, a dormir a tu casa, a despertarse entre tus brazos, a presentarles a tu perra y a prepararles el desayuno en la terraza. Ser amable con ellas, todo un caballero, interesarte por sus vidas, ir a

buscarlas al aeropuerto, acostarte con ellas más de una vez y de dos y de tres, y, aun así, no

enamorarte de ninguna.

Sergio estuvo tentando de decirle que la mayor parte de esas cosas sólo las había hecho con ella; que normalmente calmaba sus deseos con mujeres a las que conocía en un bar o en un local *swinger* y a las que no volvía a ver; que también tenía amantes recurrentes, chicas a las que podía llamar cuando tenía ganas o que lo llamaban a él cuando se sentían solas o estaban en la ciudad, pero

que con ellas procuraba espaciar en el tiempo los encuentros para que fuera más

difícil que surgieran emociones fuertes. En lugar de decirle aquello, recurrió a otra verdad.

—Con cada mujer es diferente. En la mayoría de los casos ni siquiera tienes

que recordarte que no puedes sentir nada por tal o cual persona, porque directamente sabes que esa persona no es para ti.

—Pero ¿qué pasa en los casos en que encuentras a alguien que sí te gusta o sabes que podría gustarte?

No respondió enseguida. La observó detenidamente, repasando con deleite

sus rasgos. ¿Podrían gustarse ellos dos? Bueno, estaba claro que se gustaban, pues en la cama la química era explosiva, pero, si la conociera un poco más,

¿podría enamorarse de ella? La verdad era que lo de querer a una mujer resultaba

un tema que Sergio tenía bastante oxidado. Tanto se había obligado a no sentir

que se había vuelto algo rutinario. Si no fuera porque Violeta le preguntaba por

su relación, él no reflexionaría sobre ella. Con el paso de los meses y años había

aprendido a no hacerlo, a no pensar más allá. Y sin duda el quitarse todo aquel comecome de la cabeza había resultado liberador. Las relaciones eran un asco.

—¿Nunca has estado en esa situación? —interrogó Violeta ante su silencio.

—Sí, lo siento, estaba pensando. Sí, me he visto en esa tesitura. Sobre todo al principio.

—¿Al principio?

—Cuando lo dejé con Lucía.

Violeta no había podido contener la pregunta, aunque se había maldecido por formularla en cuanto escapó de su boca. ¡No necesitaba saber nada más de él!

Pero la franqueza de Sergio y la forma en que la miró al responder hizo que quisiera saber más todavía. Se forzó a no insistir en el tema de su ex.

—¿Y qué hiciste para no sentir algo por esas mujeres?

Sergio la miró y después, de forma reticente, contestó.

—Cortar la relación y acostarme con otra.

Violeta no supo interpretar la expresión de él. Parecía... ¿cabreado? Desde luego, estaba muy serio y podía apreciar la tensión que se acumulaba en su mandíbula. Por suerte, no llegó a saber los pensamientos que cruzaban por la cabeza de Sergio, pues probablemente habría sido la excusa perfecta para salir corriendo. Y es que a él le había costado mucho trabajo confesar cuál había sido

su método para extirpar de su corazón a aquellas mujeres, no sólo porque temía

darle el método perfecto para terminar con aquella relación, sino porque la idea de lanzarla a la cama de otro lo ponía de muy mal humor.

19

¿Y Violeta decía que era adicta al trabajo? Eso era porque no conocía sus horarios... o la falta de ellos, pues, como jefe de la empresa, le tocaba ponerse manos a la obra cuando y donde fuera. Ella, si quería, podía desconectar su móvil al salir de la oficina y listo, pero ¿él? Había tenido que cogerle el teléfono a Enrique cuando lo había llamado a las diez y media de la noche el día anterior.

Suerte que Sergio no había estado haciendo nada interesante porque Violeta, tras

el chocolate y la charla, había querido que cada uno se fuera a su casa.
«Ambos

necesitamos pensar —dijo y después, con una sonrisa, comentó—: además, este

fin de semana ya hemos pasado más tiempo juntos del que nos corresponde.»

Enrique, tras un breve saludo, le había dicho que a la mañana siguiente pasaría a por él a las siete y media.

—¿A dónde iremos tan temprano?

—Mi amigo Carlos, el de mi antigua empresa, es muy madrugador y a las ocho ya está en la oficina, aunque sus trabajadores no lleguen hasta más tarde.

Cuanto antes hablemos con él, mejor.

—Pero ¿has conseguido hablar ya con alguien de la empresa por teléfono?

—No. Me saltaba una centralita que me informaba de que me habían puesto

en espera y de ahí no logré pasar.

—¿Y tampoco tienes los teléfonos de tus amigos?

—Ya lo he pensado todo, Sergio. Lo mejor es que vayamos mañana.

—De acuerdo —aceptó él—. A y media estaré en el portal de mi casa.

Había tenido que levantarse cuando todavía no eran las siete, pues antes de marcharse debía pasear a la perra. Y lo peor fue que *Luci*, como no estaba acostumbrada a hacer sus necesidades a esa hora, tardó muchísimo en encontrar

un sitio que le gustase para hacer pipí. Logró regresar a casa a las siete y cuarto, y la perrita lo observó prepararse a toda prisa el desayuno sin saber muy bien qué estaba pasando. Puede que no supiera qué hora era, pero su reloj biológico le

decía que todo aquello no era normal.

Y tanto madrugar para que, cuando al fin llegaron a la empresa, situada en el mismo polígono industrial en el que estaba el gimnasio al que Sergio había ido con Carla y Álex el viernes anterior, nadie contestase al timbre. Cuando Enrique

asumió que su amigo ya no era tan madrugador o que quizá ese día tenía planes que lo habían entretenido, regresaron al coche para esperar allí sentados algo más calientes.

—Quizá tu amigo ha cambiado sus costumbres —aventuró Sergio tras diez minutos aguardando—. Según me has dicho, hace bastante que no lo ves.

—Siempre fue como un reloj. A sus espaldas lo llamaban el Británico porque era muy puntual y exigía lo mismo de sus trabajadores.

El móvil de Sergio sonó en aquel momento, avisándolo de que había recibido un mensaje, y Enrique vio cómo se sacaba el terminal del bolsillo y lo miraba.

Al ver que fruncía el ceño y giraba ligeramente la pantalla para ocultarle el contenido, anunció:

—Voy a probar a llamar otra vez.

—Pero si ya has visto que no hay nadie y no creo que tengan puerta trasera.

—Acabo de recordar que Carlos solía encerrarse porque decía que adelantaba mucho trabajo sin atender al público. Quizá no le abra a nadie salvo que insistan.

El que no iba a insistir era Sergio, quien, tras ver cómo su trabajador cerraba la puerta, volvió a centrar toda su atención en el móvil. Carla, que debía ir ya de

camino al colegio en el que impartía clases, le había mandado un vídeo y, aunque aún se veía borroso porque estaba descargándose, Sergio sospechaba qué

era... pero resultaba imposible; tenía que ser su imaginación, que le jugaba malas

pasadas. Ella no se habría atrevido...

Pues sí: cuando pudo abrir el archivo que le había enviado, vio a Violeta recostada en su sofá. Una figura de espaldas, que supo que era Carla, tapaba la mitad de la imagen, pero Sergio sabía perfectamente qué había detrás, qué era lo

que no se llegaba a ver, y es que, tras Carla, provocando todos aquellos gemidos

que salían por el altavoz del móvil, se encontraba Sergio comiéndosela (casi literalmente) con la boca.

¡Carla había grabado con su móvil la escena! Por la posición desde la que había capturado el momento, debía de haber dejado el teléfono sobre la mesa que

tenía entre el sofá y el sillón, en la que dejaba el mando de la tele, el café si es que se lo tomaba en la sala, cualquier revista que estuviera leyendo...

El vídeo duraba tan sólo treinta y siete segundos, suficiente como para ver cómo Violeta se corría. Su rostro se apreciaba perfectamente y su pene, animado

por los jadeos y el placer que veía en su cara, se endureció contra su propia voluntad.

Llamó sin dilación a Carla.

—¿Estás loca? —soltó cuando ella le contestó.

—Tengo más.

—¿Cómo se te ocurre hacerlo sin preguntarnos?

—Álex se habría negado.

—Quizá no habría sido el único.

—Oh, vamos. Sé qué vas a desgastar ese trozo de vídeo de tanto verlo.

—Carla...

—Mándaselo a Violeta, a ella seguro que también le encanta recordar lo que le hiciste.

—Pues no sé qué decirte, porque como no preguntaste...

—¡Oh, vamos! Sé que le gustará. Mándaselo o lo haré yo.

—Ni se te ocurra. Además, no tienes su teléfono.

—Claro que lo tengo. Se lo pedí para poder enviarle algunas fotos de este finde. Ya de paso, le mando el vídeo.

—En serio, no.

—¿Por qué? Es excitante. Yo no puedo dejar de verlo. Ése y otros trozos merecen darle al *replay* una y otra vez.

—Tendrías que haber preguntado.

—No habríais actuado con tanta naturalidad si lo hubiese hecho. Además, sabes perfectamente que conmigo el vídeo está seguro. No lo voy a compartir con nadie. No hay nada de malo en que nos recreemos un poco.

Sergio no contestó.

—¿Quieres que te mande el resto cuando tenga un hueco?

Él no respondió, pues un movimiento había llamado su atención fuera del

coche. Una mujer haciendo *running* había pasado justo por al lado y su cabello rubio lo atrajo como un imán. Puesto que se había encontrado con Violeta en el

gimnasio que había en una nave de aquel polígono, había sido consciente en todo

momento de que cabía la posibilidad, aunque remota, de que se cruzase con ella,

por eso aquella coleta rubia le hizo alzar el rostro. Pero no podía ser, ¿verdad?

Se tensó un poco al observar que la figura femenina se detenía frente a la

puerta de la oficina, a pocos pasos de Enrique, al que veía mover la boca hablando. Estudió a la mujer. Desde luego, de espaldas parecía ella, pero ¿qué probabilidad había de que...?

—Carla, tengo que colgar —dijo, y lo hizo sin esperar respuesta.

Hacia tan sólo un segundo Enrique había señalado el coche en el que él estaba

y la joven se había girado para mirarlo. ¡Y era Violeta! Dios, a Sergio casi le da

un ataque.

Durante un instante, la mujer escrutó el vehículo y Sergio no fue capaz de saber si lo había visto a él o no. No debió de hacerlo, pues volvió a girarse tan

normal para seguir hablando con Enrique.

Sergio se apresuró a bajarse del coche. El portazo que dio hizo que la rubia,

vestida con unas ajustadas mallas deportivas y un polar, se girase. Y en aquella

oportunidad sí que lo reconoció, pues su gesto se transformó.

—Sergio, ven. Esta señorita trabaja en la empresa y...

Violeta se giró rápidamente hacia Enrique, dándole la espalda a Sergio.

—Abrimos a las nueve.

—Sí, lo sé, pero somos amigos de Carlos y...

—No creo que seáis muy amigos —lo cortó ella con tono brusco.

—Trabajé con él hace unos años y, sí, lo puedo llamar amigo, tanto a él como a Antonio —replicó Enrique, irritado por el comportamiento de la chica.

—Carlos murió hace cuatro años. Dudo seriamente que fueses un buen amigo si ni siquiera te has enterado.

Enrique se quedó mudo.

Sergio acababa de llegar a su lado y también estaba sin palabras. No sabía qué decirle a Violeta. La breve mirada que le lanzó cuando se colocó junto a Enrique

y la tuvo de frente retuvo en su boca cualquier intento de decir siquiera «hola».

Tendría que estar muy ciego o ser muy tonto para no darse cuenta de que ella no

quería que le dijera nada. Su intención era hacer como si no se conocieran.

—Vaya, no... no me enteré —dijo Enrique, afectado—. ¿Qué ocurrió?

—Cáncer —contestó Violeta, y después añadió a la vez que se dirigía hacia la puerta—: Abrimos a las nueve.

—Y Antonio, ¿cuándo llegará?

Ella se detuvo y se giró hacia ellos. Sergio captó duda en su mirada, pero enseguida su expresión volvió a ser fría.

—A las doce seguro que estará aquí.

Y, tras eso, se giró, metió la llave en la cerradura y desapareció en el interior del edificio sin decir ni una sola palabra más ni dedicarle ni una mirada a Sergio

o a su acompañante.

—Qué maleducada —comentó Enrique con desagrado—. Y, ¡joder!, no me

había enterado de lo de Carlos. Qué pena. Era un buen hombre. —Al ver que Sergio no decía nada, que ni tan siquiera se movía, añadió—: ¿Nos vamos?
No

podemos quedarnos aquí hasta las doce. Si luego estás ocupado, puedo venir yo

solo para ir adelantando trabajo. Explicarle a Antonio lo que queremos y tal.

—No, no —reaccionó Sergio al fin—. Quiero estar presente.

20

Antonio, el otro amigo de Enrique y actual dueño de la empresa TranSolutions, era un hombre de unos cincuenta y pico años, calvo y con un barrigón enorme.
A

Sergio le desagradó desde el primer momento que lo vio o, mejor dicho, desde que se estrecharon la mano. Su padre le había enseñado que un apretón de manos

puede decir muchas cosas por la firmeza, por la fuerza con la que el otro aprieta,

por el nivel de sudoración... Sergio había pensado que era una soberana

estupidez cuando su padre se lo había dicho, hacía ya bastante tiempo, pero con

el paso de los años había descubierto que su progenitor sabía de lo que hablaba.

No era un método ciento por ciento fiable para calar a una persona, pero sí te podía dar algunas pistas sobre ella.

¿Y cómo fue el apretón del tal Antonio? Húmedo y demasiado fuerte, como si

estuviera nervioso y a la vez quisiese imponerse por encima de él.

Sergio no prestó demasiada atención a cómo los dos amigos se ponían al día con sus vidas, pues estaba más pendiente de Violeta, que estaba sentada unas mesas más allá. Podía verla perfectamente a través de la pared de cristal que había en el lado derecho del despacho y que daba a la sala en la que trabajaban

los cinco empleados que tenía la compañía.

La joven se había cambiado de ropa y ya no iba vestida de deporte. Cuando habían llegado, poco después del mediodía, había sido ella la que les había abierto la puerta, igual de fría que antes, y los había guiado hasta el despacho en

el que estaba su jefe.

—Estos hombres quieren verte, Antonio.

—¡Enrique! ¡Cuánto tiempo! Pasad, pasad. ¿Cómo estás?

Después, ella se había retirado a su mesa y Enrique y Antonio se habían puesto al día mientras Sergio espiaba disimuladamente a Violeta.

¿Qué probabilidad había de que la chica trabajase precisamente en aquella empresa? Llevaba pensándolo toda la mañana y sólo se le ocurría que había tenido una mala suerte tremenda, porque mira que presentarse en su trabajo justo

el día después de que ella insistiera en que, cuanto menos supieran el uno del otro, mejor para su relación...

Pero, bueno, tampoco era para tanto, ¿no? No entendía que ella quisiera fingir que no se conocían. Estaba complicando innecesariamente las cosas.

Además, ¿por qué parecía cabreada con él? ¡Ni que lo hubiera hecho aposta!

Oyó sin prestar demasiada atención cómo Antonio le relataba a Enrique lo duro que había resultado perder a su socio y amigo hacía unos años. Después puso un poco más de interés en cómo su trabajador le explicaba a Antonio por qué estaban allí, pero tampoco demasiado. Él ya lo sabía y sólo prestó atención

porque se sorprendió al oír que Enrique era claro con el otro y le decía de forma

abierta que su intención, a la larga, era hacer ellos mismos las exportaciones a China. Con la mitad de su mente puesta en Violeta y no en aquella conversación,

el grito que el barrigudo pegó lo pilló desprevenido y lo sobresaltó.

—¡Eva!

Sergio se enderezó en su asiento al ver que quien respondía a la llamada era

Violeta. Así que al final sí que se iba a llamar como Lady Fire había dicho. A su

jefe no podía engañarlo, ¿verdad? Si Antonio decía que se llamaba Eva, su ángel

de Victoria's Secret ya tenía nombre oficial.

—¿Sí? —preguntó la rubia al entrar.

Antonio le explicó brevemente qué querían sus invitados y le tendió el dossier con información que Enrique había preparado.

—¿Puedes echarle un ojo antes de que se vayan?

—Por supuesto.

—Oh, y sácame tres vasos de ese mueble de ahí. Los reencuentros hay que celebrarlos.

Violeta, Eva, obedeció sin decir palabra ni sonreír siquiera. Sacó los vasos de donde su jefe le había indicado y los llevó hasta la mesa bajo la atenta mirada de

los tres. A ninguno le pasó desapercibida la brusquedad con la que colocó los vasos sobre la madera y, aunque la chica le daba la espalda a Sergio, éste intuyó que jefe y empleada se estaban mirando fijamente. Aquellas malas maneras lo desconcertaron tanto a él como a Enrique, que intercambiaron una fugaz mirada.

—Cierra la puerta al salir.

La joven rozó sin querer la pierna de Sergio al girarse y aquello consiguió que, al fin, y sólo durante un instante, se miraran a los ojos. Se obligó a no seguirla con la vista conforme se alejaba y salía del despacho, aunque en el último momento fue incapaz de contenerse y giró ligeramente el rostro. Su gesto

no le pasó desapercibido a Antonio, quien, tras extraer una botella de bourbon de

una cajonera que tenía bajo la mesa, comentó:

—Es guapa, ¿eh?

Sergio se volvió hacia él rápidamente, apurado.

—Sí.

—Siempre viene bien tener una cara bonita a mano. Como mínimo, alegra la vista.

Sorprendido, Sergio abrió la boca, pero Antonio se apresuró a decir:

—No te preocupes; es rubia, pero sabe lo que hace. Tu exportación está en buenas manos. Además, yo siempre lo superviso todo.

Sergio prefirió sellar sus labios y no decir nada, pues no estaba seguro de qué podría haber salido de su boca en caso de haber hablado. Si el apretón de manos

ya había hecho que desconfiara del hombre, su comentario nada afortunado sobre una de sus trabajadoras había puesto la puntilla final a una primera impresión bastante mala. Y para rematar, estaba sirviendo tres generosos vasos de bourbon cuando apenas eran las doce y media. Quizá tuviera problemas con

el alcohol y por eso Violeta le había traído los vasos tan a disgusto.

Por pura cortesía, Sergio cogió su vaso y brindó con los otros dos, pero, unos minutos después, en cuanto se le ocurrió el modo de escaquearse, dijo:

—Voy a comentarle una cosa a tu trabajadora. Para asegurarme de que le queda claro.

—Por supuesto, ve —lo animó Antonio con una sonrisa que no gustó a Sergio

—. Y ten cuidado, que a veces muerde.

Sergio se giró para mirarlo con el ceño fruncido y el otro se rio alzando las manos en gesto inocente.

—Lo digo por si, aprovechando que estás ahí, te desvías del tema.

Menudo jefe tenía Violeta. Sergio se preguntaba cómo una mujer con su

carácter podía haber acabado trabajando para alguien como él. Aunque, si lo pensaba detenidamente, tenía su sentido: todo lo que se callaba ante Antonio para que éste no la despidiera, lo volcaba después en el sexo con él, dándole órdenes y negándose a suplicar.

Violeta no estaba en su sitio cuando salió del despacho, por lo que tuvo tiempo de serenarse un poco antes de hablar con ella.

La vio aparecer por una puerta lateral y sus ojos se encontraron al instante.

Por mucho que ella quisiera fingir que no estaba allí, lo cierto es que lo buscaba

con la mirada, como si quisiera saber en todo momento dónde estaba. Ambos se

dirigieron a la vez hacia la mesa.

—Así que te llamas Eva —dijo al llegar a su lado para romper el hielo.

Ella acababa de sentarse en su silla y, antes de dignarse a mirarlo, paseó los ojos por la oficina. Sergio se lo tomó como un recordatorio de que no estaban solos, pues había otras cinco personas allí trabajando, a pocos metros. Todos parecían estar a lo suyo, pero probablemente tenían una oreja puesta en la conversación.

—Eva María —contestó ella, y durante unos largos segundos, le sostuvo la mirada—. ¿Querías algo?

Sergio aprovechó para sentarse al otro lado de la mesa.

—¿Le has echado un ojo ya a los papeles?

—Sí, lo tengo todo para preparar el envío.

—Lo teníamos todo listo para hacerlo nosotros mismos, pero con esto de la huelga...

Ella asintió con la cabeza.

—No te preocupes, saldrá. Si no desde Barcelona, desde Alicante. Nosotros nos encargamos.

—Estupendo.

Sergio se había inclinado un poco hacia delante, apoyando los brazos en la mesa, y desde aquella posición una foto que había en el escritorio de Eva llamó

su atención. Se echó un poco más hacia delante y su intención fue tan obvia que la joven alargó la mano y giró el marco para alejarlo de su vista.

—¿Te importa? —soltó con tono irritado.

—¿Era tu gato?

Ella no contestó.

—¿Tienes en tu escritorio enmarcada la foto de tu gato?

—¿Necesitas algo más? —interrogó ella con voz cortante—. ¿O me dejas trabajar para que tu envío salga lo antes posible?

—Trabaja, trabaja —contestó Sergio tras decidir que lo mejor que podía hacer

en ese momento era batirse en retirada y darle tiempo a ella para que aceptase que ya sabía algunas cosas más sobre ella, como dónde trabajaba, cómo se llamaba realmente, que tenía un jefe un poco capullo y que una foto de su gato la

acompañaba cada día en la oficina.

Tampoco era una información tan importante como para que se decidiera a

poner punto y final a su relación. En cuanto se repusiera de la sorpresa y lo viese

todo con más claridad, volverían a la normalidad.

Sonrió, muy satisfecho consigo mismo, cuando aquella misma tarde le llegó un mensaje de Eva al móvil en el que le proponía quedar unas horas más tarde.

Lo citaba en un hotel en el que ya habían estado antes y, aunque normalmente tomaban algo antes de buscar un sitio con mayor intimidad, Sergio entendió que

lo citara allí directamente. Probablemente ella querría hablar largo y tendido sobre el tema y él ya planeaba lo que iba a decirle para convencerla de que, aunque ambos supieran ya a qué se dedicaba el otro, eso no cambiaba nada en su

relación.

Para su sorpresa, al llegar al hotel descubrió que Eva no tenía muchas ganas de cháchara. Al contrario, saltó sobre él para rodearle la cintura con sus piernas y le devoró la boca encaramada a él como un monito. Sergio entró a trompicones

en la habitación y cerró con el pie la puerta.

Cuando estaban en mitad de la habitación, él buscando por el rabillo del ojo la cama, Eva le indicó que quería bajarse y Sergio apartó las manos de su trasero,

permitiéndole poner los pies en el suelo de nuevo. Ella, con la respiración acelerada, se puso las manos en las caderas y le soltó:

—Has sido muy malo. Has ido a verme al trabajo. Has roto mis reglas.

—Ha sido pura casualidad, te lo juro.

—Es demasiada casualidad. Lo has hecho aposta y mereces un castigo.

Lo empujó y no habría podido moverlo en caso de que Sergio no se lo hubiera permitido, pero, puesto que detrás de él estaba la cama, se dejó caer sobre el mullido colchón.

—Termina de subir —ordenó ella—. La cabeza en la almohada.

Sergio sonrió y obedeció. Como sospechaba, ella se resarcía con el sexo de su trabajo, donde tenía que acatar los mandatos de su jefe sin poder abrir la boca.

Cuando estuvo bien colocado, Eva se subió a horcajadas sobre él y comenzó a besarlo y a excitarlo. Quería tocarla, pero ella se lo prohibió subiéndole las manos por encima de la cabeza. Se entretuvo besándole los pechos por encima de la camiseta. Como no tenía mucho busto, a veces no se molestaba en ponerse

sujetador y aquello volvía loco a Sergio, que la sabía desnuda bajo la ropa.

—¿Qué haces? —interrogó Sergio de pronto, mirando hacia su mano derecha, donde Eva había anudado lo que resultó ser el cinturón de un albornoz.

—Tú me lo hiciste la última vez que estuvimos aquí. Hoy te toca a ti. Hoy mando yo.

Sergio observó cómo anudaba el cinturón a uno de los gruesos maderos que decoraba la cama. Se excitó al recordar lo que le había hecho a ella hacía ya varias semanas. En aquella ocasión, encontrarse en la habitación una cama con dosel había sido toda una sorpresa, pero sospechaba que Eva había decidido repetir en aquel hotel precisamente para poder atarlo y tenerlo a su merced.

Sonrió.

—Aprieta fuerte, no vaya a ser que se escape el lobo y te devore.

Ella esbozó una sonrisa en respuesta a su comentario e hizo fuerza sobre el nudo, dejándolo más firme. Sergio abrió y cerró la mano para asegurarse de que

no le faltaba riego sanguíneo en aquella zona y después observó, como un niño bueno, cómo Eva le ataba el otro brazo.

—Y ahora la guinda final.

Le tapó los ojos con un pañuelo que olía a su delicioso perfume floral y Sergio sintió que se le aceleraba el corazón sólo con imaginarse lo que venía a continuación.

—¿A dónde vas? —protestó sorprendido y frustrado cuando notó que ella se quitaba de encima.

—A por una última cosa. Inspiración de Carla.

Él frunció el ceño bajo el pañuelo y esperó, agudizando el oído para intentar adivinar qué hacía Eva, aunque fue en vano, pues los ruiditos que oía no le decían mucho. Por suerte, no tardó en volver a ponerse sobre él, aunque, en lugar

de encima de su entrepierna, se sentó a la altura de su pecho.

—Vale, voy a echarte algo en la boca, a ver si sabes qué es.

Aguardó con los labios entreabiertos hasta notar algo líquido sobre su piel.

Sacó un poco la lengua para saborearlo y sonrió al darse cuenta de que era dulce,

como chocolate blanco. Se relamió los labios y dijo:

—Venga, dame más.

Notó otro pegote de chocolate en la zona del bigote y lo capturó con la lengua. Seguidamente, otro en la comisura de su labio y medio segundo después

uno en la mejilla y otro cerca de su mandíbula. Los dos últimos estaban fuera del

alcance de su lengua y sonrió con lascivia al pensar que sería ella la que tendría

que limpiarlos con su boquita.

Pero de pronto Eva se quitó de encima y lo dejó allí, tumbado, atado y chocolateado.

—¿Aún hay más? —planteó divertido.

Ella no contestó nada ni la oyó moverse. En cambio, pocos segundos después, oyó su propia voz que decía: «Venga, dame más». Frunció el ceño.

—¿Qué es eso?

Volvió a notar el peso femenino sobre su cuerpo y a los pocos segundos una suave tela le cubrió la boca, metiéndose entre sus labios. ¿Lo estaba amordazando? Se dejó hacer, aunque un poco reticente. Tras anudarle el nuevo pañuelo, Eva retiró el de sus ojos y Sergio parpadeó para acostumbrarse a la luz.

Ella, muy seria y sin un ápice de deseo en los ojos, le mostró un móvil y el corazón masculino comenzó a latir desbocado cuando Eva le dio a reproducir y

en la pantalla apareció claramente su rostro, cegado por la venda y recibiendo

los

chorreones de chocolate blanco. No tardó ni cinco segundos en darse cuenta de

lo que parecía el vídeo: que otro hombre estuviera corriéndose en su cara. Y él sonreía con gusto y ganas, recibiendo ansioso su «semen». Y encima se le reconocía perfectamente, pese a la venda de los ojos.

—¿Qué coño...? —quiso decir, pero la mordaza le impedía hablar.

—Si mi vídeo sale a la luz, éste también lo hará. ¿Me has entendido? Se lo haré llegar a todos tus clientes, a todos tus compañeros de trabajo, a todos tus trabajadores. Y sí, estamos en el siglo XXI, pero créeme que perderás a más de la

mitad de tus clientes y que serás la comidilla de todos los que te conocen durante

semanas o meses. ¿Tú me quieres hundir a mí? Pues te arrastraré conmigo.

Sergio negó con la cabeza a la vez que intentaba hablar, pero los ruidos que

logró emitir fueron ininteligibles porque ella lo había amordazado muy bien.

Violeta se levantó de la cama y comenzó a recoger sus cosas mientras él forcejeaba con las ataduras. ¿Por qué narices había tenido que decirle que se las

apretara bien fuerte?

—Tu remesa de vino se enviará sin problemas —informó ella, mirándolo

desde los pies de la cama—. Una vez hayamos zanjado ese tema, no volverás a

hablarme ni a escribirme ni a visitar mi empresa. Y si piensas en llamarme en cuanto consigas soltarte, ahórratelo. Tú y yo ya hemos hablado todo lo que teníamos que hablar.

Sergio gritó y tironeó salvajemente de sus ataduras. Las notó ceder un poco, pero sabía perfectamente que no iba a conseguir aflojarlas antes de que Eva desapareciera.

—¡Me cago en la puta! —quiso gritar, aunque sus palabras simplemente sonaron a rugido a través de la mordaza.

Comenzó a retorcerse en la cama y la rubia aprovechó para salir de la habitación con paso tranquilo y sin mirar atrás.

21

Lo primero que hizo cuando logró soltarse fue deshacer la mordaza y buscar su móvil. Llamó a Eva, pero ésta no descolgó, así que llamó a Carla.

—¡Hola, hola!

—¿Le has mandado el vídeo a Violeta!?

—Yo... ¿no le ha gustado?

—¡Joder, Carla, te dije que no se lo enviaras!

—Pensé...

—¿Pensaste? ¡Lo dudo! ¡Joder! ¡Mierda! ¡Coño! ¡Mierdaaaa!

—¿Qué ha pasado?

Él no contestó enseguida; se paseaba por la habitación dando largas zancadas y masajeándose la frente con insistencia.

—Vale, a ver —dijo intentando calmarse—. Dime exactamente qué le has dicho.

—¡Nada!

—¿Le has mandado el vídeo y ya está?

—Bueno... no.

—¿Qué le has puesto?

—Una tontería.

—Carla, léemelo. De hecho, envíame una captura de pantalla de la conversación.

—No hay conversación, ella no me ha contestado.

—Dime lo que le has escrito cuando le has mandado el vídeo. ¡Carla!

—Que sí, que sí. Espera que voy a buscarlo, no me acuerdo de memoria. Ha sido una tontería.

—Léemelo palabra por palabra.

Se obligó a permanecer callado para darle tiempo a su amiga a buscar la conversación.

—Es... la primera gilipollez que se me ha ocurrido.

—Dime qué has puesto.

—Dime tú primero qué ha pasado.

—¡Carla!

—Vale, vale. Pues he puesto... —Se aclaró la garganta, incómoda—.

Cualquiera pagaría millones por ver esto.

—Oh, mierda.

Sergio se dejó caer pesadamente sobre la cama y hundió la cabeza entre las manos. La voz de Carla, a través del móvil, le llegó un poco lejana.

—¿Qué ha pasado, Sergio? ¿Se ha molestado? ¿Te ha echado a ti la culpa? Le escribiré y le diré que ha sido cosa mía y...

Él apartó el teléfono un momento y se masajeó las sienes, intentando pensar con rapidez. Tras casi medio minuto, volvió a acercarse el móvil a la oreja. Pudo

oír como Carla hablaba con su novio.

—No sé qué ha pasado. Déjame un momento.

—¡El dichoso vídeo!

—Álex, cállate, ¿quieres?

—Carla —la llamó Sergio.

—Sí, sí, aquí estoy. Dime.

—Necesito que llames a Ev... a Violeta y le digas lo que ha pasado realmente.

Aclárale que yo no tengo nada que ver con el vídeo y que ese mensaje no iba con

segundas intenciones. Si no te contesta, que es lo más probable, se lo escribes...

pero que le llegue, ¿de acuerdo?

—Por supuesto. ¿Qué ha pasado?

—¿Qué ha pasado? —repitió Sergio su pregunta—. ¿Que qué ha pasado?

Ante su tono, Carla no se atrevió a decir nada, sólo esperó con el corazón

latiéndole de forma pesada.

—Que no me tocará la lotería, pero cae un meteorito en la Tierra y seguro que aplasta mi casa.

—Yo... no te entiendo.

Sergio soltó todo el aire que retenía en los pulmones y después lo recuperó lentamente.

—Hoy, por casualidad, he descubierto dónde trabajaba Violeta y no estaba muy contenta de verme allí. Probablemente habría intentado que su jefe no nos hiciera caso... si no llega a ser porque ha recibido tu mensaje, el cual, justo en ese momento y en esa situación, ha sonado a extorsión total.

—Mierda.

—Y bien gorda.

22

Carla no había conseguido que Eva le cogiera el teléfono, así que al final le había mandado un mensaje explicándole que Sergio no había tenido nada que ver con el vídeo ni tampoco con su inoportuno mensaje. Sergio tampoco tuvo más suerte que su amiga. La llamó varias veces hasta que, al final, una voz femenina lo informó de que el móvil estaba «apagado o fuera de cobertura».

Volvió a intentar contactar con ella al día siguiente y, como no lo logró, se decidió a ir a su empresa. Sabía que se lo había prohibido, que le había dicho que

no intentara ponerse en contacto con ella, pero era urgente que le explicara lo que había ocurrido realmente.

Al llegar a la oficina y tocar al timbre, le abrió una mujer a la que recordaba

vagamente del día anterior.

—Hola, ¿en qué puedo ayudarlo?

—Me gustaría hablar con Eva.

—Me temo que no está.

—¿Sabe cuándo vendrá?

—No volverá hasta dentro de unos días.

—¿Está enferma?

—No, sólo de viaje.

Sergio sopesó qué podía hacer. Necesitaba hablar con ella, aclararlo todo.

Como último recurso, podría esperar a que volviera, pero, si tenía alguna posibilidad de contactar con ella antes, iba a aprovecharla.

—¿Usted podría llamarla?

—Tutéeme, por favor —pidió la mujer—. Me hace sentir vieja llamándome de usted. Y pase.

—Hazlo tú también, que sé que tengo alguna que otra cana, pero te juro que ya las tenía a los dieciocho.

La mujer se rio y lo miró de arriba abajo rápidamente.

—Quién volviera a tu edad.

Debía de tener diez o quince años más que él, pero, aun así, la forma de mirarlo y su tono se le antojó anhelante. Sergio le dedicó una encantadora sonrisa, dispuesto a ganarse su simpatía si aquello lo acercaba a su propósito de

hablar con Eva. Había estado con bastantes mujeres mayores que él y sabía que

las atenciones de hombres más jóvenes que ellas solían volverlas locas, así que,

si jugaba bien sus cartas, le bastaría con ser amable y un poco pícaro para que ella le diese todo lo que quería.

—Siéntate, por favor —le pidió ella, señalándole la silla que había frente a su escritorio—. Eva me ha dejado toda la información sobre tu envío y podré resolverte cualquier duda que tengas. Sólo dame un segundo.

La vio buscar en uno de sus archivadores.

—Lo cierto es que me gustaría hablar personalmente con Eva.

—Como te he dicho, está de viaje y no volverá hasta finales de semana.

—¿Puedo preguntar dónde está?

—Ha ido a Alemania, hay una feria de comercio internacional.

Sergio miró hacia el despacho de Antonio, que también estaba vacío. Lo cierto es que en ese momento en la oficina sólo estaban ellos dos.

—¿Ha ido con Antonio?

—¿Antonio? —La mujer, que ya había recuperado los papeles que buscaba del archivador, desvió la mirada brevemente hacia el despacho de su jefe—. No,

qué va. Es Eva la que se encarga de todas esas cosas.

—¿Qué puesto ocupa Eva?

El día anterior había pensado que era sólo una trabajadora más, pero si su jefe confiaba en ella tanto como para mandarla a una feria sola, no debía de ser una administrativa más.

—Eva es la jefa —afirmó la mujer, a la vez que se sentaba en su silla frente a Sergio.

—Tu jefa. Está por encima de ti —dijo Sergio, reformulando las palabras de ella al pensar que se había expresado mal.

—No, no. Bueno, sí, está por encima de mí, claro, y es mi jefa, pero también es la jefa, en general. La dueña de esto, vamos.

—Pe... pero... —Sergio, estupefacto, tuvo que empezar de nuevo y, aun así, no fue capaz de expresarse bien—. Pensé... Antonio...

—Antonio tiene la mitad de la empresa. Eva, su hermana y su madre, la otra mitad desde que su padre murió.

—¿Es la hija de...? —No se acordaba del nombre.

—Sí, de Carlos, el antiguo socio. A su hermana y a su madre no les interesa mucho la compañía, pero por suerte le cedieron todos sus derechos a Eva, que sí

que se preocupa por cómo va todo.

—Y también trabaja aquí.

—Sí. Menos mal, porque si no...

—¿Si no...?

La mujer lo miró y se rio, un poco nerviosa.

—Soy una chismosa, lo siento. Y tú has venido aquí a preguntarnos algo sobre tu envío, no a oír marujeos.

Sergio iba a protestar, pues estaba muy interesado en todo lo que la mujer le estaba contando, pero ella no lo dejó. No era tonta, sabía que había hablado de más y quería terminar con el tema, así que le mostró los papeles y le preguntó en qué podía ayudarlo.

—Lo cierto es que necesito hablar con ella directamente. —Al ver que iba a quejarse, se apresuró a decir—. No es sobre el envío.

—Ah, vale, pues... Si quieres te doy su teléfono para que la llames.

—Estupendo. —Sergio le sonrió, aunque no era su número lo que quería. Ya lo tenía y no le contestaba. Aun así, aceptó la tarjeta de visita que ella le tendió

—. Y... ¿has dicho que está en Alemania?

—Sí.

—¿Vosotros tenéis llamadas internacionales? Quizá podría llamarla desde aquí.

No le importaba sonar como un agarrado por no querer hacer una llamada fuera del país desde su móvil. Sabía que la mejor forma para que Eva le cogiera

el teléfono era haciendo la llamada desde su propia oficina. Ella no se esperaba oír su voz tras aquel número familiar.

—Sí, claro. Espera.

Descolgó el fijo y, tras consultar la tarjeta que le había dado a Sergio, tecleó el número en el teléfono. Mientras la mujer escuchaba los tonos de la línea, él se

preguntó cómo iba a hacer para explicarle a Eva lo que realmente había ocurrido

si no podía alejarse de la mesa más de un metro. Putos cables.

Aun así, cuando ella colgó sin recibir respuesta, se sintió defraudado.

—No contesta. Supongo que estará reunida. Me llamará cuando vea la llamada y le diré que has estado aquí. ¿Tiene tu teléfono?

—Sí.

Sergio ya no sabía qué más decir o hacer. Había ido allí pensando en encontrársela cara a cara. No había podido ser y había intentado amoldarse al nuevo escenario, pero incluso así ella no había contestado al teléfono. Ya no había nada más que pudiera hacer, sólo le quedaba esperar a que regresara, porque tenía claro que ella no iba a llamarlo por mucho que su compañera le pasase el mensaje de que había estado allí.

—Bueno, pues muchas gracias —dijo poniéndose en pie—. Ha sido un placer hablar contigo.

—El placer ha sido mío. Y siento que Eva no haya contestado. Pero es que, siendo la hora que es, seguro que estará reunida.

—No te preocupes. Gracias por todo.

—¡Oye! No te dejes la tarjeta.

Le tendió el trocito de papel y Sergio lo cogió, aunque sabía que no le iba a servir de nada. Se despidió de ella amablemente y regresó a su coche. Tras cerrar

la puerta del vehículo, no arrancó enseguida, aprovechando el silencio que lo recibió para reflexionar sobre todo lo que estaba ocurriendo. Aún tenía la tarjeta

en la mano, así que la miró. El nombre completo de Eva María iba acompañado

por el logo de la compañía, un correo electrónico y un teléfono. Tardó unos segundos en darse cuenta de que los nueve dígitos que figuraban en la tarjeta no

le sonaban de nada.

Sonrió ampliamente. ¡Tenía su número de empresa!

23

Decidió llamarla ocultando el número de móvil. Era poco probable que ella recordase de cabeza su teléfono, pero prefería no arriesgarse. Aguardó, nervioso,

mientras escuchaba los tonos de la línea y, cuando ya pensaba que no iba a contestar, su voz le acarició la oreja.

—No cuelgues, por favor.

Silencio. Esperó un momento, pero nada. Cuando te cuelgan, ¿se oyen pitidos o simplemente te quedas ahí, escuchando la nada?

—¿Eva? Soy Sergio.

—Sé quién eres. —La voz de ella se había enfriado varios grados—. ¿Qué quieres?

—Me gustaría explicarte qué pasó exactamente. Carla...

—Ya he leído lo de Carla.

—¿Y?

—¿Y? —repitió ella.

—¿No nos crees?

—Sí, os creo.

—¿Entonces?

—Entonces, ¿qué?

Sergio estaba muy desconcertado con su reacción y por aquella conversación que parecía consistir sólo en eco.

—¿Por qué sigues cabreada?

—No estoy cabreada.

—Ah, ¿no?

—No.

—Vale, bien, me alegro —dijo él con inseguridad—. Estás en Alemania, ¿verdad? ¿Cuándo vuelves? Puedo recogerte en el aeropuerto si quieres.

—No.

—Bueno, pues... ¿este fin de semana ya estarás de vuelta? Podemos quedar.

—No lo entiendes. Lo nuestro se ha acabado.

—Pero me has dicho que...

—Que os creo cuando decís que el vídeo no fue malintencionado, pero eso no quita que lo nuestro haya acabado. Ya sé quién eres, Sergio. Tú sabes quién soy

yo. Esto ha perdido toda la gracia.

—¿Qué? ¡No! Saber dónde trabaja el otro es una gilipollez. Incluso que yo sepa tu nombre real no significa nada. Seguiré llamándote Violeta, si quieres, o

como a ti te dé la gana.

—Ya no estoy cómoda con lo nuestro.

—Pero...

—Pasa página. Vete esta noche a Inferno y fóllate a otra. O a dos. Sigue tu propio consejo. Yo ya lo he hecho.

Y con aquello, colgó y lo dejó allí, paralizado y sin saber cómo reaccionar.

Poco después, su teléfono volvió a sonar. El corazón le dio un vuelco, pero es que su corazón era un estúpido, pues su cabeza sabía perfectamente que quien llamaba no podía ser Eva.

Efectivamente, era Enrique.

—Dime.

—No te vas a creer quién acaba de llamarme.

Sergio la había llamado varias veces al día desde la última vez que hablaron por

teléfono. Eva no se lo había cogido y dos días después, tras su insistencia, había

decidido incluirlo en la aplicación que tenía en el móvil y que pasaba las llamadas que ella quería directamente al buzón de voz. Por supuesto, él había dejado mensajes en el contestador, pero sólo oyó el primero, en el que le decía

que tenían que hablar. El resto los borró sin escucharlos. Hizo lo mismo con sus

mensajes.

¿No se daba cuenta Sergio de que lo suyo tenía que terminar? Alejarse el uno del otro era lo que necesitaban. Su relación se había alargado demasiado, no podían mantenerla más en el tiempo sin que comenzaran a aflorar sentimientos.

De hecho, ya los había empezado a sentir. No amor, por supuesto, pero pasar tanto tiempo con él, conocer a sus amigos, incluso a su perra, amanecer en su cama, desayunar juntos, hablar con él de por qué no quería una relación real...

Todo aquello era un suma y sigue, un goteo incesante de datos, gestos y momentos juntos que iban llenando un vaso. Que se hubiera presentado en su empresa, con un hombre que decía ser amigo de su difunto padre, que hubiera brindado con Antonio como si fueran amiguísimos... Todo aquello sólo había sido una gota más en el vaso, pero la gota más importante, la que había amenazado con anegarlo todo a su alrededor.

Su relación tenía que acabar, ya se lo había dicho, y si él no estaba de acuerdo, acabaría de aceptarlo con su silencio.

Una semana después, sus llamadas cesaron.

La noche que cogió su teléfono y, al revisar su buzón, la voz femenina no le anunció ningún mensaje suyo, se sintió un poco desilusionada, pero se reprochó

ese sentimiento al instante. Era lo que había querido y lo que necesitaba.

Quince días después de aquella llamada, dio su vida sexual y sentimental por estabilizada.

Justo a tiempo, pues en su vida laboral iba a desatarse un temporal.

Antonio la llamó a su despacho justo a la hora de la comida, cuando ella se preparaba para irse al gimnasio, donde dedicaba media hora a escalar y a hacer

ejercicio, y la otra media a comer tranquilamente de un táper que traía de casa y

que acompañaba con una cerveza bien fresca del bar del gimnasio.

—Dime.

—Siéntate, por favor.

Su tono serio hizo que no protestara, como sí habría hecho frente a una voz

más ligera. Antonio solía tomarse las cosas con mucha calma; era de los que hacían negocios durante una comilona de dos horas en un bar caro o engatusaba

a sus clientes con un buen whisky que tardaban en tomarse veinte minutos.

Ella,

en cambio, procuraba ser mucho más eficiente. No era tonta, sabía que muchos de los tratos se cerraban fuera de la oficina: en fiestas, en eventos, en cenas...,

pero procuraba optimizar el tiempo al máximo, y la pachorra de Antonio, que era

de la vieja escuela, la sacaba de quicio.

—¿Sucedo algo?

Él no contestó enseguida. La miraba con intensidad, muy serio, y aquello consiguió preocupar todavía más a Eva.

—¿Qué pasa, Antonio? Me estás asustando.

—Me han detectado cáncer de pulmón.

Se quedó paralizada sobre la silla. El corazón dejó de latirle.

Hijo de puta. Cáncer cabrón y malnacido. Casi había perdido a su madre por él. Después le arrebató a su padre sin que pudieran hacer nada, y ahora... ¡Joder!

—Cuánto lo siento, Antonio. —Le cogió las manos por encima de la mesa y se las apretó realmente afectada—. Lo siento muchísimo. ¿Cuándo empiezas el tratamiento?

Él negó con la cabeza.

—Está demasiado extendido.

—Pero...

—Tengo metástasis por todo el cuerpo.

Eva tragó con dificultad y no se atrevió a preguntar.

—Me dan unos meses de vida.

Entonces fue ella la que no encontró las palabras y lo miró con intensidad sin ser capaz de articular nada coherente ni esperanzador. ¿Qué podía decirle para animarlo? Absolutamente nada.

—Lo siento mucho —logró formular al fin, aunque sabía que aquellas palabras no valían para nada.

Sintió rabia y odio. Dolor al recordar tanto a su padre, que había perdido la batalla, como a su madre, que la había ganado, pero había perdido ambos pechos

en la lucha.

—¿Cómo está Manoli? —preguntó al fin, interesándose por su mujer.

—No se lo he dicho.

—¿Cómo que no? ¡Tienes que hacerlo!

—Me dejó hace un mes.

Eva abrió la boca para decir algo, pero volvió a cerrarla antes de emitir ni una palabra. Conocía a Manoli y a Antonio prácticamente desde que tenía uso de razón, pues su padre y él habían sido socios desde que tenían veintiséis años.

Aunque Antonio siempre le había caído un poco mal, por cómo hablaba y se comportaba, siempre había pensado que a ellos dos, como pareja, les iba bien; no

eran una pareja cariñosa como sí lo habían sido sus padres, pero acudían a todas

las comidas juntos y Manoli siempre sonreía. No hacía mucho,

aproximadamente cinco años, cuando comenzó a trabajar en la empresa, se había

enterado de lo que de verdad se cocía en aquella relación. Había sido su madre la

que le había contado que él frecuentaba puticlubs y tenía más de una querida desde el nacimiento de su segundo hijo. El parto no había ido bien y Manoli estuvo durante meses sin poder mantener relaciones sexuales. Antonio buscó la

solución más fácil y egoísta al problema. Manoli, por su parte, decidió callar. Si

fue por amor o interés, Eva nunca lo supo, pero lo que estaba claro era que, al final, se había cansado de tragar tanta mierda y había roto su relación.

—Lo siento. —Fue lo único que atinó a decir Eva en voz alta.

Le pareció como si ya hubiera pronunciado aquella palabra un millón de veces en los últimos cinco minutos.

—Se ha quedado con la casa y con el coche y...

—Pero, entonces, ¿os habéis divorciado?

—No, y sabiendo que me voy a morir, no me voy a meter en juicios. Si quiere el divorcio, que se espere y la muerte nos lo concederá.

Ella no añadió nada. Lo cierto era que no sabía muy bien por qué Antonio le estaba contando todas aquellas cosas. Nunca habían tenido una relación estrecha,

sólo cordial y, según en qué momentos de su vida, ni eso. Había tenido que pelear con uñas y dientes para no sólo ser dueña de parte de la empresa, sino para ocupar también un puesto relevante en ella. Si por él hubiera sido, a su madre, a su hermana y a ella se las hubiese informado una vez al año de cómo

iban las cosas y punto.

Y de no haber sido por ella, los balances anuales habrían sido rojos. ¿Rojos?

Una auténtica sangría.

Por eso su relación volvía a ser cordial, porque había logrado, con mucho esfuerzo y sacrificio, sacarlos de la quiebra. De no haber sido por ella...

—Quiero que entiendas... que necesitaba el dinero.

Eva parpadeó, confundida. ¿Se había perdido algo en la conversación, sumida como estaba en sus pensamientos y su dolor?

—¿Cómo has dicho?

—Estoy en una situación muy delicada.

—Sí, sí, lo entiendo. Pero ¿qué has querido decir con eso de que quieres que entienda que necesitabas el dinero?

—He vendido mi parte de la compañía.

—Que has hecho, ¿qué?

—Estoy enfermo y con lo de Manoli...

Eva retiró bruscamente las manos que todavía tenía unidas a las de Antonio y le espetó con rabia:

—¿Me has contado todo esto sólo para darme lástima y que no te grite porque has vendido tu parte de la empresa sin decirme nada?

—Tranquilízate, por favor.

—No me da la gana. ¡Has vendido tu parte sin tan siquiera avisarme antes!

Joder, ¡que tienes el cincuenta y cinco por ciento de las acciones! El que venga podrá decidir sobre todo. ¡Al menos podrías haber tenido la mínima decencia de

ofrecerme a mí primero tu parte!

—Ambos sabemos que no hubieses podido comprarla.

—¡Esta empresa que yo, YO —gritó—, he reflatado no vale tanto! ¡Al menos podrías haberme ofrecido una parte! Sólo con que te hubiese comprado un seis por ciento todo sería diferente. ¡Todo! Tendría la mayor parte de la compañía, pero ahora... ¡joder!

Se puso en pie, muy cabreada, y empezó a andar por el despacho dando grandes zancadas. Tenía ganas de estrangularlo y la pena que había sentido por él prácticamente se había evaporado. El muy gilipollas había intentado usar el cáncer como escudo, sabiendo que debilitaría las defensas de Eva porque le tocaba la fibra sensible. ¡Dios! Quería matarlo.

Se detuvo de pronto al darse cuenta de que le faltaba el dato más relevante de todos.

—¿Y a quién se la has vendido?

—¿Recuerdas a Enrique, que antes trabajaba aquí? Vino hace quince días más o menos, acompañado de otro hombre. Pues a él. Resulta que tiene una empresa

de transporte por tierra y quería expandir su negocio también a exportaciones a

China y Asia. Se lo propuse y aceptó.

—¿Le has vendido el cincuenta y cinco por cierto de esta empresa a Sergio?

—Sí, exacto. Veo que te acuerdas de él. Creo que le vendrá bien a la compañía. Su negocio es sólido y tiene mucha historia. Seguro que podrás aprender mucho de él.

Eva temblaba de rabia. Definitivamente, ese día iba a matar a alguien.

25

Sergio iba a lamentar haberle enseñado dónde vivía. El anonimato protegía de aquel tipo de cosas, pero él había decidido meterse en su vida como un rompehielos, haciendo añicos cualquier barrera que encontraba a su paso, y por

fin iba a pagarlo.

Se plantó en su casa y, aprovechando que el portal estaba abierto, subió hasta su planta y clavó el dedo en el timbre. Quería volverlo loco incluso antes de empezar y funcionó, pues un airado Sergio abrió la puerta con brusquedad, probablemente creyendo que unos gamberros le habían estropeado el timbre.

—¿Qué cojones...?

—¿No te alegras de verme, *socio*? —Escupió la última palabra en un tono ácido.

—¡Eva! Quería decírtelo, pero...

—Pero ¿qué? ¿Igual te habría dicho que ni de coña, que te fueras a la mierda y no te metieras más en mi puta vida?

Sergio se cruzó de brazos y endureció el rostro.

—Eso también, pero lo cierto es que intenté avisarte. Que cierta señorita no me cogiera el teléfono ni contestara a mis mensajes no es culpa mía.

—¡No, si ahora la culpa será mía!

—Mía desde luego no es. Yo sólo he hecho negocios.

—¡Que te jodan, Sergio! ¿Por qué lo has hecho, por venganza?

Él se rio.

—¿Qué piensas, que soy un crío? O mejor, ¿un millonario que puede darse el lujo de soltar un pastón sólo para joder a una chica? Pues lo siento, pero no.

—¿Cuánto has pagado por la empresa?

—No te lo voy a decir.

—Seguro que mucho más de lo que vale. Estamos en quiebra.

La mandíbula de Sergio se tensó ante aquello y la miró de forma acusadora.

—Mientes.

—Nuestra situación es muy muy delicada.

—Todos los informes...

—¿Qué os han enseñado, los balances de este año? Pagamos todo a duras

penas porque la cosa ha mejorado un poco, pero hace apenas un año casi nos hundimos. Una mala gestión casi nos manda a todos a la calle. Pero, claro, ¿tú

qué vas a saber? Fue el hijo del que te ha vendido su mitad el que se gastó en drogas el dinero de la empresa. Él no te lo iba a decir.

Sergio intentó fingir lo mejor que pudo que aquella información no lo

afectaba.

—No me interesa el pasado de la compañía. Me interesa su presente y su futuro. En las desgracias ajenas se hace el negocio. El lunes me pasaré por allí para que hablemos; intenta tranquilizarte. Te prometo que mis intenciones con la empresa son buenas.

Fue a cerrar la puerta, pero ella interpuso la mano y él frenó para no golpearla.

—Sergio...

¿Eran lágrimas no derramadas la humedad que veía en sus ojos? Sergio no se lo podía creer.

—Véndeme tu parte. Por favor. Cóbrame más de lo que te ha pedido Antonio, no me importa.

—Si hubieras tenido el dinero, Antonio te lo habría vendido directamente a ti.

—Ese hijo de... —Eva tuvo que morderse la lengua para no empezar a soltar improperios—. Él necesitaba el dinero ya, pero tú no. Tú podrás darme tiempo a

encontrar una solución. Pediré un préstamo, venderé... No sé, no importa. Tú dime un precio y yo me encargaré de todo.

—Eva...

—Tómalo como un negocio. Has comprado las acciones de una empresa y rápidamente las vendes a mayor precio del que te han costado. Sin mareos ni

problemas. El negocio redondo.

Él respiró profundamente y después, muy serio y con voz firme para que ella se diera cuenta de que no había más de que hablar, dijo:

—Me lo tomo como un negocio y me resulta mucho más rentable conservar mi parte de la empresa. Quería expandirme en ese sector y Antonio me ha brindado una oportunidad de oro. Lo siento, Eva, pero no te voy a vender nada.

Nos vemos el lunes.

De nuevo fue a cerrar la puerta, pero ella se interpuso una vez más y, desesperada, pidió:

—Véndeme una parte.

—¿Qué?

—Véndeme una parte. Tú no la necesitas toda.

—¿Por qué?

—Porque, de los dos, soy la socia más antigua. Soy yo la que sabe cómo funciona todo, la que va a llevar el peso de la empresa y la que tendrá que tomar

la mayor parte de las decisiones. Véndeme una parte.

—Claro, tú y tu familia sólo tenéis un cuarenta y cinco por ciento —murmuró

Sergio, pensando en voz alta.

—Sí. Por favor, Sergio.

Él la observó, sorprendido por la súplica y por su tono desesperado.

—Me lo pensaré, ¿de acuerdo?

—¿Cuándo? ¿Te puedo llamar este fin de semana?

—No. El lunes hablamos.

Y con aquella promesa, al fin consiguió cerrar la puerta sin que su ángel de Victoria's Secret se lo impidiera.

26

Ambos buscaron asesoramiento ese día. Ella, para ver si podía revocar la venta

de la mitad de su empresa realizada sin su consentimiento, pero, tras la charla con su abogado, la única conclusión a la que llegó fue que no tenía nada que hacer salvo, quizá, alargar un poco la agonía del proceso, y eso no podían permitírselo ni ella ni la empresa.

Por su parte, Sergio, después de que Eva se marchara de su casa, llamó

inmediatamente a Enrique para informarlo de lo que ella le había dicho. Antes de

hacer la compra habían investigado la compañía y había resultado ser una buena

inversión. Sabía que hacía un año no lo habían pasado bien, pero nada en lo que

habían descubierto les había hecho sospechar que hubieran estado a punto de bajar la persiana. Enrique prometió hacer algunas averiguaciones más y llamarlo

enseguida.

Lo hizo aproximadamente una hora después y confirmó, en parte, las palabras

de Eva.

—He conseguido hablar con un amigo en común y sonsacarle que, efectivamente, el hijo de Antonio estuvo metido en drogas. Trabajaba en TranSolutions, su padre le dio un puesto de responsabilidad y hace aproximadamente un año todo les explotó en la cara. Se dice que pasó una buena temporada en rehabilitación y que, al salir, no volvió a acercarse a la empresa.

Parece ser que es un secreto a voces que la mala racha que tuvo la compañía se

debió al dinero que el chico sacó de ella para gastárselo en sus vicios, pero, si de verdad estuvieron tan mal como para estar a punto de cerrar, lo mantuvieron bien

callado. En cualquier caso, hemos visto las cuentas actuales, están limpias. Si estuvieron a punto de cerrar hace un año, mejor: así Antonio ha tenido que vender más barato.

Eso era precisamente lo que Sergio le había dicho a su, *ejem*, socia.

—¿Sobre Eva has preguntado algo?

—Sí. Ya lo hice antes, pero hoy he vuelto a insistir un poco, por si a este amigo lograba sacarle algo malo, pero todo lo que me han contado es bastante prometedor, la verdad.

—¿Qué te han dicho de ella? —planteó con curiosidad.

—Pues que su padre no quería que tuviera nada que ver con la empresa. Era el ojito derecho de su madre y fue gimnasta profesional cuando era joven. Quedó

campeona de España en gimnasia rítmica, ¿te lo puedes creer? La verdad es que

le pega, porque es pequeñita.

Sergio apretaba con fuerza el teléfono. Uno de los días en que habían fingido ser otras personas, ¿ella no le había dicho que era gimnasta profesional? Y, haciendo memoria, en otra ocasión se había hecho pasar por una empresaria.

Resultaba que sus máscaras no estaban tan alejadas de la verdad como había creído en un principio. Jugando a esconderse, Eva le había mostrado parte de ella.

—¿Qué más?

—Dejó la gimnasia por la enfermedad de su madre, o eso me han dicho, y después sus padres la obligaron a estudiar filología inglesa. En esa época estaba

yo en la empresa, recuerdo que Carlos quería que su hija fuera profesora.

Hablaba con mucho orgullo de ella..., pero les salió un poco díscola.

—¿Lo dejó?

—¡Qué va! Se sacó la carrera de filología, pero a espaldas de sus padres estudió más idiomas. Chino y ruso, me han comentado, aunque a saber si lo que

dicen es cierto. Después, hizo un máster en administración de empresas y otro en

comercio internacional. Tuvo que resultarle bastante difícil, viniendo de una carrera de letras... —Como Sergio no contestó nada, el otro continuó—. También

he investigado un poco más por mi cuenta y no es muy activa en las redes sociales y parece que actualmente no tiene pareja, aunque sí que estuvo con

alguien hace unos meses.

Sergio se sorprendió ante aquella información.

—¿Tú buscando en redes sociales? Además, ¿qué te importan a ti todos esos datos?

—¿No has oído eso de que el conocimiento es poder?

—Sí, pero no veo en qué te beneficia a ti saber si tiene pareja o no.

—Vamos a trabajar mano a mano con ella; cuanto más sepamos, mejor. —

Ante el silencio de su interlocutor, Enrique interrogó—: ¿Te parece mal?

—No, para nada. Tienes toda la razón. Es sólo que no te hacía experto en redes sociales y espionaje.

El otro se rio.

—Hombre, soy bueno en mi trabajo y por eso no sabes que conozco hasta el último de tus pasos.

Entonces fue Sergio el que se rio. Si Enrique supiera algo de su vida privada, lo más probable sería que no le hubiera recomendado comprar la empresa de Eva. Si la sabiduría popular tenía razón al afirmar que «el conocimiento es poder», también la tenía cuando recomendaba «donde tengas la olla, no metas la
polla».

El lunes, tras mucho meditar sobre el tema durante el fin de semana, fue al encuentro de Eva. Quedó con ella en la empresa que ya era suya y fue ella misma la que le abrió la puerta de la oficina. Lo miró con cierta esperanza pintada en sus ojos, pero Sergio no se recreó en aquella mirada. Estaba allí por

negocios y no debía dejar que nada afectara a su juicio. Aun así, no fue capaz de

pasar por alto que ella estaba muy guapa vestida con aquella camisa blanca y, aunque lucía unas pequeñas ojeras, nada conseguía afear su rostro de ángel.

Sergio entró en la oficina y, tras saludar a los trabajadores, se dirigió al despacho que antes ocupaba Antonio. Le pidió a Eva que cerrara la puerta cuando entró tras él y después se acercó a las ventanas. Miró a las cinco personas

que había fuera.

—¿Les has dicho ya algo?

—Todavía no. No sé qué contarles.

Sergio fue hasta uno de los extremos de la cristalera y, haciendo uso de una varilla, cerró las cortinas para conseguir mayor intimidad. Se giró entonces hacia

Eva, que lo miraba con nerviosismo. Jugó con los tiempos y, aunque sabía que estaba siendo un poco cruel, no abrió la boca mientras se dirigía al escritorio de

Antonio y se sentaba en su antigua silla.

—¿Has pensado en lo que te propuse el otro día? —dijo al fin ella, sin poder aguantar ni un segundo más.

—¿Qué de todo?

—Lo de venderme una parte de la empresa.

No quería ser más malo de lo necesario, así que le contestó sin ambages:

—No voy a venderte nada. La partición se queda como está.

—Pero...

—A cambio —la cortó Sergio—, puedes quedarte con este despacho.

—Me importa una mierda este despacho.

—Eva, te recuerdo que ya no somos nada aparte de socios, así que te agradecería que fueras más educada.

A la rubia se le transformó la cara y se puso roja de rabia.

—Me estás castigando, ¿verdad? Todo esto es sólo por joderme.

—Puede que tú me dijeras la verdad cuando te hiciste pasar por empresaria y gimnasta profesional, pero, cuando yo fingí ser millonario, era eso, una actuación. No tengo millones como para ir comprando empresas por gusto.

—¡Me has estado investigando! —exclamó ofendida.

—No.

—¿Cómo, si no, sabes lo de la gimnasia?

—Yo no te he estado investigando. Lo ha hecho Enrique, el hombre que me acompañaba el otro día cuando estuve aquí. Y no, no lo hizo porque yo se lo pidiera, lo hizo porque esto es un negocio serio y no una venganza. Esto, este momento, esta compra, no es sobre ti ni sobre mí, Eva, es sobre tu querida empresa, sobre tus trabajadores, sobre mi inversión, y me gustaría que aceptases

que ahora somos socios y no hay vuelta atrás. También te agradecería que te sentases y que hablásemos como personas civilizadas.

A ella le llevó casi un minuto tranquilizarse lo suficiente como para poder hacerle caso y sentarse. Pero al final lo hizo, porque él tenía razón y ya no

eran

Sergio y Violeta, dos personas a las que sólo las unía la pasión. Ahora ambos eran dueños de aquella compañía ante los ojos de la ley. Para bien o para mal, les tocaba navegar en el mismo barco.

—Tú me dirás —dijo con tono contenido.

—Como te decía, este despacho es tuyo. Me gustaría que de aquí en adelante fueras la gerente de la empresa. Tu máster en administración de empresas te capacita para ese cargo y, como bien dijiste el otro día, conoces el negocio a la perfección.

Eva no dijo nada ante el hecho de que él hubiera averiguado su titulación, aunque se sintió vulnerable y expuesta. ¡La había investigado! Y precisamente Sergio, al que hasta hacía poco procuraba mantener muy alejado de su vida real.

—¿Y tú qué puesto ocuparás?

—Ninguno, aunque me mantendré al día de todo. Sí que pasará a trabajar aquí Enrique. Es de mi total confianza, aunque tú estarás por encima de él.

—Y tú por encima de mí. —Fue incapaz de morderse la lengua.

Sergio suspiró.

—Supongo que has tenido bastantes problemas con Antonio por el hecho de que él tuviera el cincuenta y cinco por ciento de la empresa y tú y tu familia sólo el cuarenta y cinco. Te garantizo que eso no va a ser así de aquí en adelante.

—Ya.

Prefirió no contestar a aquella impertinente palabra y, tras un instante en el que sus miradas se batieron en duelo, continuó explicándole cómo sería en adelante el panorama en la empresa. Ella no habló mucho, prácticamente se limitó a observarlo con fijeza, y Sergio hizo todo lo posible para que sus ojos clavados en él no lo afectasen, ni aunque sus pupilas parecieran disparar rayos láser. Los negocios eran negocios.

27

Fue Enrique el que más se metió en el nuevo proyecto. Sergio quería darle un poco de margen a Eva para no agobiarla con su presencia, pues sabía que no sólo

estaba molesta porque él se hubiera metido en su vida, sino que también sentía como una invasión y un ataque los cambios en la empresa. Y sí, quizá la compra

se había hecho en contra de su voluntad, pero lo último que quería Sergio era convertir aquello en una guerra.

Así que se mantuvo apartado, atento a todo desde la sombra. Cada día

Enrique lo ponía al día sobre cómo iban las cosas, y dos días a la semana iba a

las reuniones que Eva organizaba con sus trabajadores. Una era el lunes por la mañana a primera hora y en ella trazaban una especie de plan de ruta para la semana, mientras que la segunda se realizaba el viernes justo antes de terminar la

jornada y durante el cuarto de hora o veinte minutos que duraba, todos hacían repaso de objetivos cumplidos y pendientes. Todo se llevaba a cabo en un tono

distendido, sin presiones ni broncas si alguien no llegaba a las metas que se habían propuesto a principios de semana. Aun así, y aunque Eva recibía con palabras amables los fracasos, Sergio se dio cuenta de que los trabajadores se

esforzaban para poder dar buenas noticias al final de la semana.

Las reuniones se celebraban en el antiguo despacho de Antonio, que había sido transformado en una sala de reuniones. Eva seguía en su mesa, junto al resto

de los trabajadores, y Enrique la alabó por aquello una de las veces que habló con Sergio.

—Crea una sensación de camaradería que funciona muy bien, la verdad.

Y si Enrique ya hablaba bien de ella tras aquellas pocas semanas trabajando juntos, después del viaje de dos semanas que hicieron a China, le faltó poco para

convertirse en su fan número uno.

Sergio estuvo a punto de ocupar su puesto en el viaje. Se moría de ganas por irse a China y más todavía si era acompañado por Eva, pero logró controlarse.

Un viaje así sólo conseguiría que se enfrentaran, y además Enrique era el mejor

preparado para aquella misión, pues, aunque mantenía a Sergio al tanto de todo,

era él quien de verdad se estaba dejando la piel por adaptarse a la nueva compañía y que todo funcionara bien.

Se consoló pensando en que así premiaba a Enrique y que él ya tendría otra oportunidad de visitar Oriente más adelante.

Y quizá no fue realmente una recompensa, pues apenas si hicieron turismo, como Sergio había imaginado que harían, y se limitaron a visitar empresas que

podían estar interesadas en la cartera de productos que ellos representaban, pero

lo cierto es que Enrique volvió más que encantado y hablando maravillas de Eva.

—¡Sabe chino!

—Eso ya me lo habías dicho.

—No, pero, en serio, ¡sabe chino! No es que en su currículum lo ponga, es que cerró la venta del vino en chino. Fue espectacular verla desenvolverse en ese idioma del demonio. Yo no entendía nada.

—Pues, entonces, el próximo viaje a Rusia.

—Ah, no, me habían informado mal, no habla ruso. Se lo pregunté y me dijo que no, pero, a cambio, sabe defenderse en árabe, lo cual es incluso mejor. Una

mujer increíble, de verdad. También ha encontrado comprador para el aceite y el

paté de oliva del señor Hernández.

Tras comprar la compañía, habían mandado una notificación avisando a todos sus clientes de que a partir de entonces también podrían tratar con ellos el tema

de las exportaciones por mar. Varias personas les habían respondido y, tras descartar todos los productos que no podían enviarse, le habían pasado todos los

datos a Eva. Si Enrique estaba en lo cierto, gran parte de los productos que se habían propuesto vender ya tenían comprador al otro lado del mundo.

Sergio se mostró satisfecho con la noticia, pero calló cómo se sentía realmente, pues, aunque sí que estaba contento por lo que le contaba, lo cierto es que el sentimiento imperante era la envidia. Le gustaría haber sido él quien hubiera viajado con Eva, le gustaría poder trabajar mano a mano con ella sin que su presencia la incomodara.

Mierda. La echaba de menos. Su cuerpo, su mirada, sus charlas, incluso cuando no sabía si lo que le estaba contando era real o sólo invenciones suyas. Había intentado olvidarla con otras mujeres, pero al terminar no se sentía satisfecho. Incluso había participado en una orgía en Inferno, pero pasó todo el rato mirando alrededor con la vana esperanza de verla aparecer como había ocurrido aquella primera vez.

Joder. Si de verdad hubiera querido olvidarla, aquellos métodos habrían sido infalibles, como lo habían sido en otras ocasiones, pero su mente volvía una y otra vez a ella porque realmente no quería pasar página. Todavía guardaba la esperanza de que, una vez que la situación se normalizara, ella volvería a buscarlo.

Estar juntos era la hostia. Eran pura dinamita.

Volverían.

Era viernes y se encontraba en la sala de reuniones de la empresa, escuchando cómo todos daban parte de cómo les había ido la semana, cuando le sonó el teléfono. Se le había olvidado ponerlo en vibración y se ganó una mirada reprobatoria de Eva. Salió de la estancia tras pedir en voz baja perdón y cerró la

puerta, quedando frente a ella para ver a través del cristal cómo seguía

transcurriendo el encuentro.

—¿Sí, dígame?

—Buenas tardes, soy Manuel y lo llamo de «Ninja Warrior».

A Sergio le dio un vuelco el corazón.

—¿Ha dicho «Nin... Ninja Warrior»?

—Sí, el programa de televisión.

—Sí, sí. Dígame.

—Me complace anunciarle que ha sido elegido para participar en el programa. La grabación tendrá lugar dentro de tres semanas en Madrid, le mandaremos toda la información por correo. ¿Puede confirmarme que el *e-mail*

que puso en la inscripción es correcto?

—Sí, ése es —asintió Sergio tras escucharlo en la voz del otro.

—De acuerdo, pues le mando ya mismo toda la documentación.

—¿Y sabe si mi amigo Álex ha pasado?

—Lo siento, no puedo darle información sobre otras personas. Sin embargo, sí quería comentarle también que su perfil nos ha gustado mucho y queríamos hacer un pequeño especial sobre usted.

—¿Un especial? —demandó con el ceño fruncido.

—Sí, iría un cámara a grabarlo y nos contaría un poco más sobre usted para que la gente lo conozca. En este caso, figura que la grabación la realizaría

conjuntamente con la señorita Eva María Cortés Molina.

Sergio se giró hacia la puerta y miró a Eva al otro lado del cristal. Ella escuchaba atentamente algo que Enrique estaba diciendo.

—Hummm... No sé yo si eso va a ser posible.

—¿Tiene usted algún inconveniente en grabar con ella?

—¿Yo? No. Pero quizá ella sí lo tenga en grabar conmigo.

—La señorita Eva María ya ha dado el visto bueno, señor.

Y justo en ese instante, ella lo miró y Sergio tuvo la corazonada de que sabía perfectamente con quién estaba hablando.

—Entonces, por mí, perfecto.

28

Unas horas antes

Su móvil sonó y, al mirar la pantalla, descubrió que la llamaba un número desconocido. Descolgó. Por su trabajo, estaba más que acostumbrada a recibir llamadas como ésa.

—Sí, dígame.

—Hola, ¿hablo con Eva María Cortés?

—Sí, soy yo, ¿quién es usted?

—Soy Manuel, la llamo de «Ninja Warrior».

—¿Ha dicho «Ninja Warrior»?

Él se rio ante su tono de sorpresa.

—Sí, el programa de televisión. Ha sido usted seleccionada para venir a Madrid y participar en las pruebas.

—¿En serio? ¿En el programa de televisión, con cámaras y todo eso?

—Sí, ya no hay más *castings* ni filtros. Vendrá usted aquí a hacer el circuito oficial, con el público, las cámaras...

—¿Y ha dicho que es en Madrid?

—Sí; tendría que estar usted aquí el jueves 14 a las nueve de la mañana y pasar en las instalaciones todo el día.

Por costumbre, Eva garabateó la información en una hoja en blanco que tenía cerca, aunque después preguntó:

—¿Tengo que ir a la fuerza?

—¿Cómo? ¿Es que no desea participar?

—Yo... sí, no, no sé. —No quería quedar mal ante el hombre con el que hablaba, así que se excusó con algo que era cierto, aunque no fuera su motivo real para estar dudando si ir o no—: Es que tengo un trabajo bastante exigente y no sé si podré escaparme para estar un jueves en Madrid, ¿sabe?

—Bueno, pues... —Él dudó un instante—. Podría no venir, claro. Y normalmente sólo pedimos que, en caso de que alguien decida en el último momento no presentarse, nos avise por correo o teléfono, pero lo cierto es que a usted queríamos proponerle algo un poco distinto y necesitaríamos confirmación de que va a venir.

—¿De qué se trata?

—Verá: su perfil nos ha interesado no sólo por sus estupendos resultados físicos, que permítame que le diga que son muy buenos, sino también por sus motivos para presentarse al programa.

—¿Mis motivos para...?

Al caer en la cuenta de qué quería decir, se interrumpió y él le tomó el relevo.

—Sí, lo del cromañón, y leo literalmente, que le dijo que usted no podría hacerlo.

—Ya...

—Hemos pensado que su historia podría gustar; muchas mujeres podrían sentirse reflejadas en usted y seguro que quieren saber más cosas sobre la chica

de metro sesenta que es capaz de superar a muchos hombres en «Ninja Warrior».

La lucha de géneros siempre resulta interesante.

—Ya...

—Así que mandaríamos un equipo de grabación para que la filme entrenando o... no sé, algo representativo de usted. Y nos interesaría también que su amigo estuviera presente.

—¿Mi amigo?

—Al que se refiere como cromañón. Por el vídeo, suponemos que estaba con usted en el *casting*, ¿no? Parece que lo mira al hablar de él. También hizo las

pruebas, ¿verdad?

—Sí.

—¿Cómo se llama? Tengo aquí a varios de su grupo: Álex, Roberto, Sergio, Antonio...

—Sergio.

—De acuerdo, pues con él todavía no hemos hablado, pero si usted nos da el visto bueno para la grabación y nos confirma que va a poder venir a Madrid para

el día 14, yo mismo me encargo de llamar a Sergio hoy sin falta y lo informo de

todo esto. ¿Qué le parece?

Eva sentía que el corazón le latía a toda velocidad. Tragó saliva con cierta dificultad mientras intentaba pensar con claridad.

—Eva María, ¿sigue ahí?

—Sí, sí. Estaba pensando. Me deben días libres en el trabajo, los cogeré para poder ir el día 14.

—Estupendo, me encanta oír eso. Entonces le mando toda la documentación a su correo y, en cuanto sepa algo más sobre la grabación allí en Barcelona, la llamo yo o alguien de mi equipo, ¿de acuerdo?

Cuando colgó, se quedó durante un buen rato en silencio, mirando el teléfono.

¿Qué acababa de hacer? ¿Y por qué estaba nerviosa y emocionada en lugar de arrepentida? Se había dicho una y mil veces que tenía que mantenerse alejada de

Sergio y a la primera oportunidad...

29

Cuando terminó la reunión, se desearon buen fin de semana y Eva y Sergio no tardaron en quedarse solos. A Enrique le extrañó un poco que su jefe no se levantara del sitio que había vuelto a ocupar tras la llamada de teléfono, pero, cuando le preguntó si se iban juntos, éste le contestó que tenía algo que hablar con Eva, así que se despidió y se marchó cerrando tras él.

—Supongo que te han llamado del programa —dijo ella mientras agrupaba todas las hojas que había extendido sobre la mesa durante el encuentro.

—Así es, me han cogido. Y a ti también, por lo que me han dicho.

—¿Sabes si Álex también ha entrado?

—He preguntado, pero no han querido decírmelo. Protección de datos.

Supongo que, si Carla no me ha llamado para contármelo, todavía no lo han llamado. Aunque estoy casi seguro de que lo harán, porque las pruebas le salieron mejor que a nosotros.

—Ya, sobre eso...

—¿Qué? —interrogó al darse cuenta de que ella apartaba la mirada, incómoda.

—Pues que tengo la sensación de que nos han cogido por lo que escribí en mi hoja de inscripción.

—¿El qué?

Prefirió soltarlo de golpe.

—Lo de cromañón.

—¿Y por qué tienes esa impresión? Las pruebas nos salieron bien a los dos.

—Pues porque me lo han dicho ellos mismos. Las pruebas también fueron bien, claro, podremos defendernos en el programa y no hacer el mayor de los ridículos, pero... ¿te han dicho que quieren venir a grabarnos antes?

—Sí.

—Pues sospecho que van a intentar que se centre en que tú no me creías capaz de hacerlo porque soy mujer y...

—No era por ser mujer —protestó Sergio—, era porque eres bajita y, sinceramente, no aparentas lo fuerte que estás. Pero después de haber visto las pruebas...

—Lo sé. Por eso, he pensado que en la grabación podríamos intentar enfocarlo como un pique entre nosotros y no como una guerra sexista, que es como creo que van a intentar hacerlo los del programa. Diremos que ambos somos muy competitivos y listo, que es un pique de amigos y no una lucha de géneros, al menos no en el sentido estricto de la palabra. En caso de que nos propongan usar la palabra «cromañón», nos negaremos.

—Quizá sólo quieran darle un enfoque divertido.

—Sergio —su voz sonó preocupada—, nos van a ver miles de personas.

Cientos de miles. No todos entenderán la broma y la gente es muy susceptible con estos temas. Saltan a la mínima. Te tildarán de machista. Y lo que sale en televisión, dura para siempre. Dentro de veinte años puede que te veas de nuevo

en la tele, en un programa de esos que cogen trozos de otros programas que son

graciosos o se han hecho famosos por algo. Incluso tus nietos podrían llegar a verte en el futuro como el cromañón de «Ninja Warrior». ¡Harán memes de nosotros si no lo hacemos bien!

—Bueno, bueno. Nos estamos poniendo en lo peor. Quizá ni siquiera quieran enfocarlo así.

—Si nos lo piden, nos negaremos, ¿de acuerdo?

—¿Por qué te importa tanto? —planteó él con curiosidad—. Sólo me perjudicaría a mí. De hecho, deberías estar deseando que me despellejaran vivo

en televisión. Sería la venganza perfecta.

Eva se giró un poco en su silla, centrando de nuevo la atención en los papeles que tenía sobre la mesa. Los ordenó una vez más, aunque ya estaban perfectamente colocados.

—No quiero que nada pueda perjudicar la imagen del mayor accionista de esta empresa.

Sergio disfrutó durante un instante de lo que ella no decía, de lo que su mirada huidiza indicaba, y es que estaba seguro de que aquél no era el único motivo por el que no quería que los lobos de la audiencia televisiva se le echaran encima.

¿Habían enterrado el hacha de guerra? ¿Se preocupaba por él?

Se animó a preguntar:

—¿Has comido?

—Todavía no.

—¿Qué te parece si almorzamos juntos? —Al ver un atisbo de duda en sus ojos, se apresuró a añadir—. Así me cuentas qué tal os fue en China. Enrique me

ha comentado que has encontrado compradores para prácticamente todos los productos que te propusimos.

Ella asintió con energía.

—Sí. Resultó un viaje muy productivo.

—¿Y qué me dices de la comida?

—Pues deberías haber visto a Enrique cuando le dije que lo que estábamos comiendo era serpiente.

Sergio se rio y se puso en pie.

—Me refería a mi propuesta de almorzar juntos, pero si metes en una misma frase «Enrique», «comida» y «serpiente», no te dejo opción a negarte. Comemos

juntos y me lo cuentas sí o sí.

—De acuerdo.

Se trató de una comida muy agradable. Fueron a un restaurante que había en el propio polígono industrial y que estaba de bote en bote a aquellas horas.

Resultó un encuentro muy diferente a los que habían mantenido antes: sin insinuaciones, sin miradas sexis, sin roces bajo la mesa, sin comentarios

picantes, sin promesas veladas...

Se limitaron a hablar de la empresa como buenos profesionales que eran.

Y, aun así, Sergio podía sentir la tensión que había entre ellos. ¿O eran sólo imaginaciones suyas? Dios, la deseaba. Mucho. Muchísimo. Mientras la

escuchaba hablar, tenía que controlar que su mirada no se fuera a la abertura de

su camisa, que mostraba su tímido escote. Tampoco podía mirar con toda la fijeza que deseaba el lunar que decoraba su piel a tan sólo un centímetro del labio superior, porque entonces era muy consciente del movimiento de sus labios

y era incapaz de escucharla. Por suerte, sí podía mirarla fijamente a los ojos y descubrir todavía más matices de color en sus iris de los que ya conocía.

Joder, ¿qué le estaba pasando? Los anhelos insatisfechos eran una puta mierda que jugaba con su mente.

Al despedirse, ella no supo cómo hacerlo: ¿dándole la mano?, ¿con dos besos? Eso le recordó la escena del aeropuerto y Sergio no pudo evitar reírse.

Ella, con cierto nerviosismo, lo imitó.

En un arrebato, Sergio confesó:

—Me gustaría darte dos besos. O mejor uno y no precisamente en la mejilla, pero en nuestra situación actual... —le tendió la mano—, supongo que esto es lo

mejor, socia.

Eva tardó unos segundos en corresponderle al apretón y, cuando lo hizo,

mirándolo fijamente a los ojos, Sergio deseó que el brillo que veía en los de ella

fuese un deseo contenido idéntico al que él sentía, porque eso significaría que sólo tenía que tener paciencia.

30

Una semana después, un trabajador de «Ninja Warrior» llamó a Eva para pedirle

más información: ¿qué deportes practicaba?, ¿qué relación la unía a Sergio?,

¿qué era lo que más destacaría de su vida?, ¿tenía algún lugar preferido donde quisiera grabar? Fue un bombardeo, un interrogatorio de casi quince minutos del

que salió incluso un poco mareada. Y eso que sus clientes también solían hacerle

muchas preguntas y en ocasiones había estado horas al teléfono hablando una mezcla extraña de inglés y chino, pero a aquello ya estaba acostumbrada.

Al final consiguió convencer a su interlocutor de que no deseaba que se

enfocara el tema como una guerra entre sexos donde dejaran en evidencia a Sergio y consiguió llevárselo a un terreno con el que se sentía más cómoda: el empoderamiento de la mujer. Tras decirle al del programa que su trabajo y su gimnasio estaban a muy poca distancia, el boceto de la grabación quedó así: grabarían algunas escenas en su oficina, comentando que era una empresaria dedicada en cuerpo y alma a su negocio, y después pasarían a sus entrenamientos

en el gimnasio, diciendo que necesitaba el deporte para sentirse realmente viva.

Unirían ambas facetas con la competitividad, y el hombre le manifestó que le gustaría grabar varias tomas en las que desafiase a Sergio corriendo, escalando...

También le preguntó si tenía algún inconveniente en que se centraran en su baja estatura.

—Imagínate un primer plano de ti que se va abriendo y muestra a un Sergio que tiene su brazo apoyado en tu hombro, demostrando la diferencia de altura. El

sonreirá satisfecho, te dará unas palmaditas en la cabeza, y tú le apartarás bruscamente el brazo antes de hacerle un gesto hacia el rocódromo para enzarzaros en el desafío de ver quién sube más rápido.

—No sé si Sergio sabe escalar.

—Mejor, así tu victoria será más evidente.

—Bueno, supongo que podemos verlo cuando estemos los tres juntos, ¿no?

—ganó tiempo ella.

Aunque lo cierto es que al final la grabación se hizo tal y como el hombre se la había imaginado. Se llamaba Lucas y era una persona muy simpática y habladora que consiguió que se olvidaran un poco del ridículo y comprendieran

que la tele necesitaba algo divertido o, como él lo llamó, algo de «chicha».

Joan, que en cuanto Eva le comunicó que los del programa querían ir a grabar a su gimnasio se puso como loco, se deshizo en atenciones hacia las cámaras.

Les propuso grabar el circuito que imitaba al de «Ninja Warrior», consciente de

que podía ser una publicidad muy beneficiosa para su gimnasio, y, aunque al principio los cámaras se negaron, al final le sugirieron a Eva grabarla haciendo

la prueba de la araña para que, una vez que estuviera entre las dos paredes acristaladas a las que debía sujetarse, gritara: «¡Soy una *ninja warrior!*!».

Para cuando el equipo de grabación se dio por satisfecho y se marchó tras despedirse y desearles mucha suerte en el concurso, Eva y Sergio estaban

agotados de haber tenido que soportar durante toda la mañana a aquellos

hombres que rezumaban energía.

Joan los invitó a una cerveza en el bar del gimnasio y, mientras iba a buscarlas al arcón y ellos se sentaban a una mesa próxima, Sergio dijo:

—Gracias.

—¿Por qué? —quiso saber ella, sorprendida.

—Tenías toda la razón el otro día cuando hablamos de lo de la grabación.

Querían exprimir al máximo el tema del cromañón y hoy me han vuelto a insistir

varias veces. Te agradezco que no les hayas dejado, porque, si no hubiéramos hecho un frente común, el Lucas ese me come vivo.

—No te habrías merecido la lluvia de malos comentarios que te habrían caído

encima. De vez en cuando sueltas cosas un poco de troglodita, pero aprendes rápidamente si te demuestran que no tienes razón. Eres un buen tío.

—Vaya, gracias.

—Gracias a vosotros —intervino Joan, sentándose junto a ellos en la mesa

tras dejar tres botellines. Cogió el suyo y lo acercó al de Eva para brindar—.

A ti.

—¿Por?

—Por elegir como *set* de grabación mi gimnasio. Te estaré eternamente agradecido.

—No quiero tu eterno agradecimiento. Con que me regales el entrenamiento de las próximas semanas, me doy por contenta.

—Hecho.

—¿En serio?

—Te he dicho que te estoy muy agradecido.

—¡Vaya, gracias! Y oye, mira, por ser tan bueno, voy a conseguirte un cliente nuevo. Sergio, ¿por qué no te apuntas al entrenamiento específico que ha preparado Joan para los que hemos pasado las pruebas del programa?

Aunque la miraba a ella, Sergio pudo ver por el rabillo del ojo la cara de disgusto que puso Joan antes de que la ocultara tras una máscara de indiferencia.

No le caía bien, eso lo tenía clarísimo. No sabía si era por el primer encuentro que tuvieron, en el que insinuó que sólo se dedicaba a mirar el culo de Eva, o porque lo consideraba un rival en el interés de Violeta, pero, fuera como fuese, a

Sergio le importaba una mierda.

—¿Vas a entrenar a la gente para el concurso?

—Sí. Del gimnasio han cogido a unos cuantos y he pensado que sería

interesante.

—Tú también te presentaste, ¿no? —preguntó, como si no recordarse del todo bien haberlo visto en la cola, hablando con Eva.

—Sí, y me han cogido también. Dicen que tengo una de las mejores puntuaciones del programa. ¿Qué puntuación tienes tú?

Sergio bebió de su cerveza ocultando una sonrisa. Vale, lo tenía calado. Lo que lo volvía contra él era la posibilidad de que ambos estuvieran interesados en

la misma chica. Si no, no estaría así de chuleta, intentando quedar por encima de

él a ojos de Eva.

Pero le sacaba unos cuantos años a aquel muchacho y no iba a jugar a aquel estúpido juego.

—Ni idea —contestó a la vez que negaba con la cabeza—, supongo que habré sacado un cinco raspado si no han querido decírmelo.

—A mí tampoco me han dicho ninguna nota —intervino Eva con el ceño ligeramente fruncido—. ¿Eso será malo? Me dijeron que tenía buenos resultados, pero no me dieron ningún valor numérico.

—Estamos dentro, es lo que importa —la tranquilizó Sergio con una sonrisa.

—Eso —apostilló Joan, y Sergio le espetó mentalmente «Llegas tarde, capullo».

—¿Y Álex? —preguntó Eva—. ¿Lo han cogido?

—Sí. Carla me llamó como loca al día siguiente. Pero a él no le van a hacer ninguna entrevista especial ni nada por el estilo.

—Normal, no todos somos tan interesantes como María —dijo Joan, dejando claro que a Sergio sólo lo habían filmado por estar junto a Eva en el momento adecuado y en el lugar oportuno.

—¿Y lo han citado el mismo día que a nosotros?

—Supongo, ¿no grabamos todos el mismo día?

—No —negó Joan—, me parece que hay tres sesiones de grabación para tres emisiones distintas. Y ya, los que lleguen a la final, tendrán que volver para un último programa.

—Pues ni idea. Si me dijo una fecha, no le presté atención porque supuse que todos íbamos el mismo día. Y, oye, ¿en qué consiste exactamente el programa ese que ofreces?

—Pues en preparar a la gente para el «Ninja Warrior» —contestó el otro, sin mucho ánimo por convencerlo de todas las maravillas de su plan de entrenamiento.

—Ya, ¿y cómo lo haces? ¿Deberé hacer el circuito una y otra vez hasta que me salga perfecto?

—Más o menos.

—No sólo es eso —protestó Eva—, también hacemos entrenamientos de fuerza específicos y nos hace un plan personalizado tras ver cuáles son

nuestras

fortalezas y debilidades. Joan es un máquina en estas cosas.

Él le sonrió con gratitud por sus palabras, a la vez que tendía una mano hasta posarla sobre la de Eva. Al ver el gesto, Sergio soltó:

—Pues, si tan maravilloso es, me apunto. Entrenamos juntos, ¿no, Eva? En el programa seguro que nos emparejarán.

Una sensación de triunfo lo embargó al ver que había logrado borrarle a Joan su estúpida sonrisa.

31

Sergio estaba acostumbrado a hacer deporte, iba tres o cuatro veces a la semana

al gimnasio para mantenerse a tono y podía presumir de un cuerpo fuerte y atractivo. Sin embargo, hacer actividad física para estar bien y entrenar para algo

en concreto era muy diferente, y más si ese «algo en concreto» era, ni más ni menos, que pasar el «Ninja Warrior», una de las pruebas más desafiantes que había para deportistas.

¿Un triatlón? ¿El Ironman? Se reía él de todo eso. Joan iba a matarlos con sus entrenamientos específicos, pues, como había dicho Eva, no sólo los hacía

superar el circuito, sino que también les ponía ejercicios concretos para

desarrollar todos los músculos que necesitaban para la prueba. En el caso de Sergio, necesitaba más fuerza en el tren superior, pues donde mayor dificultad tenía era en las pruebas en las que debía colgarse y avanzar por el circuito sólo

con la fuerza de sus brazos. Eva, en cambio, donde más tenía que practicar era en coger potencia de piernas. Se le resistía muchísimo la prueba del muro, la que

le habían permitido repetir en el *casting*, y es que, para alguien de menos de un metro sesenta, saltar y alcanzar el borde de una pared de más de cuatro metros de

altura resultaba todo un desafío.

Así que, durante las semanas siguientes, Sergio sufrió bastante y agotó su cuerpo como nunca antes. Aunque, al menos, así consiguió conocer un poco más

a Eva. Había sido ella la que le había sugerido que se apuntase y, aunque su relación no había vuelto a ser la misma de antes, entre ellos ya no había malos

rollos. Solían entrenar a la misma hora, a mediodía, y, aunque durante sus ejercicios no podían hablar demasiado, después Sergio había cogido la

costumbre de quedarse a almorzar con ella.

Descubrió muchas cosas de su ángel, entre ellas que solía comer en el gimnasio todos los días. Se llevaba un táper de casa y allí, en la cantina del local, le servían una cerveza bien fresquita que, tras un entrenamiento extenuante, entraba de maravilla. También se enteró de que había empezado a hacer deporte

de forma intensiva hacía aproximadamente cinco años, poco después de empezar

a trabajar en la compañía. Durante sus primeros meses en el negocio, y sobre todo después de la muerte de su padre, cogió peso casi sin darse cuenta.

—Gané cinco kilos en unos pocos meses. Y ya sé qué me vas a decir, pues tampoco son tantos, o incluso puede que me digas lo que me ha soltado alguna que otra persona cuando se lo he explicado: que seguro que los cinco kilos me

vendrían bien porque estoy muy flaca... pero lo cierto es que yo me sentí supermal con ellos. Éste es mi peso, siempre he tenido este tipo de constitución,

y esos cinco kilos me pesaban un montón. Me hacían sentir mal física y emocionalmente. Así que decidí hacer deporte de forma constante. De joven había hecho mucho, pero en los últimos años lo había dejado. Y, fíjate, ahora mi

pasión es salir a correr, hacer escalada antes de comer y después del trabajo divertirme un rato con las clases de *pole dance*.

—¿Vas todos los días a baile?

—No, qué va. Solía ir dos días a la semana y ahora sólo voy uno, porque esto del «Ninja Warrior» me deja para el arrastre.

—Te veo muy entregada. Quieres ganar, ¿eh?

—Las cosas o se hacen bien o no se hacen. Apunta a las estrellas y llegarás a la luna.

—Sabes que esto tiene mucho de suerte, ¿no?

—Por supuesto, pero, cuando falle, no podré sentirme culpable por no haber dado lo mejor de mí.

Le gustaba su filosofía, y más sabiendo que también la aplicaba a la empresa.

Aprovechando que tenía que desplazarse todos los días al polígono para entrenar,

pasaba las tardes en TranSolutions, embebiéndose de todo e intentando aprender

el funcionamiento del comercio transoceánico.

Eva solía quedarse hasta bastante tarde y muchos días seguía delante del ordenador varias horas después de que todos sus trabajadores se hubieran ido.

Sergio la acompañó algunos de esos días interminables por pura curiosidad.

Estaba convencido de que no iba a pasar nada entre ellos por mucho que se quedase con ella hasta la madrugada, a solas en la oficina; ya no recibía ese tipo

de señales por parte de Eva, pero a él sí que le gustaba poder saber más sobre su

vida, verla en su salsa, como dirían algunos. Y después de las semanas tirantes

que había habido entre los dos, poder estar más tiempo con ella se le antojaba casi como un premio. Además, aprendía muchísimo viéndola trabajar y la

seguridad con la que actuaba le daba paz interior sabiendo que había hecho una

buena compra al adquirir la mayor parte de la compañía.

Una de las veces en que la acompañó en su jornada maratónica de trabajo, tuvo el placer de verla hablando chino.

Enrique tenía razón, era todo un espectáculo. Ver sus labios moverse para pronunciar aquellas melódicas frases incomprensibles para Sergio resultaba casi

hipnotizante. La observó fijamente, sin poder disimular su pasmo, durante todo lo que duró la videoconferencia que mantenía con uno de sus compradores habituales en China.

—¿Puedes dejar de mirarme así? —planteó ella tras terminar la videollamada.

—¿Así, cómo?

—Así —lo señaló—. La próxima vez no te dejaré quedarte hasta tan tarde, por muchos papeles que quieras revisar.

—No puedes echarme de aquí, esto también es mío.

—Para mi desgracia —dijo ella, soltando un teatral suspiro.

Desde que se había dado cuenta de que Sergio no tenía intención de imponer su voluntad y cambiar todo a su antojo en la empresa, su odio hacia aquella nueva situación se había rebajado bastante.

—¿Qué hora es en China?

—Pues bastante temprano, pero el señor Lee madruga mucho. Pensaba que lo hacía por mí, por estas videoconferencias, pero no, siempre se despierta sobre las

cuatro o cinco de la mañana.

—¿Y a qué hora se acuesta?

—Mucho antes que nosotros —aseveró ella a la vez que apagaba la pantalla del ordenador—. Porque mira que la horita que se nos ha hecho... Y yo porque tengo que hablar con el señor Lee, pero ¿tú qué haces aquí?

—Morir de *karoshi*. ¿Ves? Yo también sé chino.

Eva sonrió ante la afirmación de Sergio.

— *Karoshi* es japonés, pero tienes buena memoria —le concedió,

secretamente feliz porque recordara eso de su conversación.

—Y tú, ¿por qué hablas tan bien chino? Me lo había comentado Enrique, pero pensaba que lo chapurreabas... que usabas mitad inglés, mitad chino, pero no.

—No sé, soy buena con los idiomas.

—¿Cómo que «No sé, soy buena con los idiomas»? O eres un Einstein, o tú has tenido que estudiar chino.

—Por supuesto que he estudiado.

Eva se rio y, con gesto relajado, abrió una cajonera de debajo de su mesa y sacó algo. Sergio, sorprendido, miró el bote de Nocilla que ella acababa de colocar sobre la mesa. No dijo nada mientras la veía abrir el tarro y, con una pequeña cuchara que suponía había sacado también del cajón, llevarse a la boca

una generosa porción de aquel dulce que paladeó con deleite frente a sus ojos.

Mierda. Sintió que se le ponía dura al ver cómo ella cerraba los ojos por el placer y relamía la cuchara. Se removió inquieto en la silla, repitiéndose una y otra vez: «No hay tensión sexual, no hay tensión sexual, no hay tensión sexual»,

aunque la tirantez de su pantalón decía otra cosa muy distinta.

—¿Quieres? —ofreció ella—. No tengo otra cuchara, pero te dejo la mía o, si te da un poco de asco, puedes meter el dedo. No me importa.

Sergio la miró intentando adivinar si todo aquello iba con dobles intenciones.

¿En serio le había propuesto que metiese el dedo en la Nocilla? Debía de haber

preparado todo aquello para provocarlo, aunque no entendía por qué, si era

precisamente ella la que quería poner distancia. Miró el bote. No estaba recién empezado, como cabría esperar si era una treta. Iba por la mitad y Sergio se imaginó a Eva dándose un capricho de Nocilla en plena oficina cuando nadie la

veía o cuando terminaba tarde de trabajar.

—¿No te gusta la Nocilla? —demandó ella al ver que él no decía nada.

—No, sí, sí. Lo siento, es que... ¿en serio te la comes a cucharadas?

—El pan está sobrevalorado. ¿Quieres o no?

—Sí, claro. Hace siglos que no tomo Nocilla.

Para ver cómo reaccionaba, descartó la cuchara y metió un dedo en el

cremoso dulce. Después se llevó el dedo a la boca y, mirándola para ver su respuesta, lo lamió. No lo hizo de forma provocativa, o al menos no mucho.

Aun así, fue suficiente.

Supo que ella no se había dado cuenta de lo erótico que podía resultar aquel

vicio al chocolate, que no lo había hecho aposta. Sus ojos se lo confesaron cuando se abrieron desmesuradamente al verlo a él saborear el dulce, todavía con el dedo en la boca. Se giró rápidamente en la silla, apartando la mirada, y al

ver que la pantalla de su ordenador ya estaba oscura y allí no había nada interesante, siguió girando en su silla.

Fue un momento bastante cómico, pues acabó dando una vuelta completa

hasta acabar de nuevo mirando a Sergio, sin saber muy bien qué hacer o decir.

Su incomodidad y el saber que no sabía dónde meterse logró que él se echara a

reír.

—Lo siento, pero has empezado tú.

Ella no se hizo la tonta. Cerró el tarro de Nocilla y lo volvió a esconder en el cajón a la vez que decía:

—Nunca podré volver a comer Nocilla.

—No te lo crees ni tú —se carcajeó él.

—Es verdad, me gusta demasiado.

Se echaron a reír y Sergio se sintió aliviado al darse cuenta de que habían conseguido transformar en risas un momento incómodo que podría haberse convertido en un nuevo motivo para imponer distancia entre ambos.

—Te has quedado a mitad de contarme cómo hablas tan bien chino —dijo él en un intento de que Eva no pudiera darle muchas vueltas a lo que acababa de suceder.

—Pues tomé clases durante varios años, aunque sin duda cuando más progresé fue cuando me ligué al profesor. Tienen razón al decir que los idiomas

se aprenden en la cuna o en la cama.

—¿Has estado con un chino?

—Se llamaba Huang, aunque los alumnos lo convertimos en Juan.

—Creo que nunca he estado con una asiática... —Sergio hizo memoria—. No, con ninguna. ¿Y qué tal es?

—¿Hacerlo con alguien de China? Pues no te lo vas a creer, ¡pero también tienen pene!

—Oh, vamos, sabes a qué me refiero. Los latinos se sabe que son ardientes; de los negros se dice que las tienen grandes; de los ingleses, que son un poco fríos...

—Pues con Juan era... yo qué sé. Normal. Decía palabrotas en español y cosas bonitas en chino. Eso me hacía mucha gracia, la verdad.

—¿Y el árabe? Me comentó Enrique que también lo chapurreas.

—Sí, bueno, pero ni punto de comparación con el chino. Sé saludos, números, formalismos, frases típicas de los negocios..., pero en cuanto se salen un poco del guion, lo paso mal.

—Para mí ya sería todo un logro saber siquiera saludar. Soy horrible para los idiomas. Mi inglés... uff, tengo un acento de risa.

— *Really?*

—De verdad.

— *Come on, say something in English!*

—¡No voy a decir nada! Ni loco.

—Al menos entiendes lo que digo.

—Si no lo hiciera, a mi padre le daría un infarto, después de todo el dinero que se gastó en mis clases.

—Bueno, por lo menos ya tienes más nivel que el ochenta por ciento de la población española.

Sergio aprovechó el momento distendido que estaban disfrutando para coger el marco de fotos que Eva seguía teniendo sobre la mesa. Sentía curiosidad por

aquella imagen que ella se había negado a enseñarle el primer día que estuvo allí

y, aunque ya había tenido oportunidad de verla, quería saber qué escondía realmente.

—¿Es tu gato? —preguntó mirando la instantánea que, en esa ocasión, Eva no le había impedido coger.

—Se llama *Leo*.

—Le pega más... no sé... *Copito de nieve*.

—Pero es *Leo*, por nombre y por zodiaco.

Era un precioso animal totalmente blanco y la imagen era simplemente perfecta: el felino estaba sentado sobre el hombro de su dueña de forma

orgullosa y enroscaba el rabo en torno al cuello de Eva. Ella no miraba al objetivo, sino que observaba de reojo al animal con una sonrisa divertida en la

cara. Habían pasado la foto a blanco y negro y el contraste de tonos era simplemente delicioso.

—Preciosa —dijo, y después, sabiendo que se arriesgaba, pero sin querer quedarse aquello dentro, añadió—: Y la foto también.

32

El día 13 llegó rapidísimo entre entrenamientos, preparativos para el viaje y

trabajo, mucho trabajo. Alex también había sido citado el día 14, así que Carla y

Sergio decidieron hospedarse en el mismo hotel.

—Se lo dirás a Eva, ¿no? —dijo Carla—. Igual incluso podéis compartir habitación y así ahorraréis.

—Ya, claro.

—¿No se suponía que los catalanes erais muy agarrados?

—Me temo que no tanto.

—Pero, aun así, se lo dirás, ¿no? Si no lo de compartir habitación, al menos sí lo de que se hospede en el mismo hotel que nosotros. ¿O prefieres que se lo proponga yo? No me has contado mucho de cómo sigue la cosa entre vosotros.

—No, no te preocupes, se lo diré yo. Estamos bien ahora.

—¿Volvéis a tener una relación?

—No, pero parece que hemos enterrado el hacha de guerra y pasamos bastante tiempo juntos, tanto entrenando como en la oficina.

—Si es que mira que comprar la mitad de su empresa sin decirle nada...

—Quizá habría podido decirle algo si tú no nos hubieras grabado a escondidas y después le hubieras mandado el vídeo.

— *Touché*. Intentaré arreglarlo estos días, no te preocupes.

—No, mejor no. Deja las cosas como están, que así están bien.

—Vale, no diré nada..., salvo que, cuando nos veamos, el momento sea

demasiado incómodo.

—Si quieres pedirle perdón a la cara por lo del vídeo, me parece bien. Lo que no quiero es que me metas a mí.

—De acuerdo, lo pillo, lo pillo. Te mando un enlace con el hotel que hemos visto, para que se lo puedas enseñar a Eva.

Pero lo cierto es que su socia no se interesó por cómo era el hotel. Aceptó su propuesta sin pensarlo y Sergio sintió cómo la tensión que había estado acumulando antes de decírselo se disolvía y en su lugar se sentía feliz.

—Yo también había estado pensando que podríamos ir en tren hasta Madrid.

¿Qué te parece? No necesitamos coche porque una vez allí será fácil moverse en

metro. He estado buscando y cerca del Madrid Arena hay una parada.

¿Que qué le parecía? Pues que le encantaba oírle hablar en plural, en un *nosotros* que le permitía soñar con que pronto volvería a acariciar aquella piel, a hundirse en sus profundidades, a saborear sus besos.

—Perfecto.

Así que el miércoles trabajaron por la mañana y, después de comer, se encontraron en la estación de Sants, con poco equipaje y más nervios de la cuenta. En tres horas se plantaron en Madrid y allí los recibieron Álex y Carla, que habían llegado esa misma mañana.

—¿Cómo dos respetables profesores por aquí a mitad de semana? A saber qué mentira le habéis contado a vuestros jefes para poder hacer pellas.

—Días de asuntos propios. No tenemos ni que explicar para qué los queremos

—se rio Carla a la vez que le daba a su amigo dos besos en la mejilla—. ¿Y vuestros jefes se lo han tomado bien?

—Bueno, bueno —dijo Sergio—. Mi jefe no parecía estar muy de acuerdo.

Carla y Álex miraron a Eva con sorpresa.

—¿Le has puesto pegas para venir? ¡Eso es que tienes miedo de que te supere!

Ésta no fue capaz de responder, pillada por sorpresa. ¿Sergio les había dicho que ella era su jefa o por qué habían llegado tan rápido a aquella conclusión?

—Ha sido mi padre... que si estaba loco por venir aquí, que qué tonterías eran éstas... Ha intentado ahogarme en trabajo esta semana y he tenido que ventilarme

en dos días y medio lo que normalmente hago en cuatro o cinco. Algunos de nuestros clientes no están muy contentos por las horas algo intempestivas a las que tuve que llamarlos...

Se rieron y, aunque el ambiente parecía relajado, como el de cuatro amigos que hace tiempo que no se ven y al fin logran encontrar unos días para pasarlos

juntos, Eva se mostraba poco receptiva con Carla, que intentó ganársela con varias bromas y comentarios, sin mucho éxito.

Todos eran muy conscientes de esa tirantez y, cuando Eva anunció que iba al cuarto de baño en uno de los bares a los que entraron, Sergio le dio un codazo a

Carla nada más perder de vista a Eva.

—Ve al baño y habla con ella.

—¿De qué?

—Del tiempo, ¿no te jode? ¿De qué va a ser?

—¿Crees que sigue cabreada conmigo por lo del vídeo?

—¿Es que le has hecho algo más?

—No, pero...

—Ve y mira a ver si lo arregláis —la animó también Álex—. No me gusta que haya malos rollos. Se la ve buena chica.

Carla asintió con la cabeza y, agachándose, cogió su mochila y se dirigió al baño. Para cuando llegó, Eva ya se estaba lavando las manos. Ganó tiempo al decirle:

—¿Te importa sujetarme esto un momento? —Le tendió la bolsa de cuero y entró al retrete, desde donde le hizo algunos comentarios sobre Madrid y el programa.

Eva contestó con monosílabos.

—Me he dado cuenta —comentó al salir, mientras se dirigía hacia la pila para lavarse las manos— de que no hemos hablado desde lo del vídeo. —La rubia no

le contestó—. De hecho, ni siquiera me contestaste al mensaje que te mandé explicándotelo todo.

Alzó la mirada y vio que Eva la observaba fijamente a través del espejo. Le

dio un poco de miedo lo sería que estaba, y más todavía cuando no se molestó en

responderle, aunque no apartaba los ojos de ella.

—¿No contestas? —demandó, secándose las manos con papel.

—No me has preguntado nada.

Carla se giró y preguntó:

—¿Estamos bien? Tú y yo, me refiero.

—Me grabaste, Carla. Sin avisarme, me grabaste practicando sexo y después me lo mandaste. ¿Cómo quieres que me sienta?

—Yo... lo siento. Era sólo un juego, pensé que sería divertido. Habíamos estado antes hablando del tema y...

—No te dimos nuestro consentimiento. Lo hiciste a nuestras espaldas.

—Lo sé y lo siento. No volverá a pasar.

—No, ya sé que no, porque sé que contigo no puedo bajar la guardia y a partir de ahora estaré alerta.

—¡No! Te juro que no volveré a hacerlo. Te prometo que puedes confiar en mí al ciento por ciento. Soy buena gente, de verdad..., sólo que de vez en cuando

hago alguna cosa que quizá no está bien vista, sobre todo cuando estoy con Sergio. Con él pierdo un poco la cabeza: somos amigos desde hace mucho

tiempo y cada vez que estoy con él es como... no sé, ¿tú no eres diferente cuando

estás en el trabajo y cuando estás fuera? Pues con Sergio me pasa algo parecido,

es como si en mi cerebro se activara el modo diversión. Pero te prometo que no

hago nada con maldad. El vídeo no era para usarlo, ni para reírme, ni para enseñarlo, ni... para nada. No sé, era para nosotros, para alargar un poco más el

morbo.

—¿Lo has eliminado?

—Ehhhh.

—Eso es que no.

—Es que también salimos luego Álex y yo en primer plano, tocándonos...

—Quiero que lo borres.

—Vale, lo haré.

—Lo digo en serio.

—Sí, y yo también. Pero... ¿puedo recortar la parte en la que sólo salimos Álex y yo? Me gustaría quedarme al menos con ésa.

—Si no se ve mi cara, puedes hacer lo que quieras.

—¡Estupendo! Y mira, para que veas que soy buena gente, aunque a veces haga cosas fuera de lo normal... —Buscó en su mochila y sacó algo lila—.

¡Tacháááán! La camiseta que te prometí.

Sostuvo frente a ella una amplia camiseta color morado en la que podía leerse

«*Team Violeta*».

Eva la cogió sin poder evitar sonreír.

—¿Amigas? —preguntó Carla.

—Amigas. Pero borra el vídeo. Al menos mi parte.

—Te lo prometo.

A partir de ahí, la tensión entre ambas pareció disolverse y el ambiente entre los cuatro fue relajado, aunque también había una pizca de nerviosismo en ellos,

que creció hasta límites insospechados al día siguiente cuando, a la hora acordada, se plantaron en el Madrid Arena para llevar a cabo las pruebas.

Les permitieron pasar a ver el circuito que habían montado y lo miraron todo con avidez. Era enorme y espectacular. La gente comentaba los retos que había y

Eva intentó tranquilizarse: dentro de la dificultad, tenía más o menos dominadas

todas las pruebas y, una con la que solía tener bastantes problemas, no estaba.

Aunque su amiga la pared sí que la iba a esperar allí al final de la primera fase,

justo antes del pulsador final.

Metieron a todos los concursantes en una amplia sala de espera mientras, en

la parte del circuito, las gradas iban llenándose de familiares y amigos de los participantes. Ellos no habían traído a nadie, salvo a Carla, que tenía que esperarlos allí entre las gradas, pero había gente que decía haber venido con toda

la familia e incluso con todos sus compañeros de trabajo.

—Eso quiero verlo yo —murmuró Eva, pues uno de los que se había traído a toda su panda era un bombero de muy buen ver, y todo aquel gremio tenía fama de exhibir cuerpazos.

Lo cierto es que Eva no podía quejarse de la compañía. La mayor parte de los concursantes eran hombres y todos tenían cuerpos de infarto. Muchos no lucían músculos enormes, pero sí cuerpos trabajados que daba gusto ver. Si aquel programa no se convertía en un exitazo entre las féminas, sería porque las mujeres de ahora tenían muy mal gusto. Y lo mejor, sin duda, era que, al compartir la afición del deporte, se sentían casi hermanados y había bastante buen rollo en la sala. Salvo alguno que otro que iba de sobrado, entre todos los

demás sólo reinaba una sana competitividad.

—Dicen que la nota media de los concursantes españoles ha resultado ser la mejor de Europa.

—¡Si es que donde se ponga el macho ibérico...! —bromeó alguien.

—Y la mujer ibérica, disculpa —apostilló una chica joven, de tan sólo dieciocho años, que era escaladora y había pasado las pruebas junto a su novio,

al que también habían cogido.

—Por supuesto, por supuesto.

—¡Pues yo soy argentino! —exclamó otro.

—¡Y yo, francés!

—¡Y yo, de Ecuador!

—A ver, amigos, tranquilos, tranquilos —se adelantó uno de los que Eva había calado rápidamente como uno de los chulos tras sólo mirarlo un par de veces—. Si voy a ganar yo, no hace falta que os peleéis más.

El grupo, de unas sesenta personas, estalló en risas.

La tensión y los nervios sufrieron un repunte cuando comenzaron a llamar a los concursantes, primero para que fueran calentando y luego para salir al plató.

No sabían el orden en que iban, así que, hasta que no estaba a punto de tocarte, no podías saber cuánto te faltaba. La mayoría de los participantes salían solos, pero también había gente a la que sacaban en pareja o en grupo, como a dos hermanos y a cuatro amigos.

A ellos, como era de esperar, también los llamaron juntos.

—¿Eva María? ¿Sergio? Id preparándoos.

—Oh, Dios, qué nerviosa estoy.

—No tienes por qué estarlo. Lo vas a hacer genial.

—Lo vamos a hacer genial —corrigió ella, alzando ambas manos para que él se las chocara.

—¡Vamos a hacerlo de maravilla! —exclamó Sergio, entrelazando sus dedos tras la palmada y manteniéndolos así durante unos instantes de ánimo.

—Mucha mierda —les deseó Álex.

—Igualmente. Te veremos desde las gradas, con Carla.

—¿Todo bien, chicos? —Los recibió con una sonrisa, y fuera de cámara, la presentadora que daba la bienvenida a los concursantes.

Era una famosa que colaboraba en varios programas de televisión de la cadena y que también era conocida por ser la esposa de un conocido cantante.

—Un pelín nerviosos —confesó Eva.

—Tranquilos, no nos comemos a nadie, sólo os remojamos un poco. Pero estoy segura de que vais a hacerlo de maravilla.

Era guapa, simpática y hablaba con gran soltura, así que no era de extrañar que hubiera llegado hasta donde estaba, pues tenía mucho carisma.

—Preparaos —los avisó ella tras oír algo por el pinganillo.

—¡Atención! —tronó entonces una voz por los altavoces—, porque me dicen, Sonia, que estás muy bien acompañada. Si no me equivoco, por una damisela que no está en apuros y un caballero que es un poco... ¿cromañón?

—Joder —murmuró Sergio.

Pero a Eva no le había pillado por sorpresa la introducción que de ellos había hecho otro de los presentadores, que narraba todo desde el final del recorrido.

Había barajado la posibilidad de que, aunque habían conseguido salir airosos de

la grabación en Barcelona, el temita podía volver a salir en el plató. Y allí no podía pedir: «Oye, no, corta, que no me gusta esta frase». Es cierto que el programa no era en directo, pero, aun así, procuraban hacerlo todo del tirón, sin

guion por parte de los participantes y sin segundas oportunidades. Lo que saliese

mal, después lo eliminarían y listo. Con más de sesenta participantes, tenían material para dar, regalar y recortar. Así que, oliéndose que podrían sacarles de

nuevo el asunto, ella ya se había preparado mentalmente una respuesta y pudo salir airosa de la pregunta que le lanzó la presentadora poco después.

—Pues eso me han dicho, Manu —dijo la mujer con el micrófono en la mano

y la vista fija en la cámara que los grababa—, que aquí mi amiga Eva es mucho

más fuerte de lo que parece y que de damisela en apuros no tiene nada, aunque muchos no lo creen, ¿no? Y no miro a nadie, ejem, ejem...

Y a la vez que decía aquello, le daba codazos a Sergio, dejando claro de quién hablaban.

—Sí, tienes razón —asintió Eva, tomando el control de la situación—.

Cuando le comenté por primera vez a Sergio que quería participar en «Ninja Warrior», me dijo que si estaba loca, que esto no era para mí porque soy bastante

bajita, pero después de verme entrenar se ha dado cuenta de que soy una rival muy digna y creo que incluso lo tengo un poco acojonado.

—¿Es eso cierto, Sergio? ¿Le tienes miedo?

—Es altamente probable que me gane, sí —se rio él, entrando también en el juego.

—Pero me chivan por aquí que en el *casting* te referiste a Sergio como cromañón, ¿nos puedes explicar esto un poquito más, Eva?

—Era sólo una broma entre nosotros. Me picó tanto que me dijera que yo no

valía para «Ninja Warrior» que intenté devolvérsela de esa forma.

—Porque me han dicho que sois muy competitivos. ¿Es cierto?

—Bastante, sí.

—Creo que os hemos grabado en plena competición, vamos a ver.

Eva había esperado que no les pusieran el vídeo, que simplemente lo montasen en la edición final para los espectadores, pero un primer plano de su cara apareció en varias pantallas gigantes que había en el estadio y algunas de las

escenas que habían grabado en Barcelona desfilaron frente a los ojos de todos los presentes. No habían usado todas las tomas, ni de lejos, pero al final quedó un vídeo gracioso que no los dejaba mal a ninguno de los dos.

—¡Competición a tope, por lo que veo! —exclamó la presentadora cuando el vídeo terminó.

—A muerte.

—Bueno, pues en casa pueden empezar a hacer las apuestas sobre quién ganará. ¿El equipo de las chicas o de los chicos? ¿Vosotros qué decís, querido público?

Los familiares y amigos que llenaban el estadio gritaron sus apuestas, pero de tanta voz mezclada no se pudo sacar nada en claro.

—A ver, a ver. Por orden. Que grite quien crea que va a ganar Sergio.

El estadio rugió.

—¿Y quién va con Eva?

De nuevo el estadio tembló con los vítores y silbidos.

—Me parece que la cosa está muy reñida, así que no nos queda otra que ver qué ocurre. Sergio, saldrás tú primero. Mucha suerte.

Él asintió y se preparó. Cuando sonó la bocina, comenzó el circuito. Pasó la primera prueba sin muchos problemas y se deslizó por la cortina del segundo reto de forma casi perfecta, aunque al aterrizar en la colchoneta lo hizo con el pie mal y casi se estampa contra el suelo. Se levantó entre las voces de ánimo que

daba el público. La tercera y cuarta prueba también las pasó sin problemas y fue

en la quinta cuando la cosa se torció. Era el desafío de las campanas y tenía que

pasar, sólo con la fuerza de sus brazos y su capacidad de balanceo, de un aro a

otro hasta llegar a la colchoneta que había al otro lado de la piscina. Falló el primer intento de agarrarse a la segunda campana y, aunque seguía sujeto a la primera, tuvo que gastar más energía de la cuenta balanceándose para recuperar

la posición. Para cuando lo logró, ya suspendido a mitad de la piscina, miró la tercera y última campana y la vio lejísimos. No iba a poder hacerlo.

En cuanto el «no» apareció en su cabeza, notó la debilidad de sus brazos, que

ya se habían esforzado en las otras pruebas. «Venga, que tú puedes», se decía mentalmente, intentando ignorar que los presentadores comentaban por los

altavoces que se lo veía agotado. «La madre que los parió», protestó, y se instó a

lanzarse a por la tercera campana. Consiguió coger el aro y se soltó del anterior,

justo en el momento en el que se daba cuenta de que no estaba bien afianzado a su nuevo asidero.

«Mierda», pensó justo antes de caer al agua y que una sirena y una luz roja anunciaran su fracaso.

Salió del estanque resignado, apartándose el pelo mojado de la cara y con la ropa ajustándose a su cuerpo como una segunda piel.

Una vez fuera de la piscina, le ofrecieron una toalla a la vez que un cámara grababa su cara de fracaso. «Qué cabrones», se dijo, aunque al menos él no había salido muy cabreado del agua, como sabía que sí habían hecho otros compañeros.

Volvió a sonar una bocina y Sergio se apresuró a apartarse un poco del circuito para poder ver cómo Eva se enfrentaba al circuito.

Hizo las dos primeras pruebas sin problema alguno, algo más lenta que

Sergio, pero casi sin titubear. En la tercera, no obstante, tuvo bastante más problemas que su adversario. Decían que era una prueba de equilibrio y

paciencia, pero lo cierto era que unas piernas bien largas le habrían venido a Eva de maravilla para superar aquel desafío. Con un equilibrio envidiable que los mantuvo a todos en vilo, Eva logró llegar al otro lado.

En la cuarta prueba también les puso a todos el corazón en la boca cuando, tras saltar y agarrarse con éxito a la red, la camiseta que llevaba casi rozaba el agua. Era una prenda morada que Carla le había regalado el día anterior, manteniendo su promesa de ser el equipo violeta, y no se le había ocurrido otra

cosa que elegir una bastante ancha, pensando que así estaría más cómoda, y al quedar colgada de la red, el dobladillo estuvo a centímetros de rozar el agua.

—¡La camiseta, la camiseta! —gritaron los presentadores, y Violeta se tomó varios segundos para remeterse la prenda en el *short* deportivo que llevaba puesto antes de continuar la prueba y pasarla con éxito.

—¡Vamos, Eva! —le gritó Sergio cuando ella llegó a su altura.

Le tocaba enfrentarse a las campanas y él la observaba desde el suelo,

cubierto con su toalla. Intercambiaron una sonrisa de ánimo, aunque Sergio no podía dejar de pensar que, si a él los brazos no le habían dado para llegar de una

campana a otra, Eva iba a pasarlo mal de verdad.

—Vamos, Eva —dijeron los presentadores mientras ella, todavía en el entarimado del plató, observaba el desafío que tenía por delante—. Tienes que agarrarte al menos a la tercera campana. Así le habrás ganado oficialmente a Sergio.

—¡Venga, Eva! Que vas estupendamente —la animó el otro presentador.

Ella hizo una última inhalación, profunda, intentó relajar los brazos y saltó, decidida a ganar.

33

Había entrenado un ejercicio similar a ése muchas veces. No era exactamente el

de las campanas, pero sí uno muy parecido que había en el gimnasio. La teoría

resultaba sencilla: balancearse y alcanzar la campana siguiente. Requería de brazos para sujetarse y abdominales para el movimiento oscilante del cuerpo.

Como escaladora tenía ventaja en aquella prueba, pero, como persona de metro

sesenta, echaba de menos mayor envergadura de brazos. Para ella, era imposible

pasar de una campana a otra sin soltar la anterior. Por tanto, tenía que hacer un movimiento mucho más arriesgado: balancearse y, cuando considerase que llevaba la suficiente fuerza, soltar ambas manos con la esperanza de «volar» hasta la siguiente campana y agarrarse con éxito. Debía tener mucho cuidado y calcular muy bien, pues, una vez que se soltase, no había vuelta atrás.

Consiguió saltar de la primera a la segunda de forma rápida y eficiente, casi automática, sin pensar en nada. El alivio que sintió al agarrarse a la segunda estructura fue enorme y durante un instante se permitió bajar la guardia.

Entonces, se dio cuenta de que tenía la frente perlada de sudor y que todo el mundo a su alrededor gritaba, animándola.

—Es, sin duda, una prueba muy complicada para alguien de su estatura —oyó que relataba el comentarista, y sus palabras de mal agüero consiguieron desconcentrarla y estropear su balanceo, lo que le impidió coger altura—. Pero

ya lo ha hecho con la primera. Sólo tiene que agarrarse a la siguiente campana y

la tendremos aquí mismo.

Eva intentó bloquear la voz del presentador y fusionar todas las voces del público hasta que sólo oyó un sonido uniforme de ánimo. Reanudó el balanceo,

totalmente concentrada en la siguiente campana y, cuando consideró que llevaba la inercia suficiente, saltó.

Sergio la miraba desde el suelo con el corazón en un puño. No iba a conseguirlo. Quería que lo hiciera, quería que lo lograra, pero no iba a poder.

Estaba demasiado lejos y ella era demasiado pequeña. Se la veía cansada y desde

allí podía apreciar su frente perlada de sudor, sus músculos en tensión, el rictus

de esfuerzo que había aparecido en su cara. Joder, ojalá lo consiguiera, pero era

demasiado difícil.

Cuando la vio soltarse de la segunda campana, se le cortó la respiración y los pocos milisegundos que ella estuvo en el aire se le hicieron eternos, los vio como

a cámara lenta, hasta que de pronto...

—¡Sí, sí, sí! —gritó, eufórico, y a su espalda se le unió el público al ver que la joven había logrado, contra todo pronóstico, asirse a la tercera campana.

Hasta el presentador parecía haberse vuelto loco y se desgañitaba con palabras de aliento:

—Vamos, Eva, vaaaaamossss. Que tú puedes. Sólo un último salto.

Vaaaamoss.

La chica saltó limpiamente de la tercera campana hasta la colchoneta que la esperaba al otro lado y el público estalló en gritos. Coreaban su nombre, silbaban, botaban como locos.

Lo primero que vio Eva cuando se incorporó fue a Sergio, quien, desde el suelo, tenía los brazos en alto en gesto de victoria. Captó en su mirada el orgullo

y Eva sintió que su corazón iba a explotar de felicidad. Le sonrió a él y después

al público, alzando también los brazos al aire.

—Eeeeva, Eeeeva —coreaban desde las gradas.

—A ver, a ver, silencio ahora, que nos queda la última prueba —dijo uno de los presentadores—. Eva, tómate unos segundos y recupérate, que ya estamos aquí mismo, no te queda nada. Sólo debes subir esta pared y el pulsador será tuyo.

La rubia asintió, descargando los brazos y mirando a los dos presentadores, que la aguardaban en la plataforma que había en lo alto de la pared de más de cuatro metros, su gran pesadilla.

—Vamos, Eva, que tú puedes. Conviértete en la primera mujer de «Ninja Warrior España» que completa la primera fase. El pulsador es tuyo.

Ella, una vez más, asintió, convenciéndose de que lo que decía el presentador era posible. Iba a ser la primera mujer en completar la primera fase del programa

y el pulsador rojo que paraba el cronómetro pronto estaría bajo su mano. Si lo visualizaba, lo haría realidad.

Miró a Sergio una última vez mientras se alejaba de la pared para coger carrerilla. Ahora estaban a la misma altura, lo tenía a tan sólo unos metros.

—Tú puedes —le dijo él, aplaudiendo.

—Yo puedo, yo puedo —se repitió Eva, preparándose.

El plató se sumió en un pesado silencio cuando comenzó a correr. No había mucha distancia, así que no podía dar muchas zancadas, pero debían ser suficientes para propulsarse hacia arriba y agarrar el borde del muro.

Apoyó, saltó... y el borde se quedó a casi un palmo de su mano.

—Mierda, mierda...

—No te preocupes, Eva —dijo uno de los presentadores—. Recuerda que tienes dos intentos más.

Regresó al punto de partida, se concentró en el borde y repitió la maniobra.

En aquella ocasión, se oyó un «uyyyyy» cuando sus dedos casi rozaron el borde.

—Silencio ahora —pidió el locutor—. Último intento. Venga, que has estado muy cerca, campeona.

—¡Venga, Eva! —Sólo Sergio desoyó la petición de silencio del presentador.

El resto del plató se había sumido en un silencio nervioso, expectante, y, aunque el programa no se emitía en directo, la joven se imaginó a todos los telespectadores que tendría en un futuro, cómodamente sentados en sus casas y comiéndose las uñas de puro nervio.

Corrió una última vez. A la tercera iba la vencida. Gastó las últimas fuerzas que le quedaban en las zancadas y el salto. Era entonces o nunca. Notó que volaba, iba a llegar al borde. Sus dedos rozaron la plataforma, ¡ya lo tenía!, pero

entonces se dio cuenta de que sólo había logrado alcanzar la parte superior

con la

primera falange y, cuando llegó la hora de la verdad, su sueño se escurrió literalmente entre sus dedos.

La luz roja y la sirena que anunciaban una prueba fallida la acompañaron cuando cayó de nuevo al suelo. Se quedó un instante de rodillas junto a su gran enemiga, la pared curva, demasiado frustrada y cabreada consigo misma para levantarse. Había fracasado.

—Qué lástima, lo has hecho genial, Eva. ¡Hemos visto cómo asomaban tus dedos por el borde! —comentó uno de los presentadores.

Se puso al fin en pie y miró a los presentadores, asintiendo con la cabeza.

Apenas habían pasado unos segundos de su fracaso y, aunque sí iba a permitir que la gente la viera frustrada, no estaba dispuesta a que nadie la viera hundida,

y menos las cámaras de televisión que después retransmitirían aquel instante a miles y miles de personas.

—¡No te preocupes, Eva, quizá pases el corte a la segunda fase! Esperamos tenerte entre los finalistas, porque eres simplemente ¡espectacular!

Había un cupo determinado de personas que pasaban a la segunda fase del programa, que se celebraba ese mismo día. Los que llegaban a presionar el pulsador se clasificaban automáticamente y, si sobraban plazas, elegían entre los

concurstantes que hubieran llegado más lejos en menos tiempo.

Se apartó del circuito y, antes de que le hubiera dado tiempo a llegar hasta Sergio, la atención del público y de las cámaras ya se había centrado en el siguiente concursante.

—Me has ganado —le dijo Sergio y, para animarla, añadió—: Y encima te has librado de un chapuzón.

—Lo he rozado con la punta de los dedos —protestó ella, frustrada.

—Lo sé.

Eva lo abrazó en busca de consuelo.

—¡Te voy a mojar! —exclamó él, sorprendido.

—Me da igual.

Le devolvió el abrazo, estrechándola contra su cuerpo. No pudo resistirse y bajó un poco la cabeza para poder olerle el cabello; le encantaba su aroma. Su mejilla rozó la cabeza de ella y Eva la alzó para mirarlo. Sus ojos se encontraron a poca distancia.

—Eres una campeona —le susurró.

Y, para sorpresa de Sergio, su ángel le premió aquel comentario con un beso en los labios. Y no fue un simple roce, sino que ella profundizó en la caricia y sus lenguas se unieron, cálidas y anhelantes. En respuesta, él la estrechó todavía

más fuerte entre sus brazos.

34

Había comida para los participantes dispuesta en largas mesas y, tras recuperarse

de la experiencia, Sergio y Eva dieron buena cuenta de varias piezas de fruta, botellas de agua y barritas energéticas. No obstante, cuando se anunció que iba a

salir Álex, centraron toda su atención de nuevo en el circuito. Les habría gustado

estar con Carla en las gradas, pero tras su prueba los habían hecho pasar otra vez

a una sala específica para concursantes, así que tuvieron que conformarse con ver a su amigo a través de las pantallas.

—Venga, Álex, venga —lo animaba Eva, muy nerviosa.

Había vivido en primera persona lo que era el circuito y en ese momento, al ver a un conocido haciéndolo, se le ponía todo el cuerpo en tensión... más que con Sergio, y mira que entonces ya había estado con un nudo en el estómago.

—¡Venga, venga!

Álex estaba bordando el circuito, aunque les dio algún que otro susto, como cuando su camiseta estuvo a punto de tocar el agua en la prueba de la red, igual

que le había pasado a Eva.

—Seguro que la camiseta también la ha elegido Carla —comentó Sergio.

Pasó todas las pruebas con éxito y, para cuando llegó al reto de la pared, le bastó con un intento para encaramarse a lo más alto y hundir el pulsador rojo con

todas sus ganas.

—¡Sí! ¡Sí! ¡Toma ya!

—Seguro que, si hubiera sido yo, no te habrías alegrado tanto —protestó Sergio.

—¡Pues claro que sí, tonto!

Le encantó la familiaridad con la que dijo aquel «tonto». Eso, unido al beso que le había dado, prometía y mucho.

Sergio se había quedado absorto mirando su rostro cuando un gesto en ella le hizo prestar atención de nuevo a la pantalla. ¿Por qué Eva había fruncido el ceño? Tardó unos segundos en comprender que, tras las palabras de enhorabuena

que Álex había intercambiado con los presentadores, su amigo había hecho una

petición. Él también arrugó el entrecejo, sin comprender qué ocurría, al ver que

habían hecho subir a Carla al escenario, junto a Álex y los otros dos.

—¿Qué...?

La cara de Carla también era de estupor total.

—Cariño, quería darte las gracias por todo lo que haces por mí.

—Oh, Dios mío —comenzó a decir Eva, a la vez que se cubría la boca con ambas manos—. ¡Oh, Dios mío!

—¿Qué pasa?

—¡Le va a pedir matrimonio!

—Pero ¿qué dices?

—Chist, calla, calla.

—Desde que te conozco —continuó diciendo Álex—, mi vida ha cambiado

por completo. Me has descubierto un mundo entero, un amor diferente, y por ello te doy las gracias. Y también quiero agradecerte que me apoyes en todo. Sin

ti, sueños como el de estar en «Ninja Warrior» no serían una realidad.

—No se lo va a pedir —negó Sergio—, nos habría dicho algo.

Eva no le hizo caso. Tenía los ojos pegados a la pantalla y se cubría la cara con las manos. Tener la boca cerrada no impedía que emitiera una especie de pito nervioso con la garganta.

—¡Se lo va a pedir! —exclamó ella.

—Pero...

Sergio se calló cuando, en la pantalla, vio que uno de los presentadores le tendió una caja y Álex hincó una rodilla en el suelo. Los nervios lo traicionaron

y le costó abrir la pequeña cajita que escondía el anillo.

—Carla, ¿quieres casarte conmigo?

Eva agarró a Sergio tan fuerte del brazo, que casi lo dejó sin riego sanguíneo.

Ambos aguardaron con expectación la respuesta de su amiga, que no se hizo de rogar.

—Sí —asintió entre lágrimas de emoción—, por supuesto que sí.

Álex se puso en pie y se fundieron en un beso de película.

Por su parte, Eva empezó a saltar de la emoción y se abrazó a Sergio entre gritos de alegría.

—¡Madre mía! Ni que te lo hubieran pedido a ti —exclamó Sergio, riéndose.

—¡Qué romántico ha sido, por Dios! ¡Qué emoción! Ven, vamos a verlos.

Lo agarró de la mano y tiró de él hacia el plató.

—Si no hubieras pasado la primera fase, ¿se lo habrías pedido? —quiso saber uno de los presentadores.

—Probablemente no —se rio Álex—, habría esperado otra oportunidad. Mi chica se merece lo mejor.

—¡Se merece un *ninja warrior*!

—¡Sí! —exclamó Álex y cogió a Carla en peso, como harían una pareja de recién casados al cruzar el umbral de su casa tras la boda. Ella empezó a reírse

en sus brazos, llena de dicha, y se lo comió a besos.

—Ven, vamos. —Eva tiró otra vez de Sergio para acercarse más a ellos.

No le soltó la mano hasta que estuvieron casi a los pies de la plataforma y se encontraron con unos eufóricos Carla y Álex, que bajaban del escenario.

—¡Enhorabuena! —exclamó Eva abrazando a Carla.

—¡Qué calladito te lo tenías! —protestó Sergio dándole unas palmadas de enhorabuena a Álex.

—¿No lo sabíais tampoco? —preguntó Carla con los ojos muy abiertos. Se le veían húmedos por la emoción.

—¡Qué va! No nos ha dicho ni mu.

—No quería gafarla —se excusó Álex—. Además, tampoco era seguro que

completase la primera fase.

—¿¡Y cuándo ibas a pedírmelo, si no llegas a pasar!?! —demandó Carla dándole un golpecito en el brazo.

—Esta noche —contestó él sin dudarlo, atrayéndola hacia sí para besarla.

—¿Como premio de consolación?

—Tú eres el premio gordo.

—Qué mal ha sonado eso, pero cómo te quiero —dijo Carla antes de abrazarlo y besarlo una vez más.

Mientras la pareja daba rienda suelta a su amor, Sergio miró a Eva, que parecía a punto de llorar de la emoción.

Le sorprendía bastante la reacción tan exagerada que había tenido con la proposición de matrimonio. ¡Si incluso se había puesto a dar saltitos mientras intentaba amputarle el brazo! No sabía que fuera tan amiga de Carla y Álex como para emocionarse de esa forma por la pedida de mano. Él estaba muy contento y se alegraba por ambos, pero el comportamiento de Eva le parecía un

poco desproporcionado y lo tenía intrigado.

—Déjame ver el anillo —pidió Eva cuando la pareja dejó de besarse.

—¡Sí! Mira qué bonito.

—Es precioso. Cómo me alegro por ti. Por vosotros.

—¿Estás a punto de llorar? —inquirió Carla al ver sus ojos brillantes—. Pero no llores, tonta, que me haces llorar a mí también.

Y las dos se abrazaron entre lágrimas. ¡Menudo festival de emociones y

hormonas!

—Es que soy una romántica y las proposiciones de matrimonio me encantan.

De diez, Álex. De diez.

Y también lo abrazó a él.

Sergio no perdía detalle, ni de la conversación ni de los gestos. Eva le había confesado antes que era enamoradiza, pero nunca la habría tomado por una persona romántica. Con él no tenía gestos románticos ni decía echar de menos que él fuera detallista. Claro que su relación iba un poco en contra de todo aquello y por eso no había tenido la oportunidad de conocer esa faceta suya.

¿Cómo podría aguantar una persona romántica una relación como la que ellos tenían? Siempre sentiría que le faltaba algo. A él, el tipo de relaciones que se había impuesto tras su ruptura con Lucía le resultaba pleno y satisfactorio. No necesitaba más que sexo y, en contadas ocasiones, alguien con quien hablar.
¿De

qué? De lo que fuera. Compartir sus problemas o sus pensamientos con alguien era algo que necesitaba de forma esporádica; sentir que alguien lo escuchaba, que alguien en el mundo se preocupaba por lo que tenía que decir, aunque sólo fuera durante una noche, lo hacía sentir menos solo en los momentos de debilidad. Y con eso le bastaba. Para él, era suficiente..., pero cada vez tenía más claro que para Eva no lo era. Ella le había asegurado que no valía para el amor,

pues era muy independiente, pero Sergio sabía que sí estaba hecha para todo aquello, para las pedidas de mano, para los detalles, para los corazones, para los

«y vivieron felices y comieron perdices», para los futuros en común, para los

«nosotros» dichos de corazón, sólo que no había encontrado a la persona adecuada todavía.

Sin saber por qué, de pronto Sergio sintió que le embargaba una profunda tristeza.

35

La lista de clasificados para la segunda ronda la empezaron por aquellos que habían logrado alcanzar el pulsador, incluido Álex, por lo que las sorpresas comenzaron luego, cuando, para ocupar todas las plazas, se dispusieron a seleccionar por tiempo y retos superados.

El nombre de Eva salió entre los primeros rescatados, pues se había quedado en la última prueba. Después salió el de Sergio, aunque entre ambos había otro concursante que había llegado hasta las campanas en menos tiempo.

Así, con los tres amigos clasificados para la segunda parte de la prueba, les tocó esperar con gran expectación y nervios a que los llamaran.

—Tienes una segunda oportunidad para superarme —le dijo Eva a Sergio.

—Eres tú la que tiene la vena competitiva, así que estoy por dejarme caer en la primera piscina para darte el gusto de ganarme otra vez.

—Así que te vas a escudar en tu caballerosidad y a negar tu torpeza y mala suerte.

—Es que no tengo ni lo uno ni lo otro. ¿Las campanas? Eran pan comido, pero fallé aposta para que te quedaras contenta.

—Qué bien fingías la cara de sufrimiento ahí arriba —comentó Carla,

riéndose.

—¿Verdad que sí? Si es que iba para actor.

Pero sus palabras casi fueron proféticas, pues, cuando reanudaron el concurso y le tocó enfrentarse al nuevo circuito, cayó al agua en la primera prueba. Tenía

que deslizarse por una especie de tirolina y agarrarse a una cuerda para hacer como si fuera una liana y llegar a la colchoneta situada al otro lado. La maroma

se le escurrió entre las manos y ¡al agua patos!

Salió a la superficie con cara de no poder creérselo, que era la misma con la que lo miraban sus amigos, aunque, tras él, le ocurrió lo mismo al chico que iba

detrás.

Eva, cuando llegó su turno, tuvo la tentación de santiguarse antes de empezar la prueba, y eso que no creía que hubiese ningún Dios ahí arriba... ni abajo, ya de

paso.

Para evitar que le pasara como a Sergio y al otro chico, fue sobre seguro y, en lugar de saltar directamente de la tirolina a la cuerda, no se soltó hasta agarrar con las piernas la cuerda. Una vez hecho eso, se sujetó con las manos a la maroma y le bastó con balancearse un poco para poder saltar al otro lado.

El público aplaudió y ella, sintiéndose llena de júbilo, se enfrentó a la siguiente prueba. Era sencilla, tenía que pasar por encima de unas bolas gigantes

que colgaban del techo y que empezarían a moverse por pura inercia en cuanto

las pisase. Estaba chupado, sólo tenía que coger carrerilla y pasar corriendo sin

titubear.

Más fácil de decir que de hacer. Se desequilibró a mitad del recorrido y, con el pie izquierdo, pisó en falso. Antes de que pudiera hacer nada, caía de cabeza a

la piscina y tanto la bocina como la luz roja anunciaban su fracaso a bombo y platillo. Salió del agua con la misma cara de incredulidad y frustración que Sergio. Al menos, aquella derrota le dejaba un sabor agrisado y no amargo: no

había fallado por no ser capaz de superar las pruebas, sino por mala suerte.

—Gracias por tu solidaridad, compañera —le dijo Sergio a la vez que le tendía la toalla.

Ella lo miró sin entender.

—Por dejarte caer en la siguiente piscina a la mía para no dejarme en evidencia.

Tuvo que contenerse para no reír.

—Gracias a ti por dejarte caer para que pudiera ganarte sin problemas.

Álex lo hizo mejor que ellos, pero el recién prometido tampoco logró completar el circuito y cayó en la prueba de la araña. Según dijo, las deportivas

no le agarraron bien a las paredes de cristal por las que debía avanzar.

—¡Por mis tres ninjas! —brindó por ellos Carla, pese a su fracaso, cuando al

terminar el rodaje los dejaron marchar y no dudaron en disfrutar de una copa juntos en el bar del hotel—. ¡Y especialmente por mi futuro marido!

36

Tras la cerveza, subieron a sus habitaciones a descansar un rato con intención de

salir luego a cenar y disfrutar un poco de Madrid. Había pasado una hora, que Eva había aprovechado para revisar su correo y contestar *e-mails* importantes desde el móvil, tumbada en la cama, cuando tocaron a su puerta.

—¿Quién es? —preguntó antes de abrir.

—Sergio.

Abrió sorprendida.

—¿Es ya la hora? Todavía no me he arreglado.

—No, no, todavía queda media hora. Sólo me he pasado a traerte una cosa.

Los he cogido hoy para ti.

Le mostró algo que llevaba en la mano y Eva observó con curiosidad los pequeños paquetitos con el logotipo de Nutella. Cogió uno y lo observó:

—¿Esto es...?

—Dosis de Nutella. No había Nocilla, lo siento.

—¿De dónde los has sacado?

—Del bufet libre del desayuno. Estaban junto a las monodosis de mermelada.

¿Te gusta la Nutella o le eres fiel a la Nocilla?

—Todo lo que lleve chocolate me encanta. ¡Pero podrías habérmelo dicho

esta mañana! No los había visto. Habría cogido más.

—De hecho, tengo más.

Sergio le pasó el otro paquete que tenía en la mano y rebuscó en sus bolsillos.

Empezó por los del pantalón, de donde sacó seis. Después palpó la chaqueta que

llevaba puesta mientras Eva lo miraba muerta de la risa. Entró a toda prisa en la

habitación cuando las monodosis de Nutella amenazaron con caérsele de las manos. Las dejó sobre la cama.

—¡Eres cleptómano!

—Oye, que los he robado por un buen motivo —contestó Sergio, lanzando otras cinco unidades junto a las demás.

—¿En serio? ¿Cuál?

—Tú.

Eva tragó saliva al oír aquello e hizo un esfuerzo por no girarse y mirarlo, como había sido su primer impulso. Se le había acelerado el corazón y se mordió

el labio, indecisa.

Finalmente, y acompañada por el silencio en que se habían sumido tras la confesión nada inocente de Sergio, se inclinó sobre la cama y cogió una de las

pequeñas tarrinas. La abrió y cogió un poco. Se lo llevó a la boca, todavía de espaldas a Sergio, sumida en una guerra interna. La sensación de felicidad que provocó el chocolate en sus papilas gustativas y en su cerebro terminó de decantar la balanza hacia el mundo del placer, del goce, del deseo, y se giró hacia Sergio a la vez que volvía a untar su dedo en Nutella. Ya se había metido

el

dedo en la boca y lo lamía cuando se atrevió a lanzarle una mirada inocente a Sergio. ¿Inocente? Sí, tanto como lo había sido su afirmación de que ella era un

buen motivo para robar.

Eva sintió un repentino calor al ver cómo la miraba Sergio. Sus pupilas estaban fijadas en su boca, en su dedo, y estaba muy serio. Su nuez se movió con dificultad cuando intentó tragar.

Liberó su dedo y al fin él la miró a los ojos. Se le veía con problemas para respirar, pero Sergio no dijo nada. Absolutamente nada.

Eva volvió a coger un poco de Nutella, pero en aquella ocasión guió su mano a la boca masculina.

—Eva... —protestó él de forma casi lastimosa.

—Chist.

No necesitó más para aceptar el dedo y lamerlo, aprisionándolo con sus labios y su lengua para sacarle el máximo jugo posible.

Eva sintió que se le humedecían las bragas y soltó un gemido involuntario

que hizo que la mirada de Sergio se agudizara sobre ella. La notó casi de forma física sobre su piel y sintió que se derretía y explotaba en llamas a la vez.

Fue Sergio el que finalmente le agarró la mano y se sacó de la boca su hipersensible yema. Lo hizo muy lentamente, como si tuviera miedo de lo que podría pasar, o quizá de lo que podría hacer. La miró a los ojos con una intensidad que ella le devolvió.

—Voy a besarte —anunció con voz ronca—. Si no quieres que lo haga, habla ahora.

—¿O calla para siempre?

—Sí.

—Pues calla tú —contestó ella, y se lanzó a su boca con un ansia desmedida que volcó en un beso casi violento.

Sergio le devolvió el beso con la misma ansia, casi furia, y la rodeó con sus brazos, apretándola muy fuerte, casi como si quisiera incrustársela en la piel.

Eva no tardó en colar las manos bajo su camiseta, acariciándole la espalda, y él

no la detuvo. Muy al contrario, lo que hizo fue apartarse justo lo suficiente como

para quitarse la prenda y lanzarla sobre el sillón que decoraba una esquina de la

habitación.

—Madre mía cómo te has puesto —murmuró Eva, comiéndoselo con la mirada.

—«Ninja Warrior» me ha sentado bien. Estoy hecho todo un cruasán, ¿verdad?

—Desde luego, estás para comerte.

—Pues hazlo.

Eva lo empujó hacia la cama y él se dejó caer de espaldas. Sonrió encantado cuando la vio colocarse encima y empezar a besarle los pectorales y los abdominales, esos que en las últimas semanas había conseguido marcar todavía

más. Solía tener un cuerpo bonito y atlético, pero de cuidarse a lucir aquella tableta tan definida había un abismo, y lo que el trabajo y la falta de tiempo le habían arrebatado, se lo habían devuelto los entrenamientos extenuantes para el

programa televisivo y la dieta específica que Joan había creado para él.

Mientras veía y sentía cómo Eva lamía, besaba y adoraba su cuerpo, Sergio pensó que había merecido la pena hasta el último abdominal.

Su erección, a la que también le encantaba el hambre de él que Eva estaba demostrando, dio una sacudida de emoción cuando la rubia llevó las manos a su

cintura y le desabrochó el cinturón. Los dedos femeninos ya agarraban la cremallera cuando los sorprendieron unos golpes en la puerta.

Se miraron durante un segundo y, sin necesidad de decir nada, decidieron no abrir.

El sonido de su bragueta fue música celestial para los oídos de Sergio, que llevaba deseando aquello desde hacía mucho tiempo.

Volvieron a picar a la puerta y, en aquella ocasión, el sonido fue acompañado de una voz.

—¿Eva, estás? Soy Carla.

Sergio y ella intercambiaron de nuevo una mirada, indecisos sobre si debían ignorar la llamada o no. Fue él quien finalmente hizo un gesto de negación con la cabeza, y Eva, con una sonrisa, volvió a bajar la mirada hacia la tela que había

dejado expuesta bajo los pantalones de Sergio. Le dio un mordisquito a su paquete haciendo que él diera un respingo.

—Fiera, esos dientes —dijo Sergio en un susurro, alerta y excitado.

—¿Éstos? —interrogó antes de pasar la lengua por los mismos.

—Si quieres morder, aquí. —Se señaló el cuello—. A la yugular.

—Pero me gusta esto —contestó ella, agarrando con su mano por encima de la tela el endurecido miembro de él.

—Pero si le hincas el diente, te vas a quedar sin. Hay que saber administrarse.

—Entonces, ¿puedo darle un bocadito? Uno pequeño.

A la vez que decía aquello, bajó la cabeza y fingió que le mordía el glande, todavía protegido por los calzoncillos.

Sergio gruñó al notar sus labios en su punta y dejó caer la cabeza sobre el colchón, disfrutando de las sensaciones y de su excitación. Pero entonces su móvil comenzó a sonar en el bolsillo trasero de su móvil.

—¡Uy, pero si llevas vibración incorporada! —se rio ella.

—Puto móvil —protestó a la vez que se lo sacaba del pantalón—. Mierda, es Carla.

—Contesta o ignórala y deja el móvil sin sonido. La vibración tal vez nos

resulte interesante...

Pero entonces se oyó:

—¿Sergio? Oigo tu teléfono.

Era Carla desde la puerta y Eva, irritada, se separó de Sergio, poniéndose de rodillas en la cama.

—¿Sergio? —insistió la otra.

—¿Te importa si se entera de que estás aquí? —preguntó entonces Eva.

—No.

—¿Ni aun así? —interrogó ella señalándole el pantalón a medio bajar.

—Es Carla, por amor de Dios. Como si quieres decirle que no puedo hablar porque me has metido un consolador en la boca.

Eva enarcó una ceja y después, con una sonrisa de chica mala, dijo en voz lo suficientemente alta como para que la oyeran desde el pasillo:

—Sí, Carla, Sergio está aquí, pero no puede hablar porque tiene metido un consolador en la boca.

—Oh... —se oyó al otro lado de la puerta, y después, cuando la frase caló un poco más—... Ohhhhh...

—Y disculpa que yo no te haya contestado tampoco, pero es que tenía su polla metida en la mía, y ya sabes que, con una cosa así en la boca, no da para hablar.

—Yo...

—La has dejado sin palabras, ¿no me lo puedo creer! —murmuró Sergio muerto de la risa.

—Disculpa también que no te invitemos, pero hoy lo quiero sólo para mí.

—Sí, sí, claro —casi tartamudeó Carla—. Perdonad que os haya interrumpido. Entonces, ¿cancelamos la cena?

—No.

—Sí —soltó Sergio, rotundo—. Nos vemos mañana.

—De acuerdo. ¡Pasadlo bien, parejita! —contestó la otra, más repuesta de la sorpresa—. Aunque no tanto como para que tenga que subir la seguridad del hotel.

—Lo intentaremos —se despidió Sergio a la vez que se quitaba los pantalones rápidamente y, en calzoncillos, se echaba sobre Eva hasta tenerla a su merced bajo su cuerpo.

Ella todavía iba vestida, pero, como iba de deporte, casi podían notarse desnudos.

—¿Qué has dicho que tenías en la boca? —le preguntó a la vez que restregaba su erección contra la entrada de ella.

—Una polla muy grande y dura. Y con esta lengüita le sacaba brillo.

Sergio la mordió en el cuello y ella se arqueó contra su cuerpo antes de soltar un gritito.

—¡Ay! Me vas a dejar marca.

—Eso quiero. Que todos sepan lo que te he hecho. Que eres mía.

El corazón de Eva se aceleró y lo miró durante unos segundos intentando adivinar qué había detrás de aquella afirmación. Él no parecía haberse dado cuenta de que había dicho algo completamente fuera de lugar en el tipo de relación que tenían.

«Eres mía.»

Quizá lo entendía como que era suya, pero sólo esa noche; como un instinto primitivo asociado al deseo que a la mañana siguiente se evaporaba como los encantamientos que terminaban a medianoche.

Intentó disimular y que él no notase la turbación que le habían provocado aquellas dos simples palabras. Porque habían sonado como música erótica en sus

oídos, habían acelerado su corazón.

Sentía algo por Sergio, algo más que deseo, pero eso ya lo sabía cuando esa noche había decidido provocarlo con la Nutella. Durante las últimas semanas había tenido la oportunidad de conocerlo a otro nivel. Todo lo que antes se había

negado a saber de él, había tenido que descubrirlo desde que eran socios. Y cuanto más lo conocía, más le gustaba. Antes ya sospechaba que podría enamorarse de Sergio; ahora lo sabía.

Que no hubiera llegado a la empresa imponiendo su voluntad como el típico machito que sólo se siente hombre si está por encima de una mujer; que quisiera

aprender de ella y que respetase sus decisiones... le había hecho ganar

muchísimos puntos ante sus ojos, pues lamentablemente siempre había estado rodeada de tipos que se acobardaban ante una mujer con poder.

Los tíos dicen que les gustan las mujeres inteligentes, que no les importa que

su pareja gane más que ellos, incluso que les pone que una mujer ocupe un puesto de poder..., pero, a la hora de la verdad, pocos hombres se sienten cómodos en una relación en la que ella es la dominante. Muchos, incluso, huyen

de una relación de iguales.

Había pensado que Sergio sería uno de esos hombres por algunas de sus reacciones y comentarios. Por ejemplo, cuando lo había oído decir que no sería

capaz de superar «Ninja Warrior», jamás pensó que podría tragarse sus propias

palabras y animarla como lo había hecho esa mañana. Ya incluso en el *casting* le había echado un cable, pidiendo que le permitieran repetir la prueba de la pared.

Otros habrían intentado hundirla con un «Te dije que no dabas la talla».

Sergio podría ser un auténtico compañero.

Y aquel «eres mía» le gustó, pues le resultaba muy tentador que él también fuera suyo.

—Entonces —dijo él—, ¿ambos tenemos cosas en la boca?

Ella, sumida en sus pensamientos, tardó un instante en comprender que se refería a lo que le había dicho a Carla.

—Lo del consolador ha sido idea tuya.

—Y lo de mi pene en tu boca, tuya.

—Ya te he dicho que tengo hambre.

—¿Te apetece un sesenta y nueve? Así ambos mantendremos nuestras bocas ocupadas.

—¿Y puedo pegarle un bocadito?

—Veeeenga, si te hace ilusión, prueba. Quizá sea como la cola de una salamanquesa y vuelva a crecer.

—Nunca se sabe hasta que se prueba, ¿no?

Se colocaron de costado en la cama, uno para cada lado, y Eva, juguetona, atormentó a Sergio con sus dientes hasta que se dio cuenta de que, si no lo distraía, la lengua masculina era capaz de obrar milagros en su vagina.

Las caricias no tardaron en volverse más bruscas y ansiosas conforme ambos se acercaban al clímax y fueron perdiendo la coordinación, espoleados a continuar por las sensaciones que los invadían y que convertían en misión imposible el concentrarse en nada que no fuera su propio placer.

Ella fue la primera en correrse y sus sofocados gemidos hicieron que Sergio la siguiera tan sólo un instante después, derramándose en las profundidades de su garganta.

Se quedaron tumbados boca arriba en la cama, con la mente más en el paraíso que en aquella habitación de hotel y, al cabo de un rato, Sergio acarició con su enorme mano la aterciopelada pierna de Eva.

—¿Pedimos que nos suban algo para comer?

—Sí, por favor. Me muero de hambre.

—¿Qué te apetece?

—Cualquier cosa que no lleve carne. En sitios como éste no puedo ponerme tiquismiquis.

—Pero dime algo.

—Tú primero pregunta qué te pueden ofrecer que sea vegetariano.

Sergio, que era el que tenía la cabeza más cerca de la cabecera, se giró y descolgó el teléfono. Marcó el uno, que tenía una inscripción justo al lado en la

que podía leerse «recepción».

—Hola, buenas noches. Me gustaría que nos subieran algo para cenar. Sí, gracias. Me están pasando con el servicio de cocina —le contó a Eva—. Hola, sí,

buenas noches. ¿Podría decirme qué podemos pedir? ¿Que si he leído el menú?

—Se volteó más en la cama y abrió el cajón de la mesita—. Oh, sí, ya lo tengo.

¿Qué me recomienda de todo? Sí, la hamburguesa suena de maravilla. ¿Y para mi compañera, que es vegetariana? Ah, sí, ya veo la sección. Ven un momento,

Eva, y échale una ojeada a la sección de platos vegetarianos.

—¿Tienen sección vegetariana? —se sorprendió ella, y se apresuró a darse la vuelta para que su cabeza quedara junto a la cabecera.

—¿Un sándwich vegetal? —interrogó Sergio, repitiendo la propuesta que le

había hecho el hombre al otro lado de la línea.

Ella negó con la cabeza.

—Siempre llevan atún. Como si no fuera pescado, sino un vegetal.

—Dice que sólo lleva queso brie y tomate fresco. Y que, si no te convence, también preparan un *wrap* de espinacas, setas y huevo.

—Ohhh, sí, eso, eso. Y no cuelgues todavía, no puedo creerme que tengan tantos platos sin carne. —Eva leía a toda velocidad la carta—. Que traigan también hummus y una tabla de quesos. ¡Oh! Y vino.

—¿Ha oído? Estupendo. Sí. Ese vino está bien. Y, ya que está, ¿podría traer velas?

Eva lo miró riéndose, pensando que hablaba en broma, pero lo vio asentir y mover los labios diciendo: «¡Tienen!».

—No necesitamos velas —se carcajeó ella después de que Sergio colgara.

—¿Y si se va la luz?

—Haber pedido también una linterna y un machete, por si llega el apocalipsis zombi. ¿Cuánto te han dicho que van a tardar?

—Quince o veinte minutos.

—¿Te apetece una ducha mientras?

—Me duché al volver al hotel.

—Yo también —replicó ella poniéndose en pie y avanzando hacia el cuarto de baño sin vergüenza alguna por su desnudez. De hecho, al llegar bajo el

marco

de la puerta, se contoneó provocadoramente antes de desaparecer en el interior.

Sergio sonrió ampliamente. Había echado de menos su descaro.

—¡Qué feliz vienes! —exclamó Eva al verlo entrar en la ducha ya empalmado.

—Me estaba acordando de lo flexible que eres y de todos los movimientos que sabes hacer.

—No has encontrado nada igual estas semanas, ¿eh? Qué solo has debido de sentirte.

—No he encontrado nada igual nunca —replicó él, acariciándole el trasero.

Se agachó para susurrarle—: Tu cuerpo me vuelve loco. Y lo que haces con él,

más.

—¿Como esto?

Se agachó hacia delante y, pegando su trasero a la erección, comenzó a hacer el *twerking* que sabía que lo desquiciaba, mezclando el movimiento con otros

ondulantes y muy sexis que también le había enseñado Lady Fire para los sugerentes bailes de *pole dance*. El pene de él se movía a un lado y a otro con sus movimientos y, en una de las ocasiones que ella bajó su trasero demasiado,

se le puso encima y jugó a hacerlo rebotar contra sus nalgas. Sergio no pudo resistirlo más y la agarró por las caderas.

—¿No te gusta? —preguntó ella poniendo morritos.

—No.

—¿No?

—¿Gustarme? Es quedarse corto. Me encanta.

Lo dijo con los dientes apretados mientras no apartaba su mirada de su miembro, que se deslizaba arriba y abajo resiguiendo el valle que creaban las nalgas de Eva.

—¿Vas a follarme o qué?

—No. Ven aquí. —La ayudó a enderezarse y pegó la espalda femenina a su amplio pecho—. Yo no puedo bailar ni volverte loco con mis movimientos, pero puedo hacerte otras cosas.

Cogió la alcachofa de la ducha y, tras comprobar que el agua salía caliente, comenzó a recorrer su cuerpo con el chorro, bañando primero sus piernas, luego

su abdomen, después su pecho y luego sus hombros y su cuello.

—¿Te gusta así de temperatura?

—Sí —murmuró ella, que se recostaba contra su pecho con los ojos cerrados, disfrutando de las sensaciones.

Él sonrió al verla tan confiada y apartó un momento la alcachofa para maniobrar con ella y que saliera más fuerte en el centro. Entonces, la llevó a su

sexo y, con las manos, le abrió los labios vaginales para que el chorro impactara

en el lugar correcto.

—Ahhh —jadeó ella.

—¿Te gusta?

—No. Me encanta.

Pese a sus palabras, sus manos intentaron sustituir las de Sergio.

—¿No lo hago bien?

—Lo haces de maravilla, pero quiero sentirte por todos lados mientras yo me masturbo. Déjame a mí el grifo y tú súbame. Apriétame como antes cuando me besabas, como si quisieras incrustarme en tu piel. Devórame mientras me corro.

Quiero sentirte en todos sitios.

Sergio no necesitó que se lo dijera dos veces. Con sus palabras había hecho desaparecer la momentánea inseguridad que le había causado que ella no

quisiera que la masturbara. Se dedicó a adorarla con las manos y la boca, besándole y mordisqueándole el cuello, los hombros y la barbilla, hundiendo sus

dedos en sus caderas, sus pechos, sus muslos. ¿Quería sentirlo en todos sitios?

¿Que la incrustara en su piel? ¿Que la acariciara como si quisiera comérsela enterita? Eso estaba hecho, pues era precisamente lo que él deseaba.

Cuando estaba a punto de llegar al clímax, Eva atrapó la mano izquierda de

Sergio y la guio hasta su sexo de tal forma que fueron sus dedos los que le provocaron el orgasmo.

Durante varios segundos, ella se quedó muy quieta entre sus brazos,

recuperando el aliento. Después se volteó lo justo para besarlo dulcemente.

—Te he echado de menos —confesó Eva, aunque, después de que sus labios formularan la frase, sintió cierto temor.

¿Podía decirle algo así? Él había sido más arriesgado todavía al decirle que «era suya».

—Yo también.

Sonrió aliviada al oír aquella respuesta y volvió a besarlo. Después, se inclinó

hacia delante, ofreciéndose.

—Vamos, que quiero el tercer orgasmo de la noche.

Sergio sonrió y se puso el condón que había dejado en una de las baldas de plástico de dentro de la ducha, junto al jabón regalo del hotel. Se hundió en ella

con lentitud, disfrutando de la sensación centímetro a centímetro y admirando la

erótica imagen de su pene perdiéndose en sus profundidades.

—Agárrame del pelo.

Sergio se llenó la mano de sus rubios mechones y tiró un poco a la vez que sentía que su pene le lanzaba un ramalazo de placer. Ella se había puesto más prieta.

—¿Quieres que te lo haga duro, rubia?

—Sí.

—¿Te follo por el culo?

—¡Sí!

Sergio gruñó. Dios, le encantaba aquella mujer.

Salió de su vagina y, sujetándose la erección, comenzó a jugar con su entrada trasera, tanteando cómo estaba de dilatada. La lubricación del preservativo, tanto

natural como artificial, facilitó su invasión y pronto estuvo completamente dentro de ella. Él resollaba. La sensación de estrechez era sublime. Casi podía ver las estrellas.

Tocaron a la puerta.

—Servicio de habitaciones.

—Mierda, la cena —dijo Eva, enderezándose un poco.

Él le colocó una mano en la espalda, manteniéndola agachada, y comenzó a penetrarla con rápidos empujones que lo catapultaron al orgasmo en tan sólo unos segundos.

—Dios. Joder. Mierda.

—A ver si te aclaras —se rio ella.

—Dios. Sin duda Dios.

Rápidamente y sin poder saborear el orgasmo tanto como le habría gustado, se separó de ella y abrió la mampara.

—¡Ya vamos! —gritó para que lo oyera quien hubiera llamado a la puerta de su habitación.

Salió de la ducha, se envolvió en un albornoz y fue a abrir.

Eva, todavía con las piernas temblorosas, se enjabonó y salió también, cogiendo el otro albornoz que tenían a su disposición.

—Ya está todo aquí —anunció Sergio, asomándose al baño—. ¿Te parece si cenamos en albornoz?

—Vale. Tengo que secarme un poco el pelo, que se me ha mojado.

—No te preocupes: mientras yo lo preparo todo.

Cuando salió con el pelo ya seco, se sorprendió al ver que fuera estaba oscuro.

—¿Sergio?

—Apaga la luz del baño. Han traído velas de verdad.

Sonriendo, Eva le hizo caso y pulsó el interruptor del aseo. Se sumió en la oscuridad, pero sólo un segundo, pues enseguida sus ojos se adaptaron y pudo ver un suave resplandor. Al avanzar un poco más, distinguió a Sergio sentado frente a una improvisada mesa donde ya estaba dispuesta la comida.

—Señorita —dijo poniéndose en pie y apartándole la silla—, su cena la espera.

Eva rio encantada.

Sí, Sergio sería un excelente compañero de vida.

37

—¿Puedo hacerte una pregunta?

Eva enarcó una ceja.

—Lo dices como si no fuera a gustarme.

—No es nada del otro mundo, pero quizá no quieras contestarme.

—Pues pregunta y ya veré si te contesto o no.

—¿Qué te hizo ser tan competitiva?

—Lo dices como si fuera picándome por ahí con todo el mundo. ¿Qué te apuestas a que corro más que tú?, ¿a que subo las escaleras más rápido?, ¿a que

me bebo un botellín de cerveza en cinco segundos menos que tú?

—No —se rio Sergio—, pero, si alguien te dice que no puedes hacer algo, no paras hasta demostrarle lo equivocado que está.

—¿Lo dices por cómo te he bajado los humos con todo el tema de «Ninja Warrior»?

—Por eso y por otros muchos detalles, sí.

Eva dejó a un lado la guasa y su rostro se puso serio. Terminó de rebañar con el pan de pita el bol de hummus que le habían traído y lo hizo a un lado, dando por terminada la cena. Se echó hacia atrás en la silla, intentando ponerse cómoda, y contestó.

—De pequeña era muy pequeña, valga la redundancia. Siempre fui la más bajita y escuálida de la clase. Todo el mundo me infravaloraba y me trataban como si fuera mucho menor de lo que era. La verdad es que siempre aparenté menos edad. El caso es que uno de mis profesores de gimnasia, cuando tenía once años, dijo a las claras que conmigo tenía que hacer un poco la vista gorda

para aprobarme porque no podía tener el nivel físico de mis compañeros:
corrían

más rápido que yo porque tenían piernas más largas; jugando al baloncesto siempre me interceptaban las pelotas; en el voleibol era un cero a la izquierda...

«Eva, tú no vales para el deporte, asúmelo. Mejor dedícate... yo qué sé... a la moda. Valdrías para modelo.» Mira si podría haberme dicho que valía para ser ingeniera o médica, pero no. Para modelo. Como si las modelos no me sacaran

varios palmos de altura. El caso es que su comentario me fastidió un montón y me pasé días enfurruñada, hasta que mi madre me llevó a un gimnasio en el que

se hacía gimnasia rítmica y me dijo: «Mira, cariño, son pequeñas como tú y son

auténticas atletas. No servimos para todo, pero todos servimos para algo».

Decidida a demostrarle a mi profesor que yo sí valía para el deporte, dijera lo que dijese, empecé a entrenar en esa disciplina y lo cierto es que era buena. Gané

varios premios a nivel nacional y callé muchas bocas. Volaba por los aires como

un pájaro, ¡yo!, que necesitaba ayuda para coger las cosas de las estanterías altas.

Pero me lesioné y mi madre cayó enferma, y... para cuando pude volver, era tarde. Podía seguir haciéndolo, claro, pero ya como simple afición. Era

demasiado «grande» para las competiciones. En los circuitos profesionales todas

parecen muñequitas de metro cincuenta y apenas alcanzan los quince años.

Poco

después empecé la universidad y yo quería estudiar algo relacionado con el comercio o las empresas para poder trabajar en la compañía de mi padre, pero él

se negaba. ¡Una hija suya no iba a ser secretaria! Cuando le expliqué que no quería ser secretaria, sino comercial y, en un futuro, gerente como cabría esperar

de los herederos de los socios, se echó a reír. «El comercio es un mundo de hombres, cariño. ¡No exportamos maquillaje!»

—No te lo tomes a mal, pero tu padre era bastante capullo.

Eva se rio sin mucho humor y asintió.

—Hoy me he acordado de él. Estaba pensando en que él también habría

pensado que «Ninja Warrior» no era para mí, pero que, a diferencia de ti, él jamás habría entrado en razón ni me habría apoyado para intentar superar el reto.

Me gusta eso de ti: que puedas pensar una cosa, pero que, si te demuestran que estás equivocado, lo aceptas y sigues adelante. Mi padre siempre se negó a ver

las cosas.

»Intentó obligarme a estudiar magisterio, pero me negué y al final conseguí

estudiar filología inglesa. No era lo que yo quería ni mucho menos, pero al menos pude estudiar idiomas. Le encantó la idea de que su hija hablara inglés y

francés, pero tuve que aprender chino a sus espaldas porque no le hacía mucha gracia. Sabía para qué lo quería.

»Después de la licenciatura, me saqué un máster. Había ahorrado el dinero suficiente como para pagármelo yo, así que en aquella ocasión no tuvo ni voz ni

voto en mi decisión. Bueno, voz si tuvo y puso el grito en el cielo porque al final

me hubiera salido con la mía y fuera a cursar estudios de comercio internacional.

“¡Es un mundo de hombres!”, insistía, y lo cierto es que en la clase sólo éramos

otra chica y yo; el resto, todo hombres. Lo cual es curioso, porque, si vas a hacer

un módulo de comercio a nivel de formación profesional, la gran mayoría de alumnos suelen ser mujeres. Supongo que, en el esquema mental de muchos, los

altos puestos siguen ocupándolos los hombres, y los bajos, nosotras.

»Cuando me quedaba poco para terminar el máster, me dijo: “En la empresa no hay ningún puesto para ti”, y tenía razón: en el puesto que me correspondería

a mí estaba David, el hijo de Antonio. Estaba mucho mejor preparado que yo para el cargo, claro, ¡tenía un pene! Porque, por lo demás, se había sacado el bachillerato por los pelos. Le callé la boca a mi padre cuando, nada más salir del

máster, la empresa en la que trabajaba uno de mis profesores me ofreció un puesto de trabajo. Las ventajas de sacar matrícula de honor.

»Después me saqué otro máster, en esta ocasión en administración de

empresas. Otro disgusto para mi padre. Otro paso en un mundo gobernado por hombres. En mi vida todo ha sido una consecución de “Esto no es para ti” y

“No

vales para esto”, ya fuera por mi altura, por ser mujer, por ser joven, ¡incluso por ser rubia! ¿Sabes cuántos chistes de rubia tonta he tenido que tragarme? Por eso

ahora, cada vez que alguien me dice “no”, yo pienso “¡pues va a ser que sí!”. Y

créeme que oigo muchos noes a lo largo del año. Por ejemplo: “¡No puedes tener

la parte mayoritaria de la empresa porque eres una mujer!”.

—Yo nunca he dicho eso —se defendió Sergio con vehemencia—. Yo compré lo que Antonio me vendió, ¡no voy a regalártelo porque sí! ¿O quieres que te venda una parte sólo porque seas mujer y me des lástima? ¿Acaso quieres que te

la venda para que no me taches de machista?

—No, pero Antonio debería haberme ofrecido a mí primero la posibilidad de comprarla. Si yo hubiera sido un hombre, lo habría hecho. ¿Sabes qué me dijo cuando se lo eché en cara?

—¿Qué?

—¡Que probablemente podría aprender mucho de ti! Que seguro que tener un hombre como socio me beneficiaría. Qué rabia.

—Bueno, al menos no he resultado ser tan mal socio como pensabas.

—No, por suerte no.

—Ahora es cuando dices que te tocó la lotería conmigo.

—¡Menos lobos, Caperucita! ¡Oh! Y eso me recuerda...

—¿Sí?

—Que al final me has dejado sin tercer orgasmo y exijo una compensación.

—Por mí, cuando quieras —respondió él, encantado—. Aunque, si me das media horita, mejor, que con toda la sangre en el estómago, haciendo la digestión, me va a costar poner a mi amigo firme.

—Perfecto, porque mi compensación quiero que sea otra cosa.

Se puso en pie y fue al cuarto de baño, de donde volvió con un bote de crema.

—Quiero un masaje.

—¿En la espalda? —preguntó Sergio a la vez que la veía desanudarse el cinturón del albornoz y dejar caer la mullida tela.

—Empecemos por ahí, sí. Ya luego puedes pasar al resto del cuerpo, si quieres.

—Soy muy bueno con los masajes, que lo sepas.

—Lo sé. ¿Recuerdas esa primera noche en Inferno? Qué gustazo de masaje. Te contrataré como masajista.

—¿A jornada completa?

—Pues depende de cuánto me cobres. Si me haces buen precio y eres tan bueno como recuerdo, probablemente sí te quiera a mi lado a todas horas.

38

A la mañana siguiente, volvieron a sonar unos golpes en la puerta.

—¿Eva?

La susodicha gruñó algo ininteligible, más dormida que despierta.

—¿Sergio?

—¿Sí?

—Sergio, ¿eres tú? —insistió la voz de Carla.

—Sí, pesada. ¿Qué quieres?

—Nosotros vamos a bajar a desayunar en diez minutos. ¿Os apuntáis?

—¿Qué hora es?

—Las nueve y cuarto. —Carla esperó un segundo y, al no recibir respuesta, añadió—: El desayuno dejan de servirlo a las diez.

Sergio soltó un largo suspiro a la vez que acariciaba el cuerpo desnudo de Eva.

—Sí, nos vemos en diez minutos —dijo en voz alta para que su amiga lo oyera, y después comentó sólo para su acompañante—: Qué pena.

Ella, todavía con los ojos cerrados, giró el rostro hacia él y entreabrió un párpado.

—¿Qué te da pena?

—No poder disfrutar de esta perfección por la mañana.

Se inclinó hacia ella y dibujó un camino de besos sobre su abdomen. Cuando volvió a mirarla, Eva sonreía.

—Sé que te gusta mucho el sexo matutino, ¿de verdad vas a dejar pasar esta

oportunidad? —interrogó ella, acariciándose con una mano.

—Mujer, si me insistes de esa manera...

Se puso rápidamente un preservativo y se colocó sobre ella, besándola en el cuello, en la cara, en los labios, en el pecho, para intentar despertarla del todo,

aunque sin duda lo más efectivo para arrancarla de los brazos de Morfeo fue penetrarla.

Ambos suspiraron a la vez en un jadeo de placer compartido.

Fue un sexo lento, cariñoso, tranquilo, que les robó prácticamente los diez minutos que Carla les había concedido. Para cuando su amiga volvió a tocar en

la puerta de Eva, aún seguían tumbados boca arriba en la cama, disfrutando de los retazos de placer que todavía flotaban en sus mentes y sus cuerpos.

—¿Estáis listos? —preguntó Carla.

—Sí —mintió Sergio—, pero id delante y ahora os pillamos. Coged sitio para nosotros.

—De acuerdo.

Sergio se giró hacia Eva y le dio un beso en los labios.

—Me voy a mi habitación a ducharme, ¿nos encontramos en el pasillo en diez minutos?

—¿No te apetece que salvemos un poco el planeta?

—Cariño, si nos duchamos juntos, hoy no desayunamos, ni comemos, ni

cenamos.

¡La había llamado «cariño»! Eva se tragó todas sus dudas, preguntas y sentimientos y sonrió.

—Tienes razón, mejor nos duchamos por separado.

—¡Me voy corriendo!

—¿No vas a vestirte? —se sorprendió ella al verlo ir hacia la puerta habiéndose puesto sólo los calzoncillos.

—Mi habitación está a cinco metros, ¿qué más da?

—Como te cruces con alguna chica, le vas a alegrar el día.

—Pues entonces más motivos para salir así. Nos vemos en diez minutos.

Eva logró obrar un milagro y estar lista en sólo trece minutos con ducha, ropa y ligero maquillaje incluido. Y de esos escasos minutos, sólo se permitió un par

para pensar en el «cariño» que Sergio le había dedicado. Probablemente sólo sería una forma de hablar, como quien dice «nena», pero era algo nuevo en su relación con Sergio. ¿Eso quería decir que habían pasado a un nuevo nivel?

Quizá a Sergio le ocurría como a ella y había aceptado que podían ser algo más.

No pareja, pero sí más que dos personas que sólo quedan para dar salida a sus necesidades. Ninguno de los dos quería arriesgarse a amar, y quizá habían encontrado en el otro la fórmula perfecta para estar a gusto en una relación sin

comprometer (al menos demasiado) sus corazones. Eran compatibles, eso estaba

más que demostrado, y tal vez con un poco de suerte podrían descubrir la receta

ideal para su relación.

Dos minutos para pensar en aquello fue todo lo que se permitió. Después, procuró centrarse en otra cosa. Era hora de vivir el presente sin llenarlo de turbulencias por pensar en el futuro. Aprovecharía las horas, días, semanas o...

¿meses? que Sergio tuviera a bien regalarle, y después, cuando llegara el momento de pasar página, se preocuparía por lo que ocurriría cuando le pusieran

punto y final a su relación.

Y Eva no volvió a pensar en su relación en todo el día, pero Sergio se vio obligado a hacerlo cuando, no mucho después, Carla preguntó:

—¿Así que volvéis a estar juntos?

Sergio acababa de sentarse frente a Álex y ella, con su plato a rebosar de comida. Eva seguía dando vueltas por el bufet, buscando las víctimas perfectas

para su desayuno.

—¿Juntos? ¿Eva y yo?

—No, tú y el monstruo de las galletas. ¡Pues claro!

—Hombre, yo no diría que estamos juntos. Nunca lo hemos estado en el sentido estricto de la palabra.

—Pero habéis pasado la noche juntos.

—Hemos recuperado nuestra antigua relación, sí.

—¿Y vuestra antigua relación es...?

—Amigos... ¿con derecho a roce?

—¿Es una afirmación o una pregunta?

—Ambas. No sé ponerle nombre a lo que somos. Amigos que se divierten juntos.

Carla y Álex intercambiaron una mirada.

—¿Qué? —exigió saber Sergio.

—Nosotros también empezamos así, como amigos que se divierten juntos.

—¿Sí? —Sergio fingió sorpresa y se llevó media tortita a la boca. La masticó con contundencia a la vez que ponía cara de pensar—. Fíjate que yo pensaba que

no empezasteis ni como amigos, porque todo fue por una apuesta.

—Más puntos a mi favor —dijo Carla sin ofenderse.

—A tu favor, ¿en qué?

—Dos desconocidos que acaban acostándose por una apuesta se transforman en dos conocidos que acaban follando de forma regular porque uno de ellos quiere aprender todo lo que la otra parte puede ofrecerle. Desconocidos que pasan a ser conocidos y después amigos y... ¡bam! —Le enseñó la mano, donde

lucía su anillo de pedida—. *Love is in the air.*

—Lo fácil que ha sonado y lo difícil que fue —comentó Álex, lo que le granjeó un beso en la mejilla por parte de Carla.

—Somos amigos con derecho a roce, ¿vale? No me comas la cabeza.

—Yo no como nada, a diferencia de ti anoche. ¿Qué era eso de que tenías un consolador en la boca?

—Lo dejo a tu imaginación.

—Mi mente ya ha desgastado esa idea esta noche, créeme. ¿Verdad, cariño?

Álex no contestó con palabras, pero sí con su sonrisa.

—Los follamigos son una mentira, Sergio —afirmó Carla—. Una utopía.

—¿Y qué quieres, que corte con ella?

—No, pero no quiero verte sufrir. Y a ella tampoco. Me cae bien.

Sergio fue a replicar algo, pero no pudo hacerlo porque justo en ese momento vio a Eva a pocos metros, dirigiéndose hacia la mesa.

—¡Oh! ¿Has vuelto a cogerme Nocilla? —preguntó ella, risueña, al ver junto al plato de Sergio varias monodosis.

—No, son para mí.

El tono áspero de Sergio la frenó en seco, aunque por suerte consiguió

reponerse enseguida y creyó que ni Álex ni Carla se habían dado cuenta de su reacción. Sergio estaba claro que no lo había notado, pues ni siquiera la había mirado al soltar aquello. Se sentó junto a él y dijo:

—Bien, porque ya había cogido yo.

39

La vuelta a la rutina les sentó bien a ambos. Les valió para volver a poner distancia entre los dos y marcar de nuevo la línea que los separaba y que en Madrid se había difuminado casi por completo.

Sergio volvió a aparecer menos por la empresa, ocupado con el negocio familiar, y Eva pudo actuar a sus anchas, como siempre había soñado que haría,

sin nadie mirándola por encima del hombro.

Tampoco se ejercitaban ya juntos, pues su entrenamiento para «Ninja Warrior» había terminado y Sergio no tenía necesidad de ir hasta el gimnasio del

polígono cada día. Por su parte, Eva volvió a su rutina anterior de ir al gimnasio

a la hora de la comida para escalar un rato antes de sentarse cómodamente a comer. También pudo recuperar sus clases normales de *pole dance*, a las que les había robado horas para el programa televisivo. Aunque, si acababa de aparcar un desafío que no olvidaría en toda su vida, Joan no tardó en recordarle que tenían otro reto por delante: la carrera de cinco kilómetros que el gimnasio patrocinaba y que era en beneficio de las enfermedades raras. Según tenía entendido Eva, un sobrino de Joan sufría una de esas patologías que sólo un pequeño porcentaje de la población padece, una afección que, como no resulta rentable a las farmacéuticas, no se estudia. La mayor parte de los usuarios del gimnasio se apuntaban a la 5K, aunque sólo fuera para pagar su dorsal y colaborar. Joan y su hermano podían ser realmente insistentes.

Además, durante el mes previo a la competición, Joan entrenaba de forma gratuita a todo aquel que se hubiera inscrito, e incluso formaba un grupo que quedaba para correr los fines de semana, cuando el gimnasio estaba cerrado. Así,

a sus kilómetros matutinos, a sus escaladas de mediodía y a sus clases de *pole dance* con Lady Fire, Eva sumó un día de *running* en grupo.

Se sorprendió mucho el segundo fin de semana que salió con el equipo al descubrir a Sergio entre los reunidos para esa sesión. Hacía varios días que

no se

veían. Él se había pasado algunas veces por la empresa desde que volvieron de

Madrid dos semanas atrás, pero no habían hablado de nada que no fuera el negocio. Tampoco habían quedado fuera de la oficina, aunque Eva prefería no darle vueltas al asunto. No creía que lo suyo hubiera terminado, simplemente estaban en... *stand by*. Las relaciones como la suya es lo que tienen, ¿no? No eran pareja, así que sólo se buscaban cuando se necesitaban y, visto lo visto, ninguno de los dos había tenido ganas esos días.

Mentira. A ella sí le había apetecido quedar con él, pero no le había dado la gana de llamarlo. La situación en Madrid acabó un poco rara. Fría. Estaba un poco molesta con él por cómo la había tratado aquel último día en la capital, con

total desapego después de llamarla «cariño», confesarle que él también la había

echado de menos y haber dormido abrazados para despertar con un excelente polvo mañanero.

Así que ella no iba a ser la primera en mover pieza. Todavía en Madrid, había decidido tomarse las cosas con calma y filosofía. Como vinieran, serían bien recibidas, y si él había decidido que había llegado el momento de romper, ¡de puta madre! Ella no pensaba ir a llorarle.

—Hombre, ¿cómo tú por aquí? —le planteó al llegar a su lado.

—Pues parece ser que me han liado para correr.

—¿Tú no sabes que correr es de cobardes?

—Algo de eso he oído, sí.

—Pensaba que ya no ibas al gimnasio de Joan, ¿cómo ha conseguido captarte

para esta secta? Porque te aviso que es una secta en la que intentarán comerte el

coco con los ritmos, la alimentación, la ropa, las zapatillas, las distintas carreras que hay...

—Bueno, si tú eres parte de la secta, tampoco creo que esté tan mal. Pareces cuerda y buena persona.

—Tú lo has dicho, parezco.

—Y con respecto al gimnasio... dejé de ir, pero en mi otro gimnasio se enteraron de que había ido a «Ninja Warrior» y que había estado entrenando en

otro sitio... y no les sentó muy bien que digamos.

—¿Te han echado?

—No, pero han conseguido que no me sienta cómodo allí.

—Ellos se lo pierden. ¿Y a qué ritmo corres?

—Ni idea.

—Pero ¿corres normalmente?

Él se encogió de hombros. Nunca antes había participado en una carrera oficial, aunque en su antiguo gimnasio sí solía correr en cinta durante diez o quince minutos cada vez que iba. ¿Cuántos kilómetros serían eso? Nunca se había parado a pensarlo.

—Bueno, piensa que es una carrera benéfica y sólo de cinco kilómetros. La puedes acabar andando, como otra mucha gente hará.

—¿Tú cómo corres de rápido?

—El último año, cinco con dos.

Sergio se quedó unos segundos callados, mirándola.

—¿Sobre la escala de Richter?

Ella soltó una carcajada ante la ocurrencia.

—Hombre, ya sé que causo terremotos allá donde voy, pero no. Corrí a un ritmo de cinco minutos y dos segundos el kilómetro.

—Está muy bien, ¿no?

—Mi mejor marca hasta ahora —asintió ella, aunque lo miraba con los ojos ligeramente entrecerrados—. No tienes ni idea de correr, ¿a que no?

—Sí, hay que poner un pie delante del otro durante muchos metros. Y balancear los brazos así.

—Qué buena técnica.

—Y tú diciendo que no sé correr.

Eva miró a su alrededor, al grupo de unas diez personas que ya había reunidas y que esperaban la llegada de Joan.

—Como es tu primera vez, quizá podamos quedarnos rezagados tú y yo.

Sergio la miró con una sonrisa pillina.

—¿Tienes ganas de hacerlo en medio de la sierra o qué? Yo me apunto.

Sus palabras la pillaron por sorpresa. ¡Volvía al ataque! ¿El KitKat que se habían tomado había terminado?

—Pues... no tenía yo en mente quedarme con el culo al aire con este frío, la

verdad. Pero, oye, si prometes mantenerme caliente... Aunque la verdad es que yo lo decía porque, si nunca has corrido, quizá no puedas mantener nuestro ritmo.

—Mujer de poca fe, sí suelo correr. Todos los fines de semana me corro un par de veces.

—¡Qué pervertido!

—No, en serio, sí que corría en mi gimnasio.

—Pero no sabes a qué velocidad.

—Hasta ahora siempre he corrido en cinta y nunca me he fijado muchos en todos los numeritos que aparecen, porque más que máquinas de correr parecen naves espaciales con tanto botón.

—Pero le dabas a algún número, ¿no? Para que se pusiera en marcha.

—Sí.

—¿Qué número marcabas?

—¿Para correr? Pues ocho, nueve, diez... según el día.

—Vale, no está mal. El diez son diez kilómetros hora.

—¡Más que tú!

—No —negó ella con rotundidad, picada.

—Pero si me has dicho que corres a cinco.

—Cinco minutos el kilómetro. Tú a diez, pero kilómetros hora, no minutos por kilómetro.

—Qué lío.

—Si no me equivoco, el diez en la máquina es seis minutos el kilómetro.

—¿Y todos estos cálculos? —inquirió de pronto Joan, apareciendo a su lado

—, ¿pensáis mandar un cohete a la luna o algo por el estilo?

—¡Hombre, ya has llegado! —se alegró Eva. Se dieron dos besos—. Estaba

hablando con Sergio para ver cómo de rápido corre. No creo que aguante nuestro

ritmo.

—¡Oye! —protestó él—, que aún no me has visto correr.

—Y tú tampoco nos has visto a nosotros —replicó Eva, y después se dirigió a Joan con un susurro—. Mira quién ha venido hoy, si hasta yo iría con la lengua fuera.

Él observó a los que se habían reunido para tener una visión general, aunque

ya los había saludado a todos. Asintió con la cabeza antes de darle unas palmadas a Sergio en la espalda.

—Hoy nos lo tomaremos con calma, ¿vale? Para ver tu ritmo. Ellos que vayan por delante.

—Puedo quedarme yo con él, no me importa.

—No, tú ve delante. A ver si este año mejoras tu marca. Te vendrá bien el entrenamiento de hoy.

—Vale.

Sergio fue a protestar. Si Eva quería quedarse con él, ¿quién era Joan para decirle que no? Además de su entrenador personal y todo eso, claro. Había

aceptado ir a aquella gilipollez en fin de semana sólo porque Eva participaba; si

ella iba a ir por delante, no le merecía la pena levantarse a las siete de la mañana un sábado.

Cuando dos días atrás Joan le había preguntado si quería participar en una carrera benéfica que se organizaba a finales de mes, lo primero en que había pensado había sido en Eva. Sabía que corría, la había visto llegar a su trabajo en

mallas y a buen ritmo. ¿Participaría ella también? Llevaban dos semanas un poco distanciados y todo por su culpa. Lo que Carla le había dicho en el hotel lo

había alertado bastante, pues le había hecho recapacitar sobre su relación con Eva y se había dado cuenta de que su relación había cruzado muchos límites, muchas líneas rojas. Ya no eran dos desconocidos disfrutando del cuerpo del otro. Ni siquiera eran un polvo ocasional. Ella incluso le había confesado que lo

había echado de menos durante las semanas en que estuvieron separados y, a Sergio, aquella afirmación que en boca de otra habría hecho saltar todas sus alertas, le había provocado un «yo también».

Al regresar de Madrid, decidió poner un poco de distancia a ver qué ocurría.

Si ella iba a pedirle explicaciones de por qué pasaba de ella, sería el momento de

poner el punto y final a su relación sentimental. No podía hacer lo mismo con la laboral y se daba cuenta de que ser socios probablemente complicaría las cosas,

pero los negocios eran los negocios y, sin duda, la compra de la empresa había sido un movimiento inteligente. Incluso su padre empezaba a verlo.

Pero no, ella no le había dicho nada. Ni tan siquiera parecía haber notado su

distanciamiento. Las pocas veces que se vieron en la compañía fue educada y amable, sin tensiones. No le preguntó por qué ya no se pasaba por el gimnasio, ni tan siquiera le propuso hacer planes para el fin de semana.

Todas las alarmas que se habían disparado en su cabeza se silenciaron y, cuando Joan le sirvió en bandeja un modo de volver a pasar tiempo con ella sin

que se notase su acercamiento descarado, lo aceptó encantado.

Pocos minutos después empezaron a correr en pelotón. Sergio miró a su alrededor, desconfiando, pues Eva había conseguido meterle miedo con todo eso

de la velocidad, pero aquel ritmo podía aguantarlo sin problemas y, con un poco

de suerte y si era capaz de dosificarse bien, sería capaz de hacerlo durante los cinco kilómetros.

—Pues tampoco es para tanto —comentó para que Eva, que corría a su lado, lo oyera—, os hacía corriendo como balas.

—Esto es el calentamiento.

—Oh...

Tras cinco minutos de trote ligero, empezó la auténtica carrera. ¡Cabronazos!

Corrían como gamos. Sergio intentó seguirles el ritmo, pero para él el paso anterior era el adecuado y el nuevo que intentaban marcar era de infierno. Se asfixiaba y la cabeza le iba a explotar de lo rápido y potente que le llegaba la sangre al cerebro, bombeada por un corazón que debía de estar preguntándose qué narices pasaba para tener que latir como nunca en su vida.

Irremediablemente fue quedándose atrás.

—Tú a tu ritmo, tranquilo. Yo me quedo contigo —le dijo Joan y, aunque seguro que lo decía a buenas porque era un entrenador profesional, a Sergio le sonó condescendiente.

Se exigió un poco más, aunque después su cerebro le preguntó si era gilipollas o qué. ¿De qué valía morirse en unos cientos de metros más si tenía todavía un montón de kilómetros por delante? Si al menos viera la meta, pues sí, a darlo todo, pero así...

Fue a pararse, porque no necesitaba bajar el ritmo sino detenerse unos minutos y poder respirar con normalidad, cuando unos metros más adelante oyó

que Eva gritaba y comenzaba a dar zancadas renqueantes.

—¡Ah! ¡Mierda! ¡Joder!

El pelotón se detuvo unos metros más allá, dando saltitos en el sitio para que su corazón no se relajara.

—Seguid, seguid, es sólo un tirón. No estropeéis vuestro tiempo.

Los chicos se miraron dubitativos. ¿Dejaban atrás a un compañero? Joan les resolvió la duda al llegar al lado de Eva y decir:

—Seguid corriendo. Yo me quedo con ella. Nos vemos en el punto de meta de siempre.

En pocos segundos habían desaparecido tras una curva.

—Joder, qué dolor. Y no se va. Diossss.

—Ponte así —indicó Joan, apoyando el pie en una piedra cercana y bajando el talón.

—¿No va a ser peor?

—Confía en mí. —Ella le hizo caso y su cara de sufrimiento se relajó al momento—. ¿Mejor?

—Sí, mucho mejor. Ufff. Aunque no se me acaba de ir del todo.

—Siéntate ahí.

Eva le hizo caso, tomando asiento en una roca, y Joan se arrodilló frente a ella. Le quitó la deportiva y ella se puso un poco nerviosa.

—¿Qué haces?

—Voy a darte un masaje.

—Espero no llevar ninguna patata en los calcetines.

Joan se rio y se puso a mirar la tela con detenimiento.

—Ningún agujero. ¡Y huele a rosas!

—¡Anda ya! ¡Ah!

—¿Te molesta ahí?

—Un poco, sí.

—Aguanta un momento.

Le quitó el calcetín y le remangó el pantalón. Empezó entonces a masajearle la planta y el tobillo, y después subió hasta el gemelo. Fue ahí donde a Eva se

le

escapó un gemido y no precisamente de dolor. O eso creía Sergio, que lo miraba

todo con ojos agrandados. ¿Cómo había acabado su salida de *running*/misión de acercamiento a Eva con Joan arrodillado frente a su ángel y dándole un masaje

en los pies que la hacía emitir ruiditos de lo más sexis?

—Dios, sí, ahí. Ahhh, Dios, qué gusto.

—¿Os dejo solos? —planteó con un poco de brusquedad, notando muy a su pesar que se ponía celoso.

Vale que le diera un masaje para aliviarle el tirón, pero ¿en serio Eva tenía que regalarle todas aquellas palabras endulzadas con su inconfundible tono de placer? ¡Si parecía que fuera a correrse allí mismo! El entregado masaje de cuerpo entero que le había dado en Madrid había conseguido unos elogios

similares, ¡y ambos sabían perfectamente cómo había acabado la cosa!

—Pues, si quieres seguir corriendo a tu ritmo, nosotros te pillamos en un momento.

La mandíbula de Sergio se apretó más de la cuenta. ¡Qué desfachatez la de Joan! Eva, como respuesta, contuvo a duras penas la risa y ella y el entrenador intercambiaron una mirada cargada de significado.

Sergio los miró con nuevos ojos. ¿Se habrían acostado juntos alguna vez? Lo había pensado en varias ocasiones, pero nunca le había dado demasiada importancia. En ese momento se moría por saberlo. Tenía claro que a Joan le gustaba ella, pero siempre había pensado que simplemente era una tensión

sexual no resuelta que había entre los dos. Sospechaba que Joan era más joven que Eva, aunque, claro, ella aparentaba menos años de los que tenía y en realidad hacían buena pareja. Y ambos eran amantes del deporte y pasaban muchas horas a la semana juntos...

No se movió de donde estaba, aunque por suerte tampoco transcurrió mucho tiempo hasta que dieron por concluido el masaje.

—¿Crees que podrás correr?

—Sí, tienes unas manos fantásticas.

Lo mismo le había dicho a él como premio a su masaje.

—Vale, pues empecemos, pero a un ritmo tranquilo, ¿de acuerdo? Cogeremos el atajo y con un poco de suerte llegaremos a la misma vez que los demás.

Los kilómetros que faltaban se le hicieron a Sergio larguísimos, pero por suerte el ritmo que llevaban era más o menos manejable y, aunque llegó *matao*, consiguió alcanzar el punto de meta. El resto del pelotón también acababa de llegar.

—¿Te apetece si nos vemos esta noche? —le propuso Sergio a Eva antes de despedirse.

—Pues lo cierto es que tengo planes.

—Oh.

Durante unos segundos, Sergio pudo saborear la decepción, pero entonces ella añadió:

—Aunque quizá te quieras apuntar. Lady Fire tiene un nuevo espectáculo en

un local del centro. No es una discoteca, sino una especie de sala multiusos con

varios restaurantes, bares, coctelerías... No sé, me lo han pintado muy bien. Si quieres acompañarnos...

—¿Con quién vas?

—Con las chicas de *pole dance*.

—Pues si no molesto...

—No, claro que no.

40

Lady Fire actuaba en un local muy elegante del centro de la ciudad, donde, como

Eva le había dicho, había varios sitios para picar algo en un enorme salón de tres

niveles que tenía cierto aire de teatro, pues las plantas daban a lo que podría haber sido un escenario y una zona de butacas, aunque éstas habían sido

sustituidas por mesas donde la gente comía, bebía, hablaba y reía. Cuando Sergio

llegó, había una banda que sonaba bastante bien sobre el escenario. No tardó en

encontrar a Eva, pues ella le había comentado que se situaría en la segunda planta y, en cuanto las puertas del ascensor se abrieron, la vio esperándolo.

Iba muy guapa y sexy, con un vestido rojo oscuro de lentejuelas. Ella fue a saludarlo con dos besos en la mejilla, pero él buscó su boca y acabaron compartiendo un tórrido beso que por un segundo les hizo pensar que las dos semanas de distanciamiento no habían tenido lugar.

Las compañeras de Eva eran un grupo bastante heterogéneo de chicas entre los veinte y los cincuenta.

—Oi, oi, oi. ¡Pero si está mejor que en la foto! —oyó que murmuraba una de las mayores cuando llegaron a su lado. Le gustó el halago y más todavía saber

que hubieran estado hablando de él—. ¡Menudo tío!

—Chicas, os presento a Sergio.

—¿Tu chico? —preguntó una despistada que no debía de haber estado en el momento en el que su foto había rulado de mano en mano en el móvil.

—Algo así —contestó Eva, evasiva.

Lo presentó a las cinco, aunque él no se quedó con el nombre de todas, pues fue demasiado rápido y eran muchas. Sabía que había una Tatiana y una María, pero no estaba seguro de poder unir nombre y persona.

Fue a pedir a la barra para alejarse un instante del grupo de mujeres que no le quitaba los ojos de encima, aunque cuando volvió todavía no debían de haber terminado su escrutinio, pues, al sentarse en la mesa junto a Eva, todas lo miraron fijamente.

Quizá no había calculado bien dónde se estaba metiendo cuando aceptó ir.

Aunque, claro, Eva tampoco había especificado que sería una noche de chicas...

O sí lo había hecho, pero «con las chicas de *pole dance*» había dibujado en su cabeza otro escenario. Quizá un grupo de jóvenes muy sexis con vestidos ajustados y cuerpos de diosas. ¡Sí! Un ejército de ángeles de Victoria's Secret.

Pero lo cierto era que todas parecían bastante normales, salvo por Eva y otra de

las chicas jóvenes. Apostaría a que habían tenido que batallar por conseguir esa

noche para ellas y que en casa las esperaban un marido y uno o varios niños.

Nada de lo que él imaginaba cuando pensaba en el baile en barra o en el mundo

en el que se movía Lady Fire.

—Y, bueno —dijo para romper el hielo—, ¿cuándo baila Lady Fire?

—En cinco minutos, si todo va bien —replicó una de ellas tras consultar el reloj.

—¿Y dónde lo va a hacer?

—Ni idea, pero nos ha dicho que podemos ponernos en cualquier sitio de la segunda planta.

—No se ve su barra por ningún sitio, ¿no?

—No va a hacer *pole dance* —le aclaró Eva—; hoy toca danza aérea.

—Y eso, ¿qué es?

—Con telas que cuelgan del techo. Ella se las va enrollando en el cuerpo, subiendo y bajando por la tela.

—Creo que me suena. ¿Vosotros también hacéis eso en clase?

—No, pero, si nos gusta, ¡la convenceremos para que nos enseñe! —exclamó una de ellas.

—Chicas, ¡ahí está! —anunció emocionada la que estaba más cerca de la balconada que daba al centro de butacas—. ¡¡Lady Fire!!

Y a su grito se unieron todas las demás, que se pegaron al borde y comenzaron a saludar efusivamente a su monitora, gritando su nombre y causando gran alboroto. Eva se reía un poco, avergonzada al darse cuenta de que su grupo había atraído la atención de absolutamente todo el salón.

—Después del espectáculo, nos tomamos una copa con Lady Fire y nos vamos —le dijo a Sergio.

—No tengo prisa. Sé que te estoy robando una noche de chicas y mañana no trabajo, así que...

—Gracias.

—¿Y les has enseñado una foto mía? —planteó, tanto por seguir hablando con ella como por el hecho de que sentía curiosidad.

—Cuando les he dicho que había invitado a un amigo, no han dejado de preguntarme que quién era, qué edad tenía, cómo era... ¡Se han puesto muy pesadas!

—¿Y qué foto les has mostrado?

—Pues no tengo ninguna foto tuya, así que no me ha quedado otra que meterme en tu Facebook. Les he enseñado la que tenías de perfil, porque no me dejaba ver más.

—¿Y por qué no me agregas como amigo?

Ella se encogió de hombros.

—¿Tienes secretos que no quieres que vea en tu perfil? —preguntó él, riéndose.

—Más bien tengo miedo de qué me voy a encontrar en el tuyo.

—¿Por qué? No subo nada raro. Alguna que otra foto y, sobre todo, cosas que comparto de otros: vídeos, noticias, curiosidades...

Ella se encogió de hombros de nuevo y, para no seguir hablando del tema, se asomó otra vez a la barandilla, entre sus amigas, para ver cómo iban los preparativos para el espectáculo de Lady Fire.

Lo cierto es que tenía miedo de añadirlo a Facebook porque estaba segura de que podría entrever la vida privada de Sergio, esa de la que ella procuraba mantenerse alejada. Encontraría un montón de «*Me gusta*» y «*Me encanta*» de parte de mujeres; comentarios femeninos en sus fotos, inocentes y no tan inocentes. Quizá algún que otro «*A ver cuándo quedamos otra vez*» de despampanantes rubias y morenas. ¡Tal vez incluso fotos de algunas de las chicas con las que había estado!

No, sin duda estaba mejor en la ignorancia.

El espectáculo de Lady Fire fue fantástico. Si en la discoteca había

derrochado energía sobre la barra, entre las telas se movía con una delicadeza sublime y un control absoluto de su cuerpo. Por la facilidad con la que subía por

las largas telas blancas, parecía que no pesara más que una pluma. ¿Y la

altura?

Desde luego, no era una actividad apta para gente con vértigo, pues se elevaba varios metros y se quedaba allí, suspendida en el aire, sólo con un trozo de tela

enroscado en los muslos o en los brazos. Y cuando se descolgaba... A Sergio se

le puso el corazón en la boca al pensar que se caía. ¡Imagina que se da una vuelta

de menos a la hora de preparar el movimiento! Menudo castañazo.

Sin embargo, cuando consiguió convencerse de que Lady Fire era una profesional y que aquello no le ocurriría, logró disfrutar del magnífico espectáculo que se desarrollaba ante sus ojos al ritmo de una música intensa.

El salón rompió en aplausos al terminar.

—Esto me recuerda... —le dijo poco después a Eva—. Me debes un baile privado.

—No te debo nada.

—Por supuesto que sí. En la discoteca no pude disfrutarlo como era debido.

—Como ella no respondió, añadió—: Podría ser mi regalo de cumpleaños.

—¿Cuándo es tu cumpleaños? No me lo digas: hoy. Esta misma noche.

—No, en quince días, pero, oye, que si quieres que sea esta noche...

—¿En quince días? ¿En qué cae?

—Pues... no sé, no lo he mirado, ¿viernes?

—Digo que qué día es.

—El 20.

—Mentira.

—Que sí.

—¡Imposible!

—Te lo juro. ¿Y qué le pasa al 20 para que no pueda cumplir años ese día?

—¡Porque mi cumpleaños también es el día 20!

—Anda ya.

—Te lo prometo.

—¡Pues qué casualidad! Nunca había conocido a nadie que cumpliera años el mismo día que yo. Bueno, sí, por Facebook, pero nunca en persona. ¡Es una señal!

—¿Una señal?

El corazón de Eva se saltó un latido.

—De que me merezco ese baile.

—¿Y tú qué me vas a regalar a mí?

—Pues algo fantástico y que te va a dejar sin palabras.

—A ver si es verdad.

41

Sus cumpleaños al final no caían en viernes, sino en domingo, pero ese viernes

salieron a tomar unas copas con el resto de la gente de la empresa. Lo hacían sobre todo por el cumpleaños de Eva, pues del de Sergio no se enteraron hasta el

día antes, cuando la jefa les comentó que había comprado un regalo en nombre de todos para obsequiárselo a Sergio esa noche. Daba por sentado que sus trabajadores le habían comprado algo a ella, pues siempre lo hacían, y no quería

que Sergio quedara en feo, siendo también su cumpleaños y no recibiendo absolutamente nada.

El bar que habían elegido era informal y disfrutaron de unas tapas y unos tercios entre animadas risas. Sergio y Enrique eran los más callados por ser los

nuevos, pero incluso Enrique ya había cogido la suficiente confianza como para

intervenir en algunas conversaciones y gastar algunas bromas, sobre todo con Eva.

La verdad es que Sergio estaba maravillado con lo bien que habían

congeniado Enrique y ella, pues su amigo solía ser bastante estricto y serio, pero

junto a Eva parecía hasta rejuvenecido y sólo tenía palabras positivas para ella.

Gracias a él, su padre ahora se mostraba mucho más receptivo con aquel nuevo

proyecto, pues podría dudar del buen juicio de Sergio, pero en Enrique confiaba

casi a ciegas porque, según él, «tenía la experiencia de los años».

Sabe más el diablo por viejo que por diablo. Y aquel diablo había sucumbido con una facilidad pasmosa a los encantos de Eva.

—Bueno, Sergio, como también es tu cumpleaños, hemos querido comprarte algo entre todos —intervino Eva para sorpresa del interpelado, que no se esperaba nada—. No es gran cosa, pero esperamos que te guste.

Le tendió un pequeño paquete cuadrado y él lo cogió sin saber muy bien qué decir.

—No deberíais haberos molestado —comentó a la vez que rasgaba el papel y desvelaba la caja de una joyería. La abrió y encontró un reloj de vestir muy de su

estilo—. Me encanta, muchas gracias. De verdad, a todos. Estoy muy contento de haber entrado a formar parte de esta gran familia y debo decir que sois todos

estupendos. De corazón.

Su improvisado discurso arrancó sonrisas tímidas y agradecidas de sus trabajadores.

—Nosotros también tenemos algo para ti —dijo Enrique—. Sergio y yo, porque ellos tienen su propio regalo.

—Chist —lo mandaron callar los demás.

—No hay regalo.

—No le hagas caso.

—Está viejo, el pobre.

—¡Oye!, que te he oído —protestó Enrique, aunque con una sonrisa—. Toma.

Su paquete era un poco más grande que el de Sergio, pero no mucho. Lo abrió con emoción porque se hubieran acordado de ella y encontró una colonia. Y no una colonia cualquiera, sino la suya, la que siempre llevaba.

No había sido idea de Sergio, sino de Enrique. Lo había dejado alucinado el día que se acercó a hablar con él para decirle que había pensado en comprarle algo a Eva por su cumpleaños y que se le había ocurrido regalarle su colonia favorita.

—¿Y cómo sabes cuál es su favorita?

—Siempre huele de maravilla, como a flores, y el otro día, en el ascensor de mi casa, me crucé con una vecina que olía muy parecida a ella. Le pregunté qué perfume era.

—Menudo acosador —se había reído Sergio.

—Sí, menos mal que mi mujer no estaba delante y que con la vecina tengo confianza, porque, si no, se habría pensado que intentaba ligar con ella.

—Yo no descartaría que lo haya pensado, ¿eh?

Igual que tampoco descartaba que Enrique estuviera un poco, aunque sólo fuera un poco, enamorado de Eva. De un modo sano y admirativo, claro, pero suficiente como para haber reconocido su colonia en un ascensor cualquiera.

—Pues nosotros ya te hemos dicho que no hemos traído regalo —dijo Sonia, una de las trabajadoras—, pero...

—Quizá en el aparcamiento encuentres algo.

—¿En el aparcamiento?

Se encogieron de hombros, como si no supieran de qué iba el tema.

—Entonces... ¿tengo que ir al aparcamiento o...?

—Cuando nos terminemos esta ronda, vamos.

Apenas cinco minutos después, bajaron al parking del edificio y le entregaron una llave de coche.

—¿Para mí?

—El coche no, pero lo que encuentres en su maletero, sí.

—¿Y qué vehículo es?

—Tienes que descubrirlo.

—¡Anda ya! Hay un montón de coches Seat —dijo tras mirar la llave.

—Pero sólo uno se abrirá con el control remoto.

—¿Va en serio?

—¡Es la caza del tesoro!

Tras mirar alucinada a sus compañeros, que se morían de la risa, Eva se giró hacia los vehículos y pulsó el mando a distancia.

—A esto se le han acabado las pilas o algo así —comentó dándole unos golpes.

—O quizá el coche no es ninguno de éstos.

—No me lo puedo creer, pero qué retorcidos.

Empezó a avanzar por el aparcamiento, dándole cada pocos metros a la llave a ver si algún vehículo reaccionaba mientras los demás la seguían como si fueran un séquito.

—¿Sabías tú todo esto? —le preguntó Sergio a Enrique desde la cola de la comitiva.

—No. Sabía que tramaban algo, pero no qué era.

—¿Y qué le han comprado?

—Tampoco estoy seguro, porque, cuando me preguntaron si quería participar en el regalo, les dije que no, que ya tenía el mío.

Al final dieron con el coche en el rincón más escondido del parking y, cuando Eva abrió el maletero, se encontró con una caja de cartón enorme que tuvieron que ayudarle a sacar. Estaba sin envolver, pero sí iba cerrada con celo, así que usó las llaves para desprecintarla. Dentro halló un montón de papel triturado.

Cogió un poco y bromeó:

—¿Las facturas de la empresa? Ya os vale...

Metió la mano y buscó algo dentro, pero no dio con nada. Miró a sus amigos, que se descojonaban.

—¡Mete más la mano!

Metió el brazo hasta el codo y al fin se topó con algo sólido. Una caja alargada y no demasiado grande que tenía escrito: «LO QUE TODO JEFE DEBE

TENER».

—Miedo me dais.

—¡Que lo abra, que lo abra! —corearon a su alrededor.

En el interior encontró un par de puros.

—Oh —dijo, intentando disimular su desilusión—. Gracias.

No fue hasta que los olió que se dio cuenta de qué estaban hechos.

—¡Ostras, si son de chocolate!

—¡Chocolate belga! —le chivó alguien.

—¡Sigue buscando!

Volvió a meter el brazo hasta el codo y su mano dio con otro bulto. Era una caja un poco más grande y de ella sacó un paquete que rezaba: «Lo que toda señorita elegante debe tener».

—¿Y no lo tengo ya? Soy una señorita muy elegante.

Al abrirlo, se encontró con un zapato de tacón ¡también de chocolate!

—Oye, pero no soy la Cenicienta. ¿Y el otro?

—¡Sigue buscando!

No encontró la pareja del zapato, pero sí que dio con una caja repleta de chokolatinas de distintas marcas y sabores.

—Voy a morir de sobredosis de azúcar —se carcajeó.

—¡Sigue, sigue, sigue!

—¡Pero si mi brazo ya no da más!

—Pues métete dentro.

—¡Sí, hombre!

Por suerte, alguien había pensado en aquello y se acercó con una enorme bolsa de basura para que pudiera apartar parte del papel triturado. Al fondo, dio

con otra caja.

—¡Cómo pesa! —protestó a la vez que la sacaba.

Era bastante más grande que las anteriores y al abrirla se encontró... con otra caja. Y ésta, en su interior, reveló una caja más.

—¡Como esté vacía, os mato!

—¿No dices que pesa?

—Pues, entonces, ¡como le hayáis metido piedras, os mato!

Se echaron a reír, sabiendo perfectamente que no iba a matarlos, sino a comérselos a besos, pues cuando abrió la siguiente caja casi se cae de culo de la sorpresa.

—Oh, Dios mío. ¡¡Dios mío!! Muero. ¡He muerto y he ido al cielo!

Sergio se inclinó hacia la caja con curiosidad para ver si veía qué había dentro, pero no logró distinguir nada hasta que ella sacó un bote blanco de su interior. Lo alzó sobre su cabeza como si fuera el mejor de los trofeos.

—¡Tres kilos de Nutella! —gritó entusiasmada por si a alguien no le quedaba claro lo que veían sus ojos.

Y lo cierto es que era difícil de creer. ¡Menudo bote!

42

—Yo me voy a marchar ya, ¿te vienes? —le preguntó Enrique una hora más tarde.

Después de que Eva abriera su regalo en el aparcamiento, habían ido hasta otro bar, en aquella ocasión un irlandés, y las risotadas habían ido subiendo de volumen conforme sus cuerpos iban asimilando las cervezas servidas en enormes jarras.

Los ojos de Sergio se desviaron irremediabilmente hacia Eva. Se la veía radiante y feliz, y no era para menos, pues, si ya en la oficina se podía ver que se llevaba bien con sus trabajadores, aquella noche Sergio había podido comprobar que realmente la querían.

—No, me quedo un rato más.

Enrique, que había seguido su mirada, lo observó fijamente durante unos segundos, muy serio.

—¿Puedes acompañarme un momento fuera? Estoy viejo y un poco borracho, así me ayudas a coger un taxi.

Sergio sabía que sus palabras ocultaban otra intención y, con la mirada que le había dedicado a Eva, sospechaba de qué iban a hablar mientras buscaban un taxi, pero aun así aceptó.

—Lo acompaño y vuelvo —anunció ante los demás antes de salir, para que Eva no creyese que se marchaba.

Salieron al exterior en silencio y Enrique sugirió que se dirigieran a una calle más transitada para poder coger con mayor facilidad un taxi. No habían dado muchos pasos en aquella dirección cuando éste empezó a hablar.

—Te considero un hombre inteligente, Sergio.

—¿Por qué me huelo que no es un halago?

—Lo es. De verdad. Y espero que esta noche sepas pensar con la cabeza.

Tratándose de Enrique, había creído que abordaría el tema de forma mucho más directa, pero se mostraba un poco esquivo, así que Sergio decidió hacerse el loco.

—¿Y con qué voy a pensar, si no?

—Pues con lo que piensas cuando terminas la jornada laboral.

—Si le preguntas a un científico, sólo se puede pensar con una parte de nuestro cuerpo, Enrique.

—Ambos sabemos lo que te gustan las mujeres, Sergio.

—¿Y a quién no?

—No fastidies un negocio que te ha salido bien.

Sergio no respondió. La conversación empezaba a molestarlo.

—Piensa con esta cabeza. —Enrique se tomó la licencia de darle unos

golpecitos en la frente—. Y con éste. —Le dio en el pecho, sobre el corazón —.

Ella es una mujer estupenda. Sé su amigo y su socio, no ese buen polvo tras el que todo se torció.

Después de un tenso instante de silencio, Sergio habló, pero sólo dijo:

—Ahí viene un taxi libre.

Enrique lo miró fijamente durante unos segundos, pero, cuando al fin despegó los labios, fue para desearle buenas noches.

Sergio regresó al bar en silencio y se unió de nuevo a la fiesta. No obstante, su aspecto algo taciturno atrajo la atención de Eva, que se acercó a él y le pasó

un brazo por los hombros.

—¡Anima esa cara, hombre! ¿O es que te aburrimos?

—Para nada.

—Está triste porque se ha ido Enrique —comentó alguien.

—Qué gran hombre, Enrique —apuntó otro, un poco pasado de alcohol—. Lo sabe *toooooo*.

Eva se quedó a su lado, pero no volvió a hablarle. De todas formas, delante de todos los presentes sólo podría haberle dicho alguna tontería sin importancia.

Cogió el móvil, escribió algo y después, por debajo de la mesa, le enseñó el teléfono.

Al terminar, ¿vamos a mi casa?

Sergio releyó un par de veces la frase. ¿Había dicho «mi»? ¿Quería llevarlo a su casa? Sin duda el alcohol la había afectado, pero él no iba a poner pegas.

Asintió levemente con la cabeza y ella volvió a teclear.

Tengo un regalo para ti.

Él también se sacó el teléfono del bolsillo y, escondiéndolo bajo la mesa, escribió a la vista de ella:

¿Otro?

El de verdad.

En lugar de escribir, Sergio buscó el icono de la flamenca y lo acompañó de un interrogante. Como respuesta, ella usó otro emoticono, el de dos chicas con orejas de conejita.

¿¿Dooooos??

Si bebes lo suficiente, sí, porque verás doble.

Jo.

¿Jo? Pues vete a Infierno, pero te aseguro que no te darán el espectáculo que yo tengo preparado para ti.

Yo también tengo un regalo para ti.

—¡Dejad los móviles ya! —exclamó alguien a su lado, y ambos apagaron rápidamente las pantallas—. ¡Nada de trabajo!

—Vamos a brindar por los compañeros.

—¿Otra vez? —se rio Eva.

—Otra y todas las que sean necesarias.

Por suerte, fue la última y pronto la gente empezó a batirse en retirada.

Cuando sólo quedaban cuatro, salieron juntos a buscar un taxi y, con la falsa excusa de que Eva y Sergio vivían en la misma dirección, escaparon juntos de los ojos indiscretos de sus trabajadores.

Empezaron a besarse en cuanto el taxi dio la esquina. El conductor no dijo nada, aunque, en el cuarto de hora que duró el trayecto, lo que sucedió en el asiento trasero casi necesitó censura.

Atravesaron el umbral de la casa de Eva con la ropa revuelta, ella sin tanga

bajo el vestido y él con la camisa desabrochada y el pelo hecho un caos. Lo llevó

de la mano hasta su dormitorio y allí le tapó los ojos antes de encender la luz.

—¿Dónde has dejado mi tanga?

—¿Para qué lo quieres?

—Lo necesito.

—Ya te digo yo que no.

—Por favor.

—No, no. La ropa interior está vetada.

—Dámelo, merecerá la pena.

Sergio suspiró.

—En mi bolsillo de atrás.

—Voy a quitarte las manos de los ojos, pero no puedes mirar hacia atrás, ¿vale? Sólo hacia delante hasta que yo te diga.

—Qué misterioso todo.

—Es parte de tu regalo, así que no mires.

—Si es mi regalo, debería mirar.

Ella, que ya había empezado a apartar las manos, volvió a sujetarle la cara cuando Sergio hizo amago de voltearse.

—¡No mires!

—Vale, seré bueno. Pero sólo si me prometes que tú serás mala.

—Malísima —le confirmó, y le descubrió los ojos, para luego sacar su ropa interior del bolsillo del pantalón vaquero.

Se apartó de él y Sergio se fijó en que lo había dejado mirando de frente a su cama. Lo que no quería que viera, incluida a ella misma, se encontraba en el otro lado de la sala.

—¿Ya?

—No.

—¿Y ahora?

—No.

—¿Cuánto queda?

—¡Pesado!

—Voy a contar hasta cinco y me daré la vuelta.

—Mejor que sea hasta veinte.

—Ni para ti ni para mí. Hasta diez. Nueve...

—¡Pero empieza por diez!

Sergio suspiró y empezó a contar de nuevo.

—Diez, nueve, ocho... —Eva apagó la luz de arriba y encendió una lámpara más pequeña que vertió sobre la sala una cálida y tenue luz roja—. Siete, seis...

—Se oyó una especie de pitido que no supo identificar—. Cinco, cuatro, tres...

—La oyó correr por la habitación—. Dos y... ¡uno!

Al girarse, se encontró con Eva en ropa interior de encaje, en una postura muy sexy al lado de una de esas barras de *pole dance* portátiles que había visto en la discoteca. Abrió la boca para decir algo, pero ella se le adelantó.

—Bienvenido a esta sesión privada, caballero. Tome asiento para disfrutar al máximo del espectáculo.

Miró un instante hacia atrás, lo justo para asegurarse de que la cama seguía en su sitio. Como no quería dejar de mirar a Eva, casi se queda bizco.

Cuando se hubo sentado, ella estiró un brazo con su móvil en la mano y un altavoz que había sobre su tocador comenzó a emitir una tentadora melodía. Ese

aparato debía de ser el que había pitado mientras Sergio hacía su cuenta atrás.

Eva dejó el móvil a un lado y se dio un paseíto en torno a la barra,

contoneando

su cuerpo de forma sexy.

Sergio se la comió con la mirada y reconoció que haberle devuelto el tanga había sido muy acertado, pues había algo muy erótico en poder admirarla con sus altísimos tacones y su ropa interior de encaje.

—¿En las clases también entrenas con tacones?

—Casi siempre.

—Debe de ser muy incómodo.

—Para mí, no. Yo me siento rara cuando no uso tacones. Siempre he querido ser más alta, así que llevo ganándole unos centímetros a la naturaleza desde que

soy una adolescente. Me siento rara cuando voy plana. Aunque hay otras chicas que sí que bailan normalmente con zapatillas, o incluso descalzas. Pero ¿de verdad quieres hablar de eso en este preciso momento?

—No, es sólo que se me ha ocurrido y...

Sergio se calló al verla ir hacia él. Se sentó muy recto sobre la cama y contempló fijamente su bonito pie, cubierto por las tiras negras del zapato, cuando se lo puso en el pecho.

—A callar y a disfrutar. O tendré que ser mala.

Le clavó un poquito el talón, como advertencia, y después empujó con la plataforma hasta tirarlo sobre el lecho, aunque, cuando Sergio se dio cuenta de que el espectáculo seguía en la barra y no entre las sábanas, volvió a enderezarse

rápidamente para no perder detalle.

La música era lenta y romántica, y el baile no tuvo nada que ver con los que

Sergio había tenido la oportunidad de disfrutar hasta entonces. Fue sexy y sugerente, sí, pero también íntimo y dulce. No hubo movimientos sexuales y ella

apenas sí le dedicó miradas provocativas. Fue como asistir a un entrenamiento privado, un baile exclusivo al que se le permitía el acceso como espectador. Fue

arte en movimiento.

El sexo de Sergio permaneció tranquilo, con una erección latente, hasta que Eva acabó en el suelo su sesión y comenzó a gatear hacia él con una sonrisa que

prometía muchas cosas. Se plantó de rodillas frente a él, llegándole a la altura del pecho. Con un movimiento de su cuello, le dio una bofetada con el pelo, dejando después que su cabello descendiera por su pecho, haciéndole cosquillas

allí donde los botones estaban sueltos y exponían sus marcados pectorales y su deliciosa tableta.

La música terminó a la vez que ella echaba todo su cabello hacia atrás de golpe.

—¿Te ha gustado?

—Eres fantástica.

Se sentó en su regazo y Sergio la estrechó entre sus brazos a la vez que la besaba con esa necesidad y esa ansia que los caracterizaba. Se devoraron, sentados sobre la cama, y Eva no tardó en desabrochar los últimos botones que

le quedaban a la camiseta de Sergio y deshacerse de su propio sujetador. Él la acarició de forma reverencial antes de dejarse llevar por la vorágine del

deseo.

Para ponerle el broche final a su regalo, Eva fue la que mandó en aquella sesión,

montándolo como una amazona experta que ya sabía interpretar a la perfección cada gesto de Sergio, cada contracción de sus músculos, cada movimiento de sus

caderas. Era como si le leyera la mente: pensaba en que quería acelerar y ella aumentaba el ritmo, en que ojalá le hiciera ese movimiento tan suyo, y se lo hacía. Su sincronización era simplemente perfecta.

—Bueno, ¿y mi regalo? —planteó Eva poco después, todavía sudorosa por el esfuerzo.

—¿Qué regalo?

—El mío.

—Ya te he dicho que tu regalo me ha gustado mucho.

—Digo tu regalo para mí.

—Ah, eso... Pues verás, se me ha olvidado.

—¡Pero si me has dicho que tenías un regalo para mí!

—He mentido.

—Sí, sí, y por eso has ido toda la noche con ese macuto de cuero con el que tanto desentonabas.

—¿Qué? Pero si me han dicho que era la moda...

—Entonces no te importará que mire dentro a ver qué hay —dijo Eva

saliendo de la cama.

—¡Claro que me importa, son cosas personales!

Ella lo ignoró y salió desnuda al pasillo. Tuvo que buscar la mochila, pues no recordaba el sitio exacto en el que Sergio la había dejado caer, pero no tardó mucho en volver con ella al dormitorio. Él la esperaba tumbado de lado en la cama, con la cabeza apoyada en la mano.

Delante de Sergio, abrió la bolsa y sonrió satisfecha al ver una caja rectangular de bonito color rojo. La sacó a la vez que canturreaba:

—Qué será, seráááá.

Parecía la caja de un vestido y la dejó sobre la cama, poniendo la mochila a un lado. Se sentó frente al regalo, de rodillas, y movió el paquete.

—Qué poquito pesa. Y no se oye nada.

—Es imposible que descubras lo que es.

—¿Imposible? Suena a desafío. Tiene pinta de un vestido, pero supongo que no será eso. ¿Un conjunto de lencería? ¿No? Humm... —Volvió a sacudir la caja

—. No se me ocurre nada más que quepa aquí.

Él no contestó. Se limitó a sonreír y a Eva se le antojó que estaba nervioso, pero no podía ser. ¿Cómo iba a estar él inquieto por un regalo?

Tiró del lazo que mantenía cerrada la caja mientras miraba a Sergio, que tragó saliva con cierta dificultad.

Muerta de curiosidad, destapó el paquete, desvelando un papel de seda color crema. Lo apartó y...

—¿Esto qué es?

En el interior había varias páginas de documentos. Con el ceño fruncido, los cogió y los leyó por encima. Miró a Sergio con incredulidad.

—Yo... esto... esto... —Respiró hondo—. ¿Esto es...?

—Quiero regalarte parte de mis acciones. El equivalente al cinco por ciento de la empresa.

Ella lo miró sin pestañear siquiera.

—Si es una broma, Sergio, yo...

—No es una broma. Lo ha redactado mi abogado y, cuando quieras, lo llevamos al notario.

Eva miró las hojas que tenía en las manos. Temblaban, al igual que sus dedos.

Sus ojos volvieron a posarse en Sergio.

—Yo...

No pudo continuar, puesto que la emoción estuvo a punto de hacerla llorar.

Cerró los ojos un momento y respiró profundamente. Las manos le temblaban, pero logró controlarse. Cuando volvió a abrir los ojos, él la miraba con intensidad y dijo:

—Te lo mereces.

Aquellas tres palabras, o quizá el tono con el que fueron dichas, hicieron que

fuera incapaz de contener por más tiempo el llanto y se abrazó a Sergio, llorando

de pura alegría.

—Pero no llores, mujer.

Ella no le hizo caso y le llenó la cara de besos a la vez que su rostro seguía humedeciéndose más y más por lágrimas de felicidad.

—No me lo puedo creer. ¡No me lo puedo creer!

Sergio sonrió y le limpió las mejillas.

—No te preocupes, aún tienes tiempo para asimilarlo. Hasta que no vayamos al notario no será una realidad.

Volvió a comerle la cara a besos, haciéndolo reír.

Tras aquel último arrebato, se excusó para ir al baño, pues estaba hecha un desastre de lágrimas y mocos. Se sonó la nariz ruidosamente y se lavó el rostro y,

antes de regresar al dormitorio, tuvo la precaución de coger un poco más de papel por si la llantera seguía.

—No puedo aceptar que me regales un cinco por ciento de la empresa,

Sergio.

Él, todavía tumbado en la cama, la miró sorprendido.

—Claro que sí.

—No. Véndeme ese cinco por ciento. —Se sentó en la cama, a su lado—.

Que quieras vendérmelas ya es suficiente regalo.

—Son tuyas y son un regalo. No vas a hacerme cambiar de opinión. Aunque quizá deberíamos mantenerlo en secreto durante un tiempo.

—¿Por?

—No creo que mucha gente lo entendiera. Prefiero que quede entre nosotros, al menos por el momento. Además, a nadie le importa, salvo quizá a tu madre y a tu hermana, pero las acciones son para ti, no para ellas.

—Tienes razón, nadie lo entenderá. Más razón todavía para que te pague por las acciones.

Él negó de forma vehemente con la cabeza.

—He dicho que no. Son un regalo.

Se miraron en silencio durante unos segundos y al final ella le concedió la victoria con un beso.

—Sabes lo que vas a hacer, ¿verdad? Poseeremos un cincuenta por ciento de la empresa cada uno, eso quiere decir que tendremos que estar de acuerdo en todas las cosas importantes.

—Así es como debería ser siempre, ¿no te parece? Diálogo y negociación.

Eva miró de nuevo los papeles. Todavía no se los había leído todos, al día siguiente lo haría, pero aun así se los llevó al rostro y los besó.

—No me lo puedo creer.

—Te prometí regalarte algo que te dejaría sin palabras.

—Pues enhorabuena. Misión cumplida.

43

—¿No te fías de mí?

Eva alzó la mirada de los documentos y sonrió al encontrar a Sergio bajo el marco de la puerta del salón, vestido sólo con sus pantalones vaqueros.

—Buenos días.

—Buenos días. ¿No te fías de mí? —insistió, a la vez que señalaba los papeles que ella estaba leyendo—. Te prometo que no tienen letra pequeña.

Salvo... —Se acercó a ella, le dio la vuelta al documento y señaló el margen inferior, en una zona en blanco—. Si miras aquí con una lupa, pone: «Se abonará

a Sergio una noche loca y un desayuno contundente al día siguiente».

—La noche loca ya la tuviste —ella sonrió, se puso en pie y le dio un beso en la boca de buenos días—, aunque soy generosa y puedo ofrecerte otra. Además,

también lo tengo todo listo para un desayuno «contundente».

—Más te vale, porque no me ha gustado despertarme sin ti en la cama y descubrir que me habías abandonado para leerte el acuerdo.

—Es que sigo sin creérmelo.

—¿Y has encontrado algo raro?

—Que seas tan generoso, pero, por lo demás, todo perfecto.

—Uy, ¿y quién es éste? —Sergio bajó la vista hasta sus pies, donde notaba algo restregándose contra sus piernas—. ¡Anda, pero si al fin conozco a *Leo*!

Se agachó para coger al gato blanco de Eva, pero éste, en cuanto intuyó sus intenciones, salió corriendo como una bala.

—¡Pero bueno!

—No es muy cariñoso con los desconocidos —comentó Eva.

—Pero si estaba restregándose contra mis pantalones hace un segundo.

—Sus reglas, sus condiciones.

—Me pregunto a quién se parece —bromeó él.

—Voy a terminar de preparar el desayuno, lo dejé casi todo listo ayer.

¿Puedes poner la mesa? Está todo en ese cajón de ahí.

—Claro.

Eva, en previsión de que pasarían la noche en su casa, había comprado el día anterior unos cruasanes que metió unos minutos en el minihorno que tenía sobre

la encimera para poder servirlos calientes. Sacó del frigorífico la botella de zumo

de naranja natural que había comprado y la vertió dentro de una jarra. También

preparó un café mientras los cruasanes se terminaban y después dispuso sobre una bandeja unas mermeladas, unas piezas de fruta, un tarro con crema de cacao,

la jarra de zumo, la cafetera y los cruasanes. Salió con todo aquello hacia el salón.

—Pero ¿qué haces?

Sergio estaba plantado en medio de la sala y *Leo* corría de un lado a otro como loco.

—¿Y qué hace *Leo*?

En aquel momento, el gato se subió de un salto al sofá y siguió su ascenso hasta el respaldo. Fue entonces cuando Eva vio el punto rojo en la pared, deslizándose justo por delante del felino. Miró a Sergio, que se tronchaba con el

puntero láser en la mano. El gato recorrió el sofá por su respaldo y después saltó

al suelo, a punto de arrastrar consigo una lámpara de pie, que se tambaleó peligrosamente.

—¡Sergio! —protestó Eva a la vez que dejaba la bandeja sobre la mesa.

—¿Qué? Me he hecho amigo de tu gato.

El susodicho en ese momento daba vueltas en círculo a toda velocidad,

persiguiendo el dichoso punto rojo. Debió de quedar un poco mareado, pues, cuando al fin el puntero dejó de dibujar circunferencias y se perdió bajo la mesa

de comedor, el gato no tuvo los reflejos suficientes como para esquivar una pata

de una silla y se chocó contra ella.

—Mauuuuu —se quejó.

—¡Dame eso! —Eva le arrebató a Sergio el puntero láser.

—Oh, venga, ¡si les encanta a todos los animales! Es el juego favorito de *Luci*. ¿Nunca has jugado a esto con *Leo*? Si me dejas un rato más, estoy seguro de

que puedo conseguir que suba a ese mueble de ahí.

Eva miró el altísimo armario.

—Qué peligro dejarte a solas con mi gato. Esto queda requisado por ahora.

Sergio protestó, pero se sentó a la mesa mientras un confundido *Leo* daba vueltas por la sala, buscando el misterioso punto que había aparecido de la nada

para después desvanecerse como por arte de magia.

—¡Cruasanes! —exclamó él al ver el desayuno que Eva había preparado—.

¿Esto no es cosa de Carla y Álex?

—Tú también te has puesto como un cruasán.

—¿Calentito, tierno y crujiente? —planteó Sergio a la vez que le daba un bocado a uno de los cruasanes.

—Y delicioso. Muy delicioso.

Cuando del desayuno ya no quedaban más que migajas, Eva comentó:

—Oye, Vanesa se casa dentro de unas semanas y me preguntaba si, quizá, te gustaría que fuéramos juntos.

Sergio ganó tiempo preguntando.

—¿Vanesa?

—Sí, Vanesa, la que trabaja en la empresa. Ayer no dejaba de hablarte, ¿no te sabes su nombre?

—Sí, sí, es sólo que...

Ella lo miraba inquieta.

—No creo que sea buena idea que te acompañe a la boda.

—Vale.

—Es que... podríamos dar una idea equivocada.

—Sí, sí, tienes razón, lo siento. Es sólo que ayer Vanesa me preguntó si creía

que debía invitarte a la boda y he pensado: «¡Le quito un dilema de encima llevándolo conmigo!». Pero sí, tienes razón, la gente podría pensar que hay algo

entre nosotros y... En fin, que tienes razón.

Ambos hablaban de forma atropellada.

—Lo siento —dijo él.

—No lo sientas. Era una locura. No me había parado a pensar en lo que la gente podría pensar. Si Vanesa te invitase, ¿irías? O le digo que mejor no te invite para que no quedas mal rechazando la propuesta.

—No, dile que me invite. Iré. Quizá podamos coincidir allí.

—Eso seguro. Probablemente te sienta junto al resto de amigos del trabajo.

—Genial, ¿no? Prácticamente será como si fuéramos juntos.

—Sí —dijo Eva, ocultando la desazón que la invadía tras una falsa sonrisa.

Interiormente, su cerebro completó la frase: «Prácticamente será como si fuéramos juntos... pero sin ir juntos».

44

Antonio murió una semana después. No había tenido demasiado tiempo para

disfrutar del dinero que había conseguido vendiendo su parte de la compañía,
o

eso pensaba Eva, a la que el tiempo se le había pasado volando. Cuando fue a darles el pésame a sus familiares en el tanatorio, se encontró con Manoli, su viuda. Muy poca gente debía de saber que se habían separado, pues todos le daban el pésame con mucho sentimiento. Ella tampoco hacía mucho por sacarlos

de su error, quizá por no manchar la memoria del difunto, aunque lo cierto era que estaba muy cabreada con su expareja.

Eva lo descubrió cuando Manoli le pidió que fueran a tomar un poco el aire.

—Necesito dar un paseo para despejarme un poco —le explicó, y Eva lo entendió perfectamente, pues sabía lo horribles que podían llegar a ser las horas

que se pasan en un tanatorio.

—Parece que va a llover —comentó Eva por sacar un tema.

—Sí, el cielo llora mi desgracia.

—Es una pena que Antonio haya muerto tan pronto.

—Lo que debería es haberse muerto mucho antes o mucho después.

Eva miró a Manoli con sorpresa, pero no se atrevió a decir nada. No tuvo necesidad, pues la mujer estaba ansiosa por soltar todo lo que llevaba dentro, todo lo que callaba con las sonrisas afectadas que les dedicaba a quienes se habían acercado al velatorio.

—Lo ha vendido todo: nuestra casa, el piso en la playa, el bajo que teníamos alquilado... ¡todo vendido a mis espaldas! Todo estaba a nombre de los dos, pero

como siempre estaba invirtiendo y haciendo tratos y yo no quería tantos mareos,

le di derecho ante notario para que actuara en mi nombre... ¡No me queda nada!

¿Y sabes en qué se lo ha gastado? ¿¿Lo sabes??

Eva negó con la cabeza, sin atreverse siquiera a mostrar la voz.

—¡En putas, clubs de *striptease*, puros carísimos y alcohol! Bueno, y en un coche horrible y costosísimo que a ver si tengo suerte y puedo venderlo. ¡Me ha

dejado con una mano delante y otra detrás, después de una vida lavándole los calzoncillos y cocinando para él!

Eva la miró con pena y no tuvo el valor de decirle que Antonio le había dicho

que ella lo había dejado poco antes de que cayera enfermo. Quitarle el

patrimonio que habían amasado como pareja, arrebatarle su nivel de vida,

robarle su forma de mantenerse cuando él faltara, debía de haber sido su manera

de vengarse de ella. Pobre Manoli, debió de pensar que conseguiría un divorcio

ventajoso y había acabado viuda y en la ruina.

Sin embargo, lo que dijo a continuación fue todavía más gordo e hizo que Eva

se parase en seco.

—Comprenderás que voy a necesitar vender nuestra parte de la empresa.

—¿La... empresa?

—TranSolutions, claro. Quiero venderte nuestra parte entera. Aún no he hablado con mi hijo, pero lo convenceré. Necesitamos liquidez urgentemente. Gracias al cielo no tenemos deudas, pero es que Antonio nos ha dejado sin nada.

—Yooo... —Dios, ¿cómo se lo decía?—... Estoooo...

—¿Qué? ¿No estás interesada? ¿No puedes comprarla ahora? Podemos llegar a un acuerdo, o me asesoras para encontrar a alguien interesado.

Eva cerró los ojos un instante y se armó de valor para hablar. Cuanto antes se lo contara, mejor. No había forma de suavizar el golpe.

—No, no es eso. Verás... Es que Antonio ya vendió su parte hace unos meses.

Sin consultarme ni nada, se la ofreció a una empresa de transporte terrestre con

la que teníamos contacto.

—¿Qué?

—Lo siento mucho.

Manoli se quedó pálida como el papel y Eva temió que fuera a desmayarse, pero, justo cuando estaba a punto de agarrarla por los brazos para sostenerla, la

mujer empezó a gritar como una posesa.

—¡Hijo de puta! ¡Cabrón! ¡Cerdo! ¡Hijo de putaaaaa!

Menos mal que se habían alejado lo suficiente del tanatorio como para que los

que habían acudido a velar a Antonio no oyeran cómo su viuda despotricaba contra él de aquella manera.

Aquél no fue el único sobresalto que Eva tuvo en el entierro. ¿El dicho de «Tanta paz te lleves como descanso dejas»? Por ahora, Antonio no había dejado

paz alguna entre sus allegados.

—Señorita Eva María, me alegro de verla.

Eva se giró sabiendo perfectamente a quién iba a encontrarse. Por suerte, pudo esconder su expresión de desagrado a tiempo.

—Señor Contreras, cuánto tiempo. Qué pena que nos veamos en un momento tan triste.

—Sí, una pena lo de Antonio. Era un gran hombre.

—Sí.

Igual de grande que el hombrecito pequeño y arrugado que tenía delante.

Estaban los dos cortados por el mismo patrón de hombre de negocios misógino y

con una mentalidad de décadas atrás.

—¿Qué hará ahora usted sin él?

«Hacer que TranSolutions deje de estar en el siglo XX», pensó Eva.

—Nos irá bien —replicó ella, y después, para que el señor Contreras no pudiera tacharla de ingrata, añadió—: Antonio y mi padre dejaron la empresa muy bien consolidada.

—Sí, lo cierto es que Antonio y yo comimos juntos hace unas cuantas semanas y me comentó que había conseguido vender su parte de la empresa a una importante compañía de transporte terrestre. Te ha dejado muy bien colocada, ¿no es cierto? Mi buen Antonio...

Eva se mordió la lengua.

—Sí, es cierto que la mitad de la empresa tiene nuevo dueño y que su adquisición ha resultado bastante ventajosa.

No añadió cuáles eran los motivos de la mejora. Un hombre como Contreras jamás entendería que haberle dado libertad a ella para dirigir la compañía había

sido la mejor idea que su nuevo socio había podido tener.

—Bien, bien. Me alegro de que el legado de mi buen amigo Antonio esté en buenas manos. Y, por supuesto, me gustaría hablar con tu jefe.

—¿Mi jefe?

—Sí, tu jefe.

—Lo cierto es que ahora soy la gerente de TranSolutions, señor Contreras, pero estaré encantada de quedar con usted en cualquier momento para resolver las dudas que tenga sobre los envíos de sus clientes o sobre el futuro de la compañía.

—Ya... —Su nuevo cargo lo pilló por sorpresa y Eva sintió una satisfacción tremenda al ver su desconcierto—. En cualquier caso, me gustaría hablar con tu jefe.

—Supongo que se refiere a mi socio.

—Sí, eso. Mira su agenda y ya me dices cuándo podría quedar. Si es esta semana que entra, mejor que mejor, y así hablamos de hombre a hombre. Y

ahora, si me disculpas, acabo de ver a un viejo amigo con el que hace mucho que

no hablo. Me alegro de haberte visto. Estás más guapa todavía que la última vez

que te vi.

—Un placer.

Desde luego, era un placer que la dejara en paz de una vez. ¡Qué asco de hombre! No lo soportaba.

Sacó su teléfono y guardó una nota en la que le bastó con escribir el nombre

del señor Contreras. Con eso sería suficiente para recordar que tenía que hablar

con Sergio, y no sólo para que le dijera qué día le venía bien comer con aquel tipejo, sino también para explicarle quién era, cuál era la cartera de clientes que

representaba y cómo era de importante para la compañía. Debía prepararse para

aquel encuentro como si fuera un examen, pues, por mucho que a Eva le pesase,

los clientes a los que el señor Contreras representaba eran el veinticinco por ciento de su negocio y no podían ponerlos en peligro.

45

Seis días después de su fiesta de cumpleaños, firmaron en una notaría que

Sergio

le vendía a Eva un cinco por ciento de las acciones de la compañía por el simbólico precio de un euro. Él no quería que le diera nada, pero su asesor se lo

recomendó, puesto que, si se las regalaba, tendría que pagar un impuesto de donaciones.

—Déjame que te pague lo que valen las acciones —insistió Eva hasta el último momento.

—Un regalo es un regalo.

—Que quieras dárme las es suficiente regalo.

Pero no logró convencerlo y así, un miércoles cualquiera, ellos dos solos, frente a un notario, se convirtieron en socios a partes iguales de TranSolutions.

Sergio fue el primero en estampar su rúbrica y Eva lo miró, con su corazón rebosante de felicidad y emoción. Él se había vestido de chaqueta para tan memorable momento y, por un instante, Eva se imaginó que estaba firmando un

acta matrimonial. Sólo faltarían los testigos. Se sacudió la ridícula idea cuando

Sergio, serio pero satisfecho y convencido de lo que hacía, le acercó el papel y el

bolígrafo.

—¿Estás seguro? —le preguntó por última vez.

—Firma.

Y lo hizo.

Lo celebraron con una cerveza en un bar cercano y luego se dirigieron a las

oficinas de la empresa, donde Eva iba a explicarle a Sergio todo lo que debía saber sobre el señor Contreras. Al entrar en el edificio, ella no pudo evitar hacerlo con una sonrisa de oreja a oreja. Un cinco por ciento apenas era nada, pero a la vez significaba un mundo.

—¿Y cómo se llama el «señor Contreras»? —preguntó Sergio.

Todavía no conocía al hombre, pero ya le tenía manía por lo poco que le había contado Eva acerca de él. Ella había intentado no influenciarlo ni predisponerlo

a que el señor Contreras le cayera mal, pero, ante la insistencia de Sergio, que no

comprendía por qué aquel tipo tenía tanto interés en hablar con él en lugar de hacerlo con Eva, ella había tenido que comentarle su poca predisposición a hacer

negocios con mujeres.

—Carmelo, pero yo siempre lo he llamado señor Contreras.

—De hombre a hombre, digo yo que podremos llamarnos por nuestro nombre, ¿no? —dijo él con guasa.

—No lo sé, no me cuelga nada entre las piernas, así que no sé qué se hace de «hombre a hombre».

Eva dio unos golpecitos con el boli en las hojas que tenía delante, sobre la mesa, intentando atraer la atención de Sergio de nuevo sobre los datos que estaban revisando. Él, no obstante, no parecía muy dispuesto a empollarse todos

aquellos nombres y números.

—Igual ni quiere hablar de esto y sólo charlamos de cómo la sociedad está en decadencia desde que las mujeres pueden trabajar y no están todo el día en casa,

cuidando de los hijos.

—Pues a lo mejor, no te digo yo que no, pero ¿y si te pregunta por sus envíos?

—Le contestas tú.

—¿Y si yo no puedo estar?

—¿Y por qué no ibas a poder estar?

—Pues porque él no quiera que esté y quizá me invite amablemente a marcharme porque tenéis que tratar temas «de hombres».

Entrecomilló lo último con los dedos.

—Pues te quedas y que le den por culo. ¿En serio es un cliente tan importante como para que tengas que rebajarte de esta forma y aceptar todo lo que dice?

Ahora eres la gerente, la que se encarga de todo. Si quiere trabajar con nosotros,

bien, y si no, ¡viento fresco! Que se busque a otro, a ver si consigue unas condiciones como las que le concedió Antonio. Mucho hacemos nosotros manteniéndonoslas como para encima tener que bajarnos más los pantalones.

—El señor Contreras maneja una cartera muy importante de importadores chinos. No son los más potentes, ni las empresas más punteras, pero son muchos

y en torno a un cuarto de las exportaciones que gestionamos son suyas. La cifra

lleva años bajando, tanto porque él está perdiendo clientes como porque nosotros

ganamos clientela, pero aun así...

—¿Y ese porcentaje se prevé que vaya descendiendo?

—Sí. Con los clientes que tú nos has traído y ahora que Antonio no está, probablemente en un año el señor Contreras sólo supondrá un diez por ciento de

nuestro negocio.

—Ya veo.

—Aun así —insistió ella—, un diez por ciento también es mucho dinero. Hay que cuidar a todos los clientes.

Sergio hizo un ruidito de asentimiento con la boca y Eva sospechó que algo rumiaba en su cabeza. Su desconfianza creció cuando él se mantuvo bastante callado durante el resto del tiempo, en apariencia atento a lo que ella le indicaba

y haciendo sólo alguna que otra pregunta esporádica. Parecía un niño atento a las

explicaciones del profesor y fue precisamente eso lo que hizo desconfiar a Eva,

que comenzó a trazar un plan de contingencia.

Esa misma noche, cenando unas tapas con Sergio antes de dirigirse a la casa de uno de los dos (todavía no habían decidido a cuál irían), un gesto de él le dio

una idea estupenda. Fue un gesto fugaz, pues Sergio simplemente se rascó la

oreja, pero a Eva le bastó para recordar que uno de sus sobrinos tenía un auricular de esos diminutos con los que la gente copiaba en los exámenes. ¿Y si

se lo pedía para el día de la reunión? En caso de que Carmelo quisiera quedarse a

solas con Sergio, ella podría irse tranquilamente, sabiendo que podría seguir la conversación desde lejos y chivarle a su socio cualquier dato que le faltase.

Cogió el teléfono y le escribió a su sobrino un mensaje. Vio que se conectaba casi al momento, pero no le respondió. Durante los siguientes minutos, se mantuvo atenta al móvil, pero no recibió respuesta.

—¿Ocurre algo? —se interesó Sergio al verla distraída.

No era algo frecuente en sus citas, pues normalmente tenían prohibido mirar el móvil.

—No, nada —negó ella y, con una sonrisa, se guardó el teléfono en el bolso para no tener la tentación de seguir revisándolo cada poco.

El resto de la noche se centró en cuerpo y alma en los placeres que Sergio le permitía conocer, y al día siguiente, al ver que no había recibido respuesta alguna por parte de su sobrino, se decidió a llamarlo directamente.

—Rodri, ¿has visto el mensaje que te he mandado?

—¿Qué mensaje?

—El del micro. Sé que lo has visto y leído.

—Ah, sí... lo vi, pero no podía contestarte en ese momento. Lo dejé para luego y después se me olvidó por completo hacerlo.

—¿Y bien? —demandó ella, impaciente.

—Y bien, ¿qué?

—Que si tienes el auricular para copiar en los exámenes.

—Yo no tengo esas cosas, tata.

Rodrigo seguía llamándola «tata», pero ya tenía veinte años y estudiaba

empresariales en la universidad. Era todo un portento en los negocios y lo había

demostrado en el instituto, cuando empezó a sacar dinero con un auricular para

copiar en los exámenes. Normalmente la gente lo alquilaba, pero él había

preferido invertir un poco más y comprarlo para, después de usarlo él mismo, sacarle dinero prestándolo. Para cuando su madre lo pilló, ya había conseguido

varios cientos de euros, porque sus servicios no sólo incluían el alquiler del equipo, sino también el dictado de respuestas a través del micro. Un chico con visión empresarial, sin duda.

—Claro que sí. Tu madre no habló de otra cosa durante varios meses cuando el director del instituto la llamó para explicarle que habías creado tu propio negocio de pasar exámenes sin estudiar.

—Pues por eso, tata. Yo ya no hago esas cosas.

—Ya... El caso es que tu madre me ha comentado en más de una ocasión que cree que sigues haciéndolo, pero como no tiene pruebas y eres mayor de edad...

—¿Te manda ella?

—No, para nada. El caso es que estaría interesada en alquilar un auricular como el que solías tener.

—¿Es que estás estudiando algo?

—No, es para otra cosa.

—¿Qué otra cosa?

—Algo que jamás de los jamases saldrá en una conversación con tu madre.

—Ya...

—Necesitaría saber cómo funciona para saber si me sirve.

—Pues no es que tenga un equipo, pero en caso de que lo tuviera... —¿Qué *crack* el chaval, iba a llegar muy lejos, sin duda!—... sería un auricular muy pequeño que se mete en el conducto auditivo. Es indetectable a la vista y luego

hay que sacarlo con un imán que se incluye en el *kit*. Ese *kit* que, te recuerdo, yo no tengo. El pinganillo es inalámbrico y necesitas también un teléfono o un mp3.

Eso ya los pones tú. En el supuesto de que lo vayas a usar con un teléfono, también se incluye un micrófono muy pequeñito para mejorar el audio. En ese *kit* que yo no tengo, el micrófono es inalámbrico.

—¿Y cuánto me costaría alquilar por un día ese *kit* que no tienes?

—¿Lo quieres un día entero? También se puede alquilar por horas.

—Si me haces precio de familia, un día entero.

—Bueno..., te recuerdo que el *kit* no es mío, pero veré qué puedo hacer con eso del precio familiar.

Tras la primera sesión de *running*, a Sergio le había quedado claro que el resto de corredores del gimnasio jugaban en otra liga, pero como las cosas entre Eva y

él habían vuelto a la normalidad, ella se había ofrecido a acompañarlo a un paso

más tranquilo. Se sentía un poco culpable por ella, pues estaba estropeando sus

ritmos, pero había sido idea de Eva y, además, le gustaba poder practicar deporte

con ella, así que sólo intentó convencerla de que no lo hiciera lo justo para no ser descortés.

Joan los acompañaba, aunque no todo el rato. La mayor parte del tiempo iba

con el pelotón y sólo de forma ocasional retrocedía corriendo para permanecer a

su lado durante un par de kilómetros. La carrera era una 5K, pero los días que entrenaban resistencia recorrían siete kilómetros, por lo que podían hablar bastante rato. Cuando Joan se les unía, acaparaba la conversación con Eva. A diferencia de Sergio, ambos corredores podían hablar sin problemas mientras mantenían el ritmo que, aunque no era de competición, resultaba bastante alto para una persona normal.

—¿Ya sabes lo que te vas a poner para la boda? —preguntó de pronto Joan, y

la atención de Sergio, que siempre estaba puesta en ambos, buscando palabras o

gestos que pudieran delatar un flirteo, hizo saltar una luz roja.

—Sí, ¿por qué?

—Pues para ir conjuntados.

¿Cómooooo? Sergio los miró de hito en hito.

—Tú ponte lo que quieras, hombre.

—No, que si me pongo lo que quiera, me presento en vaqueros.

—Pues si los combinas con una camisa y una chaqueta decente...

—¿Tú qué te vas a poner?

—Un vestido color *nude* con manga corta de gasa.

—Me he quedado igual.

Eva se echó a reír. Por cómo la había mirado Joan, cualquiera diría que había hablado en chino.

—Un vestido normal. Elegante, pero sin pasarse. Por encima de la rodilla, que la boda es a mediodía, y en un color... ¿carne?, ¿marrón? No sé, oficialmente es color *nude* y creo que me favorece. Nada del otro mundo.

—A ti cualquier cosa te favorece.

—Oh, gracias. Tú seguro que también irás genial, incluso con esos vaqueros de los que hablas.

—Intentaré ponerme guapo.

A Sergio el corazón le latía a toda velocidad, de forma pesada, y no era sólo por el ejercicio físico. ¿Eva había invitado a Joan a la boda de Vanesa? ¿Qué era,

un modo de castigarlo porque no hubiera querido ir con ella? ¡Joder! Pero si iba

a ir de todas formas. La novia lo había invitado apenas unos días después de que

Eva se lo propusiera. Podrían estar juntos en la boda sin necesidad de levantar sospechas entre sus trabajadores. ¿Y ahora ella se había buscado pareja!?

—¿Y has hablado ya con Vanesa sobre las mesas?

—Sí, no hay problema en que te sientes conmigo —afirmó Eva—. Irás en la mesa de los amigos del trabajo, incluido Sergio. ¡Así ya conoces a dos personas!

Joan se giró hacia el susodicho, que no se dignó devolverle la mirada, con los ojos fijos en el horizonte y la mandíbula apretada.

¿A qué se suponía que estaba jugando Eva? ¿Qué se pensaba, que así iba a ponerlo celoso? ¿Que cambiaría de opinión y le pediría que fueran juntos a la boda? ¡Ja! Ni en broma. Si eso era lo que buscaba, le iba a salir el tiro por la culata, porque, si ella había invitado a Joan, ¿por qué no invitaba él a una morenaza despampanante? Podría conseguir rápidamente a unas cuantas candidatas.

Sí, eso iba a hacer. Presentarse en la boda con alguien. Pero ¿qué se había creído Eva? Le dejaría claro que le daba exactamente igual con quién fuera o dejara de ir, con quién estuviera, con quién follara. A él sólo le importaba estar

satisfecho. Porque para eso se querían, ¿no?, para calmar sus ansias y satisfacer sus fantasías. Punto. Lo que hiciera ella después...

Miró a Eva y a Joan de reojo mientras ellos dos seguían hablando de la boda.

¿Se acostarían juntos? Siempre había sabido que había atracción entre ellos, sobre todo de parte de Joan hacia ella. Sin embargo, poco después de conocerse,

Eva le había dicho que no estaba con nadie. Quizá su relación abierta con Sergio

había cambiado su forma de ver el mundo y a partir de entonces aprovechaba todas las oportunidades que le surgían. No había notado ningún cambio en ella,

ningún distanciamiento que le hiciera sospechar que había comenzado a acostarse con otros, pero quizá...

La rabia lo embargó al pensar en los hombres con los que Eva podría haber estado. Él no había estado con nadie más desde hacía mucho tiempo,

prácticamente desde que habían pasado a ser socios. Sabía que no era algo que

hubieran acordado, por lo que no podía echarle nada en cara, pero él... ¡joder! Él

había estado tan satisfecho con lo que tenían que no había necesitado cariño ni sexo fuera de su relación con Eva. Sólo había estado con algunas mujeres cuando creyó que habían roto y, aun así, el sexo no lo llenó tanto como lo hacía

con ella. Se sintió traicionado y frustrado. ¡Había estado perdiendo el tiempo!

Había desaprovechado un montón de polvos por no ir a Inferno, por no usar su agenda de contactos, por no salir a tomarse una copa con la clara intención de volver a casa acompañado.

Los últimos kilómetros los hizo con tanta energía y tan ensimismado en sus pensamientos que se le pasaron volando y dejó pasmados tanto a Eva como a Joan por el ritmo tan bueno que había marcado.

—¡A este ritmo quedas entre los primeros! —bromeó el entrenador dándole

unas palmadas en el hombro—. Muy bien, así me gusta, ¡con energía!

Se alejó de ellos para hablar con los otros corredores, y Eva y Sergio se quedaron solos.

—¡Qué velocidad! ¿Dónde la tenías escondida, Flash?

Él hizo un leve gesto con la cabeza a la vez que le daba la espalda. Se puso a estirar para no tener que hablar con ella, pero lo que hizo Eva fue ponerse a su lado e imitarlo en el estiramiento.

—¿Estás bien? —planteó—. Si te sientes mal, quizá podamos andar un poco hasta que el corazón se recupere.

—Estoy perfectamente.

Su tono brusco sorprendió a Eva.

—Vaaale...

Ella no sabía por qué estaba de mal humor, quizá el esfuerzo físico en aquel último *sprint* había sido demasiado. En cualquier caso, no iba a insistirle y correr el riesgo de que le respondiera de una forma tan cortante. Decidió dejarlo solo y

echó a andar hacia el resto de compañeros de *running*. La voz de él la frenó a pocos pasos.

—Si lo que buscas es ponerme celoso, te estás equivocando.

Eva se giró con el desconcierto pintado en la cara.

—¿Cómo dices?

Sergio tenía la mirada fija en otra parte, pero contestó.

—Que estos jueguitos a mí no me van y que tengas cuidado porque la jugada te puede salir muy pero que muy mal.

—¿De qué hablas?

Él soltó una risa carente de humor y al fin se dignó mirarla. La expresión de sus ojos la hirió.

—De que intentes darme celos con Joan. Pareces una cría en lugar de una mujer hecha y derecha.

Eva giró la cabeza para mirar al entrenador, que se mantenía alejado, junto al resto de corredores. Volvió a observar a Sergio. Su mirada de incredulidad no había hecho más que acrecentarse.

—Te estás equivocando.

—Ya, claro. Conozco muy bien a las mujeres, me han hecho esta jugada un millón de veces, pero te has equivocado de persona. Tú y yo no somos nada. Tú

no eres mi novia ni me importas lo suficiente como para sentir celos.

¿Pensabas

que me iba a volver loco de rabia al saber que también estás con Joan? Te creía

más lista.

La respuesta de ella no se hizo esperar y fue rotunda.

—Y yo te creía menos imbécil.

Y dicho aquello, se giró y se marchó.

No volvieron a hablar durante los minutos que permanecieron allí con los demás. De hecho, cuando finalmente Eva se despidió del resto de los corredores

antes de dirigirse a su coche, lo hizo dándole la espalda a Sergio y, cuando se lo

cruzó camino a su vehículo, fingió que no lo veía, que no estaba allí.

Aquello cabreó todavía más a Sergio. Pero ¿qué se creía? ¡Y encima lo había llamado imbécil! Ambos sabían perfectamente a qué juego estaba jugando y en las reglas de su relación estaba implícito el no comportarse como un par de adolescentes ni intentar manipular los sentimientos del otro.

Cuando ella desapareció, Sergio no tardó ni un minuto en decir adiós al resto de los corredores y dirigirse a su coche, que estaba al lado del hueco que ella había dejado. Se montó y sacó el móvil de la banda para el brazo que usaba para

correr. Abrió su agenda y comenzó a bajar, leyendo por encima todos los nombres que iban apareciendo. Un alto porcentaje de su lista de números eran mujeres; los había ido consiguiendo con el paso de los años y siempre los conservaba, por si acaso, aunque en realidad nunca había llamado por segunda vez a más de veinte mujeres de su agenda.

Llegó a un nombre que le resultaba muy familiar: Mónica Inferno. La había conocido en el local *swinger*, de ahí lo del segundo nombre, y era una morenaza espectacular con la que se había visto al menos diez veces en los seis meses previos a conocer a Eva. Aunque sonara a tópico, era una azafata de vuelo y cada vez que hacía escala en Barcelona, quedaban. O así había sido hasta que empezó con Eva. La última vez que lo había llamado Mónica, había querido quedar para el siguiente viernes y él ya tenía una cita con Eva, así que la rechazó

todo lo cortésmente que pudo. ¿Por qué cojones había tenido que hacer eso?

¡Podría haber quedado con las dos! Haberle dicho a Eva que necesitaba quedar

antes, y sólo para follar, sin cenas ni charla previa, y después haber ido al encuentro de Mónica para darle el repaso que aquella morenaza se merecía.

Mierda, ¡sí! Eso debería haber hecho. ¿Cómo había sido tan estúpido?

Estaba a punto de pulsar en el nombre de Mónica cuando una idea le cruzó la

mente. ¿Y si, en vez de desahogarse con una morena, buscaba una rubia?

Seguro

que a Eva le fastidiaba más verlo con una rubia que fuera una versión mejor de sí

misma... más alta, más provocativa, más... más de todo. Seguro que tenía en sus contactos a la chica perfecta; le pediría que fuera a la boda con él y así le daría a Eva de su propia medicina.

Intentó recordar nombres de chicas rubias con las que hubiera estado, pero no

le salió ninguno. Se había quedado momentáneamente en blanco. Subió y bajó por la lista de nombres, a ver si su agenda telefónica le refrescaba la memoria,

pero nada. Bah, daba igual. Cualquiera serviría.

Miró a Joan a través del cristal del coche; seguía ahí fuera, hablando con dos

de los hombres. El instructor no se parecía en nada a él y sin embargo...

Sí, daba igual si la chica con la que quedaba guardaba parecido físico con Eva. Seguro que verlo con una mujer colgada del brazo, ya fuera rubia, morena,

pelirroja o castaña, le haría darse cuenta de lo mal que le había salido la jugada.

Revisó de nuevo su agenda y comenzó a agobiarse al darse cuenta de que no era capaz de ponerle rostro a los nombres femeninos que leía. Joder, ¿tanto tiempo había pasado fuera del mercado para que se hubieran difuminado en su mente las mujeres con las que solía verse?

Un movimiento al lado de su coche llamó su atención. Era Joan, que pasaba de largo camino de su propio vehículo. Se fijó en la prenda de color rosa que adornaba su brazo. Abrió la puerta rápidamente y le habló.

—Oye, ¿esa chaqueta es de Eva?

—Ehhh... —Joan se giró hacia él un poco fuera de juego—. Sí, se la ha dejado en el coche de Antón.

—Si quieres se la llevo yo, que voy a verla. ¿O has quedado con ella este fin de semana?

Formuló tanto la afirmación como la pregunta con toda la intención del mundo: la primera para joderlo y la segunda por sacarle información.

—No, hasta el lunes no la veo ya. ¿Se la llevas tú, entonces?

—Sí, dámela.

Tenía la excusa perfecta para presentarse en su casa y, aunque no sabía muy bien qué iba a decirle, fue directo hacia allí. Eva le abrió la puerta con expresión de desconcierto.

—¿Qué haces aquí?

No le entregó la prenda ni contestó. Avanzó hacia ella y a Eva no le quedó más remedio que retroceder para no ser arrollada por toda su envergadura. Sólo

cuando la rubia chocó de espaldas contra una pared y se detuvo, Sergio se frenó

también.

—¿Qué...?

Como respuesta, él lanzó la chaqueta al suelo y se pegó a Eva. Empezó a besarla y acariciarla con una energía y una fuerza en la que desesperación y rabia

se convertían en una madeja enredada difícil de desentrañar. Sentía mucha rabia

y quería castigarla. Quería borrar a Joan de la mente y el cuerpo de Eva. Hacerlo

desaparecer.

¡Mierda! ¡Estaba celoso! No quería estarlo, pero lo estaba.

Llevado por la rabia, le mordió el cuello y apretó más de lo necesario, queriendo castigarla y dejarle marca. Eva protestó y lo apartó de un empujón. Se

miraron desafiantes, con las respiraciones pesadas, y entonces ella lo agarró por

la cara, hundiéndole los dedos en el mentón y la mejilla, y lo atrajo contra su boca también con rabia.

¿De qué se desquitaba ella? Él no la había traicionado, no había intentado jugársela, no la había provocado.

Aunque, por la forma en que lo desnudó, casi a tirones, y por la manera en que se lo folló, directamente sobre el suelo del salón y como una amazona incansable a la que le diese igual cómo de extenuada dejase su montura,

cualquiera diría que ella también tenía muchas cosas que echarle en cara.

Al terminar, con ella recostada sobre su amplio pecho, y todavía tumbado de espaldas en el frío suelo, Sergio se sintió más tranquilo y calmado. La rodeó con

sus brazos, disfrutando de la sensación.

Cuando ella hizo amago de liberarse, la miró intentando predecir qué iba a ocurrir. Igual Eva no había conseguido librarse de todo su cabreo con la brusca y

algo salvaje sesión de sexo, y le pedía que se fuera. Sergio pensó en algo que decirle en caso de que lo invitara a marcharse; una respuesta cortante y fría. O

quizá sería mejor no decir nada: la indiferencia mata... Pero todas sus defensas cayeron cuando lo único que hizo Eva fue estirarse a un lado para coger una manta que reposaba sobre el sofá y cubrirlos a ambos.

—Quizá estaríamos más cómodos en...

—Chist... —lo acalló ella.

Sergio tuvo la extraña y cálida sensación de que Eva estaba escuchando su corazón. Le acarició el pelo, que le hacía cosquillas sobre el pecho, y después paseó sus dedos por la espalda femenina hasta llegar a sus nalgas.

—¿Desde cuándo sales con Joan?

La pregunta se le escapó entre los labios y, cuando la hubo formulado, una parte de él se arrepintió, pero otra aplaudió su decisión, pues quería... no, necesitaba, saber la respuesta.

Ella tardó muchísimo en contestar. Ni siquiera se movió y Sergio, tras casi medio minuto, preguntó:

—¿Estás dormida?

—No —al fin enderezó la cabeza para mirarlo, apoyando la barbilla sobre su

pecho—, pero no has hecho la pregunta adecuada.

Aquello le hizo quedarse callado un instante, pensando. Ella, mientras, lo miraba fijamente con una expresión que a Sergio se le antojó triste.

¿Triste? ¿Por qué estaba triste? Tragó saliva con cierta dificultad.

—¿Lo quieres?

—¿Ésa es, según tú, la pregunta adecuada?

—Si lo piensas, es la única que importa. La que lo cambiaría todo.

—Hay otra más importante y mucho más básica que ésa —contestó ella, y se incorporó, dispuesta a ponerse en pie.

Él la sujetó por las caderas, reteniéndola.

—No, por favor.

—¿En serio quieres hablar de esto, así como estamos?

—Quiero sentirte cerca —confesó él y, cuando vio que ella claudicaba, la volvió a pegar contra él—. ¿Cuál es la pregunta correcta?

—Si tengo algo con Joan.

Sergio sintió que su corazón se aceleraba.

—¿Tú y él...?

—No. Salvo que tu pregunta no terminada sea «entrenáis juntos» u «os caéis bien».

—Pero va a la boda contigo. Pensé... ¿Sólo lo has invitado para darme celos?

Eva volvió a enderezarse y, cuando él intentó retenerla, se negó a detenerse.

—Puede que tú quieras hablar de esto así, pero yo no. Quiero vestirme.

—Pero...

—¡No hay peros! ¡Suéltame!

Él obedeció al instante. Estaba molesta y prefería no empeorar las cosas obligándola a hacer algo que no quería, manteniéndola en una situación que la incomodaba.

Se vistieron ambos en silencio y después Eva se sentó en una silla, junto a la mesa del comedor. Podría haberlo hecho en un sofá para que Sergio se sentara a

su lado, pero eligió una silla en claro mensaje de querer distancia.

—No tengo nada con Joan ni he intentado darte celos con él.

—¿Y por qué va a la boda contigo?

—¡No va a la boda conmigo! Va a la boda. Punto. Como otros tantos invitados —replicó ella con tono airado.

—No te pongas así.

—Me pongo como me da la gana porque estoy cabreada. ¡Me has cabreado! Y decepcionado.

—¿Qué yo te he decepcionado? ¿Por qué?

—En lugar de preguntarme si tengo algo con Joan o no, lo has dado por supuesto y te has puesto a soltarme burradas y cosas hirientes a la primera de cambio.

—¿Qué iba a pensar sino de que sacaras el tema de la boda conmigo delante?

—¡Lo ha sacado él! Y encima he dicho que se sentará con nosotros, no conmigo, como si fuera Gollum: «Míooo, mi tesooooo».

—Podía ser perfectamente que lo dijeras para que yo me diera por aludido, por si no me había enterado de que lo llevabas de acompañante a la boda a la que

yo no había querido ir contigo.

—¡Pero que no es mi acompañante! Va porque Vanesa lo ha invitado después de obrar el milagro de que pueda entrar en su vestido cuando hace apenas un mes no le subía la cremallera. ¡Eso es todo! ¡No hay más! Pero tú, cómo no, te

has puesto en lo peor y encima exigiéndome. —Se puso en pie de golpe; tenía

demasiada energía dentro para estar quieta. Se acercó a Sergio, que se había quedado levantado, y lo empujó—. ¡Yo a ti no voy preguntándote con quién te

acuestas y con quién no! —Otro empujón—. ¡No quiero saber cuántas veces has

ido a Infierno desde que nos conocemos! —Uno más—. ¡No quiero saber con

cuántas mujeres has estado! ¡No quiero saber nada! ¡Nada! Porque tú lo has dicho, no somos nada el uno para el otro, pero si tú... si admitieras que tú... si me contaras que... —Lo empujó otra vez, con rabia e incapaz de terminar las frases

—. ¡Joder!

Sergio coronó su palabrota con un beso y Eva lo apartó para después atraerlo contra sí con brusquedad.

—Dios —protestó ella, confundida por el torbellino de sentimientos que tenía

dentro—. Te mataría y a la vez te comería a besos.

—Pues mátame a besos.

Volvieron a hacerlo, de nuevo con furia, esta vez sobre el sofá. Se arrancaron la ropa con brusquedad y Sergio pensó en el poco tiempo que las prendas les habían durado sobre el cuerpo, aunque lo cierto es que había algo muy morboso

en desnudar a la otra persona. En aquella ocasión, fue él quien dominó,

quedando arriba y marcando el ritmo que quería. De haber sido el primer asalto,

habría terminado enseguida por el nivel de fricción y el ímpetu con el que la hacía suya, pero prácticamente acababa de correrse, así que duró más de la cuenta, lo que le permitió torturarla en varias posiciones y lograr que llegara al

clímax una vez antes de compartir juntos otro orgasmo.

Cuando terminaron, decir que estaban sudados era poco. Parecía que acabaran de ducharse, y, aun así, estaban tan debilitados tras el descomunal esfuerzo que sólo pudieron quedarse tumbados de lado en el sofá, pegados el uno al otro, haciendo la cucharita. Volvieron a taparse con la manta para no enfriarse mientras sus respiraciones se normalizaban.

—No he estado con nadie —confesó Sergio, con su enorme mano puesta en la cadera de ella.

—¿Qué?

—No me he acostado con ninguna mujer mientras he estado contigo. Sólo he visitado una vez Inferno y fue cuando tú y yo lo habíamos dejado.

—¿Con ninguna?

—No.

—¿Por qué?

—No sé. No he sentido la necesidad.

—¿Ni siquiera un polvo rápido con alguien? ¿Sexo sin importancia para desahogarte entre semana?

Él tardó un instante en contestar y Eva se temió que a aquello fuera a contestarle que sí. Sin embargo, cuando al fin habló, confesó:

—No. Salvo lo que te he dicho del Infierno, que fui para intentar olvidarte porque tú no querías verme, no ha habido nada. Estaba satisfecho con lo que tenía. ¿Tú has estado con alguien?

—No.

Se quedaron en silencio entonces, muy quietos. Sergio aguardaba con

nerviosismo la siguiente pregunta de Eva, el interrogante que rondaba por su propia cabeza: «¿Y qué significa esto?». ¿Qué quería decir que ninguno de los dos hubiera necesitado a otra persona en todos los meses que llevaban juntos, que hubieran sido fieles sin tener por qué serlo?

Sin embargo, ella no abrió la boca. Guardó silencio, igual que él, y poco a poco, ambos se quedaron dormidos.

Despertaron prácticamente a la hora de comer porque *Leo*, el gato de Eva, se subió sobre ellos de un salto para recordarle a su dueña que tenía que echarle pienso.

—Voy, gordinflón, no seas pesado.

Ella se puso en pie, todavía algo zombi, y cogió su camiseta del respaldo. Al

ponérsela, se dio cuenta de que le venía grande por todos lados porque era la de

Sergio. Ambas eran del mismo color. Fue a quitársela.

—No, déjateela. —La frenó él—. Te queda bien.

—¿Y tú?

—Tengo mi supercapa. —Sonrió cubriéndose hasta el cuello con la manta.

Ella sonrió y se dirigió a la cocina. No había llegado a salir del salón cuando se giró y preguntó:

—¿Te quedas a comer?

—Vale.

47

Carmelo, que tantas ganas tenía de reunirse con el «jefe» de Eva, al final pospuso la cita que habían concertado esa semana y la pasó a la semana

siguiente. Quería quedar el jueves, pero Eva salía ese día de viaje e insistió hasta que Carmelo aceptó quedar con ellos en la hora de su comida el miércoles.

Para cubrir el hueco que se les había quedado en la agenda con sólo un par de días de antelación, Sergio le propuso a Eva una comida con su padre.

—Quiere conocerte.

—¿A mí?

Le latía el pecho a toda velocidad y sintió un acceso de pánico. No habían vuelto a hablar de lo ocurrido durante el fin de semana, de la desconcertante conversación que habían mantenido. Habían preferido fingir que no era

importante, o que no había ocurrido, pero sus celos y confesiones sí habían tenido lugar y habían significado mucho para Eva. Ahora veía su relación de forma diferente. Más seria. No eran pareja... pero casi. O al menos así lo veía ella. Y lo curioso era que no sentía miedo ante aquella idea, sino felicidad y tranquilidad. Lo que tenía con Sergio se acercaba bastante a su idea de relación

perfecta: tenía cariño cuando lo necesitaba, él la hacía sentir querida y especial,

la apoyaba en todo lo laboral... y a la vez ambos tenían total libertad y mucho espacio.

Sí, la idea de poder llegar a ser la novia de Sergio no la asustaba, no si iba a ser como lo que tenían. De hecho, empezaba a pensar que lo quería. Le había dado muchas vueltas a aquello a lo largo del fin de semana. No podía llamarlo amor, pero ¿quererlo? Sí, probablemente podía decir que lo quería. Sergio se había convertido en una persona muy especial para ella.

Sin embargo, no pudo evitar el nudo que se le instaló en el estómago cuando Sergio le dijo que su padre quería conocerla.

—Sí, le he hablado mucho de ti —añadió él.

Empezaron a sudarle las manos, aunque intentó ocultarlo.

—¿De mí?

—Claro. Y todo bueno, así que tranquila.

—Pero... ¿estás seguro? Yo no sé si quiero conocer a tu padre.

—Mujer, sé que no es un socio de la empresa, pero como si lo fuera porque, de una forma u otra, está detrás de lo que Enrique y yo hacemos. Además, le hemos robado a muchos de sus clientes, que ahora exportan a Asia en lugar de a

Europa, le debemos esa comida para apaciguar las cosas.

—Ahhh... —dijo Eva al darse cuenta de que Sergio hablaba de una comida de negocios—. Ahhh...

—¿Ahhh? —la imitó él—. ¿Me he perdido algo?

—No, nada, nada. No me hagas caso, que tenía la mente en otra cosa.

Almorzamos entonces con tu padre.

El encuentro se hizo en un bonito restaurante, nada ostentoso, y el padre de Sergio resultó ser encantador y muy inteligente. Comieron los tres solos y Eva no pudo evitar pensar que Sergio, si envejecía como su progenitor, iba a hacerlo

como el buen vino, que mejora con los años. Aun con lo avanzado de su edad, el

hombre seguía siendo apuesto y conservaba su espesa melena, que, a pesar de ser casi blanca por las canas, no le restaba atractivo a su aspecto.

Estaban esperando el postre cuando Ricardo rellenó las copas con el vino que les quedaba en la botella y los animó a brindar.

—Por una pareja prometedora —dijo con la copa en alto.

—Papá, socios —lo corrigió Sergio.

—¿Cómo?

—Que somos socios.

—¿Y qué he dicho?

—Pareja.

—Tienes la mente sucia, hijo. Me refería a pareja empresarial. Pero, bueno, brindemos entonces por unos socios prometedores.

Eva cogió su copa con cierto bochorno. Ella también se había quedado muy parada al oír lo de pareja y por ello no podía dejar de mirar alternativamente a

Sergio y a su padre, pues, por cómo habían reaccionado ambos, sospechaba que

habían mantenido antes una conversación sobre aquel tema. Ricardo se lo confirmó poco después al decir de forma distraída, mientras se apartaba para que

el camarero pusiera delante de él un cuenco con natillas:

—Espero que no te haya molestado lo de «pareja». Sé que la vuestra es una relación exclusivamente profesional.

Eva y Sergio intercambiaron una rápida mirada.

—Al principio, cuando mi hijo me dijo que quería comprar tu empresa e indagué un poco, temí lo peor. Mi hijo y las mujeres no son una buena combinación. Seguramente ya lo sepas, porque, por mucho que él lo niegue, seguro que ha intentado tirarte la caña.

—Papá.

—Hijo.

Sergio resopló ante la respuesta de su progenitor y su reacción le resultó tan cómica a Eva que consiguió relajarse un poco y sonreír.

—Su hijo ha sido el socio perfecto hasta ahora. No tengo queja alguna.

—Ni él de ti. Ni yo. Como te decía, al principio me temí lo peor, pero vuestro proyecto se ha ganado mi confianza absoluta con lo que me cuenta Sergio.

—Más bien, con lo que te cuenta Enrique, que siempre le pides a él que te confirme todo lo que yo te digo.

—Todo no, hombre. Pero sí, he de decir que, el hecho de que Enrique prácticamente te idolatre, te hizo ganar muchos puntos.

—¡Oh! —Eva enrojeció—. Gracias, aunque ya será para menos.

—No, no lo es —negó con firmeza Sergio—. Tienes a Enrique metido en el bolsillo. Él sí te ha tirado la caña, ¿verdad que sí? Confiesa.

—¡Vale, sí! Me tiró la caña. Le faltó poco para hacerme un *piercing* en la frente con el anzuelo.

Su broma fue recibida con risas por parte de Sergio y con una exclamación por parte de Ricardo.

—¡Me gusta esta chica!

—Le has caído muy bien a mi padre —le dijo Sergio esa noche, metidos en la cama completamente desnudos.

Estaban en la casa de él, acompañados por *Luci*, que se había colado en la habitación cuando Sergio había salido para ir al baño. Al regresar, se había encontrado a la perrita aovillada tranquilamente junto a Eva, que la acariciaba con parsimonia.

—Has tardado mucho y te he encontrado sustituto.

—Sabes que yo no le hago ascos a los tríos —contestó él, saltando detrás de Eva para abrazarla por la espalda.

—Humm... Hoy sí que voy a dormir caliente.

—Grrrr —ronroneó Sergio en su oreja.

Se quedaron entonces callados un buen rato, en un silencio cómodo y apacible. Eva acariciaba a *Luci* y Sergio la mimaba a ella con el ir y venir de sus dedos.

—Mira... —susurró Eva.

Sergio se asomó por encima de su hombro y supo al instante qué era lo que tenía que ver: Eva le estaba acariciando el flequillo a *Luci* y ésta se dejaba hacer.

—No vale. Está dormida.

Pero al oír la voz de su amo, la perrita abrió los ojos y los miró a ambos con curiosidad. No intentó morder a Eva al notar su dedo en la frente; muy al contrario, al ver que no ocurría nada importante, sus párpados volvieron a cerrarse plácidamente.

—¿Decías? —se burló Eva.

—Vale, oficialmente has conquistado a mi perra.

Fue al hilo de esa frase cuando le dijo que le había caído bien a su padre.

—Me habéis allanado el camino —dijo ella, quitándose importancia.

—Te lo has allanado tú solita. Tienes enamoradito perdido a Enrique. Y a mí.

La mano de Eva se detuvo sobre el pelaje de *Luci*. Fue sólo un segundo, el que su corazón tardó en recuperarse de aquel «y a mí».

—Me alegro de cómo han salido las cosas —admitió ella—. Y pensar en lo

loca que me puse cuando me enteré de que tú, precisamente tú, habías comprado

la otra parte de la empresa.

—Sí que se te fue un poco la cabeza, ¿eh? La pillada que me hiciste con el vídeo... ¿Aún lo tienes?

—No, lo borré.

—¿En serio?

—Sí, no quería correr el riesgo de que alguien lo viera o que me piratearan el móvil o... ya sabes.

—Supongo que fue después de demostrarte que mis intenciones eran buenas.

—Por supuesto. Hasta entonces, lo tenía bien a mano.

—Pues es una pena que lo hayas borrado, me gustaría verlo.

—¿En serio?

—A ver si estaba guapo.

Eva se echó a reír.

—¿Tan mal salía?

—Para nada. Podría haberme forrado en un foro de porno gay.

—¿Sí?

—Sí, sería una de esas personas que se hacen millonarias con un único vídeo.

—Pues oye, mira a ver si tienes una copia por ahí guardada y negociamos cómo nos repartimos los millones.

—Siempre podríamos grabarlo otra vez...

—Te voy a dar yo a ti otra vez —replicó él, buscando sus puntos más vulnerables, los que sabía que no debía tocar porque hacían que se retorciera de las cosquillas.

—¡No, no! ¡Para! ¡Para, Sergio, para!

Luci, emocionada por cómo Eva se contorneaba en la cama y por las risotadas de Sergio, se tomó aquello como un juego y comenzó a ladrar y a dar saltitos sobre la cama, a su lado.

—¡Para, para!

—¿Te rindes?

—¡Me rindo!

Sergio se detuvo sólo un segundo.

—¡No lo has dicho con suficiente firmeza!

—¡Me rindo! ¡Me rindo! Por favor, para.

Firmaron la rendición con un beso lleno de sonrisas y no tardaron en echar a *Luci* de la cama y de la habitación para tener un segundo asalto, pero en aquella ocasión no de cosquillas.

48

En la televisión, empezaron a anunciar que próximamente se estrenaría «Ninja Warrior». No especificaban fecha, pero sí que ponían algunas escenas del programa con música espectacular y los concursantes en plena acción: saltando,

trepando y, en muchos casos, cayendo al agua y dándose lo que los presentadores habían bautizado como un *catacroquer*.

En una de las tomas, que apenas duraba un segundo, salía Eva... o eso decían Carla y Álex. Abrieron un grupo de WhatsApp sólo para discutirlo. Carla fue la

que lo creó y no tardó en subir un vídeo con la prueba del delito. Había grabado

directamente la televisión desde su móvil, así que se veía fatal y, por mucho que

Eva se pegó el teléfono a los ojos y miró y miró, no se reconoció. Álex, que también había visto el anuncio del programa en pantalla grande, corroboró que era ella. Sergio, por su parte, se mostró algo escéptico. Tuvieron que esperar a ver el dichoso anuncio en televisión para confirmar que, la mujer a la que habían

captado en pleno vuelo, era ella.

—Madre mía —murmuró Eva al verse al fin.

Con esa toma, nadie la reconocería salvo que la buscara, como había sido el caso de sus amigos, pero allí sentada frente a la tele fue al fin consciente de lo que suponía haberse presentado a un programa de televisión. Millones de personas iban a verla enfrentarse a los retos de «Ninja Warrior» y hablar de su cromañón particular. ¡Millones! Y ahora, con el tema de Internet y las redes sociales, la gente podría recortar el trozo donde salía ella, reproducirlo cuándo y

dónde quisiera, enviárselo a quien le diera la gana... Podrían verlo incluso en

la

otra parte del mundo, dentro de muchos años, igual que ella había buscado en YouTube a gente participando en las pruebas.

Ufff. Mejor dejar de pensar en eso, porque iba a empezar a hiperventilar. Sin duda, debía concentrarse en que creía haberse desenvuelto muy bien en las pruebas y que no había dicho nada inapropiado.

El día antes de su reunión con Carmelo, Eva iba un poco agobiada porque también tenía que organizar el viaje que debía realizar al día siguiente. El tema

del equipaje no le preocupaba; había hecho tantas maletas que ya era capaz de prepararlas en cinco minutos y que no le faltase nada. Sin embargo, tenía que aprenderse bastantes datos si quería sacarle el máximo partido al viaje. No sólo

valía con saber a qué se dedicaba cada empresa de la feria, sino que tenía que ir

un poco más allá: buscaba fotos de la gente con la que quería hablar, se aprendía

sus nombres y husmeaba en las redes sociales en busca de datos personales con

los que pudiera granjearse su simpatía; por ejemplo, con Fulanito podría romper

el hielo diciéndole que su equipo favorito de fútbol había ganado el último partido; a Menganito podría pedirle que le enseñara las fotos de sus nietas recién

nacidas... La sinergia de las relaciones sociales y empresariales podía llegar a ser espectacular.

—A ver cuándo hacemos un cambio de roles y soy yo el que se va de

parranda por el mundo, pues, si tanto te estresa, yo estaré encantado de sustituirte —le dijo Sergio la noche anterior, divertido por la tensión y la sensación de urgencia que detectaba en Eva.

—¿Parranda?

—Sí, ya sabes, como el de la canción de Peret, que decían que no estaba muerto, sino de parranda —aclaró él, como si ella no hubiera puesto en duda su

elección de palabra, sino que hubiera preguntado por su significado.

—Muerto volvías tú de uno de estos viajes.

—Ya, claro, tú lo que quieres es recorrerte el planeta a costa de la empresa.

—Me has pillado, aunque, ya que has sacado el tema, la próxima feria es en las Seychelles.

—¿Y qué vas a llevar en la maleta? —planteó él, acercándose provocador—.

¿Sólo bikinis?

—Pues no estaría mal, así seguro que volvería con muchos nuevos clientes.

—Listo, entonces. Seychelles será tu próxima parada.

Se besaron hasta que de pronto el teléfono de Eva comenzó a sonar. Ella lo cogió y rápidamente contestó:

—Sí, voy ya. De acuerdo, en diez minutos en tu puerta. Vale. Sí.

Al colgar, recogió su bolso y se despidió de Sergio con un beso.

—¿A dónde vas?

—No quieres saberlo.

—Pues ahora me pica todavía más la curiosidad.

Eva se puso de puntillas para darle otro beso, pero él se resistió.

—¿A dónde vas que no quieres que yo lo sepa?

Ella sonrió y, con la boca masculina fuera de su alcance, no le quedó más remedio que darle un besito en la barbilla algo rasposa de Sergio.

—En esta empresa soy la mujer para todo y una de mis funciones es encargarme de los trapos sucios del negocio.

—¿Qué trapos sucios? ¡Eva! —exclamó al ver que se alejaba sin intención de aclararle nada—. ¡Somos socios a partes iguales! Tengo que saberlo todo, igual que tú.

—Sólo es un plan B por si lo de mañana sale mal.

—¿Vas a contratar a un sicario? Sabía que Carmelo te caía mal, pero no tanto...

—Cinco rusos para que le partan las piernas. ¡Nos vemos mañana!

—¿No quedamos esta noche?

—Tengo mucho que estudiar para el viaje —replicó ella, moviendo la carpeta con información que llevaba en una de las manos.

Él soltó un largo suspiro, mitad teatro, mitad frustración real por no poder pasar la noche juntos.

—Todo sea por conseguir nuevos clientes y que tengamos presupuesto para ir

a ese viaje a las Seychelles.

Ella se giró justo antes de salir por la puerta y le lanzó un beso.

Con quien había hablado por teléfono era su sobrino. Había quedado en recogerlo en su casa para llevarlo al entrenamiento de fútbol. Allí, lejos de los ojos de su madre, iba a explicarle cómo funcionaba el micrófono que Eva se guardaba como un as en la manga por si la comida del día siguiente con Carmelo se torcía.

Durante el trayecto en coche hasta el club de fútbol, no hablaron sobre el auricular, pero, en cuanto Eva aparcó frente al campo, dijo:

—Me has traído eso, ¿no?

—¿Seguro que mi madre no tiene nada que ver con esto?

Eva chascó la lengua y sacó un billete del bolsillo delantero de su pantalón.

Se lo tendió a su sobrino. Era más de lo que él le había pedido por el alquiler de

un día del aparato.

—¿Cómo funciona? —fue su respuesta a la pregunta de su sobrino.

Éste cogió el billete y abrió la pequeña mochila que llevaba, de donde sacó un reducido estuche.

—Mira, esto es el micro. Se mete en el agujero de la oreja.

—Y, tan pequeño, ¿no se cuele?

—Es que tiene que colarse. Te lo metes en el agujero, lo dejas ahí y después te lo sacas con esto, que es un imán.

—¿Y si se va para dentro?

—¿Dónde se te va a ir? ¿Al cerebro? ¡Es un oído! ¿Tú por el ombligo llegas al estómago? Pues lo mismo.

Eva miró con cierta aprensión el pequeño punto metálico, y su sobrino, al verle la cara, dijo:

—Pruébalo o no te vas a quedar tranquila.

Cogió el diminuto auricular y se lo puso en la oreja. Fue facilísimo que entrara y, una vez dentro, apenas sí lo notaba. Sabía que estaba ahí, pero no le molestaba.

—Vale, eso se deja ahí, y ahora necesitas un teléfono al que conectar esto como si fueran los cascos. El cable este normalmente se pone alrededor del cuello, bajo la camiseta.

—¿Debajo de una chaqueta también vale?

—Supongo, aunque, si es para un examen, cuanto más oculto, mejor.

—Vale. ¿Y qué más?

—El teléfono o te lo pegas a la piel con esparadrapo o te lo metes en un bolsillo. Hay gente que también usa este micro para escuchar mejor, sobre todo si se ponen el teléfono muy escondido. Eso ya, lo que tú veas.

—¿Y cómo hablo con la otra persona?

—Basta con llamar. Mira.

Su sobrino conectó el cable al teléfono de Eva y después se lo pasó a su tía.

Cogió su mochila, de donde sacó su propio móvil, y buscó entre los contactos el

de su tía. El teléfono que Eva tenía en la mano comenzó a vibrar y ella oyó el tono de llamada en su oído, pero muy lejano.

—Lo oigo muy bajito.

—Inclina la cabeza.

Así lo hizo y de pronto oyó como una explosión en su oído.

—¡Ah! ¡Joder, qué susto! Esto se ha roto.

—No, es que te ha tocado el tímpano. Es como tiene que ser para que lo oigas bien.

—¿Seguro? Ahora no noto el aparato.

—Te vuelvo a llamar, espera.

En aquella ocasión, la melodía de su teléfono le llegó alta y clara.

—Uh, qué sensación más rara.

—Descuelga.

Aceptó la llamada a la vez que su sobrino se bajaba del coche y cerraba la puerta.

—¿Sí? —interrogó algo insegura.

—¿Me oyes?

Su voz era nítida pese a que estaba fuera del coche.

—Sí, ¿y tú a mí?

—También. Métetelo en el bolso o donde creas que vas a llevarlo.

—Se lo pondré en el bolsillo de la chaqueta —dijo ella, y para emular la

situación, se metió el móvil bajo la camisa, sobre el pecho—. ¿Me oyes?

—Sí. Esto ya es cuestión de que hagas pruebas en tu casa. ¿Y a quién se lo vas a poner? Esto no es un micro espía, ¿eh? La persona se va a dar cuenta de que le pones un teléfono y un cable.

—Tranquilo, no voy a espiar a nadie, él sabrá perfectamente que lo lleva.

—Si te pillan, esto no es mío, ¿de acuerdo?

—Pensaba que era de un amigo tuyo.

—Eso, eso.

49

Eva confiaba en que todo saliera bien y no necesitaran su plan B, así que, cuando

se presentaron en el restaurante en el que habían quedado con Carmelo, Sergio

todavía no llevaba puesto el dispositivo. Se sentaron a la mesa que habían reservado y, mientras esperaban a que llegara su invitado, pidieron una botella de

agua. Sergio empezó a mordisquear unos de los colines que había en el cesto del

pan.

—No comas colines, que después vas a recibir a Carmelo con los dientes llenos de cosas.

—¿Quién fue el iluminado que decidió que el mejor momento para hacer negocios era la comida?

—Alguien que sabe lo bien que vienen unas copitas de vino para cerrar acuerdos.

—La economía mundial se mueve sólo gracias al vino.

—Y a la cerveza. Y a los copazos de las discotecas. Y a los cócteles de los puticlubs...

Sergio se atragantó con un trozo de colín al oírla decir aquello.

—No sabía que la comida se iba a alargar tanto —comentó cuando recuperó el aliento.

—Ahí está —anunció Eva, poniéndose en pie—. Bienvenido, señor Contreras.

—Señorita Eva María, luce usted encantadora, como siempre. Y usted debe de ser el señor Rodríguez.

—Llámeme Sergio, por favor —contestó éste a la vez que le estrechaba la mano.

—Usted puede llamarme a mí Carmelo.

Aquello ya era un punto a su favor, pues a Eva jamás le había dicho que lo llamara de otra forma que no fuera «señor Contreras».

—¿Han pedido ya? —interrogó el hombre.

—Sólo agua.

—A ver dónde está el camarero... venga, venga. Tráiganos un buen vino y un platito de jamón y queso mientras decidimos qué queremos comer.

—Marchando.

Mientras lo oía pedir, Eva se preguntó si en aquella ocasión pagaría él.

Normalmente, en las comidas de negocios que había mantenido con Antonio, siempre era este último quien pagaba y después se lo pasaba a la empresa como

gastos. No sabía si era cosa del señor Contreras, al que no le hacía mucha gracia

soltar la pasta, o de Antonio, que era muy generoso con el dinero de la compañía; lo que sí sabía era que, cuando se juntaban, los dos solían comer muy

pero que muy bien. Por el precio de sus comilonas para dos, normalmente comerían de cuatro a seis personas.

—Me alegro de conocerlo al fin —dijo Carmelo, ya cómodamente sentado a la mesa.

—Yo también me alegro de conocerlo. Eva María me ha hablado de todo el tiempo que lleva trabajando con la empresa.

—Sí... —Carmelo miró a Eva de forma distraída—. Mucho tiempo. Su padre era un hombre magnífico y Antonio, sin duda, era una persona excepcional. Una

pena que ya no estén. Supongo que el próximo de la ecuación soy yo, aunque por ahora hago lo que puedo por seguir mandando.

—Bien que hace —contestó Sergio—, así sus hijos aprenderán del mejor. Mi padre también estará ahí, al pie del cañón, hasta que lo obliguen a jubilarse.

Eva miró a su socio de refilón, pues el caso de su padre no se parecía en nada al del señor Contreras, y Sergio lo sabía, pues se lo había contado ella misma como parte de la información que debía saber sobre él. Carmelo había metido en

su negocio a sus dos hijos, pero los dos estaban bastante amargados y frustrados

con el trabajo, pues su padre lo dirigía todo con mano de hierro y no dejaba que

sus vástagos controlaran nada. Prácticamente no podían tomar decisiones y

estaban siempre supeditados a que su padre dijera qué hacer. Eran sólo unos trabajadores más..., lo cual podría haber estado muy bien al principio: nada mejor para conocer un negocio que empezar desde abajo..., pero es que Carmelo

los había mantenido ahí durante años, sin darles más responsabilidad ni cederles

ni un poco de control, y sus hijos ya no eran precisamente unos jovencitos.

—Un hombre sabio, su padre —alabó Carmelo—. ¿Le aconsejó él que comprara TranSolutions?

—Pues lo cierto es que al principio no estaba muy de acuerdo conmigo con la adquisición, pero hay veces en las que uno debe plantarse y luchar por lo que cree, ¿no le parece? Son las decisiones así, las que se hacen contra la opinión de

todo el mundo, las que forjan a un hombre.

—Sí, señor. Me cae usted muy bien.

Y la verdad es que, con su breve discurso, Sergio había dejado alucinada

incluso a Eva. ¡Sí que se había metido en el papel de caerle bien al señor Contreras!

El vino, el queso y el jamón no tardaron en desaparecer y el camarero, solícito, empezó a servirles la comida que habían pedido. En principio, sólo era

un plato para cada uno, pero Carmelo había añadido a la comanda varios platos

al centro: gambas asadas, pulpo a la gallega, carpaccio de ternera con virutas de

parmesano, mejillones al vapor, variado de croquetas...

Iba a tirar la casa por la ventana o, más que la suya, la de Sergio y Eva, pues esta última estaba convencida de que les iba a tocar pagar la cuenta a ellos.

—¡Pero coma, coma! Por eso está usted en los huesos, Eva María, ¡porque no come nada!

—Es que soy vegetariana.

—¡Bobadas de modernos! ¡Pruebe el pulpo, que está fantástico!

—No, de verdad.

—Pues una croqueta.

—También llevan carne.

—¡Pero si no se ve! Venga, mujer..., que a los hombres nos gusta tener de dónde agarrar.

«Como si yo quisiera que usted me agarrara de algún sitio», pensó Eva.

—Déjela que no coma —intervino Sergio, y le quitó la croqueta del plato—.

Más para nosotros.

—Me gusta cómo piensa usted.

Por mucho que Eva intentó sacarle a Carmelo temas de conversación

relacionados con la compañía y sus intenciones futuras, éste siempre contestaba

a sus preguntas de forma vaga e intentaba cambiar de tema. «No es momento de

hablar de esas cosas.» ¡Estaban en un almuerzo de negocios!, ¿cuándo iban a hablar sobre eso, si no?

Cansada de verlo comer a dos carillos y no soltar ni prenda, Eva decidió entrar en acción.

Terminó su copa de vino y la rellenó con un poco de agua. Fue menos de un

dedo, pero era líquido suficiente como para que su teatrillo quedara bien y Sergio se retirara de un salto cuando notó que el agua le caía en la pierna.

—¡Oh! ¡Cuánto lo siento! —Eva puso de pie la copa que había volcado y le

ofreció varias servilletas para reparar el estropicio—. Ven, vamos al baño, que a

lo mejor tienen secador de manos.

—No hace falta, quizá se seque solo.

—¿Toda esa agua? Qué vaaaa —dijo con énfasis a la vez que tiraba de él—.

Vamos al baño.

Lo arrastró tras ella y lo llevó al aseo, asegurándose de llevar consigo el

bolso, donde llevaba guardado el *kit*.

—¿Es que quieres que lo hagamos en el baño? —preguntó juguetón cuando se cerró la puerta—. ¿Con Carmelo esperándonos?

—La primera pregunta ha resultado tentadora, pero te lo has cargado todo con la segunda. Prueba a ver si te seca un poco eso —lo animó señalando hacia la derecha.

—¿El secador de manos? ¿En serio?

—Es la mejor opción.

Sergio se quitó la chaqueta que llevaba, se la dio a Eva, y se puso debajo de la máquina como pudo, levantando la pierna para que le diera el aire caliente. Por

suerte, el agua le había caído en el muslo y no en la entrepierna, pues si no habría parecido que se había meado. Ahora sólo parecía un guarro con una mancha enorme en medio del muslo.

—Creo que más o menos está. Lo que queda, le dará tiempo a que se seque de aquí al final de la comida.

—Bien, pues ven aquí que te ponga esto.

—¿Qué es?

—Carmelo no hablará de negocios mientras yo esté delante, así que he pensado en ser tu pequeño Pepito Grillo, esa voz que oyes en tu cabeza, y le he pedido este auricular invisible a mi sobrino. Tú podrás oírme, yo os oiré a vosotros, y si necesitas que te dé algún dato, ahí estaré.

—Pero... —Sergio la miró desconcertado—, ¿por qué? Si la comida va bien.

—¿Bien? ¡No quiere hablar de negocios!

—Quizá su intención con esta cita es simplemente conocerme para quedarse tranquilo.

—Qué va, lo que pasa es que no hablará de nada importante mientras yo esté delante.

—¿No crees que a lo mejor estás un poco paranoica?

—No. Inclina la cabeza que te ponga el auricular.

—Esto lo traías ya pensado de casa.

—No, qué va, yo siempre llevo en el bolso un *kit* para hacer trampas en los exámenes. Inclina la cabeza.

—Con premeditación y alevosía.

—Éste es mi plan B.

—¿Los trapos sucios de los que tenías que encargarte?

—Efectivamente. He ido al mercado negro para alquilar este aparato y todo, así que fíjate lo comprometida que estoy con la empresa. Y ahora inclina la cabeza.

—¿Y si no quiere hablar de negocios ni aun si tú no estás?

—Querrá, ya verás.

Sergio se debatió durante unos segundos hasta que finalmente cedió y echó la cabeza a un lado. También se asustó cuando el auricular le tocó el tímpano y

retumbó.

—¿Y ahora esto cómo se quita? Si parece que me lo hayas metido en el cerebro.

—Pegas este imán a la oreja y listo. Yo lo he probado y sale fácil.

Le enseñó la pieza imantada sólo para que la viera, pero él la cogió y se la guardó en el bolsillo. Eva prefirió no protestar, pues parecía dispuesto a llevar a

cabo su plan.

—¿Y ya está? —planteó él—. ¿Cómo me vas a hablar tú?

—Ya me he encargado de todo, tú no te preocupes por nada. —Le tendió la chaqueta, donde había guardado un móvil de la empresa y donde había fijado los

cables del aparato mientras él se secaba el pantalón—. Tú simplemente sal ahí y

haz que hable.

—¿Y si no lo consigo?

—Ya se nos ocurrirá algo entre los dos.

Sergio regresó al comedor, aunque antes, en el pasillo, preguntó:

—¿Me oyes, Eva?

—Sí, ¿y tú a mí?

—Sí. Por cierto, estás muy loca.

—Gracias.

Para poder oír cómodamente la conversación, Eva había conseguido unos auriculares con micrófono; así no tenía la necesidad de tener el móvil pegado a

la oreja todo el rato. El audio se oía tan bien que percibió cómo Sergio apartaba

la silla.

—Ya estoy aquí. Oh, qué bien, han traído ya los platos.

—¿Y la señorita Eva María?

—En el baño.

—No, no —negó ella—, ¡dile que he tenido que irme!, que se me ha olvidado algo y he tenido que marcharme. Así se relajará más que si cree que voy a salir

del baño en cualquier momento.

—Lo cierto... eh... Eva... Eva ha tenido que irse.

—¿Así tan de repente? Si no ha comido.

—Es que se le han olvidado en la oficina unos papeles con unos datos que quería enseñarle y ha ido a por ellos.

—Esta mujer, tan obsesionada con los datos y las cifras.

—Los números siempre son importantes.

—En este negocio, es mucho más importante el tú a tú. Por suerte, en lo poco que lo conozco, usted me ha demostrado que sabe de lo que hablo, ¿verdad?

—Por supuesto, el tú a tú.

—Vosotros jugad a poner os tutú. Yo prefiero el yoyó.

Sergio carraspeó fuertemente y Eva sospechó que era una llamada de atención para que se callara. Tener una voz en la cabeza haciendo bromas no ayudaba cuando se tenía que mantener la compostura frente a alguien.

—Lo cierto es que Eva está un poco preocupada por si su futuro con nosotros peligra ahora que Antonio no forma parte de la compañía. Lleva toda la semana

insistiéndome en que los envíos de los clientes con los que usted trabaja han bajado en el último mes.

—Las mujeres piensan demasiado.

—Ya...

—Menos mal que usted ha comprado la parte de Antonio, porque, si mi buen amigo llega a venderle su parte a Eva María y su familia, la empresa no habría tardado en irse a pique. El tú a tú es tan importante...

—Ya —dijo lacónico.

—Yo se lo dije muchas veces a Antonio, que era un error meter a esa joven en la compañía, y todo empeoró después de la muerte de su padre. Se creía la dueña

e intentaba mandar sobre todo, como siempre hacen las mujeres, y sin saber de nada.

—Lo cierto es que otra cosa no, pero Eva María sabe muy bien lo que se hace.

—En la teoría, pero no en la práctica. Todos sus estudios no sirven para nada;

lo que importa realmente es la experiencia, los contactos hechos año tras año...

—El tú a tú.

—Efectivamente.

—Casi pierdo varios clientes por su culpa cuando empezó a trabajar en la empresa.

—¡Será...! —exclamó Eva.

Se había sentado en la encimera del baño, pero en aquel momento se bajó de un salto y salió del aseo para poder mirar a aquella rata mientras hablaba. Desde

la distancia, eso sí, pero necesitaba verlo, tanto a él como a Sergio. La cara de este último era lo que más le importaba en aquel momento.

—¿Y eso? —interrogó Sergio, haciendo oídos sordos a la intervención de Eva.

—En este mundillo siempre hay zonas grises que resulta muy rentable explotar, pero ella veía nuestros pequeños negocios como algo ilegal cuando simplemente era... alegal.

—¡Alegal, dice! Meter mercancía no declarada en los envíos. Fletar contenedores sin seguro cuando sí se había cobrado la cobertura ante accidente en tránsito...

De nuevo, Sergio carraspeó y, desde su nueva posición, Eva pudo ver que se tocaba la oreja, por lo que confirmó que el sonido iba dedicado a ella.

—No se lo ha explicado, ¿verdad? —dijo Carmelo—. No me extraña.

Antonio tuvo que meterla en cintura para que dejara los negocios para los hombres y ella se dedicara sólo y exclusivamente al papeleo, aunque después volvió a coger poder en la empresa... Espero que usted sepa atarla corto.

—Ya.

No sabía si era porque ahora veía su expresión al decir aquel monosílabo o porque el tono de Sergio había cambiado, pero en aquella ocasión Eva fue plenamente consciente de todas las palabras no dichas que se escondían detrás de

los «ya» de Sergio.

—Por suerte —siguió Carmelo a lo suyo, sin darse cuenta del desprecio que se leía en los ojos de su interlocutor—, una cara bonita siempre viene bien.

Siempre que no la deje muy suelta, Eva puede serle muy útil para camelarle a muchos clientes. Los hombres somos muy tontos y es ver dos tetas...

—Ya.

Sergio se percató entonces de que Eva no estaba en el baño, sino allí, a unos veinte metros de ellos, espiándolos desde el pasillo de los aseos. Él podía verla

porque quedaba frente a él, a mano izquierda, pero Carmelo habría tenido que volver la cabeza para saber que estaba ahí. La vio muy quieta y callada, con

expresión seria por lo que tenía que escuchar que decían de ella a sus espaldas, y no pudo callarse ni un minuto más.

—¿Sabe lo que pasa? —planteó, interrumpiendo a Carmelo, que había seguido con su perorata.

—¿Qué? —interrogó éste con talante amable, sin saber lo que se le venía encima. Las siguientes frases de Sergio le fueron cambiando la expresión poco a poco.

—Que Antonio ya no está y las cosas van a cambiar mucho en la empresa, y si le gusta, bien y, si no, también. De ahora en adelante, negociará y hablará sólo y exclusivamente con Eva, a la que, por cierto, no voy a atar corto, sino que le voy a dar alas para que haga y deshaga, porque es una profesional de los pies a la cabeza y sabe perfectamente lo que se hace. Lo único que no entiendo es por qué con usted es tan blanda, porque sí, sé perfectamente que le mantenemos tarifas mercantiles antiguas, y ella también lo sabe... Sin duda deberíamos renegociarlas, ¿no le parece?

—Antonio y yo acordamos...

—¿Sabe lo que pasa? Que como le he dicho antes, Antonio ya no está. Y lo que no está firmado, no existe. Igual que la mercancía no declarada que se transportaba en sus envíos, ¿no? No está, no existe. —Ante la cara de asombro de Carmelo, Sergio añadió—. Claro que Eva me lo ha contado: ese gran pastel que casi saca a la luz cuando empezó a trabajar en la empresa, ese por el que Antonio tuvo que decirle que su misión era ver, oír y callar. Pues lo siento, pero

no, en mi compañía eso no se va a hacer. Ni en la de Eva tampoco, se lo puedo garantizar.

—¡Mis clientes son vitales para vuestra empresa!

—Hombre, vital, vital... Antes, quizá, pero ahora ya no. De tú a tú —se inclinó hacia él para susurrarle—, su negocio se hace pequeño y el nuestro se hace grande. ¿Quiere que le diga cuánto significan sus negocios para nosotros?

Ni un diez por ciento... y bajando.

Lo del diez por ciento iba de farol, pues en la última estimación era un veinticinco por ciento, pero Eva no iba a decir nada al respecto. De hecho, era incapaz, pues estaba muda del asombro.

Más sorprendida se quedó todavía cuando Sergio la miró otra vez desde la distancia y, tras sacarse algo del bolsillo, se pegó la mano a la oreja. No entendió qué estaba viendo hasta que se fijó en que dejaba algo negro sobre la mesa y lo

tapaba con una servilleta.

¡El auricular! Había cortado la comunicación entre ellos.

Por un instante creyó que no iba a oírlo hablar cuando él volviera a decir algo, pero, cuando sus labios se movieron, la voz le llegó nítida a través del móvil.

¡Claro! Seguía con el teléfono metido en el interior de la chaqueta, aunque eso él

no lo sabía.

—No me malinterprete, Carmelo —dijo Sergio—. No quiero que se vaya. He acordado con Eva mantener su cartera de clientes con nosotros y con unas condiciones muy parecidas a las que tenía cuando Antonio estaba vivo. Sabemos

el daño que le haríamos si lo dejáramos sin envíos y, por la amistad que lo unía a

Antonio y a su padre, Eva me ha insistido en que le haga este trato de favor...

pero, después de lo que he oído, de cómo habla de ella... —Negó con la cabeza

de forma compungida, muy teatral—. Si me entero de que sigue hablando de ella

en esos términos, si Eva me comenta que en sus reuniones usted dice una palabra

fuera de lugar... adiós. ¿Me ha entendido?

Su interlocutor lo miró fijamente durante unos largos segundos, temblando de

ira, de frustración, de miedo... Sergio no estaba seguro de cuál era el sentimiento

predominante en Carmelo en aquel momento, pero su respuesta sin duda iba a ser reveladora.

—Cómo se nota que tiran más dos tetas que el sentido común.

Quizá el término «reveladora» era darle demasiado crédito a alguien como

Carmelo..., pero, a respuestas descaradas, contestaciones ingeniosas.

—Pues fijese que los pechos de Eva no son especialmente grandes. Igual lo que más tira de ella es su inteligencia y su buen hacer.

Indignado, Carmelo se puso en pie y se marchó sin haber probado bocado de su plato.

Durante unos segundos, Eva no se movió. Se quedó allí, muy quieta,

procesando lo que acababa de pasar, todo lo que Sergio había dicho. Después, sintiéndose como en una nube, echó a andar hacia la mesa, donde él se puso en pie para recibirla.

—Lo siento si hemos perdido su cartera de clientes, pero...

Eva lo acalló cogiéndolo de la chaqueta y haciéndolo inclinarse hasta darle un beso digno de película.

—Vaya, supongo que esto quiere decir que me perdonas.

—Te quiero —soltó ella de pronto, y luego, para no ver la respuesta que tenía su arrebatado, volvió a besarlo.

Cuando se separaron, lo único que atinó a decir Sergio fue:

—Ehhh..., gracias.

50

El ambiente se enrareció después de la confesión que había escapado de los labios de Eva, directa de su corazón y sin pasar por el filtro de su cerebro.

Porque sí, si su razón hubiera intervenido, aquel «te quiero» jamás habría salido

de su boca. No es que no lo sintiera, sí lo hacía, especialmente después de oír cómo Sergio la había defendido y todo lo que había dicho de ella, pero no era el

momento para decirlo. Quizá jamás lo sería, no con Sergio.

Él aparentó que no pasaba nada durante el tiempo que tardaron en terminar sus platos y el postre después de la desbandada de Carmelo. No obstante, no pidieron café y, cuando se levantaron, Sergio, algo nervioso, se excusó y prácticamente salió corriendo. No habían hablado de hacer nada después del

almuerzo, pero lo más normal habría sido que volvieran los dos a la oficina o que optaran por hacer algo juntos.

—Normal —murmuró Eva con un humor negro. ¿Es que había algo de normal en su relación?

Estaba a unos pasos del restaurante, ya sola, cuando se acordó del auricular que Sergio había dejado bajo una servilleta. ¡Si no se lo devolvía, su sobrino iba

a matarla! Regresó al local justo a tiempo, pues uno de los camareros había comenzado a recogerlo todo. Al tener entre sus dedos el imán y el miniauricular,

se acordó de que Sergio seguía llevando en el interior de su chaqueta el móvil y

el cable, ¡y funcionando! Con los nervios se le había olvidado pararlo. Sacó el teléfono del bolso, donde lo había dejado caer antes de darle aquel apasionado beso, y vio que la llamada continuaba. ¡Menos mal que tenía tarifa plana!

Se puso en la oreja derecha el auricular de móvil con el que había estado escuchando la conversación y oyó una música distante. Debía sonar por los altavoces del coche de Sergio.

Pensó en colgar. Estuvo a punto. Sí, colgar y llamarlo para decirle que tenía que devolverle el aparato que le había puesto en la chaqueta..., pero algo la frenó, una curiosidad malsana que quería saber a dónde había ido Sergio con tanta prisa después de que le confesara que lo quería y que él le contestara con un «gracias».

Para volver a la oficina tenía que coger el coche, así que prefirió dirigirse a la barra del restaurante y pedir el café que no se había tomado mientras

escuchaba

lo que ocurría al otro lado de la línea. Al final sí que iba a espiar a alguien y, pese a la advertencia de su sobrino, el sujeto no se iba a enterar de que llevaba

nada puesto. Bueno sí, tendría que decírselo en algún momento, pero no

admitiría que había seguido escuchando lo que hacía, mucho después de que Carmelo se hubiese marchado.

Alargó el café todo lo que pudo, pero, por lo que escuchaba, él seguía en el coche. ¿A dónde iría tan lejos? Estuvo a punto de hacerle caso a la vocecilla de

su cabeza que le decía que debía colgar, pero justo entonces la música se detuvo

y creyó oír que Sergio descendía del vehículo.

Casi un minuto después, oyó claramente:

—Bienvenido a Inferno. ¿Me deja su chaqueta y se la guardo?

Eva, que tenía el móvil apoyado en la barra, pulsó el botón de colgar al menos cinco veces, de forma rápida y urgente, por si una no era suficiente. Un dolor agudo en el pecho la dejó paralizada durante unos largos segundos, sin saber qué

hacer o decir ante lo que acababa de escuchar.

Al menos ya sabía por qué Sergio tenía tanta prisa: porque necesitaba

olvidarse de ella y de su desafortunada confesión, y nada mejor que hacerlo entre

las piernas de otra mujer.

—Dichosos los ojos que te ven —lo saludó Bianca, la dueña de Infierno, al verlo aparecer—. Ya pensaba que te habías olvidado de nosotros.

—Eso nunca, pero he estado ocupado.

—¿Ocupado? Dirás más bien que *alguien* te ha mantenido ocupado. Aquí no se deja de venir por tener mucho trabajo.

Sergio la miró, pero no contestó. Le pidió una copa, aprovechando que estaba detrás de la barra, y, mientras se acomodaba en uno de los taburetes, miró alrededor.

—No es el mejor día para venir, ni el mejor horario. Hoy estamos tranquilos, aunque no te preocupes, que seguro que encuentras algo.

—No me preocupo —contestó él, y centró su mirada en ella para ver cómo mezclaba las bebidas de su copa.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Bianca al verlo tan callado y serio.

—Muy bien.

—¿Seguro? Ya sabes lo que se dice de las barras de bar...

—¿Que son muy largas?

—Que son como confesionarios. ¿Tú sabes la de trapos sucios que he escuchado desde que tengo el Infierno?

—Mis trapos están muy limpios.

—Pues tus penas, o tus remordimientos, o tus sueños insatisfechos... Aquí, por el precio de la entrada, escuchamos de todo.

Le puso la copa delante y esperó a ver si Sergio se decidía a contarle algo. En

lugares como aquél, la gente no sólo encontraba placer carnal, sino también el consuelo de saberse escuchados, aunque fuera por una mujer que prácticamente

era una desconocida.

—Hay alguien que...

Ella no lo presionó para que continuara y se entretuvo secando unos vasos con un trapo.

—Hay alguien que tiene sentimientos por mí.

—¿Y eso es malo?

—Sí.

—¿Por qué? ¿Te odia o algo así?

—Te he dicho que tiene sentimientos por mí.

—Ya, el odio es un sentimiento.

Sergio negó con la cabeza.

—¿Te tiene asco? ¿Envidia?

La miró de mal humor.

—No me mires así, jovencito. Si no eres más específico, he de rellenar los huecos con lo que tengo, y hay muchas posibilidades.

Bianca había superado ya los cincuenta años, pero que lo llamara «jovencito»

le hizo gracia.

—Me quiere —admitió al fin.

—Ya veo... ¿y te lo ha dicho o lo crees tú?

—Me lo ha dicho.

—¿Y tú qué le has contestado?

Sergio tardó en contestar.

—Que gracias.

—La educación ante todo, así me gusta. —Guardó silencio un momento y después preguntó de forma despreocupada—: ¿Y por qué te molesta tanto que te

lo haya dicho?

—No me molesta. Sólo... No debería quererme.

—Hombre, digo yo que no habrá sido un sentimiento que haya surgido de la noche a la mañana. Algo deberás haber notado antes de la confesión y algo habrás hecho para que sienta eso por ti.

Él no contestó y Bianca, al cabo, interrogó:

—¿Y qué importa si te quiere?

—Lo cambia todo.

—¿Por qué?

—Porque yo no puedo corresponder a ese sentimiento.

—¿No puedes? —Esperó a ver si él contestaba algo a eso, pero, como no lo hizo, Bianca continuó—: Es curioso que digas que «no puedes». Lo normal sería

que dijeras «Porque yo no la quiero a ella» o algo por el estilo.

Sergio no replicó ni la miró a los ojos. Le dio un largo sorbo a la copa y después fijó su mirada en una de las televisiones, donde a aquellas horas de la tarde se mostraba una sucesión de fotografías eróticas muy sugerentes.

Trascurrió casi medio minuto antes de que ella preguntara:

—¿Es la chica que te ha mantenido «ocupado» todo este tiempo?

—Sí.

—¿Es tu novia?

—No, sólo amigos.

—Pues entonces no tienes de qué preocuparte, ¿no?

Él se encogió de hombros.

—A mi juicio, tienes dos opciones: seguir con ella como si no te hubiera dicho nada o alejarte de ella. La primera opción, a su vez, te ofrece dos caminos,

pero será ella quien tenga que elegir cuál prefiere seguir: puede que opte también

por fingir que no ha pasado nada y que podáis seguir durante un tiempo, o que,

al saber que no es correspondida, sea ella la que se aleje de ti.

Sergio la miró durante un largo instante y después apuró lo que le quedaba de copa y se puso en pie.

—Voy a echar un vistazo.

—Siéntete como en casa.

Había dado unos pasos cuando se giró.

—Gracias por tus consejos.

Ella se encogió de hombros, quitándole importancia.

—Iban incluidos en la entrada.

Sergio avanzó hacia la zona de juegos sin mucho ánimo. Casi arrastraba los pies. Su pecho y su cabeza eran un torbellino de pensamientos confusos. Eva le

había dicho que lo quería... y él había contestado que gracias. ¿Qué iba a decirle,

si no? ¿«Yo también»? La apreciaba, la valoraba, la respetaba, la tenía en muy alta estima, pero ¿quererla? Se había prometido no volver a querer a nadie, no entregar su corazón nunca más.

Lo que sí que era innegable es que su relación de casi novio con Eva le había resultado muy agradable. Porque sí, sabía que lo que tenían no era un simple rollo, ni eran simples amigos con derecho a roce. Lo suyo prácticamente había sido un noviazgo, y debía admitir que había sido genial. ¿Por qué había tenido que estropearlo todo con aquel «te quiero»?

Como Bianca le había adelantado, el local estaba bastante desierto. Era de esperar entre semana y a esa hora. Lo cierto es que Sergio no sabía qué le había

hecho conducir hasta allí nada más salir del restaurante. Durante unos minutos, se había sentido tan ofuscado que no había sabido exactamente hacia dónde iba, pero después aquel destino simplemente había aparecido en su mente.

Le había parecido lo lógico. Pero lógico, ¿para qué? ¿Para quitarse la confesión de Eva de la cabeza... o para demostrarse a sí mismo que aquella

confesión le daba igual?

No hizo amago de acercarse a las pocas parejas que había en el local. Se dirigió directamente a la zona de las duchas, sin poder evitar recordar su primer

encuentro con Eva en una de aquellas peceras acristaladas. Había sido épico.

Al llegar al final, se metió en uno de los vestuarios y se desnudó, dejando sus prendas en una de las taquillas. No cogió los preservativos que dejaban para los

clientes, pero sí se envolvió en el albornoz y, con el mismo paso cansino de antes, se dirigió al *jacuzzi*, que en aquel momento estaba vacío. Se metió y, con el agua caliente relajándole los músculos, dio un largo suspiro y cerró los ojos.

Con la cabeza apoyada en el borde, pensó en Luci; la Lucía humana, no la perra.

Habían comenzado a salir en el instituto y habían sido novios durante doce años. Ahora se daba cuenta de que habían empezado demasiado jóvenes como

para saber lo que realmente querían. Las relaciones que se forjan en el instituto

no suelen durar para siempre, aunque haya excepciones.

Después de doce años de relación, ya habían explorado todas las

posibilidades sexuales más convencionales para mantener viva la llama de la pasión. Geles, vibradores, *sexting*, lencería, esposas, roles, masajes eróticos...

pero para Lucía no había sido suficiente y un día le propuso ir a un local de intercambio de parejas. Un compañero suyo le había hablado de ese tipo de sitios; él iba con su mujer.

Sergio se lo pensó durante aproximadamente una semana y después aceptó.

Sentía curiosidad y Lucía le había dicho que simplemente mirarían, para ver si podría gustarles el tema o no. Fueron ese mismo sábado y mantuvieron sexo juntos en una orgía. Hacerlo en pareja, pero rodeados de gente, fue su primer paso para entrar en aquel mundo al que se volvieron adictos. Tardaron un mes en

repetir, luego empezaron a ir cada dos semanas y luego, cada sábado. A Lucía no

le importaba que se acostara con otras y sus encuentros sexuales privados entre

semana eran más pasionales, más ardientes. Sergio pensó que su relación se

estaba fortaleciendo. Leyó artículos sobre el amor libre, hizo muchos amigos que vivían el amor de la misma manera y durante varios meses se creyó la mentira.

Porque sí, todo resultó ser una gran mentira.

Su relación con Lucía no se estaba fortaleciendo, estaba haciendo aguas. Luis

Carlos, el compañero de trabajo que le había recomendado los locales *swinger*, se había convertido también en compañero habitual de sus experiencias; de

hecho, durante los primeros meses, había sido casi casi su guía en aquel mundo.

Se hicieron muy amigos y quedaban a cenar en pareja, con él y su mujer.

Practicaban sexo entre ellos también fuera de aquel tipo de locales.

Pero entonces Luis Carlos y su mujer se separaron y durante un tiempo sólo

jugaban juntos cuando se encontraban en el local al que solían ir. Después, de forma ocasional, quedaban con él y alguno de sus ligues, mujeres guapas y muy

liberales que mantuvieron en la inopia a Sergio. Porque sí, en aquella época estaba ciego, era lo único que explicaba que no se viera venir lo que sucedió.

Lucía se enamoró de Luis Carlos. Se buscaban en los locales *swinger*, hablaban durante horas y horas en el trabajo, cuando lo hacían en casa se las ingeniaban para que Sergio estuviera con la pareja de Luis Carlos y así poder estar juntos ellos dos... siempre juntos.

Si Sergio se había vuelto creyente del amor libre, Lucía se había convertido en adepta del poliamor. Amaba a dos personas y creía que podía tener la misma

relación con ambas, que todos, juntos, serían una... ¿pareja? feliz.

Sergio acabó dándole un ultimátum: o se olvidaba de Luis Carlos o de él.

Lucía no le hizo caso. Como siempre, creyó que podría ganárselo, convencerlo de que su idea era buena, hacerle ver el mundo como ella lo hacía.

Ya lo había logrado con los intercambios de pareja, ¿no? Al principio él se había

mostrado un poco reticente y después, metiéndolo poco a poco en el mundillo, lo

había convencido y en ese momento Sergio era el fan número uno del amor libre.

Podría convencerlo del poliamor.

Se equivocó y la situación le estalló en la cara cuando llevó a casa al pequeño cachorro que en un futuro inmediato pasaría a llamarse como ella.

Sergio, al ver a la perrita, creyó que era una ofrenda de paz, una forma de decirle que lo elegía a él. Habían pasado quince días desde que le diera el

ultimátum y, aunque a lo largo de aquellas dos semanas ella había intentado llevárselo a su terreno, al final había claudicado. O eso creyó él.

Sergio ya estaba acariciando a la perrita, pensando que sería como la hijita de ambos, cuando Lucía soltó la bomba. Quería que el animal fuera de los tres: unos días estaría con ellos y otros, con Luis Carlos. Ella se encargaría de cuidar

al animal en cada casa, pues se lo llevaría cuando se quedase a pasar la noche con Luis Carlos. Mientras, Sergio podría disfrutar de su tiempo como quisiera.

Tenía toda la libertad del mundo para «pasarlo bien».

¡Estaba loca! La pelea fue monumental y rompieron de forma definitiva

aquella misma noche. Para Sergio, ella ya había elegido, y no había sido cuestión

de elegir entre él y Luis Carlos, sino, más bien, entre dos ideas de concebir el amor. Él no podía aceptar que quisiera a otro como lo quería a él. ¿Desearlo? Por

supuesto. ¿Pasarlo bien con otros? Vale. Pero ¿quererlos a los dos por igual, llevar una vida de «pareja» los tres juntos? De momento quería poder pasar unas

noches con Luis Carlos, pero ¿quién le aseguraba que en un futuro no quisiera que vivieran todos juntos? Una familia feliz, con perrita incluida.

Tras la ruptura, anestesió su maltrecho corazón con el sexo, una opción que tenía muy a mano, pues conocía a mucha gente dispuesta a dar y recibir cariño y

pasión. Se prometió no volver a enamorarse, pero se permitió disfrutar, casi abusar, de los placeres de la vida.

Había sido feliz. Se había sentido pleno. No necesitaba el amor.

Y, de pronto, Eva le había dicho que lo quería... y él... Suspiró y se hundió en el agua, donde las burbujas del *jacuzzi* le acariciaron también la cabeza.

A él le gustaba mucho estar con ella, no quería perderla. Él... él...

¿No podían simplemente seguir como estaban hasta entonces? Estaban de maravilla.

Decidió darle una oportunidad a una de las ideas de Bianca: fingir que no había ocurrido nada. Así quizá todo seguiría igual y podrían continuar con aquella no relación en la que estaba tan cómodo.

Sí, era lo mejor, pues ¿qué otra opción tenía? ¿Alejarse de ella? ¿Romper toda relación sentimental con ella?

Ni en broma.

51

No vio a Eva durante los días siguientes porque estaba de viaje, pero sí que pudo

escuchar su voz gracias a las nuevas tecnologías. Había descubierto al poco de convertirse en su socio que ella solía responder a los mensajes de WhatsApp con

un mensaje de voz cuando tenía que dar explicaciones largas, pues le resultaba

mucho más fácil hablar que escribir. De hecho, tenía la habilidad de soltar párrafadas con datos bastante complicados mientras seguía tan tranquila

haciendo otra actividad, así que, sí, para Eva los mensajes de audio de

WhatsApp eran todo un aliado. Y para Sergio, los días que estaba sin ella, eran

casi una adicción. Le encantaba oír su aterciopelada voz a través de su teléfono,

y muchas veces escuchaba varias veces los mensajes sólo para disfrutar de su entonación y su tono.

Eva, en Alemania, recibió los mensajes de Sergio con bastante desilusión.

Fueron una docena a lo largo de los cuatro días que estuvo fuera y en ninguno mencionó nada de lo que había ocurrido. Absolutamente nada. Era como si para

él no hubiera pasado. Y vale que podrían haber guardado en un oscuro cajón el

«te quiero» que se le escapó, pero ¿también tenía que olvidar que a la primera de

cambio había ido a refugiarse en Inferno? Sabía perfectamente a qué había ido allí, sabía su método infalible de un clavo saca otro clavo. Entonces... ¿por qué

narices pretendía continuar su relación como si tal cosa? ¿No quería olvidarla?

Pues punto y final. Fuera. Todo finiquitado. Adiós. *Sayonara*.

Para ella, que saliera corriendo a Inferno había sido una traición. No podría perdonárselo nunca, pues, por mucho que no hubieran hablado de exclusividad ni aun después de la confusión con Joan, que él hubiera dado el paso de buscar a

otra después de todo aquel tiempo, y además por un «te quiero», lo cambiaba todo.

La gota que colmó el vaso de la paciencia de Eva fue que Sergio quisiera quedar con ella la noche de su regreso para «una cenita y un poco de sexo de reencuentro. Te he echado de menos».

¡«Te he echado de menos»! Qué cara más dura tenía el tío, ¿cómo le decía aquello después de haber huido como un cobarde a aquel local liberal?

Se inventó un resfriado terrible para escabullirse de aquel encuentro y así tuvo un día más de paz, pero la semana volvía a comenzar y no podía seguir huyendo de él salvo que faltara al trabajo, cosa que no iba a hacer ni loca. Su negocio era lo más importante.

Sergio se presentó en el gimnasio a la hora del descanso a mediodía, como solía hacer, para entrenar con ella y después comer juntos en la cantina del local.

Tras eso, acostumbraban a pasar la tarde juntos en la empresa.

—¿Qué tal el viaje? —se interesó él, lo que le canjeó una larga y

pormenorizada respuesta de todos los contactos que Eva había conseguido hacer

en la feria—. ¿Y cómo llevas ese resfriado? Te veo mucho mejor.

—Sí, hoy me he levantado como nueva. Se me debió de juntar el malestar con el cansancio.

—El próximo viaje, a las Seychelles.

—Eso, eso.

Intentó que la conversación fuera distendida, pues, aunque dejaran de ser amantes, no les quedaba otra que seguir manteniendo una relación cordial como

socios. Sin embargo, estaba claro que tendrían que hablar en algún momento sobre lo que había ocurrido, aunque, más que hablar, lo que Eva tenía en mente era zanjar su relación de forma tajante. ¿De qué serviría hablar sobre lo que ella

había dicho y lo que él había hecho? De nada. Sergio le echaría en cara que no se

habían prometido exclusividad, por lo que su enfado no estaba justificado, quizá

incluso le dijera que no debería haberse enamorado de él, pues ése había sido el

plan desde el principio.

Como si ella no lo supiera, como si pudiera haber hecho algo al respecto.

No. Lo mejor sería cortar su relación con él, sin explicaciones ni reproches, aunque quizá sí con alguna mentira.

El momento de hablar llegó más pronto que tarde, pues Sergio aprovechó que se habían quedado solos entrenando para acercarse a ella y pegar su entrepierna

a su culo en pompa. Eva se enderezó de golpe y se apartó de él a toda prisa.

—¿Te he asustado, rubia?

—Tenemos que hablar.

La expresión jocosa de Sergio se transformó al oír aquella fatídica frase que nunca presagiaba nada bueno.

—¿Va todo bien? —planteó con inseguridad.

—Lo cierto es que no. Bueno, sí. Depende de cómo lo mires.

—¿Y cómo tengo que mirarlo?

Ella tardó unos largos segundos en ser capaz de mirarlo a los ojos y afirmar:

—Creo que ha llegado el momento de que nuestra relación se limite al ámbito laboral.

—¿Al ámbito laboral? —Eso fue lo único que logró formular.

—Sí, somos socios ante todo.

—Si esto es por lo del otro día...

—¿Por la tontería que te dije? No, no tiene nada que ver, tranquilo. Me emocioné un poco después de ver cómo me defendías ante el señor Contreras y

dije cosas que no sentía, pero fue el subidón, ya sabes.

—Ya... ¿entonces?, ¿por qué ahora este cambio?

Eva inhaló profundamente y después soltó la mentira que llevaba días meditando, la mentira que lo simplificaría todo, la que la ayudaría a salir airosa

de aquella conversación.

—He empezado a salir con alguien.

—Ah, vaya... —Sergio sintió que le fallaban las piernas y se apoyó en actitud casual contra una de las máquinas que tenía a su espalda—. ¿Y ha sido así, de pronto?

—No, lo cierto es que es alguien a quien conozco de hace ya bastante tiempo y estamos que si sí, que si no desde hace unos cuantos meses. Es un compañero

de profesión, solemos coincidir en las ferias y tal.

—¿Que si sí, que si no? —repitió él la expresión.

—Sí, ya sabes, no ha ocurrido nada hasta ahora..., pero siempre ha habido tonteo. Un tira y afloja.

El alivio que sintió Sergio al saber que no se había estado acostando con aquel otro tío fue tan sólo una pequeña piedra que se levantaba de su pecho, aprisionado por una losa.

—Y... ¿vais en serio?

—Es pronto para decirlo, pero quiero darle una oportunidad y, para ser justa tanto contigo como con él, e incluso conmigo misma, creo que la mejor decisión

es ésta.

—Ya.

Sergio no encontraba las palabras. Quería decir que no, que aquello no podía ser, que no podían dejarlo entonces, que él no quería que estuviera con nadie más, que sentía haberle respondido con un «gracias» a su «te quiero», que quizá

no la amara, pero sí sentía algo especial por ella.

—Yo... —Se rio por no llorar—. Lo siento, es que... menudo giro ha dado la cosa. ¿El otro día me dijiste que me querías y ahora esto?

—Ya te he dicho que fue una tontería. La emoción del momento.

—Ya.

Parecía tan segura de lo que decía, tan firme en sus palabras... Si hubiera atisbado un poco de duda, un poco de indecisión..., pero no veía ningún

resquicio al que aferrarse, quizá sólo un poco de pena.

Eva, por su parte, sabía que debía mantenerse en su sitio, no ceder ni un ápice, no dejar que la carita que Sergio estaba poniendo le ablandara el corazón.

Él no la quería, no lo haría en un futuro si no lo había hecho ya. La expresión que tenía era la que pondría cualquier niño si le quitasen un juguete, no era otra

cosa, no era un sentimiento más profundo. Él no lucharía por su relación, pasaría

página pronto. Sería ella la que tendría que sobreponerse al dolor de perderlo e

iba a ser más duro de lo que había pensado en un primer momento, pues verlo

con esa expresión de desconcierto y pérdida ya la estaba matando. Pero aquello

le dio más fuerzas para mantenerse firme, pues le confirmó lo que ya sabía: que

Sergio se había metido bajo su piel y tenía que sacarlo como fuera antes de que

aquella «enfermedad» se extendiera a todo su cuerpo.

—Sabíamos que este momento llegaría —dijo—. Ha sido muy divertido, ¿no te parece? Nos lo hemos pasado bien.

—Sí, desde luego.

Sergio no sabía qué más hacer o decir, y ella tampoco le dio mucho margen

para poder aclarar sus confusos pensamientos, dando por concluido su

entrenamiento y dirigiéndose a los vestuarios, donde se dio una ducha más larga

de lo normal y salió con el tiempo justo para comer rápidamente antes de tener que volver a la oficina. Durante los escasos minutos que dedicaron a comer, Sergio, que todavía seguía un poco perdido, sólo logró decir:

—Si tú y tu amigo tuvierais cualquier problema...

Lo dejó ahí, suspendido, sintiéndose estúpido por haber sido lo único que se le ocurrió decir. Ella no quiso saber a qué se refería, ¿a que podría hablar con él si tenía algún problema o a que podría acudir a él para buscar consuelo físico, a que podrían reanudar su relación si algo fallaba con su nuevo «novio»? No, no quería saber con qué intención lo había dicho y, de hecho, se sintió bastante molesta por el comentario, pues su cerebro se decantó por la segunda opción y le repateó pensar que a él no le importaría ser segundo plato. Aunque, ¿qué esperaba? ¿Que a él le molestara que lo dejara por otro? ¡Ja, ja, ja! Sólo lo había

pillado un poco desprevenido, pero estaba claro que esa misma noche, o a más tardar el siguiente fin de semana, le habría encontrado sustituta.

52

Había pasado una semana y Eva sabía que Sergio estaba indagando sobre su pretendiente. Parecía no terminar de creerse que estuviera con alguien, y lo cierto es que Eva no había hecho nada por fingir que había empezado una relación con alguien. No había creído que fuera necesario, pues había dado por

hecho que Sergio se olvidaría de ella rápidamente cuando le dijera que había conocido a alguien. ¿No había sido aquél el plan desde el principio?

Divertirse

juntos hasta que cualquiera de los dos decidiera poner punto y final a la relación.

Además, le estaba dando la excusa perfecta para alejarse de ella después de su traicionero «te quiero». ¿Por qué no la aprovechaba? Había salido por patas hacia Inferno, pues que saliera también corriendo de su vida sentimental.

Pero no, en la boda de Vanesa se puso bastante pesadito haciéndole preguntas.

Los habían puesto en la misma mesa y él hizo todo lo que pudo para sentarse a su lado, por lo que no le quedó más remedio que darle conversación, aunque fuera un auténtico suplicio e intentara mirarlo lo menos posible.

—¿Y no te has traído a tu amigo?

—No.

—¿Y eso?

—¿Con tan sólo una semana de antelación añadir a un invitado? ¡Cómo se nota que no has organizado ninguna boda!

—Estoy medio organizando la de Carla, así que...

—¿En serio? —Aquello atrajo su interés de verdad.

—Ajá. Me manda mensajes de audio interminables con todo lo que está preparando.

—Pero la está organizando ella, no tú.

—¡Aguantarla también tiene mérito!

Eva puso los ojos en blanco ante la cara que puso Sergio.

—¿Y te llevarás a tu amigo a la boda de Carla y Álex?

—¿Por qué lo llamas «tu amigo»?

—¿Prefieres que lo llame «tu novio»?

—Llámalo como quieras, pero sin ese tonillo.

—¿Qué tonillo?

—Pues el que usas cada vez que dices «tu amigo», como si lo dijeras riéndote de mí o de él.

—¿Y por qué iba yo a reírme de ninguno de los dos? Son imaginaciones tuyas. Lo que pasa es que no sé su nombre.

Aguardó para ver si ella contestaba, pero Eva se entretuvo con los canapés vegetales que habían puesto en la mesa expresamente para ella por su dieta vegetariana.

—¿No tiene nombre tu hombre?

—Tu hombre —repitió ella horrorizada por el apelativo.

—Si alguien no es «tu hombre», quizá no merezca la pena.

—Miguel —replicó ella, queriendo cortar el tono cargado de promesas que había usado Sergio—. Se llama Miguel.

—¿Y llevarás a Miguel a la boda de Carla y Álex?

—No voy a ir a esa boda.

—¿Cómo que no?

—No estoy invitada. No sé ni cuándo es.

—Pues dentro de un mes.

—Qué rápido lo han montado todo, ¿no? Hoy en día suelen avisarlo con incluso un año de antelación.

—¿Irás si te invitan?

—No creo.

—¿Por qué?

—No son amigos míos.

—Claro que sí, ¡competiste en «Ninja Warrior» con ellos! Fuiste testigo de su pedida de mano y te emocionaste como una cría.

—No sé. De todas formas, no me han invitado, así que... dilema resuelto.

—Pero ¿irías si te invitaran?

Para su respuesta, que fue otra pregunta, Eva se giró y lo miró a la cara.

—¿Podría llevarme a Miguel?

Se sintió triunfal al notar que su tono retador había conseguido achantar un poco el tono jocosos-exigente con el que Sergio preguntaba.

—Puedes llevar como acompañante a quien tú quieras.

—Pues eso haré.

Sus insistentes preguntas durante el convite no fueron nada en comparación con lo que ocurrió durante el baile. Ninguno de ellos se animó a bailar en un principio, pero los trabajadores acabaron arrastrando a Eva a la pista y ella acabó

por soltarse. En cuanto se aseguraron de que no saldría corriendo, fueron en

busca de Sergio y lo obligaron también a salir, aunque lo cierto es que tampoco

tuvieron que insistirle mucho, pues, si le daban la oportunidad de bailar con Eva,

no iba a dejarla pasar.

Tanto Sergio como Eva se habían moderado bastante bebiendo, tanto porque no eran de mucho levantar el codo como porque sabían que una boda, con sus trabajadores, no era el mejor lugar para perder la compostura. Pero casi todos sus

empleados iban un poco pasados de rosca y se habían dejado la vergüenza en casa. Sergio pagaría por olvidar cómo uno de sus empleados masculinos le pegó

el culo a la entrepierna en un bromista intento de reguetón que arrancó carcajadas entre el resto de congregados.

Por suerte, los novios no parecían haber bebido tanto y, cuando se presentaron a su lado y les pidieron un baile, Vanesa a Sergio y su marido a Eva, la cordura

volvió durante unos minutos a su trozo de pista de baile.

Sergio le dio la enhorabuena a la novia durante el baile y alabó tanto la ceremonia como el convite y la celebración. Ella le dio las gracias con una sincera sonrisa, pese a que probablemente ya había oído lo mismo más de una vez durante lo que llevaban de día.

No podía dejar de lanzarle miradas a Eva, que seguía hablando con el novio, muy sonriente. Se le encogió el corazón al darse cuenta de que quizá ella no volvería a sonreírle así nunca.

—Eva está muy guapa hoy —comentó Vanesa tras comprobar qué era lo que atraía la mirada de Sergio.

—Sí, aunque sin duda la más guapa de aquí eres tú.

—Qué galán. —Después, al ver que sus ojos seguían volando hacia su jefa, Vanesa preguntó—: ¿Quieres bailar con ella?

—¿Tan mal bailarín soy que quieres deshacerte de mí? —bromeó él, quitándole importancia.

—Deja de disimular. No se lo diré a nadie y lo que pasa en las bodas, se queda en las bodas. ¿Quieres bailar con ella o no? Uno pegadito.

—Si insistes...

—Claro que sí. ¡Julián! —Llamó a su pareja al pasar cerca de ellos en el ir y venir de su danza—. Ven un momento, que tengo que decirte una cosa. Sergio, ¿me mantienes a Eva en la pista? Será sólo un minuto.

—Por supuesto.

Se apresuró a coger a Eva entre sus brazos para que ésta no tuviera tiempo de escapar. Sintió cómo todo su cuerpo reaccionaba al tenerla cerca. Inhaló profundamente, aunque ya sabía a la perfección que llevaba el perfume que Enrique y él le habían regalado, ese que tanto le gustaba.

—¿Lo estás pasando bien? —preguntó ella por darle conversación, pues se sentía un poco incómoda sin ni siquiera saber dónde mirar, puesto que prácticamente todo lo que veía era su amplio pecho o sus ojos, que la observaban

atentos.

—Sí. ¿Y tú?

—También.

—Tu empresa es como una pequeña gran familia.

—Nuestra empresa —corrigió ella.

—Nuestra empresa —concedió Sergio, y aprovechó para pegarla más a su pecho.

—Todos nos miran.

Al atisbar a su alrededor, Sergio se dio cuenta de que tenía razón, aunque por «todos» se refería a sus trabajadores.

—Somos papá y mamá bailando. Deja que los niños miren.

Aquello consiguió hacerla reír y que se relajara. Se recostó contra su pecho, cabeza incluida, y dejó que él marcara el ritmo del baile. Soltó un largo suspiro

cuando la mano de Sergio le acarició la espalda desde la nuca hasta la base, sin

atreverse a llegar más allá tanto por el público que tenían como porque su nueva

situación sentimental no se lo permitía.

—Te echo de menos —susurró él.

—Yo también —admitió Eva sin mirarlo.

—Te necesito.

Ella se apartó un poco para mirarlo a los ojos. «¿Dónde me necesitas?, ¿en tu cama?»

—No digas eso.

—Es lo que siento —afirmó él.

—Esto no puede ser. —Hizo amago de apartarse, pero él, que la tenía entre sus brazos, no la dejó.

—Quédate, por favor.

—¿No te das cuenta, Sergio?

—¿De qué?

—De que hemos llegado demasiado lejos.

—Nada que siente tan bien puede ser «demasiado».

¡Por supuesto que puede ser demasiado! Eva comenzaba a enfadarse, porque no le parecía justo lo que Sergio estaba haciendo, diciéndole todas aquellas cosas

después de haber ido a borrar su «te quiero» en brazos de otra a Inferno.

—Te dije que te quería, Sergio.

Lo soltó con dolor en el corazón por volver a exponerse de esa forma. Por un lado, quería terminar de alejarlo de ella, que aquél fuera el argumento irrefutable

por el que debían separarse. Habían llegado demasiado lejos (sí, demasiado) porque ella se había enamorado de él. Ambos lo sabían, se lo había confesado,

pero, por si no le valía con haberlo oído una vez, se lo volvía a decir.

Sin embargo, otra parte de ella, y además preocupantemente grande, esperaba que aquellas palabras sirvieran de segunda oportunidad y en esa ocasión él supiera responderle.

Los segundos que Sergio tardó en contestar se hicieron eternos.

—Lo sé. Para mí también eres muy especial.

Eva sintió que las lágrimas acudían a sus ojos de pura rabia. Sólo había una manera de contestar de forma adecuada a un «te quiero». ¡Joder! Sólo una. Y la

de Sergio no había sido la adecuada, ni entonces ni en ese momento.

Se olvidó de quién había a su alrededor, de que aquel lugar era el peor para discutir y, tirando bruscamente, lo obligó a soltarla antes de espetarle:

—Te fuiste corriendo a Inferno después de que te dijera que te quería.

—¿Qué? ¡No!

—Ah, ¿no?

—Bueno sí, pero no pasó nada.

—Ya.

—En serio. Te lo prometo.

—Pues no me prometas nada, porque no te creo.

—¡Pero te digo la verdad!

—Ya, igual que me has dicho la verdad al decirme que no habías ido a

Inferno.

—Eso ha sido sólo un impulso, no me ha dado tiempo a pensarlo, pero te juro por lo que más quieras que no ocurrió nada. No toqué a nadie, te lo prometo.

Eva lo miró fijamente durante unos segundos, debatiéndose entre si creerlo o no. Al final, la balanza se decantó por el no y se dio la vuelta para marcharse, pero él la retuvo sujetándola por el brazo.

—Éste no es el sitio —susurró ella, que con el breve giro que había dado le había bastado para ver que los ojos de todos sus trabajadores estaban fijos en ellos.

—Vamos fuera, entonces.

Eva volvió a hacer amago de alejarse de él y en aquella ocasión Sergio la dejó, aunque la siguió de cerca. Cuando salieron al amplio recibidor donde habían empezado con el picoteo previo al convite, Sergio insistió.

—Tienes que creerme.

—¿Por qué?

—Porque te estoy diciendo la verdad.

—Ya, vas a Inferno para... ¿qué?, ¿tomarte una copa? Claro, porque es el único bar que había en kilómetros a la redonda. ¡Estábamos en la otra punta de Barcelona, Sergio!

—Puede que inconscientemente eligiera ese local en concreto por eso — admitió él—, pero cuando llegué allí no hice nada, ¿de acuerdo?

—¿Ninguna tía te gustó?

—Ahora mismo sólo me interesas tú.

Dio un paso hacia ella, pero Eva retrocedió la misma distancia a la vez que negaba con la cabeza y se abrazaba a sí misma.

Aquel gesto, el que no lo dejara ni acercarse, le dolió en lo más hondo y Sergio preguntó con tono derrotado:

—¿Qué puedo hacer para que me creas, Eva?

Ella se paseó a un lado y a otro, todavía con aquel tic de negación en el cuello. Al final, se paró frente a él y, mirándolo a los ojos, interrogó:

—¿Tú me quieres?

—Ya te he dicho que eres muy especial para mí.

—¿¡Me quieres o no!?! —Su voz resonó en la enorme sala.

—¿«Te quiero» es la única respuesta posible? —gritó él también, exasperado

—. ¿Lo único que darás por bueno? ¡Prácticamente me estás obligando a decírtelo! ¿Te parece normal? Y lo mejor es que, seguro que si te lo digo, no me

creerás porque, ¡sorpresa!, me has obligado a decírtelo.

—Eso es un no.

—¿Ves? ¡¿Ves?! ¡Sólo oyes lo que te interesa!

—Adiós, Sergio.

—¡Pues adiós!

En cuanto la perdió de vista, Sergio empezó a soltar tacos y exabruptos por esa boca suya que se había negado a formular un «te quiero».

—¡Mierda! ¡Joder! ¡Ahhhhh!

¿No podía conformarse ella con lo que tenían? Era perfecto tal y como estaba,

¿por qué exigir más? Vale que Eva se había arriesgado al formular aquel «te quiero» y no había recibido la respuesta que deseaba, pero no podía obligarlo a

decirlo, ni a sentirlo. ¡Joder! Ni siquiera quería darle un tiempo, quería su «te quiero» de vuelta ya. Aquí y ahora. Porque ella le hubiera dicho que lo quería, él

no estaba obligado a decírselo también. Los dos miembros de una pareja pueden ir a distintos ritmos y no pasa nada; incluso suele haber en la pareja alguien que

quiere más que el otro y tampoco es una tragedia siempre que los dos estén contentos con lo que tienen, con lo que sienten, con la relación.

¡Joder! De verdad que sentía algo especial por ella, pero a Eva eso no le valía.

Quería amor, con todas las letras. Y no un amor como el que él le daba, sino como el de las películas, uno en el que se entrega el corazón envuelto en papel de regalo. ¡Coño! Él no quería eso, no quería volver a darle su corazón a nadie.

Se había prometido no volver a entregarse a nadie al completo, porque era la única forma de sentirse seguro, con el control de la situación.

Quería ser la parte de la pareja que quisiese menos. No mucho, sólo un poco.

Lo justo para no acabar en las profundidades si el barco se hundía.

En su relación con Lucía, siempre había sido él el más entregado. En el instituto había tenido que perseguirla y conquistarla poco a poco; seis meses había tardado en conseguir que saliera con él. Cuando rompieron durante el primer año de los cursos preparatorios para la universidad, había sido él

quien había vuelto a unir la pareja. Él, siempre él, a lo largo de toda su relación. El que cedía, el que negociaba, el que insistía. Incluso le dio otra oportunidad cuando ella le confesó estar enamorada de Luis Carlos. No importaba, se había dicho, esas cosas pasan. Encapricharse de otra persona podía ser normal a esas alturas

de su relación... No había sido hasta que Lucía había cruzado por completo la línea roja del poliamor que Sergio se había dado cuenta de que no valía la pena

poner ni un poco de esfuerzo más en aquella historia.

¿No podía darle Eva un respiro, permitirle que fuera el que se deja llevar en la

relación, el último en decir «te quiero», el que se siente seguro pensando que, en

caso de que algo falle, no acabará con el corazón hecho trizas?

53

Eva cruzó el parking del recinto de celebraciones como si quisiera agujerear el

suelo con sus tacones. Cuando llegó a su coche y se metió dentro, se dio cuenta

del dolor de cuello que tenía por ir tan firme y tensa. La conversación, o más bien discusión, la había alterado mucho y empezó a insultarlo en cuanto se hubo

encerrado dentro del vehículo.

Sin embargo, cuando se quedó sin energías para seguir soltando improperios contra él, se sintió culpable. ¿Qué había intentado hacer? ¿Obligar a Sergio a que

le dijera que la quería? No se reconocía detrás de aquella exigencia y debía

admitir que él tenía razón: si hubiera logrado que le dijera «yo también te quiero», no habría creído sus palabras, pues las habría dicho coaccionado.

Mierda, mierda, mierda. ¿Por qué había reaccionado así? Ella no le había confesado que lo quería para que él se lo dijera también. Claro que tampoco había planeado el momento en que aquellas dichas palabras escaparon de su boca; de hecho, ni tan siquiera había sabido que realmente las sentía hasta que, al

soltarlas, se dio cuenta de que no podía retirarlas porque eran verdad.

¿Qué quería entonces de él? Le había dicho que era muy especial... ¿no era suficiente? Sí, quizá podría haberlo sido... si Sergio no hubiera ido a Inferno. Eso lo había sentenciado, por mucho que afirmara que no había hecho nada allí. No

lo creía cuando decía que no se había acostado con nadie y, en caso de creerlo,

¿por qué no lo habría hecho? Seguro que porque no se había cruzado con la mujer adecuada. De haberse topado allí con un bombonazo, estaba convencida de que le habría dado exactamente igual lo especial que ella pudiera ser.

Echó la cabeza hacia atrás, apoyándola en el reposacabezas. Estaba llorando y se limpió las lágrimas que humedecían sus mejillas. Miró hacia el edificio donde

se celebraba la boda y sintió una oquedad en el pecho al percatarse de que él no la había seguido. No había ni rastro de Sergio en el aparcamiento y recordó el furioso «pues adiós» con el que la había despedido.

Si la quisiera, habría ido tras ella.

—Cállate —le dijo a esa vocecita cruel y retorcida de su cabeza—. Si te hubiera seguido, le habrías pedido que te dejara sola.

Y sabía que tenía razón, pero aun así...

—Estoy jodida —murmuró al fin, apoyando las manos y la cabeza en el volante.

Lo había estado desde el momento en el que Sergio apareció en su empresa, desvelando quién era quién y llevando su relación de un plano abstracto y alejado de la realidad en el que podían desaparecer de la vida del otro como si

nada a uno donde ambos eran personas reales, con vidas y trabajos relacionados.

El problema había aumentado de forma exponencial cuando él compró su parte de la compañía, no por las complicaciones que Eva había previsto en un principio, sino precisamente por justo lo contrario: Sergio era el socio perfecto.

No le valía con ser el mejor amante que había tenido, con ser un hombre estupendo, con estar bueno... No. Encima tenía que ser la pieza que le faltaba a Eva para desarrollarse en plenitud como empresaria.

El corazón de Eva estuvo perdido desde el instante en el que Sergio le reveló que no llegaba al negocio para imponer su voluntad, sino para trabajar codo con codo con ella.

Miró, ahora con pena, hacia el salón de celebraciones. ¿Por qué el hombre de sus sueños tenía que ser alguien que no creía en el amor, que no quería comprometerse? Él había sido muy claro durante toda su relación: aquello era sólo un entretenimiento, nada de amor, por mucho que le gustara desdibujar los límites de lo que era amistad, amor y sexo.

¿Y qué debía hacer ella entonces? Tomar distancia, pues sabía que todavía podía salvar algo de su corazón. Si se conformaba con ser alguien especial para

Sergio, si disfrutaba de una semana, un mes, medio año más con él, siendo más que amigos, pero menos que una pareja, sabía que sería maravilloso y acabaría

más enamorada de él todavía. Y entonces llegaría el momento en el que otra atrajera su atención, o quizá sería ella la que se hartase de no recibir de él lo que realmente quería... y entonces sí que no habría nada que salvar de su corazón.

Mejor dejarlo de inmediato, cuando todavía estaba a tiempo. Él no parecía muy dispuesto a dejarla ir, pero lo suyo era sólo un encaprichamiento, un sentimiento especial que con un par de semanas de por medio desaparecería.

Pero lo que Eva sentía era mucho más fuerte y, aunque ya era tarde para evitar enamorarse, sabía que cada día que pasase junto a Sergio sería peor. Cada segundo, cada cita, sería darle un trozo más de su corazón.

Debía alejarlo ya, como fuera.

Puesto que él no sabía que Miguel no existía, la semana siguiente hizo todo lo posible para demostrarle que sí que había alguien más. Leía con una sonrisa mensajes en su móvil que realmente no existían, se escabullía con el teléfono en

la mano al baño después de haber saludado «hola, Miguel», e incluso contrató a

un actor para que fuera a recogerla a la oficina un miércoles, cuando sabía que

Sergio iba a estar.

Sí, un actor que cobraba por horas y hacía el papel que tú quisieras: pareja en un evento, familiar en una boda, doliente en un entierro... Eva sólo sabía de la existencia de aquel tipo de servicio por la tele. Hacía unos meses, quizá en verano, cuando los telediarios andaban escasos de noticias de verdad, oyó que ese tipo de negocios estaba proliferando en España; también recordaba que el presentador había dicho que en países como Japón la cosa iba mucho más allá y

se podían contratar amigos por horas: gente con la que tomar un café y con la que charlar tranquilamente.

Lo cierto es que Carlos (así se llamaba el falso Miguel) fue buena gente, pues, después de recogerla en moto en la oficina, la llevó a una cafetería donde tomaron algo. Eva sospechó que quería ligar con ella, pues lo del café no iba incluido en la tarifa que había pagado, pero, en cuanto Carlos se dio cuenta de que ella no estaba interesada, muy educadamente dejó de insistir y, al poco, deseándole lo mejor con su «situación» (así lo describió él), se marchó y la dejó en la cafetería, pensando y sintiéndose muy sola.

El teatrillo con el Miguel de mentira hizo su efecto y Sergio, que había intentado hablar con ella varias veces en los días anteriores, se distanció.

De nuevo, la vocecilla malintencionada de su cabeza le dijo que si no luchaba por ella era porque no la quería, porque ya estaba pasando página... Eva la acalló

entre lágrimas y un profundo sentimiento de soledad.

Aunque, antes de terminar del todo su relación sentimental con Sergio, había algo más que tenía que hacer y que forzaría con toda seguridad un choque entre

ellos.

—He recibido un ingreso tuyo en mi cuenta, ¿qué es? —le preguntó él una de las tardes que fue a la oficina.

—Lo que te debía.

—Hablo del ingreso grande que me has realizado.

—Sí, sí, lo sé.

Eva siguió tecleando en su ordenador a toda velocidad, como si estuviera muy concentrada. Ojalá pudiera evitar esa conversación, aunque sabía que Sergio no

lo dejaría correr. La transferencia que le había hecho no era de las que se pueden

pasar por alto.

—¿Qué se supone que me has devuelto? Refréscame la memoria, porque no recuerdo haberte dejado esa cantidad de dinero, ni que me la deba la empresa por ninguna gestión.

—Pedí que tasaran la empresa y es el precio de las acciones que me diste.

No quiso mirarlo al decir aquello y siguió tecleando en el ordenador como si en verdad le fuera la vida en los datos que estaba metiendo, o como si lo que acabara de decir no fuera importante.

Los segundos de silencio que siguieron a su afirmación fueron densos y pesados.

—Eso fue un regalo —consiguió formular Sergio al fin.

—Ya —entonces sí lo miró, para asegurarse de que él comprendía que hablaba muy en serio—, pero necesito pagártelo de alguna forma, para que estemos realmente en paz.

—Yo ya estaba en paz antes —afirmó él con dientes apretados—. Fue un regalo y los regalos no se devuelven ni se pagan.

—Por favor, Sergio. Lo necesito.

—¿Qué exactamente? ¿Qué necesitas? —preguntó con voz más furiosa de lo que hubiese deseado—. El dinero no, visto lo visto. Ni los regalos que te hace un amigo.

—No quiero deberte nada.

Se podía notar su tensión en la mandíbula y en la vena que palpitaba en su frente; también en cómo abría y cerraba la mano de forma mecánica.

Eva se preparó para su réplica y para la lucha que iba a haber entre ellos. Le había dado muchas vueltas a aquella conversación y sabía lo que él le diría a continuación: «No quiero el dinero, te lo voy a devolver», y ella le contestaría que haría el ingreso cuantas veces fuera preciso.

Sin embargo, Sergio la sorprendió al mirarla en silencio durante casi medio minuto y después, sin mediar palabra, darse la vuelta y marcharse sin despedirse.

Durante la semana siguiente, Eva esperó a que cualquier día le llegase un ingreso igual al que ella había realizado, pero nada. Sergio se había dado por vencido sin apenas presentar batalla y, en aquella ocasión, la vocecilla hiriente de su cabeza no hizo comentario alguno, pues de verdad que se sentía

agradecida

por poder pagarle las acciones. Ya se lo había dicho en su día: que él quisiera vendérselas era regalo más que suficiente.

Lo que sí le llegó a finales de esa semana fue la invitación a la boda de Álex y Carla. Sólo faltaban unas semanas, por lo que sospechó que la mano de Sergio estaba detrás de aquello. ¿De verdad pensaba que iba a ir? Ella tenía claro que

no. Aun así, se tomó unos días para pensar en el mensaje que iba a escribirle a Carla diciéndole que no podía ir. Ella no tardó en contestarle con varios iconos

de caritas tristes, pero ningún reproche. Además, añadió:

El día siguiente a la boda, domingo, vamos a pasar por Barcelona y hacer noche allí. Salimos del Aeropuerto del Prat a nuestra luna de miel. Esa noche se emite el programa de «Ninja Warrior» en el que salimos. Hemos pensado en verlo juntos, ¿te apuntas?

No podía negarse a aquello, aunque sabía que ese plural incluiría seguro a Sergio y que sería una reunión de amigos en la que no podría mantenerse a distancia de él tan fácilmente como lo hacía en el trabajo, donde podía escudarse en sus empleados, en documentos que tenía que revisar, en llamadas telefónicas

que debía realizar.

Veía muy poco la tele, pero Carla se encargó por WhatsApp de que visionara los anuncios de «Ninja Warrior» que estaban emitiendo. Iban a salir en el primer

programa, por lo que había mucha expectación, y en el nuevo anuncio, que

duraba sus buenos veinte segundos, sí se distinguía con facilidad a Eva, y también a Sergio, tanto que en la oficina no tardaron en empezar a hablar de ellos. Incluso a Eva le escribieron y llamaron varias personas, preguntándole si

era ella la que salía por la tele. Como no le había contado a casi nadie su participación en «Ninja Warrior», todos estaban muy sorprendidos.

Al fin llegó el gran día y no podía negar que estaba bastante nerviosa por verse al fin en la tele, y tampoco ayudaba a calmar sus nervios el hecho de que volviera a ir a casa de Sergio después de tanto tiempo.

Fue él quien la recibió en la puerta. Iba muy guapo y, cuando se saludaron con dos besos, su olfato no perdió detalle de lo bien que olía. *Luci* también salió a su encuentro, ladrando y poniéndose a dos patas para llamar su atención, casi como si fuera un bebé que quiere que lo cojan en brazos.

—Hola, guapa —saludó tras agacharse. La perrita respondió a sus caricias con entusiasmo—. Ay, ¡qué loca! ¡Qué loca estááá!

Sergio miró con cierta envidia cómo la perrita se ponía patas arriba y, a cambio, recibía unas caricias en la barriga. Quién fuera perro.

—He traído el postre —anunció Eva al ponerse en pie.

—No hacía falta que te molestaras, pero gracias. Pasa y saluda. Carla y Álex están en el salón.

—¡Enhorabuena a los dos! —fue lo primero que dijo al verlos—. ¡Qué guapos os veo! Os sienta bien el matrimonio.

—Creo que es la perspectiva de dos semanas de luna de miel —dijo Carla.

—¡Y la emoción de salir hoy en «Ninja Warrior»! ¿No estás nerviosa?

—Un poco —admitió ella.

—¿Sólo un poco? Estos dos están que parecen niños a los que no se les ha dejado salir de casa en una semana —se rio Carla.

—¡Mira quién fue a hablar!

En lugar de una cena formal, habían preparado un aperitivo fuerte que

podrían tomar frente a la tele mientras disfrutaban del programa. Lo habían dispuesto todo delante del televisor, en la mesa baja junto a los sofás, y Eva apreció que habían preparado varios canapés para ella, sin ningún tipo de carne.

Lo siguiente que notó la dejó paralizada durante varios segundos. Acababa de

sentarse en el sillón cuando, al mirar hacia la tele, sus ojos se fijaron en algo que había más arriba, un cuadro muy especial que presidía la pared. Era el único objeto que decoraba esa zona del comedor y era... EL CUADRO... así, en

mayúsculas.

Miró a Sergio, que la observaba fijamente desde el sillón de enfrente, al otro

lado de la mesa.

Volvió a mirar el cuadro, o al menos la mitad del lienzo que le había

correspondido a él tras la sesión de sexo embadurnados en pintura. Lo había puesto en un bastidor y colgado de la pared, como había dicho que haría, y además no en cualquier pared, sino en la del salón, presidiendo la estancia a la

vista de todos.

—¿Estás bien? —le preguntó Carla con curiosidad al verla parada.

—Sí, sí, sólo estaba... —Miró una vez más el cuadro—. Nada.

—Anda, es verdad. El cuadro es nuevo, ¿no? —intervino la otra, que había seguido su mirada—. ¿Qué representa?

Cuatro pares de ojos se centraron en el lienzo y Eva sintió que enrojecía.

¿Qué representaba aquel caos de colores? Sexo, pasión, deseo, lujuria.

—Es un nuevo tipo de arte —dijo Sergio, mirando a Eva—. Un arte... erótico.

—¿Y qué tiene de erótico, exactamente? —inquirió Carla, ajena al intercambio de miradas—. La verdad es que no soy muy fan del arte abstracto, para mí podría hacerlo un niño.

—Pues creo que este arte abstracto en concreto te va a gustar, porque lo hacen dos personas juntas al embadurnarse en pintura y hacer el amor sobre el lienzo.

—¿Cómo? —Carla no daba crédito a lo que oía.

—Eso —Sergio señaló el cuadro— son dos personas haciendo el amor.

—¡Oye, pues ahora me gusta más! —respondió ella, mirando de forma apreciativa el cuadro—. Aunque lo interesante de verdad sería hacerlo tú mismo,

¿no?

Eva y Sergio se miraron.

—Creo que venden *kits* para eso —soltó él simplemente.

—¿En serio? ¡Pues vamos a tener que probarlo! —exclamó Carla, dándole un codazo a Álex.

—¡Ya empieza! —gritó éste, señalando la tele, y así la atención al fin se desvió del cuadro, para alivio de Eva.

Pasaron una noche muy entretenida, pues, aunque habían estado en el rodaje del programa, era totalmente distinto verlo en la televisión. Todo era más rápido,

más ameno, y lo cierto es que no se acordaban de quién había fallado dónde ni cómo lo había hecho fulanito o menganito, así que era como verlo de cero.

Incluso había frases de sus intervenciones que no recordaban haber dicho, expresiones de la cara que no sabían que habían hecho y comentarios de los presentadores que ni siquiera habían oído. Fue emocionante y embarazoso a la vez. Era la primera vez que alguno de los cuatro salía por la tele.

Carla lloró como una magdalena al revivir el momento de la pedida de mano y lo cierto es que era imposible no emocionarse al verlo, y más sabiendo que ya

estaban casados.

Tras su primera aparición en el programa, tuvieron un descanso bastante largo hasta que volvieron a salir para la segunda parte de la competición. Mientras tanto, seguían atentos a lo que hacían sus compañeros, pero de manera mucho más relajada y hablando de forma distendida entre ellos.

No fue hasta que terminó por completo la emisión que Carla decidió soltar una noticia bomba que tenía.

—Por cierto, Eva, mañana te vienes con nosotros.

—¿Necesitáis que os lleve al aeropuerto?

—Eso y que te vengas con nosotros. Literalmente.

—¿CÓ...cómo? No entiendo.

—Ya imagino. Como no quisiste venir a la boda, te perdiste el sorteo.

Eva los miró a los tres alternativamente, intentando buscar una respuesta en cualquiera de ellos.

—Sigo sin entender nada.

—La agencia de viajes que nos organizó la luna de miel —contó Carla— nos hizo un regalo para que hiciéramos un sorteo en nuestra boda y te tocó a ti.

—¿El qué?

—Hacer con nosotros la primera parte de nuestra luna de miel.

Eva parpadeó de forma repetida, intentando asimilar la información. Buscó en sus rostros una risa, cualquier gesto que le pudiera indicar que aquello era una broma, pero no lo parecía.

—¿Va en serio?

—Al ciento por ciento. Tu número para el sorteo figuraba en la invitación de boda, aunque igual no te diste cuenta porque estaba escrito en letras bonitas y sin

poner nada, para que fuera una sorpresa.

—Pero... ¿por qué ese regalo? Habría sido mejor que os añadieran unos días a la luna de miel.

—Lo sé —contestó Carla con tono resignado—, pero no hubo forma de convencerlos. Era la promoción que tenían y al menos conseguimos amañar un

poco el sorteo y meter sólo a la gente con la que nos gustaría viajar. ¿Te imaginas que le hubiera tocado a mi tío? —le preguntó a Álex, riéndose con la idea.

—Pero... yo... ¿por qué no Sergio? Podríais haberle dado mi billete a él. Yo ni siquiera fui a la boda —añadió con un hilo de voz.

—No negaré que lo pensamos —admitió Carla—, pero Sergio no quiso.

Eva miró al susodicho con el corazón encogido y éste respondió a su pregunta no formulada.

—Creo que te vendrán bien unas vacaciones, aunque sean cortas.

—Pero... ¿y la empresa?

—Lo he preparado todo, no tienes que preocuparte de nada. Todos saben que vas a estar unos días fuera e incluso me ayudaron con la información que necesitábamos para los billetes.

—Pero... pero... —Miró a Álex y Carla—. ¿En serio queréis que vaya con vosotros?

—Por supuesto; si no, no te lo habríamos dicho.

—Yo... no... no me lo puedo creer. ¿En serio?

—¡Que sí! Ahora sólo tienes que preocuparte por hacer la maleta, de eso no he podido encargarme —dijo Sergio.

—Pero... pero...

—El pero es el macho de la pera y le vas a desgastar el nombre. ¡Te vienes

con nosotros, asúmelo! —exclamó Álex.

—Pero...

Eva no terminó de creérselo en toda la noche. No tardó en irse, alentada por todos para que hiciera las maletas e intentara dormir unas horas antes de salir. Lo

harían temprano, a eso de las ocho. En su trayecto de regreso a casa, le escribió

varios mensajes a Carla preguntándole si de verdad estaba ocurriendo aquello y,

cuando ella se lo hubo confirmado por millonésima vez, le preguntó a dónde iban (no podía decírselo, era una sorpresa), para cuántos días (una semana), si podía facturar maleta (sí), y así un sinfín de preguntas que Carla acabó por cortar

con el siguiente mensaje: «Eso es todo lo que tienes que saber, así que no me preguntes más. No te voy a contestar. Acaba de hacer la maleta como si te fueras

a Benidorm y a la cama». Y aunque Eva se fue a la cama, no pudo dormir y, a las

tres de la mañana, acabó llamando a Sergio.

—¿Pasa algo? —preguntó él con voz somnolienta.

—No. Siento haberte despertado. No he caído en que te iba a despertar, lo siento.

—¿Estás bien?

—Sí, es sólo... ¿por qué no vas tú?

—Ya no se pueden cambiar los billetes, Eva.

—Lo sé, pero... deberías ir tú.

—Tú te mereces estas vacaciones más que yo.

Eva se quedó durante un momento escuchando su respiración al otro lado del teléfono, calmada y relajante.

—¿Sigues ahí? —planteó él al cabo de un rato.

—Sí.

—Deberías intentar dormir.

—¡Es que todavía no me lo creo! Me parece muy surrealista lo de que, como regalo de luna de miel, te regalen un viaje para otra persona.

—No te creas, le dio mucha vida a la boda. La gente estaba superexpectante para el sorteo.

—Deberían haber hecho una yincana o algo así, no hacerlo por sorteo. Así, al menos, no se lo habrían dado a alguien que no fue a la boda. Qué vergüenza siento ahora por no haber ido... Deberían haberle dado el viaje a otra persona.
A

ti.

—Deja de darle vueltas. Te ha tocado a ti y ya está, sólo queda disfrutar.

Volvieron a quedarse en silencio durante unos segundos.

—Sergio.

—¿Sí?

—Gracias. Por todo.

Al día siguiente, se encontraron en el aeropuerto. Sergio no fue. Eva había tenido

la secreta esperanza de que él también iría al viaje; de hecho, había barajado la

posibilidad de que lo del regalo de la agencia de viajes fuera mentira y todo fuera obra de Sergio, que quería sorprenderla con aquello y conseguir un poco de

tiempo juntos lejos de todo...

Pero Sergio no fue al aeropuerto. Bueno, según Carla, sí fue, pero sólo para

dejarlos a ellos dos. No se molestó en buscar aparcamiento para despedirlos y, aunque era lógico, Eva se sintió triste. Si no iba a acompañarlos al viaje, al menos habría estado bien que se hubiera quedado allí para decirles adiós.

Pensó en enviarle un wasap mientras esperaba. Incluso llegó a escribirlo, pero

después lo borró. Que hubiera tenido la estúpida ilusión de que iban a viajar juntos no justificaba que le mandara un mensaje. Él podría interpretarlo como que abría una puerta a volver a acostarse juntos y eso no era lo que Eva quería.

¿O sí?

Suspiró y se guardó el teléfono en el bolso.

Echaba mucho de menos a Sergio y se le hacía muy duro mantener las

distancias con él, pero lo hacía por un buen motivo. Él no la quería; ella a él sí.

No podía arriesgarse a seguir con aquella relación, enamorarse cada día un poco

más... y que un día Sergio, que no la amaba, la dejase sin más. Le había dicho que era especial para él... pero en verdad no lo había demostrado. No había luchado por ella. Cierto que había sido dura con él, que había puesto distancia entre ellos de forma implacable... pero si él hubiera querido, podría haber hecho

algo.

Álex y Carla estaban haciendo todo lo posible para que no se enterara de su destino, querían mantener el misterio y lo cierto es que pudieron hacerlo durante varias horas, pues su vuelo se dirigía a Dubái... pero sólo para una escala. No fue

hasta la segunda puerta de embarque frente a la que tuvieron que esperar, que Eva descubrió a dónde se dirigían realmente.

—Sergio...

—¿Sí? —interrogó Carla girándose hacia ella.

—¿Sergio sabía a dónde íbamos?

—Claro.

—¿Fue idea suya?

—¿Idea suya dónde ir en mi luna de miel? ¡No! ¿Por qué?

—No, por nada.

Pero Eva se quedó durante varios minutos allí plantada, leyendo en el cartel de la puerta que se dirigían a las Seychelles.

La escala duraba varias horas, así que tuvieron tiempo de tomarse un café en una de las cafeterías del aeropuerto. Allí pillaron wifi y Eva consultó de

nuevo

su teléfono, segura de que tendría un mensaje de Sergio. ¡Iba a Seychelles! Él también debía haberse dado cuenta de la casualidad, ¿o es que había olvidado la

conversación en la que le dijo que su próximo viaje de empresa sería a aquella

isla paradisíaca?

En el móvil no encontró mensaje alguno de Sergio. Nada.

Una vez más, estuvo a punto de escribirle. Al final, se convenció de que lo mejor era no hacerlo y se guardó el teléfono para evitar más la tentación.

El viaje hasta la isla principal de la Seychelles, Mahé, fue muy largo, pero Eva supo que todas las horas de viaje habían merecido la pena en cuanto, minutos antes del aterrizaje, se asomó a la ventanilla y pudo contemplar, a vista

de pájaro, el paisaje donde el verde de la vegetación, el blanco de la arena y el

azul turquesa del agua prometían unas vacaciones inolvidables.

Aterrizaron en el Aeropuerto Internacional de Seychelles, donde los

recibieron con un cartel que rezaba «ALEX & CARLA» junto con un bonito dibujo

de una pareja de novios. El simpático hombre que había ido a recibirlos hablaba

un inglés decente, aunque de vez en cuando se le colaban en la conversación palabras en francés y en otro idioma que supusieron era seychellense. Y pese a

que los recogió en coche, no tardaron en cambiar el vehículo por un barco, pues se alojaban en un *resort* que había en una isla a pocas millas de la costa

de Mahé.

El establecimiento era encantador y se situaba en primera línea de playa. Las pequeñas cabañas en las que se alojaban estaban rodeadas de vegetación tropical.

Eva tenía su propia cabaña y era exactamente igual a la de Álex y Carla, lo que

la sorprendió sobremanera, pues, al ser un regalo, había esperado algo diferente

a una habitación típica de luna de miel.

Todo era maravilloso. Un sueño.

En la mesa central de la cabaña le esperaba una enorme cesta de frutas. Eva cogió un plátano que le supo a gloria y después salió con Álex y Carla para recorrer las instalaciones del *resort* y familiarizarse con el entorno. No iba a tener problema en darles espacio y tiempo a los recién casados, pues había mucho que hacer en la isla: tomar el sol junto al mar, bañarse en la piscina, disfrutar del *jacuzzi*, recibir clases de buceo, practicar *snorkel*, pasear por la playa...

Tras comer juntos, se dirigieron cada uno a sus cabañas para descansar después del largo viaje. Al entrar en la suya, Eva vio que le habían dejado una nota en la que el hotel la invitaba a una barbacoa junto a la playa esa noche.

¡Madre mía, cuánta actividad!

Se echó una larga y reparadora siesta y después se arregló con un vestido blanco al más puro estilo ibicenco en honor a que la cena se realizaba en la playa. Después se pasó por la cabaña de Carla y Álex.

—¿Vais a la barbacoa en la playa?

—Claro —contestó Álex, que era quien le había abierto la puerta—, pero ve tú delante, que a Carla aún le queda secarse el pelo.

—No sé dónde es exactamente, ¿dónde crees que será?

—Ve a recepción y pregunta.

Primero intentó encontrar el sitio ella sola, pero, al llegar a la playa y no ver ningún despliegue especial, le hizo caso a Álex y fue a la recepción. Un amable

hombre se ofreció a enseñarle el lugar. La guio por un sendero entre palmeras que serpenteaba alejándose de la playa principal. Menos mal que había ido a preguntar cómo llegar, pues, aunque unas antorchas marcaban el camino, ella no habría sabido encontrar nunca el sitio.

—¿Falta mucho? Parece que estamos un poco lejos para que la gente lo encuentre, ¿no?

—Ya casi estamos llegando, señorita Eva.

¡Qué eficiente el personal del hotel! Ella no le había dicho su nombre. Vale que no había muchas habitaciones, pero, aun así, aquel trato tan personal...

¡guau!

Al final del sendero se apreciaba más luz y se oía el ruido de las olas. Al fin estaban llegando, aunque no se apreciaban voces humanas, ¿quizá había llegado

demasiado pronto?

Al dar el recodo, vio la playa frente a ella, con el mar a unos cincuenta metros

y una cálida hoguera iluminando la escena. Había una barbacoa portátil a un lado, con un hombre frente a ella, de espaldas a Eva. No lo reconoció al principio, demasiado sorprendida por el hecho de que sólo había una mesa en aquel escenario de ensueño.

—¿Cuánta gente hay invitada? —le preguntó al hombre que la había

acompañado hasta allí, aunque al girarse hacia él se dio cuenta de que éste se había marchado ya.

—Sólo tú y yo. Es una cena de empresa privada.

Aquella voz... El corazón le dio un vuelco y se giró hacia el hombre que se ocupaba de la barbacoa, al que no había prestado demasiada atención y que de pronto concentraba todo su interés. No fue capaz de articular palabra mientras lo

miraba y, cuando él se dio la vuelta, le pareció que lo hacía a cámara lenta.

—Sergio —susurró en un hilo de voz.

—Bienvenida a Seychelles.

—Pero ¿qué...? ¿Cómo...? ¿Cuándo...?

Él sonrió ante su cara de desconcierto y se acercó a ella, cogiendo un par de copas y una botella que había sobre la mesa.

—Te prometí que tu próximo viaje de empresa sería a las Seychelles —

contestó a la vez que le tendía una de las copas.

Cuando ella la cogió, llenó ambas copas con el vino espumoso que llevaba en la otra mano.

—Sabía que era cosa tuya.

—¿En serio? Me resulta difícil de creer.

«Quería que lo fuera», pensó Eva, pero no lo expresó en voz alta. En su lugar, formuló:

—Pero...

—No estamos desviando dinero de la empresa para nuestras vacaciones en el paraíso —añadió Sergio—, si es lo que te preguntas. Lo que pasa es que... ¿cómo

decirlo? Una venta de acciones ha resultado muy ventajosa y creo que podemos

permitírnoslo.

—Por eso no protestaste —comprendió Eva.

—Bueno... el hecho de que seas tan testaruda también tuvo que ver. Sabía que no podría convencerte de devolverte el dinero, así que pensé... —miró a su alrededor—... en darle un mejor uso.

—Este sitio es increíble. ¿Y cómo es posible que estés tú también aquí? No te vi en el vuelo.

—Salí unas horas antes que vosotros.

—Yo...

«Te esperaba en el aeropuerto», pensó Eva, aunque se calló. Sergio estaba allí, sí, pero... ¿qué significaba? ¿Estaba allí por ella o simplemente porque las Seychelles eran demasiado tentadoras?

—¿Carla y Alex saben que estás aquí?

—Claro, tuvieron que ayudarme un poquito.

Así que la sorpresa era sólo para ella. Su corazón latió esperanzado, como llevaba haciendo desde que lo había visto, por mucho que ella se instara a mantener la calma.

Se miraron durante unos segundos y después Sergio, nervioso, se giró.

—Enseguida llegarán para poner la carne y la verdura. Las brasas están casi listas. Les recalqué lo de la verdura y creo que van a asar tomate, pimiento, cebolla, calabacín e incluso una mazorca.

—Estupendo, gracias por pensar en mí.

Sergio la miró, todavía con la copa en la mano. Pareció que iba a decir algo, pero volvió a girarse, aunque, antes de que volviera a darle la espalda, Eva se dio cuenta de cómo le temblaba la mano.

Aquello le dio el valor suficiente para preguntar.

—¿Qué haces aquí, Sergio?

Él tardó unos segundos en mirarla y Eva supo que había captado el auténtico significado de la pregunta.

—Te quiero —fue su respuesta—. Te quiero como socia, como amiga y como amante. Te quiero cabezota y mandona. Te quiero mimosa y cachonda. Te quiero

por las mañanas, a mediodía y por la noche. Te quiero besar delante de todos y acariciar a escondidas bajo la mesa mientras fingimos estar muy concentrados en

los datos que me estás explicando. Quiero entrenar contigo cada día, y abrir el frigo y encontrarme más verdura que carne. Te quiero para mí y conmigo,

aunque estés a miles de kilómetros. Quiero que vuelvas a mirarme como lo hacías, a quererme como lo hacías, a hacerme sentir como lo hacías. Te quiero y

siento no habértelo dicho antes, pero es que... No sé, es una estupidez, pero pensaba que, si no lo decía en voz alta, si no lo admitía ante nadie, ni ante mí mismo, no sería tan real ni podría hacerme daño en caso de que se terminara.

Pero estaba equivocado. Mi vida sin ti es triste y gris, y te necesito a mi lado. Lo que tenemos es genial y, aunque quería convencerme de que era por la química

que había entre nosotros, lo cierto es que es mágico porque nos queremos. O...

bueno, nos queríamos. Me querías. Yo... no sé lo que tú sientes ahora por mí, pero...

Resopló, inquieto, sintiendo que el mutismo de Eva estaba minando su

seguridad a pasos agigantados. Tampoco es que le hubiera dado pie a decir nada,

pero es que ella parecía una estatua. Se la había imaginado haciendo pucheros a

aquellas alturas del discurso. Decidió terminar de hablar y dejar al fin que ella interviniera, para bien o para mal. Resumió su discurso.

—Te quiero.

Ella seguía mirándolo fijamente. Su expresión se había mantenido inalterable

y Sergio casi habría dudado de si había oído lo que le había dicho de no ser porque la copa de vino espumoso temblaba tanto en su mano que estaba a punto

de derramar el líquido. La vio tragar saliva con dificultad, todavía muda.

—No necesito que me contestes con un «te quiero» —se apresuró a decir Sergio—, sé que hemos ido a destiempo y quizá tú ahora... —Se calló—. Me basta con que me digas si hay alguna posibilidad de...

—Te quiero —le cortó Eva, capaz al fin de articular palabra—. Te quiero. —

Con cierta inseguridad, pues no estaba convencida de que le respondieran las piernas, dio un paso hacia él y dejó la copa sobre la mesa—. Te quiero. —
Otro

paso hacia él—. Claro que te quiero.

Se lanzó al fin a sus brazos y sintió un profundo alivio al notar su duro cuerpo contra el de ella, su boca caliente, su olor, su sonrisa contra sus labios. Porque sí, le parecía que todo aquello era un sueño... pero Sergio era muy pero que muy real.

55

A la mañana siguiente, despertaron en el paraíso, o eso les pareció, con los ruidos tropicales que se oían en la lejanía, la suavidad de las sábanas, el color tan dorado que tenía el sol que se colaba por la ventana y, sobre todo, la calidez que

sentían a su lado.

Eva se giró en la cama para mirar a Sergio a la cara. Necesitaba verlo para confirmar que era él, acariciar su brazo y su pecho para saber que era real.
Sus

caricias lo despertaron, aunque fue de forma dulce, a juzgar por la sonrisa con la

que lo hizo.

—Buenos días —lo saludó ella, besándolo.

—Te quiero.

—Ya me quedó claro ayer. —Eva sonrió.

—No lo creo.

—¿No?

—No, porque hoy te quiero más que ayer. —La atrajo hacia sí para besarla—.

Y ahora más que hace un segundo. Y ahora...

Ella lo acalló tapándole la boca.

—No sé si esta versión tan empalagosa de Sergio me va a gustar, ¿eh?

—¿No?

Ella hizo una graciosa mueca de duda.

—¿Qué prefieres, al otro Sergio? ¿Al brusco? —Para acompañar sus palabras,

la volteó en la cama, poniéndola boca abajo y situándose él encima—. ¿Al que

se pone cachondo con sólo mirarte? —le susurró al oído, para después ir bajando

por su espalda, acariciándole la piel con la nariz—. ¿Con sólo olerte? — Llegó a

su culo y sus manos le agarraron los cachetes—. ¿Al que le gusta hacértelo por todos lados? —Su lengua la acarició allí y Eva soltó un gemido—. Al que...

—¡Oh, mierda! —gritó de pronto Eva, girándose.

Sergio la miró sobresaltado y, al seguir su mirada, se encontró con Carla plantada en su terraza, mirándolos a través del cristal de la puerta corredera a la

vez que les daba el visto bueno con los pulgares de ambas manos levantados.

—¡Carla! —gritó Sergio.

Era una protesta, pero ella se lo tomó como una invitación y abrió la puerta de la terraza.

—¡Cómo me alegro de que haya funcionado! —exclamó, y entró en la cabaña con un plato en la mano—. ¡Qué alegría veros juntos de nuevo! Me siento un poco celestina. ¿Seré madrina en vuestra boda?

—¡Carla, estamos ocupados!

—Ya lo veo, y por tu tono supongo que no estoy invitada a la fiesta... pero por suerte he llegado en los preliminares y no he interrumpido nada serio. Sólo quería traeros el desayuno, para que repongáis fuerzas después. Aquí os lo dejo.

Puso el plato que traía sobre la mesa y lo destapó con una gran sonrisa.

—¿Cruasanes? —interrogó Sergio, riéndose muy a su pesar

—Por supuesto. Que aproveche. Y los cruasanes también.

Agradecimientos

Gracias, queridos lectores, por hacer posible esta novela. Mil gracias por los mensajes que me dejasteis pidiendo saber más sobre Sergio y también por

comprar, recomendar, reseñar y valorar *No está el horno para cruasanes*, lo que sin duda ha sido una pieza clave para que *Desayuno con cruasanes* esté hoy con nosotros.

Si tenéis un momento, os agradecería muchísimo que dejarais vuestra opinión del libro en la tienda *online* donde lo hayáis adquirido, en redes sociales...

¡donde queráis! Gracias a recomendaciones como las vuestras, otras personas se

animarán a descubrir la historia de Sergio y Eva.

Por supuesto, también podéis escribirme por Facebook o Instagram si deseáis hablar un poquito más sobre la novela. ¡Estaré encantada de leeros!

Mil veces gracias y... ¡nos vemos en el próximo libro!



Biografía

Shirin Klaus es el seudónimo de la escritora

Alba

Navalón.

Estudió

Traducción

e

Interpretación en Murcia, donde vive, y es autora de las novelas *Follamigos* (2013), *Luces, cámaras, corazón* (2014), *Las reglas de mi ex* (2014), *Corten, repetimos: ¿quieres casarte conmigo?* (2015), *Con corazón* (2015), *Quiérete, quíereme* (2016), *No está el horno para cruasanes* (2016), *Cuando tú y yo rompimos* (2017) y *Bailando espero al hombre que yo quiero* (2018).

Encontrarás más información sobre la autora

y su obra en: www.albanavalon.es

Referencias de las canciones

El muerto vivo, © 2017 Rama Lama Music, interpretada por Peret. (N. de la e.)

Desayuno con cruasanes

Shirin Klaus

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los

derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702

19 70 / 93 272 04 47.

Diseño de la cubierta: Zafiro Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta

© de la imagen de la cubierta: Shutterstock

© de la fotografía de la autora: archivo de la autora

© Shirin Klaus, 2018

© Editorial Planeta, S. A., 2018

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.edicioneszafiro.com

www.planetadelibros.com

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Primera edición en libro electrónico (epub): octubre de 2018

ISBN: 978-84-08-19611-2 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

NOVELA ROMÁNTICA



**¡Encuentra aquí tu próxima
lectura!**

¡Síguenos en redes sociales!

Document Outline

- [Sinopsis](#)
- [Portadilla](#)
- [1](#)
- [2](#)
- [3](#)
- [4](#)
- [5](#)
- [6](#)
- [7](#)
- [8](#)
- [9](#)
- [10](#)
- [11](#)
- [12](#)
- [13](#)
- [14](#)
- [15](#)
- [16](#)
- [17](#)
- [18](#)
- [19](#)
- [20](#)
- [21](#)
- [22](#)
- [23](#)
- [24](#)
- [25](#)
- [26](#)
- [27](#)
- [28](#)
- [29](#)
- [30](#)
- [31](#)

- [32](#)
- [33](#)
- [34](#)
- [35](#)
- [36](#)
- [37](#)
- [38](#)
- [39](#)
- [40](#)
- [41](#)
- [42](#)
- [43](#)
- [44](#)
- [45](#)
- [46](#)
- [47](#)
- [48](#)
- [49](#)
- [50](#)
- [51](#)
- [52](#)
- [53](#)
- [54](#)
- [55](#)
- [Agradecimientos](#)
- [Biografía](#)
- [Referencias de las canciones](#)
- [Créditos](#)
- [¡Encuentra aquí tu próxima lectura!](#)